

JUAN RAMON RAMIREZ DELGADO

**«LOS PRIMITIVOS NUCLEOS
DE ASENTAMIENTO
EN LA CIUDAD DE CADIZ»**



Portada: Cabeza de terracota egipciante fenicio-púnica. Siglo IV a. C.
Yacimiento submarino
de la Punta del Nao. Cádiz. (Foto Visedo)
Imprime: INGRASA, Industrias Gráficas Gaditanas SA.
Hércules, 13. Cádiz
Depósito Legal: CA-826/82 --- I.S.B.N.: 84-500-8187--4

JUAN RAMON RAMIREZ DELGADO

«LOS PRIMITIVOS NUCLEOS
DE ASENTAMIENTO
EN LA CIUDAD DE CÁDIZ»

Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, 1982

Presentación

Con la presente edición comienzan a cumplirse algunos de los objetivos más ambiciosos marcados en el programa de la Delegación Municipal de Información y Publicaciones. Uno de éstos es el permitir que los jóvenes investigadores gaditanos puedan publicar sus primeros trabajos. Trabajos -y éste es otro de esos objetivos- sobre nuestra ciudad. Y no se trata de que el Ayuntamiento fomente las investigaciones sobre Cádiz por una visión puramente localista, sino que actúa en la escala que le corresponde. Todo lo que suponga un mejor conocimiento de nuestro pasado, de nuestro legado cultural, es una forma de enriquecernos y desde luego de contribuir en la parte que nos toca, a enriquecer los conocimientos sobre la Historia de Andalucía, siendo esto un deber en el que estamos empeñados para reconstruir nuestra identidad y recuperar la grandeza de nuestro pueblo.

Por otra parte, se debe aclarar que la línea editorial que sigan las publicaciones del Ayuntamiento de Cádiz no va a ser monotemática, aunque evidentemente dependerá de las obras presentadas para su publicación. Esperemos que los jóvenes investigadores gaditanos, al ver crecida la posibilidad de que el fruto de sus investigaciones se publiquen, se animen a investigar y a escribir, no importa cual sea el área del conocimiento humano en el que trabajan. Cuanto más conozcamos de nosotros, de nuestra ciudad, de nuestro entorno, más capacitados estaremos para afrontar con éxito nuestro futuro. Y ojalá que esto contribuya a hacernos más libres y a convivir mejor.

Armando Ruiz Riera
Delegado de Información y Publicaciones

A mi esposa y a mi familia

PRÓLOGO

A cualquier observador atento, al conocer Cádiz podía ocurrírsele esto que el famoso viajero Richard Ford escribía el pasado siglo: «*Cádiz,... aunque es la ciudad más antigua de Europa parece una de las más nuevas y limpias*» Los fenicios la fundaron hace unos tres mil años y fue desde entonces uno de los ejes sobre los que giró la máquina de nuestro desarrollo histórico. Pero de esa Cádiz milenaria apenas quedan las señales. Su importancia estratégica, para el comercio y para la guerra, la arrastraron a una historia agitada convulsa, lo que unido a su apretada geografía y a su arriesgado emplazamiento físico, han hecho desaparecer la ciudad antigua tan radicalmente como pregonaba su rotunda modernidad. Por unas cosas y por otras, no pudo Cádiz envejecer del todo.

De su modernidad ciudadana, no sólo material sino espiritual también, se sienten orgullosos los gaditanos; pero también de sus remotas raíces. Pocas cosas están tan vivas, en ellos como su raigambre fenicia, la creencia en una ciudad hundida, o la memoria de *Hércules Gaditanus*, el más ilustre de sus antiguos paisanos.

De cuando en cuando, un hallazgo en el subsuelo reaviva el recuerdo de las Gades antiguas. Recientemente, el descubrimiento del hermoso sarcófago púnico de mujer supuso una auténtica sacudida en la vida ciudadana. Pero éste y otros muchos testimonios casi nada nos dicen de cómo era Cádiz en la Antigüedad. Sabemos bastante de su historia por entonces, pero no hallamos contrapartida en el conocimiento del escenario en que aquella historia se desarrolló.

Fue Cádiz una importante ciudad fenicia, y el romano-gaditano Balbo levantó junto a ella otra nueva que,

unida vieja colonia semita, dio lugar a una ciudad doble, la Didyme de que habla Estrabón. Este fenómeno, repetido en otros casos, era el mejor signo de su prosperidad y de la iniciativa de sus gentes. Pero ya a fines de la Antigüedad estaba en plena decadencia: *“Grande y opulenta ciudad en tiempos antiguos -decía Avieno en el siglo IV d. C.-, es ahora pobre, pequeña y abandonada, un campo de ruinas”*.

En nuestros días, ni siquiera sabemos con certeza dónde estuvo la fenicia *Gadir*, o qué zonas cubría la ciudad nueva de Balbo. No obstante, el empeño de la investigación moderna por abrir luces sobre este oscuro panorama va logrando sus propósitos. El presente libro pretende ser una aportación más en esa línea. Su autor, Juan Ramón Ramírez Delgado, apasionada y tenazmente, ha acopiado cuantos datos han estado a su alcance, para afianzar un paso previo a cualquier estudio posterior. A partir de las fuentes literarias antiguas, los testimonios arqueológicos, y los estudios anteriores sobre el tema, ha sido su objetivo replantearse la pregunta de dónde estuvieron los primeros asentamientos de la ciudad. El intento de reconstruir la topografía antigua de Cádiz, la revisión crítica de lo hecho hasta ahora, y la búsqueda de datos útiles en las más diversas fuentes de información, han sido afrontados con el rigor y la competencia que el lector tendrá ocasión de comprobar. Los resultados son muy prometedores, aunque será la crítica futura la que otorgue la sanción definitiva al trabajo, y estudios posteriores los que perfilen las conclusiones aquí propuestas.

Y permítaseme acabar este breve prólogo mostrando la satisfacción que, como gaditano, me produce la edición de este libro. Sobre todo porque no es un hecho aislado. Además de enlazar con una larga tradición de interés por nuestra historia, aparece en un momento en el que la cultura en Cádiz ha entrado en una fase de auge indiscutible. De su recién estrenada Universidad, de la actividad creciente de sus museos y demás centros culturales, de la sensibilización que, como en este caso, demuestran los organismos

públicos, estamos cosechando los frutos y garantizando un futuro que podemos contemplar con optimismo.

Manuel Bendala Galán
Universidad Autónoma de Madrid

PRELIMINARES

"Creemos firmemente que la historia de Cádiz está aún por escribirse, pues los fantásticos relatos de algunos historiadores no tienen base donde sostenerse y la mayoría se deciden a copiarse unos de otros, sin detenerse a comprobar los datos, como si fueran verdades incontrovertibles". (PICARDO, 1949: Pág. XV)

Cádiz, la "ciudad más antigua de Occidente", ha representado desde siempre un auténtico enigma para la ciencia arqueológica. Este halo de misterio que la envuelve se manifiesta, fundamentalmente, en dos cuestiones esenciales para nuestra historia más remota. En primer lugar, hay que considerar que seguimos sin poseer aún una confirmación directa y fehaciente de su propugnado origen trimilenario. En segundo lugar, es de destacar la falta casi absoluta de restos urbanos (excluidas, por tanto, las necrópolis) no sólo de la etapa fenicio-púnica, sino también de la fase romana. Es este último problema, precisamente, el que se pretende analizar en este trabajo.

Es fácilmente observable que la historia primitiva de Cádiz está plagada, como bien se expresa en las palabras de Picardo citadas al comienzo, de noticias más o menos fantasiosas y carentes de la base objetiva necesaria. Estas noticias debido a ciertos condicionamientos históricos locales que estudiaremos más adelante, han adquirido un carácter tópico y han sido aceptadas por la historiografía posterior sin haber sufrido una crítica rigurosa. Por todo ello, este trabajo

se inserta en la moderna tendencia que pretende liberar a las ciencias históricas de la pesada servidumbre de todos estos tópicos erróneos o, cuando menos, dudosos. Durante varios años hemos acopiado material para acometer un estudio como el presente, aunque su realización se nos antojaba casi utópica, en razón de las dificultades que planteaba. Justo es reconocer, por consiguiente, que el definitivo “empujón” para aventurarnos en esta empresa se lo debemos al profesor Bendala Galán, que nos animó a redactar nuestra “memoria de licenciatura” sobre esta materia.

En un estudio de este género -con una problemática susceptible de ser analizada por un equipo interdisciplinar- es siempre una grata labor el agradecer las colaboraciones desinteresadas que se han recibido. Comenzaremos, pues, expresando nuestra gratitud al Dr. D. Manuel Bendala Galán por haber aceptado tan amablemente la dirección de esta “tesina” y por haberla conducido a feliz término con su eficaz ayuda. También debo hacer constar mi reconocimiento al Dr. D. Gratiano Nieto Gallo, director del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, en donde adquirimos la formación imprescindible para elaborar este trabajo. Victorina Mateos Alonso, mi esposa y colega, me ha secundado en todas las investigaciones previas a la redacción de esta memoria. El Dr. D. César Pemán Pemartín y D^a Concepción Blanco Mínguez, ex-directores del Museo de Cádiz y máximas autoridades actuales en arqueología gaditana, han colaborado gentilmente con sus interesantes -y siempre certeras- observaciones. De gran importancia han sido la ayuda e informaciones suministradas por D. Manuel Accame de Campos, D. Antonio Rodicio Mera y D. Francisco Ponce Cordones. Además, y aparte de algunas otras personas citadas expresamente en el texto, queremos manifestar también nuestro reconocimiento -por su imprescindible colaboración técnica- a D. Manuel Castillo Rodríguez, D. Antonio Espigado Domínguez, D. Carlos Fernández-Liebrez Butler, D. Emilio Hernán-Gómez Cecillo, D. Francisco Jiménez Barrios, D. Francisco Roldán Salas y don Carlos

Visedo Manzanares. Por otro lado, en fin, he de señalar que he quedado en deuda permanente con la dirección y personal de las bibliotecas de los siguientes centros: Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, Museo Arqueológico Nacional, Biblioteca Nacional, Real Academia de la Historia, Institutos «Rodrigo Caro» y «Diego Velázquez» (C. S. I. C., Madrid), Escuela de Estudios Hispano-Americanos y Archivo Municipal de Sevilla, Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz, Facultades de Filosofía y Letras de Sevilla y Cádiz, Biblioteca de Temas Gaditanos, Biblioteca-Hemeroteca Municipal y Archivo Municipal de Cádiz.

Por último, en fin, es de justicia el destacar el patrocinio del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, entidad que ha hecho posible la publicación de la presente obra. Por ello, deseamos expresar también nuestro sincero agradecimiento tanto a la mencionada institución como, muy especialmente, a D. Armando Ruiz Riera, primer teniente de alcalde y delegado de Información y Publicaciones, y a D. Javier Fernández Reina, director del Archivo, Biblioteca y Museo Municipal.

Juan Ramón Ramírez.

Cádiz, otoño de 1982

I. INTRODUCCION: METODOLOGIA

No somos los primeros, como evidenciarán las continuas citas bibliográficas, en plantearnos la compleja problemática de la ubicación de la primitiva ciudad de Cádiz. Pero, si bien es cierto que abundantes autores han tratado de la cuestión, también es verdad que lo han hecho de forma marginal o sin la amplitud que hubiera sido deseable. Es ésta, por consiguiente, la primera vez que se aborda el tema en una monografía extensa. Por ello, y dado su carácter de análisis en profundidad, se nos han presentado múltiples obstáculos a lo largo del camino. De entre ellos, queremos resaltar dos por su especial incidencia en un estudio de este tipo. De un lado, la naturaleza tan dispar de los datos que precisábamos barajar; lo que nos ha obligado a realizar frecuentes consultas a profesionales de especialidades muy apartadas de la nuestra. De otro lado, las profundas alteraciones que el solar de nuestra población ha experimentado -tanto por causas naturales como antrópicas- en el transcurso de los tiempos.

Hechas estas breves indicaciones, pasaremos a describir la estructura metodológica en que hemos articulado nuestra exposición. En primer lugar, y tras este apartado introductorio, hemos comenzado con un “análisis de las fuentes clásicas” en un intento de extraer de ellas toda la información posible acerca de la situación y aspecto de la ciudad antigua. A continuación, se exponen críticamente todas las “interpretaciones historio gráficas posteriores” sobre el particular. Tras este estado actual de la cuestión, que casi había conducido la investigación a un callejón sin salida,

hemos decidido replantear el problema de nuevo (aunque contando ya, lógicamente, con la experiencia acumulada por todos los autores consultados). Para ello, hemos empezado por profundizar en el conocimiento de los orígenes geológicos del soporte material de la población, en vistas a la recomposición hipotética de la “paleo topografía de las islas gaditanas”. Por otra parte, las noticias de interés que se nos han conservado en la nomenclatura de algunos parajes urbanos, han sido rastreadas -por sugerencia concreta del Prof. Bendala- en el capítulo titulado: “Aproximación a la Toponimia local”. Tras esto, se ha procedido a la recopilación minuciosa de la totalidad de los “datos arqueológicos” que hemos podido constatar en el área urbana actual y sus inmediaciones, aportados tanto por la bibliografía antigua como por la contemporánea. Algunos de estos hallazgos, incluso, han sido verificados directamente por nosotros. En este penúltimo capítulo, se ha comenzado -tras unas “consideraciones iniciales” de carácter general- por hacer una síntesis de lo conocido sobre la “necrópolis gaditana”, puesto que su situación extramural nos reduce el área de búsqueda de los núcleos habitados (si bien, como se advertirá en su momento, las sucesivas fases expansivas de la ciudad antigua comportaron la invasión de las necrópolis anteriores y el progresivo desarrollo y alejamiento de las propias). Más adelante, hemos pasado a documentar los principales “hallazgos submarinos” de procedencia cierta conocida, ya que los vestigios no removidos de antiguas naves hundidas (pecios) nos indican las zonas ya ocupadas entonces por las aguas. Por fin, se sitúan los descubrimientos que parecen relacionados con los lugares de habitación y se cotejan con las noticias clásicas que describen las obras de fábrica existentes en la población.

El esbozo de este esquema de trabajo fue concebido partiendo, por analogía, de las aportaciones hechas hace ya algún tiempo- al conocimiento de la topografía antigua de la Qart Hadaschat púnica, la Carthago-Nova romana (BELTRAN, 1948; GARCIA Y BELLIDO, 1952: 443 ss)

Así, tras detallar la bibliografía sobre Cartagena en la Antigüedad, decía un conocido maestro: *“Con todos estos materiales era fácil establecer unas normas generales de la topografía de Carthago-Nova; pero, necesariamente, con los errores deducidos de la falta de atenta observación del terreno. Para obviarlos no existía más que un solo camino: levantar el plano arqueológico de la ciudad, señalando en él cada uno de los hallazgos, que al agruparse dan claramente núcleos de población, alineamientos de calles, distribución urbana y, sobre todo, el perfil exacto de la ciudad, que no puede deducirse de las noticias literarias»* (BELTRAN, 1948: 193). Estas observaciones nos ratificaron en la necesidad de verter todos nuestros datos en un plano arqueológico de la ciudad, lo que haría resaltar gráficamente las zonas de concentración de hallazgos (con la indicación de su naturaleza y cronología) y facilitaría la interpretación de conjunto. Para que resultase aún más evocador si cabe, tomamos como base el plano topográfico de distribución de la necrópolis gaditana que realizamos en 1979 para el Museo Arqueológico de Cádiz. Este, que a su vez había sido extraído de un plano original editado en 1911 por el entonces denominado Instituto Geográfico y Estadístico, ha sido completado con la indicación de los posibles restos “urbanos” (no funerarios) y de los hallazgos subacuáticos efectuados en las inmediaciones de los arrecifes que descubre la bajamar en el área de la Caleta. Fruto de todo ello es el «plano I» (Cf. infra), que se acompaña -a efectos de comparación de las variaciones producidas entre 1911 y la actualidad- del “plano II”, confeccionado en época reciente por el Excmo. Ayuntamiento de Cádiz. Con la mera confrontación de estos dos planos citados, puede apreciarse el sinfín de alteraciones topográficas que ha supuesto el “boom” urbanístico de los últimos años, como se destacará en su momento. Hemos añadido, además, el “plano III” con la representación concreta de los tipos de hallazgos verificados en la Caleta, si bien es preciso aclarar que su carácter es meramente indicativo y no exhaustivo (por lo que precisará de nuevas adiciones futuras, conforme se investigue con más detenimiento la zona en cuestión). Los tres planos mencionados se han reproducido a

unas escalas que permiten apreciar el terreno con gran detalle y evitar, en el caso particular del primero, que los puntos de situación de vestigios arqueológicos enmascaren las “curvas de nivel”.

Esta memoria culmina, como es de rigor, con el necesario y difícil capítulo de “conclusiones generales”. Llegados a este punto, es preciso aclarar, como es casi habitual, que el objetivo final que hemos perseguido ha sido no tanto la consecución de unas conclusiones provisionales -más o menos parciales y sujetas a posteriores revisiones- como la aportación crítica de un amplio caudal documental, bibliográfico y arqueológico, que permita ulteriores profundizaciones de detalle. No obstante, estimamos haber llegado a intuir, al menos, las grandes líneas maestras de la evolución de los primitivos asentamientos urbanos, así como haber sentado una serie de sólidas hipótesis de trabajo que sólo la futura realización de excavaciones arqueológicas sistemáticas podrá confirmar o rebatir.

Por último, incluimos los habituales apartados de: “notas”, bibliografía e “índices”. La bibliografía ha sido citada de la forma que consideramos más cómoda y moderna reservando las notas para aclaraciones o ampliaciones de carácter marginal. Al final, además de los planos ya citados, se ha reunido también una representativa serie de láminas ilustrativas, algunas de las cuales han sido facilitadas para este trabajo, expresamente, por cortesía de las personas que se indican.

II. ANÁLISIS DE LAS FUENTES CLASICAS

El notable papel que desempeñó Cádiz en la Antigüedad explica, por sí solo, la abundancia de fuentes greco-latinas que hacen referencia a ella. Por ello, y partiendo de este importante acervo documental, hemos procedido a seleccionar todos aquellos textos que interesan a nuestro objeto de estudio, a saber: la situación y evolución urbanística de la población primigenia (1). Hemos de aclarar, no obstante, que en este capítulo sólo se analizarán las descripciones generales del archipiélago gaditano y de las poblaciones que se asentaban en él. Por el contrario, las citas relativas a monumentos concretos y a otros temas específicos serán tratadas en sus capítulos correspondientes. Este proceder se justifica por nuestro interés en simplificar y clarificar la cuestión, evitando enojosas repeticiones innecesarias. Así, nos hemos concentrado fundamentalmente en el estudio de cuatro autores: Avieno, Estrabón, Mela y Plinio el Viejo. Se ha nombrado a Avieno en primer lugar porque, si bien el más tardío de los cuatro escritores mencionados, parece ser que en la redacción de su célebre "Ora Maritima" utilizó -como es comúnmente admitido- información hasta un milenio anterior a su época y procedente del hipotético "Periplo" del siglo VI a. C. (Cf. SCHULTEN, 1922: 4 ss). La "Geographiká" de Estrabón, por su parte, posee el interés de transmitirnos las noticias -relativas a la Gades de los siglos II y I a.C.- acopiadas "in situ" por Polibio Artemidoro, Asclepiádes y, sobre todo, Posidonio (Cf. GARCIA Y BELLIDO, ed. 1968:35 ss; SCHULTEN, 1952: 2 ss). Pomponio Mela, originario de la

actual zona de Tarifa (Cádiz), nos ofrece en su "Chorographia" (de hacia el año 43 ó 44 d. C.; Cf GARCIA Y BELLIDO, ed. 1977: 19) una breve pero enjundiosa descripción del aspecto de la isla grande de Gades. Plinio el Viejo, en fin, nos informa en su "Naturalis Historia" (prácticamente terminada en el 77 d. C.; Cf. GARCIA Y BELLIDO, ed. 1977: 79) acerca de los diversos nombres y medidas de las islas gaditanas.

Debido a la imposibilidad material de realizar una nueva traducción de las fuentes indicadas -por escapar del ámbito de este trabajo- hemos decidido emplear las acreditadas versiones al uso. Así, para el texto de Avieno se ha tomado como base la conocida traducción castellana de José Rius y Serra (publicada en SCHULTEN, 1922: 137 ss). Por otro lado, para la obra de Estrabón hemos utilizado la versión efectuada por Antonio García y Bellido en 1945 (Cf. GARCIA Y BELLIDO, ed. 1968). En cuanto al breve fragmento textual de Agatemero -que será también transcrito más adelante- se ha reproducido en la traducción incluida en SCHULTEN, 1925. Y, por último, para los textos de Mela y Plinio el Viejo se ha acudido, en fin, a la versión que de ambos realizó el ya citado Prof. García y Bellido en 1947 (Cf. GARCIA Y BELLIDO, ed. 1977)

Y, una vez hechas estas aclaraciones preliminares, comenzaremos por analizar las informaciones que suministra la obra de Rufo Festo Avieno. Este autor, rememorando -según parece- tiempos bastante anteriores a él, nos dice concretamente:

«Aquí está la isla Eritía de extensos campos, sujeta en otro tiempo a la dominación púnica, por haberla ocupado primitivamente los colonos de la antigua Cartago. Un brazo de mar de cinco estadios separa Eritía del continente. Del lado de la fortaleza (Gades) por donde muere el día hay una isla consagrada a Venus marina y en ella un templo con una profunda cripta y un oráculo».
(Versión de J. Rius en SCHULTEN, 1922: 146)

Por otra parte, y refiriéndose ya a la situación en que se encontraba Cádiz en su propia época -fines del siglo IV d. C.- manifestaba también Avieno:

«Aquí está la ciudad de Gadir, pues en lengua fenicia se llama Gadir a todo lugar cerrado. Ella fue llamada antes Tarteso, grande y opulenta ciudad en épocas antiguas, ahora pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un campo de ruinas. Nosotros no vimos en estos lugares nada notable, sí exceptuamos la solemnidad de Hércules... ». (Versión de J. Rius en SCHULTEN, 1922:145)

Traducciones similares proporcionan -para estos últimos versos- los otros principales comentaristas en castellano de la obra de Avieno (Cf. BLAZQUEZ Y DELGADO-AGUILERA, 1923: 69; GAVALA, 1959 a: LII-LIII; GARCIA Y BELLIDO, 1951: 111)

Y pasamos así, por tanto, a recordar las interesantes noticias que proporcionó Estrabón acerca de la ciudad de Cádiz en la Antigüedad. No obstante, y para interpretar debidamente los datos del geógrafo de Amasia, es preciso comenzar aclarando que: *“... por lo general, no describe la Iberia de su tiempo, es decir, del tiempo de Augusto y Tiberio, sino la Iberia del tiempo de Posidonio y Artemidoro, hacía 100 a. C., pero añadiendo bastantes cosas de su tiempo, parte a través de Tímágenes, parte según sus propios conocimientos”.* (SCHULTEN, 1952: 4). En concreto, relataba Estrabón:

«Fuera de las Columnas están las Gádeira, de las cuales no dijimos más sino que distaban de Kálpe unos setecientos cincuenta stadios; se hallan cerca de la desembocadura del Baítis Pero hay mucho más que hablar de ellas. En efecto, sus habitantes son los que navegan en más y mayores naves, tanto por Nuestro Mar como por el Exterior; y puesto que no habitan una isla grande ni dominan extensas tierras en la parte opuesta de la costa firme, ni poseen otras islas, la mayoría viven en la mar, siendo pocos los que residen en sus casas o están en Rhóme; no obstante, hecha abstracción de Rhóme,

podría pasar por la ciudad más poblada del orbe, pues he oído decir que en un censo hecho en nuestro tiempo fueron contados hasta quinientos caballeros gaditanoí, más que cualquier otra ciudad de los italiótaí, excepto la de los pataouinoi; a pesar de este número, su isla no mide más de cien stadios de longitud, siendo su anchura a veces de un stadio. En un principio vivían en una ciudad muy pequeña; mas Bálbos el Gadítanos, que alcanzó los honores del triunfo, levantóles otra que llaman «Nueva»; de ambas surgió Didýme cuyo perímetro, aunque no pasa de veinte stadios, es lo suficientemente grande para no sentirse agobiada de espacio; efectivamente, en ella residen pocos, ya que la mayoría pasan en la mar gran parte del tiempo, o viven en la tierra firme frontera, y sobre todo en la vecina íslíta, porque ésta es fértil; tanto es así que, agradándoles el lugar, han hecho de la islita una como «antipolís» de Didýme; pero en proporción son pocos los que habitan en ella y en el arsenal que les ha construido Bálbos en la tierra firme frontera. La ciudad yace en la parte occidental de la isla, y cerca de ella, en la extremidad que avanza hacia el islote, se alza el Krónion. El Herákleon está en la otra parte, hacía el Oriente, en el lugar donde la isla se acerca más a la tierra firme, de la que no está separada más que por un canal de un estadio de ancho. Dicen, además, que la ciudad dista del santuario doce millas; esto es, un número de millas igual al de los trabajos (de Heraklés); pero, en verdad, la distancia es algo mayor: tanta como es de larga la isla midiendo la longitud de ella desde su extremo occidental hasta el oriental.

Para Pherekýdes parece ser que las Gádeíra son Erýtheia, en la que el mito coloca los bueyes de Geryónes; mas, según otros, es la isla sita frente a la ciudad, de la que está separada por un canal de un estadio. Justifican su opinión en la bondad de los pastos...

Sobre la fundación de las Gádeíra, he aquí lo que dicen recordar los gaditanoí: que cierto oráculo mandó a los tyrioi fundar un establecimiento en las Columnas de

Heraklés... En la tercera expedición fundaron Gádeira, y alzaron el santuario en la parte oriental de la isla, y la ciudad en la occidental». (Versión de GARCIA Y BELLIDO, ed. 1968: 174 ss). (V. también nuestras notas 2 y 3)

Schulten, sin embargo, discrepaba en la lectura de algunos de los párrafos más sobresalientes de este texto de Estrabón y procedió a traducirlos de la forma que sigue:

«... el Gaditano Balbo... les edificó una segunda ciudad que llaman «Ciudad Nueva», llamándose el conjunto de las dos ciudades «Ciudad Gemela». Esta ciudad (Nueva) tiene una periferia de sólo 20 estadios... La ciudad está en la parte Oeste de la (gran) isla y en su extremo está el templo de Kronos, junto a la íslita... Ferécides parece identificar a la ciudad de Gades con Erytia... Otros suponen que Erytia sea la isla (isla de León) al lado de la ciudad de Gades, que está separada (del Continente) por un brazo de mar de un estadio de anchura». (Versión de SCHULTEN, 1952: 118)

Agatemero, por su parte, nos facilitaba la siguiente valiosa información, tomada posiblemente de Artemidoro:

«Por lo demás, diremos los perímetros de las islas de nuestra latitud, tomando los datos de Artemidoro, Menipo y otros autores fidedignos. Gades tiene una longitud de ciento ocho estadios y una anchura de diez y seis... ». (Versión de SCHULTEN, 1925: 239)

Pomponio Mela, al hablar de ciertas islas de Hispania, nos contaba que:

“... la que no conviene olvidar es la de Gades, que confina con el Estrecho y se halla separada del continente por un pequeño brazo de mar semejante a un río. Del lado de la tierra firme es casi recta; del lado que mira al mar se eleva y forma, en medio de la costa, una curva, terminada por dos promontorios, en uno de los cuales hay una ciudad floreciente del mismo nombre que la isla, y en el otro, un

templo de Hercules Aegyptius... ». (Versión de GARCIA Y BELLIDO, ed. 1977: 38 s). (V. además nuestra nota 4)

Plinio el Viejo, en fin, escribía lo siguiente:

“Al comienzo de la Baetica y a 25. 000 pasos de la boca del estrecho hállase (la isla de) Gades, que tiene una longitud, según escribió Polýbius, de 12.000 pasos y una anchura de 3.000. En la parte donde se aproxima más a la tierra firme dista de ésta menos de 700 pies, pero en las restantes se aleja en más de 7.000. Su extensión es de 15.000. Tiene un “oppidum” que goza de los beneficios del derecho romano, al que se le llama Augustana Urbs Iulia Gaditana. En la parte que mira a la (tierra firme de) Hispania y aproximadamente a 100 pasos hay otra isla de 1.000 pasos de longitud y otros 1.000 de anchura, en la cual antiguamente estuvo el «oppídum» de Gades. Es llamada Erythea por Ephorus y Philistides por Timaeus y Silenus Aphrodisias, y por los naturales Insula lunonis. Según Timaeus, la mayor fue llamada Cotínusa por sus olivos. Nosotros (los romanos) la llamamos Tartesos, mas los púnicos Gadir, lo que en lengua púnica significa reducto. Fue llamada Erythea porque los tyrios, sus aborígenes, se decían oriundos del Mare Erythrum. Según opinión de algunos, aquí vivió en otro tiempo Geryones, al que Hércules arrebató los ganados; pero hay quienes creen que esta isla es otra, a la que colocan frente a la Lusitania y la citaban allí antes con el mismo nombre”. (5) (Versión de GARCIA Y BELLIDO, ed. 1977:144 s)

En resumidas cuentas, de las fuentes clásicas se infieren una serie de conclusiones fundamentales, a saber:

- 1.- La existencia, en la Edad Antigua, de un auténtico «archipiélago» en el área de la bahía gaditana (6).
- 2.- La situación del núcleo urbano más antiguo, fenicio-púnico, en una isla que era denominada Erytheia o Erythia (según Avieno y Plinio) y, también, Aphrodisias e Insula lunonis (Plinio). Esta isla, al

parecer, se encontraba en la parte que mira hacia las costas de la Bahía (Plinio).

3.- La ubicación de un santuario consagrado a Venus marina -y en parte, al menos, de carácter subterráneo- en una isla que se hallaba hacia el Poniente (Avieno). Esta isla -cuya supuesta situación a Poniente podría tratarse de uno de los frecuentes errores de orientación en los escritores antiguos (2) -parece ser la misma ya citada «Aphrodisias», sede del primitivo asentamiento semita (explicándose el topónimo, consecuentemente, por la presencia del santuario dedicado a Venus marina o Aphrodita).

4.- La aparición de una población doble en época romana, Didyme, constituida por la pervivencia de la ciudad antigua (de raíz fenicio-púnica) más la ampliación de Balbo el Menor o Neápolis (Estrabón).

III. INTERPRETACIONES HISTORIOGRÁFICAS POSTERIORES

Sobre el objeto de nuestro estudio se ha escrito mucho en todas las épocas, como ya hemos comentado anteriormente. Debido a esto, en el presente apartado se ha procedido a hacer una recopilación de las interpretaciones más interesantes que se han ido sucediendo. Se ha pretendido, de esta forma, dar una idea del estado de la cuestión en el momento que comenzamos esta labor revisionista. Para ello, se han ordenado todas las aportaciones sustanciales con un criterio cronológico estricto, lo que permite la constatación de las progresivas tendencias interpretativas imperantes a lo largo del devenir historiográfico. No obstante esto, las opiniones relativas a la hipotética invasión marina del área de los antiguos asentamientos serán tratadas, más extensamente, en el próximo capítulo (relativo a la problemática geológica y paleo topográfica).

La historiografía medieval, fundamentalmente musulmana en este caso, es bastante parca en datos útiles para nuestra investigación. Esto se debe, probablemente, a que la proliferación de restos urbanísticos de la ciudad romana indicaba, bien a las claras, el solar que ésta había ocupado y, por consiguiente, el asunto no constituía tema de polémica. Es destacable, además, que las medidas que conocemos de la isla principal de Cádiz en esta época concuerdan bien con las proporcionadas anteriormente por los geógrafos clásicos (Cf. MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 74)

Tenemos noticia, concretamente, de que se trataba de una isla relativamente pequeña, de unas doce millas de longitud y una milla de anchura máxima (Cf. MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 10 s.). Poseemos, por otra parte, abundantes

menciones acerca de los monumentos de la Antigüedad aún existentes entonces (Cf. MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 46 ss). Estas referencias, no obstante, serán detenidamente analizadas en el capítulo VI, que trata de los “datos arqueológicos”.

Todo este panorama, sin embargo, va a cambiar notablemente en la Edad Moderna. La expansión urbanística, favorecida por el desarrollo del comercio atlántico y el descubrimiento del Nuevo Mundo, va a provocar la ampliación progresiva del hoy denominado “casco antiguo” y la destrucción sistemática de las venerables ruinas que existían por doquier (motivada tanto por la reutilización de los materiales aprovechables -lo que posiblemente se inició ya en época medieval- como por la propia ocupación física de los solares). Esto motivaría el progresivo olvido de la exacta ubicación de los primitivos núcleos de asentamiento, dando lugar al comienzo de las polémicas sobre el particular. De entre toda la historiografía “moderna”, es preciso destacar a una serie de relevantes estudiosos, a saber: Horozco, Abreu, Suárez de Salazar, Ramírez de Barrientos, el marqués de Mondéjar, el P. Concepción, los PP. Rodríguez Mohedano y Masdeu.

Agustín de Horozco (7) compuso, a fines del siglo XVI, una valiosa historia de nuestra ciudad; obra que escribió, al parecer, en tres redacciones diferentes (Cf. ANTON, 1973: 82 ss). Hemos de lamentar que, de la posible primera versión (c. 1589), se haya perdido precisamente el capítulo que versaba -según sabemos por el índice, que se ha conservado- acerca de: «*En qué parte fué la primera población de esta ciudad de Cádiz...* » (HOROZCO, ed. 1956, p. XIII). Sin embargo, sobre los nombres de las antiguas islas gaditanas, comenta:

“Cerca de esta isla de Cádiz se tiene muy por cierto y averiguado que antiguamente hubo unas pequeñas isletas nombradas Afrodísias de una de las cuales cuenta Estrabón tanto frescor y vicio en la hierba...”

Erithía o isla de Juno llamaban esta isla y era de los vecinos de Cádiz, donde tenían muchos jardines,

heredades y casas de recreación para su placer y descanso y sino se tuviera por opinión común que estas islas. Afrodísias han desaparecido y anegándolas el mar sin que se atine con la parte donde fueron, me parece pudiera ser la Eríthia ésta de Sancti Petri, porque la distancia en que dista de esta isla es la que afirman tuvo aquélla y porque la hierba que en ella hay es poco menos que la propiedad referida para el ganado que la pasta“. (HOROZCO, ed. 1956: 43)

En la redacción de 1591, al hablar de los restos hallados en la zona de la: Puerta de Tierra, dice Horozco:

«Porque desde aquí a la ermita de San Sebastián do fué la primera población se debió extender la que los romanos acrecentaron por los muchos cimientos y paredones antiguos, suelos de algibes y otros edificios que se ven por todo aqueste trecho». (HOROZCO, ed. 1929:104)

Por otra parte, refiriéndose a la punta de San Sebastián, indica Horozco:

«Señálase esta punta desde la ermita de Santa Catalina que está al fin de la caleta y desde ella a la de San Sebastián es la mitad del trecho muy angosto lleno de paredones y cimientos más parecidos y levantados que en otra parte, que como está dicho muestran ser las ruinas de la antigua y primitiva ciudad, a donde se rematan estos edificios se estrecha tanto que en cada creciente se junta el mar con la caleta y si de tres años a esta parte no se hubiera reparado este angosto cuello quedada (sic) distinta del todo y apartada la tierra que de allí adelante hay a la ermita de San Sebastián... » (HOROZCO, ed. 1929: 153 s)

Acerca de la «Neápolis», expresaba Horozco su desconocimiento de la siguiente manera: ,

« Yo no aceptaré a concordar si esta ciudad fue alguna sujeta y de la jurisdicción de Cádiz, o que estuviese en su isla o que la ciudad principal de Cádiz y ésta hubiese sido toda una o si acaso lo que hizo su natural Cornelio Balbo

fue renovarla haciendo alguna nueva parte o barrio para acrecentarla y ennoblecerla... » (HOROZCO, ed. 1929:149 s)

También, al describir la reedificación de la ciudad tras ser «reconquistada» por Alfonso X El Sabio, hace el siguiente comentario curioso:

«En la parte que demostraba haber sido y estado antes la ciudad en lo más cómodo y fuerte de ella, fue donde se fabricó e hizo ésta su reedificación». (HOROZCO, ed. 1929: 119). (8)

En la última versión de su historia de la ciudad, fechada en 1598, demuestra Horozco una total confusión con respecto a las antiguas islas y sus poblaciones. Así, dice concretamente:

«Cerca desta isla de Cádiz cuentan diversos autores... que avía otras quatro o cinco islas que se llamaron Afrodiasias, nombre griego, lo mesmo que islas de Venus, dandolas a conocer con estos nombres, Junonia, Atera, Cotinusa í Didíma... La Atera entienden que es la mesma que la Eritrea...

Si es así que ovo todas estas islas, maravilla es ver el poco rastro que á quedado dellas, si acaso no es el de alguna la pequeña isla de Santí Petro, i la otra esta parte de la isla de Cádiz llamada Isla de Leon, particularmente la Didima, pues sirve agora a los de Cádiz de parte de aquel entretenimiento de heredades, caza i jardines (HOROZCO, ed. 1845: 145)

Además de estos párrafos referidos, cuyo carácter confuso se debe a los datos imprecisos que recogió de escritores anteriores, insiste Horozco de nuevo en su antigua afirmación de que:

«En aquel primero sitio í solar en que antiguamente avia sido í estado esta ciudad, í quando los romanos la poseyeron, se labró í puso la nueva villa de Cádiz... » (HOROZCO, ed. 1845: 109)

Otro escritor a destacar fue Fr. Pedro de Abren (9), el cual -a fines de 1596 o comienzos de 1597, al parecer tenía ya compuesta una curiosa descripción de la isla y ciudad de Cádiz. En esta obra se detallan con cierta amplitud los antiguos restos monumentales del lugar, pero -ya que no se exponen en ella teorías acerca de la ubicación de la ciudad primitiva- será colacionada al tratar de los aspectos arqueológicos, es decir, en el capítulo VI.

Juan Bautista Suárez de Salazar (10), autor de una obra fundamental sobre las antigüedades gaditanas, opinaba sobre el tema de las islas lo siguiente:

“Bolviendo a mí intento, el nombre que dieron a Cádiz después del Tartessio; y principalmente a su menor Isla, que oy llamamos de Leon, fue ERYTHIA, como lo escribe Plinio”. (SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 43) (11)

«Llamose también esta Isla de Cadiz, APHRODICIA, o como dize Plinio, siguiendo a Timeo y Sileno, sola la Isla menor, que oy llamamos Isla de Leon, a quien sus antiguos moradores llamaron de Iuno». (SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 45)

Sin embargo, Suárez de Salazar -que, como vemos, escribía a comienzos del siglo XVII- interpretó erróneamente las palabras de Estrabón relativas a las poblaciones asentadas en las mencionadas islas gaditanas, ya que afirma textualmente:

“QVATRO Poblaciones, escribe Strabon, que tuvieron las Islas de Cadíz: las tres en esta Isla mayor, y la otra en la Isla de Iuno, que oy llamamos de Leon, bojando todas ellas, conforme la autoridad de Plinio, casi quatro leguas... A estas quatro Poblaciones por estar las unas poco distantes de las otras, y ser todas gobernadas por unas mesmas leyes, y costumbres, las llamaron a todas juntas ciudad de Cadiz; porque Neapolis, y Didyma, y la otra que despues se hizo a imitación suya, eran verdaderamente arrabales, suburbios desta ciudad”. (SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 96)

“Otra ciudad dize Strabon que uvo (sic) en esta Isla mayor edificada por Cornelio Balbo natural de Cadiz, el qual entró triumphando en Roma de los Garamantas, a que llamó, NEAPOLIS, que es lo mesmo que ciudad nueva... De la principal poblacion, y desta que hizo Balbo, se añadió otra distante de Neapolis veynte stadíos, que hazen poco mas de media legua, a que llamaron, DIDYMA, como la que tenía gente de dos poblaciones, y avia producido dos hijos de un parto, que esto significa en la lengua Griega esta palabra, DIDYME... Fue de pocos vezínos, y los mas pescadores, y gente de mar. Estuvo, según parece, donde son aora las Almadras de Hércules: porque dize Strabon, que los moradores desta Dídyma a su competencia se passaron a poblar a la Isla que tiene muy cerca; por su gran fertilidad; que es la que oy llamamos Isla de Leon ... “ (12) (SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 48 s)

Por esta misma época (primera mitad del siglo XVII) trabajó también -sobre las antiguas grandezas de la ciudad- el chantre Antonio Ramírez de Barrientos. Mas de este autor sólo nos ha llegado un manuscrito sobre numismática gaditana, en el que -si bien aporta numerosos datos de interés arqueológico, como después constataremos- no emite hipótesis alguna acerca de la extensión del área urbana primitiva. (Cf. RAMIREZ DE BARRIENTOS, c. 1643)

Algo más tarde (1687), Gaspar Ibáñez de Segovia, más conocido como el marqués de Mondéjar, tenía confeccionada ya su famosa «Cádiz phenicia», en la que critica los errores en que había incurrido el ya citado Suárez de Salazar. Refiriéndose, en concreto, a las noticias suministradas por Estrabón, observaba Mondéjar:

“3 Ante todas cosas advierte aumentó Cornelio Balbo á la antigua Cadíz su patria, otra que se llamó al principio la nueva, y que de entrambas se formó despues una que comprendía veinte estadios de circuito, á que dieron los Griegos el nombre de Dídyma, que equivale lo mismo que duplicada, desde quando empezaron á denotarla los Latinos con el nombre de Gades en plural, como se ofrece

siempre en sus escritos. Pero copiémos las palabras de el Geographo, para que mejor conste quan de otra manera de lo que suenan las entiende Salazar... Sí es esto lo mismo que deduce Salazar de su contenido, con facilidad se percibe con hacer el cotejo...

4 Si no copiase á la letra el mismo lugar de Estrabon, tuviera alguna disculpa: pero puede haber cosa mas opuesta tí lo que refiere, que asegurar era la Didyma distinta de la antigua Cadíz, y de la Ciudad nueva, que había fundado Balbo y distante de ella veinte estadios, quando expresamente afirma aquel Geographo, que porque de estas dos se formó una poblacion que tenía veinte estadios de circuito se llamó Didy- que equivale lo mismo que duplicada... y la razon de ser menos habitada no era por constar de pescadores, pues estos siempre se recogen de noche en sus casas, sino porque sus ecinos como dados desde su origen tanto á las navegaciones y comercios, segun advierte en otra parte el mismo Estrabon, estaban casi siempre fuera de su patria: también dixera mej . or, que veinte estadios forman poco menos de una legua, pues consta de veinte y quatro, que es mas de medía, si la sobran ocho". (13) (MONDEJAR, ed. 1805, 11: 261 ss)

El siguiente relevante historiador con que nos encontramos es el conocido Fr. Jerónimo de la Concepción (14). Este escritor ha sido a veces menospreciado por su tendencia "fantasiosa" en algunas de las cuestiones que aborda, pero -si bien es ello cierto para algunos pasajes de su obra- también es verdad que facilita abundantes noticias de la mayor importancia. Ciñéndonos a lo que nos interesa, hay que destacar, sin embargo, el erróneo concepto que poseía sobre la «Dídyme» (a la que consideraba una isla), llegando a afirmar que:

« Yo juzgo, que esta Isla Dídyma, que pone Estrabon, es la que oy llamamos Isla de Santi Petrí, distante un estadio de la de Leon, y que Suarez se equivocó diziendo estava distante media legua: porque Estrabon díxo de ella, que

tenia algo mas de veinte estadios de circuito... no hablando nada de la distancia, y esso es con poca diferencia, lo que oy abraça esta Isleta ». (CONCEPCION, 1690: 42)

Acerca de la “Neápolis” -que denominaba “Nápoles”- la opinión del P. Concepción es terminante, expresándola repetidamente en los siguientes párrafos:

“14. Otra Población situa Estrabon en esta Isla de Cadiz, que síbien (sic) Suarez la pone junto a la Dídyma, me persuado es mas verosímil, que estuvo a la parte mas Occidental de la Ciudad en la Isla, que oy llamamos de S. Sebastian. Y lo indican las muchas ruinas de edificios antiguos, que azia aquella parte cada día se descubren entre las aguas, manifiestos indicios de su antigua poblacion. La qual dize Estrabon, que edificó Cornelio Balbo hijo de Cadiz, y que la llamó Napoles, que es lo mismo, que Ciudad nueva, como tambien edificó la Didyma, y poblo la de Leon”. (15) (CONCEPCION, 1690: 42)

«Porque esta Ciudad de Napoles estuvo en la parte Occidental de la Isla, que oy llamamos Punta de S. Sebastian, segun lo indican las ruinas de edificios, que cada día se descubren en las aguas azia aquella parte, y sitió, que ocupó tanta ciudad, mucha capacidad arguye. Pero la injuria de los tiempos, y continuo batir de los mares mucho mas consume, pues no nos ha dexado mas de lo que oy gozamos». (CONCEPCION, 1690: 96 s)

“No fueron menores los beneficios, que recibió Cadiz de este Segundo Balbo, que los que avia recebído de el primero. Edificó en Cadíz la Ciudad de Napoles, en la Isleta de S. Sebastian, de que ya hizimos mención en el Cap. 6 y otras dos Poblaciones junto a la Isla de Leon, todas en orden a ampliar mas su Patriá, y dilatar la habitación de sus muchos verzinos... “. (CONCEPCION, 1690:125)

“Lo que yo he llegado a discurrir no sé si con novedad, que en esta Isleta, o Promontorio estuvo situada la antigua Ciudad de Napoles, que edificó Cornelio Balbo natural de Cadiz, de que di alguna noticia en el Lib. I y me persuaden a ello las ruinas grandes de edificios, que entre las aguas se descubren por todo aquel contorno». (CONCEPCION, 1690: 591 s.)

Tras el P. Concepción, se produjo un notable vacío -de casi un siglo de duración- en cuanto a opiniones de interés acerca de la problemática aquí desarrollada. Una vez transcurrido este lapso de tiempo, entran en escena los tres últimos estudiosos encuadrables dentro de esta historiografía “moderna”: los PP. Rodríguez Mohedano y Juan F. de Masdeu.

Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano, en una certera nota a pie de página, procedieron a aclarar, definitivamente, el confusionismo existente en torno a las expresiones “Neápolis” y “Didyma” o “Didyme” escribiendo:

“En la edicion de Basilea 1549 se lee... De lo qual podía inferirse que Didyma era otra ciudad distinta de Cadiz la antigua y la nueva; y colonia de ambas. En efecto así lo entiende Suarez de Salazar. Pero es mas natural la version de Xilandro, y que la misma ciudad de Cadíz se llamase Didyma, por ser compuesta de dos poblaciones, la antigua, y la nueva de Cornelio Balbo». (RODRIGUEZ MOHEDAN(), 1772: 141)

Masdeu en fin, se manifestó -sobre los nombres de las antiguas ínsulas gaditanas- de esta suerte:

“Las dos Islas famosas del mismo mar, Cadíz y Santi-Petri, tuvieron antiguamente varios nombres... la primera se llamó Gades, Tartesso, y Cotinusa; y la segunda Aphrodisia, Junonia y Eritia». (MASDEU, 1790: 30)

Así las cosas, asistimos al advenimiento de la historiografía de la Edad Contemporánea. Esta fase la hemos subdividido metodológicamente -debido a los progresivos cambios operados en las mentalidades de los investigadores, en sus

procedimientos de trabajo y en las orientaciones del estudio- en tres subfases historiográficas: el siglo XIX, los tres primeros cuartos del XX y el período comprendido desde 1976 (que es la fecha clave en que se produce, como ya veremos, un inesperado giro en el enfoque de la cuestión) hasta la actualidad.

La primera etapa -siglo XIX- se va a caracterizar, básicamente, por un continuo volver la vista atrás, es decir, por un asumir -en general- los datos y las interpretaciones de la anterior historiografía «moderna». La raíz de dicha tendencia está en la ya entonces casi absoluta destrucción de los restos arqueológicos monumentales (que hubiesen podido ofrecer cierta orientación esclarecedora, de no haber desaparecido). En concreto, se observaría una progresiva reducción de las poblaciones antiguas a la zona de la Caleta (teoría ya enunciada, por otra parte, por los historiadores precedentes). En esta época, es preciso resaltar -además de otros autores de menor entidad, que también serán citados- las figuras del conde de Maule, Adolfo de Castro y los hermanos Vera.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule (16), escribió un interesante tratado sobre Cádiz a comienzos de la segunda década decimonónica. Este investigador, que en ocasiones hizo gala de una intuición característica, abordó la cuestión con un enfoque no exento de cierta originalidad. Así, a pesar de confundir aún los términos «Neápolis» y «Didyme», afirmaba que:

«... lo que no tiene duda es que la antigua Cadiz estuvo situada hacía la Caleta, muralla del Sur y playa de Santa Maria, como se deduce de las ruinas del anfiteatro que cita Salazar se encontraron en su tiempo en las excavaciones hechas hacía Puerta de Tierra, y varios fragmentos que se observaban en otras partes». (CRUZ, 1813: 10 s)

«La otra Ciudad Didima ó Gemela que fundó el cel. Balbo, la qual segun Mondejar refutando á Salazar constaba de veinte estadios y se había unido á Cadíz formando ambas una sola Ciudad de poco menos de una legua de

extension; debio estar colocada hacia la bahía, ahora plaza de S. Juan de Dios, como diremos mas adelante». (CRUZ, 1813: 12)

«A este último (Balbo el Menor) se atribuye la nueva Ciudad que hizo construir inmediata á la antigua para darle mas extension. Presumimos que esta poblacion se edificaría hácia la plaza de S. Juan de Dios respecto de la inmediacion que dice Strabon había de una á otra, por lo qual la nombra Didima, esto es Gemela ó sea hermana. Reflexionando pues, sobre lo que dicen los autores de la situacion de la antigua Cadiz, nos parece que debió tener mucho terreno que la mar le ha quitado hácia el costado de la Catedral, antigua plaza de toros y barrio de Santa María. Plinio lo indica clara-mente. Sentada pues, como presumimos, la Ciudad parte en la que es ahora mar, y parte en el costado de la Catedral hasta el Castillo de Guardias Marinas... ». (CRUZ, 1813: 97 s)

«Destruida la primitiva Ciudad situada en la playa de Santa Maria por las aguas de la mar, pudo conservarse la didima ó gemela que está colocada en bastante altura. Esta, con alguna cosa de la primitiva, seria la que describió Festo Avieno a principios del IV siglo; y parte de esta solamente la que encontró el rey D. Alonso quando la conquistó de los Arabes en 1262, que á la verdad no era mas que un presidio». (17) (CRUZ, 1813: 101)

Poco después, el barón de Férussac haría observar, por su parte que:

"Il paraît que, sous le nom de Cadix, quelques anciens désignaient plusieurs îles; Philostrate, entr'autres, parle toujours de Gadés au pluriel; et, en effet outre l'île de Cadix, où était la ville de ce nom, Strabon et Plîne font mention d'une petite île où était le temple d'Hercule, et d'une troisième qu'ils distinguent de la grande et qu'ils, nomment Erythie. De ces trois îles deux seulement se retrouvent aujourd'hui sans difficulté, les deux premières;

la troisième est restée problématique et a donné lieu à de longues discussions qui n'ont pas fixé les opinions.

Quant à Cadix même il ne peut, comme nous l'avons dit, exister de doutes fondés, sur son ancien emplacement.

On s'accorde généralement à regarder l'île Sancti Petri, comme étant celle où était le temple d'Hercule.

Enfin l'île Erythie, si l'on en croit le témoignage de Pline, ne peut être que l'île de Léon d'aujourd'hui ... » (18) (FERUSSAC, 1823: 21 s).

«Il est inutile de chercher un accord parfait entre les mesures indiquées par les anciens et l'état actuel, Ces mesures étaient plus ou moins approximatives, et il reste toujours quelques indécisions sur la valeur de l'unité employée... Ainsi il est difficile de prétendre à un plus grand accord, d'autant qu'il est impossible de connaître les points précis de départ pour ces mesures comparées, car il faudrait savoir où commençait Cadix du temps de Strabon». (FERUSSAC, 1823: 24)

Más tarde, J. N. Enrile -en una a modo de guía para el turista que dio a imprenta en 1843- volvió a insistir en la interpretación tradicional que ponía en relación las piedras del arrecife que da acceso al Castillo de San Sebastián, en la zona de la Caleta, con los restos de la población antigua. (ENRILE, 1843: 11 s)

Y nos encontramos así, por aquella misma época, con otra gran figura de la historiografía gaditana: Adolfo de Castro y Rossi (19). La primera vez que este historiador expresó su opinión sobre este asunto -en 1845- mencionó también, de paso, el punto de vista de un célebre coleccionista de antigüedades locales. En concreto, Castro escribió que:

«La antigua ciudad de Cádiz fue poco á poco gastada y deshecha por el violento empuje de las olas del mar del sur. El lugar que ocupa la moderna, según opinión del ilustre anticuario Don Joaquín Rubio, fué el enterramiento de los romanos: cosa que confirma diariamente multitud

de lápidas halladas al cabar antiguos cimientos de edificios». (20) (CASTRO, 1845: 23)

Posteriormente, en 1857, Castro se definía ya claramente partidario de que:

«La primitiva ciudad de los fenicios y cartagineses debió estar en la isla de S. Sebastian y por todo el lado de la Caleta». (21) (CASTRO, 1857: 50)

En el siguiente año de 1858, Adolfo de Castro precisaría más su opinión acerca del Cádiz fenicio-púnico, indicando que:

«La situación de la ciudad era en la parte occidental de la isla. En esto concuerdan Strabon, y los vestigios que aun hoy parecen, convertidas las ruinas de los soberbios edificios en peñascos batidos incesantemente por las olas del mar. El puerto fenicio estaba segun creo, no en lo que hoy conocemos por bahía, sino inmediato a la Caleta, dividiéndose la ciudad en la isla de San Sebastián y en el espacio por donde se estienden las peñas que hay fronteras al castillo de Santa Catalina (22) (CASTRO, 1858: 99)

Al año siguiente, Castro se reafirmaría en su creencia de que la primitiva ciudad fenicia se hallaba en la zona de la Caleta e isla de San Sebastián (Cf. CASTRO, 1859: 55 y 1 14). Por último, en 1862, nos dio su punto de vista sobre la situación de la ciudad romana, afirmando que:

"Cádiz estaba donde hoy: no pasaba su circuito, por la parte de tierra, del mismo que hoy tiene». (23) (CASTRO, 1862: 25)

En 1884, la «Revista Artística v Literaria» de Cádiz un artículo del arquitecto Adolfo Morales de los Rios titulado «Un poco de Historia gaditana». En este artículo fechado a 1º de agosto de ese año y publicado en tres números consecutivos de la mencionada revista, el autor expresaba las siguientes opiniones:

«Por lo que de Cádiz he leído, por su posición, por la naturaleza de su constitución subterránea, debe

presumírse con visos de certitud, que este pueblo se redujo en un principio al acropolís ó promontorium que se advierte aún hoy, hacía el N. E. de la ciudad y á la isla en que se asienta el faro actual de San Sebastián y terrenos adyacentes... Eritrea debieron formarla el islote de San Sebastián y terrenos adyacentes hoy sumergidos... Gaddir, por su parte, debió ocupar lo que son hoy alrededores de la Plaza de los toros; la Catedral vieja, que en sus trazos generales conserva no sé qué rasgos de herencia antigua, y en cuya vecindad son perceptibles restos degenerados de arquitectura romana en la época de su decadencia; Puerta del Pópulo ó antigua de la Mar, cuyo solo nombre es un dato histórico; alrededores de San Juan de Dios (la primitiva iglesia cristiana de Cádiz), y barrios que terminan en la Fábrica de Tabacos y Puerta de Tierra. Las encrucijadas, cuestas y escalerillas que afecta el plano de la ciudad hacía aquel extremo, recuerdan los vestigios actuales de aquellas antiguas acropolis de los puntos ocupados por los fenicios, los pelasgos los rhodios y los helenos, en general fundadores de colonias cual la célebre Eritrea-Gaddir». (MORALES DE LOS RIOS, 1884, núm. V: 3)

«El natural y progresivo desarrollo de Eritrea-Gaddir, bajo los cartagineses, fué tan considerable, que destruida parte de la ciudad por una tempestad, hubo de fundarse la parte nueva sobre el antiguo cementerio que ya ocupaba -dice Guichot- del primitivo puerto, vecino á la Puerta del Mar...

No estoy conforme, pues, con todo lo dicho ó supuesto hasta ahora sobre la situación de Gades y tampoco en que esté sumida entre la actual población y Sanctí-Petri; mucho ménos, que esta isla fuese la Eritrea fenicia; demasiado lejana de la Gaddir que se supone anegada por el mar, para que existiesen aquellas relaciones fáciles que entre Gaddir y Eritrea nos dá cuenta la historia. Eritrea-Gaddir ocupó (salvo mejor parecer) el sitio que hoy ocupa Cádiz... La Gades antigua está en parte bajo nuestras plantas. Restos fenicios prueban la preexistencia

de la Gaddir en el punto que hoy ocupa». (MORALES DE LOS RIOS, 1884, núm. VI: 3)

Tres años más tarde, los hermanos Juan Antonio y Francisco Asís de Vera y Chiller publicaban un interesante librito titulado: «Antigüedades de la Isla de Cádiz». En esta obra, los autores asumieron plenamente algunos puntos de vista de los historiadores precedentes, llegando incluso a volver a caer en el ya superado error -en que había incurrido Suárez de Salazar- de considerar a la Didyme como un núcleo urbano distinto de la ciudad más arcaica y de la Neápolis (Cf. VERA, 1887: 48). Por otro lado, tras insistir en su creencia de que las primitivas poblaciones yacían “*derruidas y cubiertas por las aguas del Océano*” (VERA, 1887: 47), decían -coincidiendo con algunas indicaciones hechas ya, en cambio, por Adolfo de Castro para la ciudad más antigua- que:

“La situación de la principal ciudad romana, era a la parte occidental de la isla, según expone Strabon, y su puerto inmediato á la Caleta; dividiéndose la ciudad en la isla de San Sebastián y en el espacio cubierto por el mar al NNO. del Castillo de Santa Catalina.

Lo que hoy llamamos Caleta sería en aquella época tierra firme, así como el arrecife de piedras que se extiende desde la puerta que toma aquel nombre al islote de San Sebastián. Sus límites se extenderían en la parte SSO. de esta isla desde las murallas que hoy tiene esta población por ese sitio, a buscar el Océano.

Las piedras que se encuentran fronterizas al Castillo de San Sebastián, son según varios escritores, el lugar donde tuvo asiento la ciudad”. (VERA, 1887: 48)

Como colofón del período decimonónico, mencionaremos a Antonio de Portugal de Faria y a José Guillermo Autran. El primero de ellos, en 1898, se haría eco también de la creencia -cada vez más tópica- de que en el promontorio de San Sebastián se hubiesen asentado tanto la primitiva Cádiz fenicia como la Neápolis (Cf. FARIA, 1898: 44 s). Por otra

parte, el segundo de los autores citados -inmerso en una confesión total- llegó a afirmar que:

«Balbo fué el que fundó las Didymas ó gemelas, una de las cuáles estaba situada en el lugar en que hoy se alza la ciudad de Chiclana». (AUTRAN, 1898: 43)

De esta forma, pasamos ya, por fin, a la revisión de los estudios verificados en el presente siglo. Y comenzaremos, pues, por esa segunda etapa de la historiografía “contemporánea”, que abarca -como ya hicimos notar- los tres primeros cuartos de la actual centuria, aproximadamente. Este período se caracteriza, en líneas generales, por una intensificación -tanto en cantidad como en profundidad analítica- de los trabajos que, más o menos marginalmente, han tratado la problemática que desarrollamos aquí. De entre todos los autores que citaremos, los fundamentales son, sin duda, Schulten, Pemán y García y Bellido. Estos tres investigadores destacan por sus continuas referencias al asunto que nos ocupa, por lo que sus puntos de vista serán expuestos con un orden cronológico individual que permitirá constatar sus progresivas reafirmaciones o mutaciones en sus criterios.

Mas, en primer lugar, recogeremos la opinión de Santiago Casanova, el cual describía en 1905 el Cádiz romano -con el típico error de considerar a la Didyme como otra población independiente de la dudad más antigua y de la Neápolis- de esta manera:

«Figuráos la misma gráfica situación de la ciudad de ahora, porque en sus límites y distancias era igual á la antigua y pongamos las cuatro ciudades que constituían la isla de Cádiz, en la forma siguiente:

La fundada por Balbo, Neapolís, en la llamada plaza de San Juan de Dios, tomándole terreno al mar del N. y todo el barrio de Santa María: la otra ciudad en la Caleta y Parque, hasta la calle Ancha, etcétera, con anfiteatro, naumaquia y depósitos de aguas potables: la tercera ciudad, ó sea la Didíma, cerca de San Fernando, llamada

isla de Juno, y la primitiva, ó por decirlo así, prehistórica, en la isleta de Santi Petrí.

La Dídima como parte de la Neapolis, no subsistió, pues el mar se llevó parte de la ciudad por el lado del S., y en esta citada se reunió la parte S.O., formando una población de belleza y magnitud extrema... ». (CASANOVA, 1905: 10)

En 1913 (24), Guillermo Smith se limitaba a aseverar -siguiendo algunos juicios emitidos ya por el conde de Maule cien años antes- que la población antigua fue destruida por el mar, borrando éste todo vestigio sumergido de aquélla. (25) (SMITH, 1913: 372).

En 1922 se llegó, incluso, a querer situar la Neápolis en las inmediaciones del llamado Castillo de San Romualdo, en el área de San Fernando. (Cf. CARPIO, 1922: 36).

Pasamos así al primero de los grandes estudiosos contemporáneos de la cuestión: Adolf Schulten. Este conocido investigador alemán, tras una primera gestación de sus ideas sobre el Cádiz antiguo con motivo de su visita en verano de 1922 (Cf. SCHULTEN, 1923), concretó su punto de vista ya en 1924 -en la primera edición española de su famosa obra «Tartessos»- con las siguientes manifestaciones:

«La más antigua Gades estaba en la pequeña isla de San Sebastián, al oeste de Cádiz... Más tarde se extendió Gades a la gran isla, la actual Cádiz». (SCHULTEN, ed. 1924: 37)

«Fundada Gades... El paso inmediato que dieron los colonos fue extender su territorio de la pequeña isla a la grande, a la actual Cádiz». (SCHULTEN, ed. 1924: 39)

Un poco después, afirmaba también Schulten -insistiendo en la identificación de la Erythela que ya había propuesto en SCHULTEN, 1922: 106 y 163- que:

“Por Eritia, la isla del crepúsculo vespertino, del Oeste, se entendió primero la isla rodeada por los dos brazos del río

Tartessos: así en Estesícoro... y también quizá en Ferécides...

Más tarde, después de la destrucción de Tartessos, se transportó equivocadamente el nombre a Gades, que se confundió con Tartessos... identificándose primero con Eritia la mayor de las dos islas de Gades (Estrab. 169), más tarde, en cambio, con la menor, la isla de S. Sebastián al W. de Cádiz, aunque por su pequeñez era menos apropiada que la mayor para que allí se apacentasen los bueyes de Gerión. Tal identificación de Eritia con Gades se encuentra tal vez ya en Herodoto... con seguridad en cambio en Éforo y Filístides.

La isla fue llamada Aphrodisias por el oráculo de la diosa que los indígenas llamaron unas veces Venus marina... y otras Hera. Que en San Sebastián estuvo la antigua Gades púnica lo dice Estrabón, 169; solamente la ciudad nueva romana estuvo en el lugar del Cádiz actual... ". (SCHULTEN, 1925: 59)

"Las dos islas de Gades son: 1) la gran isla con la ciudad romana y también con la actual; 2) la pequeña de San Sebastián situada al W. en la cual estuvo la Gades púnica... ". (SCHULTEN, 1925: 66)

"La mayor de las islas de Gades se denominó por los antiguos autores con el nombre mítico de Eritia... Timeo, por el contrario, la llamó con el nombre foceo de Kotínussa... La menor, S. Sebastián, a la que también se aplicó el nombre de Eritia... la denominó según la diosa indígena del mar, ya citada en el antiguo Periplo, Afrodísia (Avieno: Venus marina ...)". (SCHULTEN, 1925: 96)

Y acerca de las medidas transmitidas por Plinio y Agatemero -según datos de Polibio y Artemidoro- más las de Estrabón, manifestaba Schulten lo siguiente:

"La longitud de la isla de Gades la calcula también Estrabón 169 en 12 millas; en realidad son 18 Km. La anchura del istmo alcanza en el lugar más ancho, en el S., 12 Km, mientras que en el lugar más estrecho, en el

cuello, es de 0,5 Km, así como en la cabeza (ciudad de Cádiz) es de 2 Km

La anchura transmitida (4,5 Km) es incomprensible y probablemente constituye un error. La menor distancia del continente, 700 pies = 200 m., es el brazo de mar del canal Santípetrí, cuya anchura hoy es de 500 m. y más. La distancia de más de 7 millas (unos 11 Km.) es la del Portus Gaditanus, Puerto Real, desde Gades. Las 15 millas= 22 Km. representan probablemente la periferia de la isla grande". (SCHULTEN, 1925: 141)

"Las medidas de las islas mayores de Gades proceden de Artemídoro... y la misma medida reaparece en Estrabón, quien en la descripción de las costas sigue a Artemidoro. La medida de la longitud es exacta, pues hoy se miden 18 Km.= 100 estadios, siendo la mínima anchura hoy de 600 m.= 3 estadios, pues la tierra ha aumentado su extensión gracias a los aluviones. La medida antigua es importante para el conocimiento de las modificaciones de la costa desde la Antigüedad.

Como medidas de Polibio, da Plinio 4,119, para la longitud 12 millas= 96 estadios, para la anchura 3 millas= 24 estadios. Las medidas de Artemidoro difieren por lo tanto de las de Polibio". (SCHULTEN, 1925: 153)

En el otoño de 1927, efectuó Schulten una nueva visita a Cádiz -concretamente a la parte de la Caleta situada a la izquierda del fuerte de San Sebastián, donde suponía haberse hallado la Gadir fenicia- tras la cual se reafirmaría en sus hipótesis anteriores (26) (Cf. SCHULTEN, 1928: 203: s).

Por esta misma época, Pelayo Quintero Atauri (27), excavador de la necrópolis gaditana, indicaba también -en una historia de la ciudad que editó en 1928 en dos imprentas diferentes y que se ha reproducido también en los suplementos de «Diario de Cádiz» de 9, 16 y 23 de octubre de 1977- que: "Créese que esta ciudad tíria estuvo entre el Castillo de San Sebastián y el de Santa Catalina... ". (QUINTERO, 1928 b: 11). Y refiriéndose a la Neápolis, dice

Quintero -tras explicar su edificación junto a la antigua ciudad fenicia- que: *“Creemos que la ciudad se extendería por lo que hoy es barrio del Matadero y Santa María, pues según los autores, la extensión de las dos, era equivalente a tres cuartos de legua”*. (QUINTERO, 1928 b: 23).

Pero volvamos a Schulten, el cual en 1940 insistía en su punto de vista de esta manera:

« ... es la isla San Sebastián, al Oeste de Cadix (sic), en la cual estaba la Gades fenicia, antes de que Balbo construyera la Gades romana en el sitio de la Cadix (sic) actual... ». (SCHULTEN, 1940: 64).

En la segunda edición española de su «Tartessos», publicada en 1945 y reimpressa en 1972, Schulten continuó firme en su idea de situar la Gadír fenicia en la punta de San Sebastián. (Cf. SCHULTEN, ed. 1945: 61 ss).

En 1952, Schulten se ratificaba en su postura con las siguientes palabras:

«Gades es el nombre latín de Cádiz... refiriéndose los plurales Gadeira y Gades quizá a las dos islas: 1) la pequeña de San Sebastián con la ciudad fenicia, 2) la mayor con la ciudad romana y la Cádiz moderna». (SCHULTEN, 1952: 274)

«La ciudad nueva estaba en el mismo sitio de la Cádiz actual, que tiene un perímetro de 5.300 m., de manera que la Gades de Balbo, que tenía 20 estadios = 3.700 m., era más pequeña que la Cádiz de hoy, no llegando tanto hacia el sur como Cádiz, sino que parece que llegaba sólo hasta la catedral... » . (SCHULTEN, 1952: 276)

En este mismo año de 1952, Pedro Bosch-Gimpera afirmaba sobre el Cádiz fenicio lo siguiente:

« ... puede pensarse que por entonces no fué sino un punto de apoyo fortificado en la pequeña isla de San Sebastián, con el santuario de Astarté». (BOSCH-GIMPERA, 1952: 18 s)

Schulten, en fin, tanto en la segunda edición de su versión de la «Ora Maritima» de Avieno como en su tratado sobre la Geografía antigua de la Península Ibérica, se mantuvo siempre en la misma línea de pensamiento ya enunciada. (Cf. SCHULTEN, ed. 1955: 119; idem, 1959: 316 y 371 ss)

Mas, una vez presentada la opinión del gran hispanista germano, hemos de volver atrás para analizar las aportaciones paralelas del mejor conocedor -a nuestro juicio- de la problemática que nos ocupa. Se trata, claro es, de César Pernán Pemartín (28). Este investigador local se ha planteado en repetidas ocasiones -y siempre con gran rigor- las cuestiones referentes a la Paleogeografía zonal. Por ello, a pesar de haber emitido sus hipótesis en una época en que se desconocían absolutamente los nuevos datos que han variado el rumbo de la investigación, sus opiniones son siempre del mayor interés. Así, en 1941 y con motivo de la publicación de su ya clásico libro «El pasaje tartésico de Avieno... », escribía lo que sigue:

«Que Plinio llame a la segunda isla tanto Erythia como ,Aphrodisia -nombre que indudablemente corresponde a la del templo de Venus-, procede de que el autor romano confunde la isla a que Ephoro y Pliflistides llamaron Erythia, con la que, según Timeo y Sileno, se llamó Aphrodisia, a causa de estar las dos cercanas a Cádiz; del mismo modo Stépliano llama Aphrodisia a la que está entre Iberia y Gadeira... Todos los autores que hablan, en general, de dos islas gaditanas se refieren, sin duda, a las de Cádiz y León, ya que la de San Sebastián no es más que un pequeño accesorio de la de Cádiz, de la que ni siquiera se halla enteramente aislada... El decir Plinio que en la segunda isla estuvo la más antigua ciudad de Cádiz puede ser: o bien una realidad no confirmada hasta ahora arqueológicamente... o bien otra confusión con la isleta de San Sebastián, en la que acaso se asentó un núcleo de población muy temprano... De todos modos, afirmar en redondo, como hizo Schulten, que en el recinto de la isla de San Sebastián estuvo comprendido el más antiguo Cádiz, me parece aventurado». (PEMAN, 1941:72 ss)

«... he supuesto que la noticia de Plinio de que en Erythía (isla de León) se asentaba la más antigua Cádiz era una confusión con noticias referentes a la isla Aphrodisia... ». (PEMAN, 1941: 91). (29)

También en 1941, César Pemán dio a imprenta su no menos conocida «Memoria sobre la situación arqueológica de la provincia de Cádiz en 1940». En esta pequeña obra, que sería reeditada en 1942 y en 1954, destacaba el autor que:

“Es de particular interés el pequeño recinto conocido por la Villa, emplazamiento del Cádiz medieval y lugar apropiado para el más antiguo núcleo urbano”. (PEMAN, ed. 1942: 8)

Llegados aquí, es preciso sacar a colación la fructífera labor del malogrado profesor Antonio García y Bellido, que -partiendo, a veces, de datos acoplados por Pemán- también extrajo sus propias conclusiones acerca de la cuestión que nos interesa. De esta manera, al publicar en 1942 su obra «Fenicios y cartagineses en Occidente», escribió García y Bellido:

«... parece lo más verosímil que tanto el nombre de Erytheía como el de Aprodísias (sic) deban aplicarse a la isla de León, de escasa altura, hoy día rodeada de «caños» y salinas que enmascaran su antigua naturaleza insular... Por lo demás, estas dudas sobre los nombres y sobre sus reducciones tópicas se explican porque los autores posteriores al siglo VI que de ellas hablan, siguiendo citas más antiguas, no conocen ya estos parajes y se hallan por tanto desorientados sobre su posible identificación... En tiempos de Strabon, Plinius y Mela la localización de estos nombres ya era materia controvertible... Otro nombre aplicado también a la isla de Cádiz es el de Kotínoussa, es decir, la isla donde crecía el acebuche u olivo silvestre... La designación es muy antigua y debe datar, por lo menos, del siglo VII antes de J. C.... No sabemos sí el nombre de «Insula Junonís» que según Plinius daban los indígenas a una de estas islas es cosa cierta; mas parece una confusión de Plinius, ya que, según Strabon, había una isla llamada de Hera (es decir,

de Juno) en las proximidades inmediatas del Estrecho y por tanto mucho más al sur del grupo de Islas gaditanas». (GARCIA Y BELLIDO, 1942: 98 ss)

En 1943, al comentar críticamente la anterior obra de García y Bellido, observaba Pernán:

«Que la primitiva necrópoli de Cádiz estuviera más al Sur que la carthagínesa, no puede pensarse. El istmo se hace tan leve en esa dirección y ha sido constantemente tan removido, que no puede seguramente ocultar una necrópoli entera. Es seguramente -como piensa el autor del libro en cuestión- hacia el casco urbano donde hay que buscar lo más antiguo, y buenos indicios han aparecido de los que algo tengo publicado, aunque por desgracia sin resultado concluyente, respecto a cronología. Pero las noticias strabonianas sobre crecimiento de la ciudad en su época y erección de un nuevo barrio gemelo dentro de la propia isla (la Dídyme), fuerzan la interpretación de que la más antigua Gádír sólo ocuparía una de las dos leves crestas de la isla. La otra sería probablemente la necrópoli (hacia la Villa y el Monturrio actuales). En época carthagínesa se empezó a usar el terreno de Puerta de Tierra, y en tiempos de Balbo se practicaría el ensanche de la ciudad sobre la abandonada necrópoli fenicia. Esta Neápolis vino a ser el núcleo del Cádiz medieval (la Villa), mientras lo anterior, y lo cercano a la isleta de S. Sebastián (quizás el arx gerontis), llegó a convertirse en jarales y viñas hasta los ensanches del siglo XVII en adelante». (PEMAN, 1943: 149 s)

En 1945, García y Bellido daba a imprenta su traducción de los pasajes de la «Geografía» estraboniana referentes a la España antigua. En dicha versión española varias veces reeditada, además de insistir en su consabida identificación de Erytheia y Aphrodisias con la Isla de León (Cf. GARCIA Y BELLIDO, ed. 1968: 183 y 191), indicaba el mencionado investigador sobre el Cádiz antiguo:

«La necrópolis cae fuera de los glacis, que hoy se están derribando; por tanto, la extensión del casco de la

población, dispersa a lo que parece en pequeñas granjas y huertas, debía de coincidir aproximadamente con la actual. En la época romana republicana... la población debió de crecer (sic) notablemente por el comercio... pero acaso el casco de la ciudad no se ensanchó mucho, pues los enterramientos romanos de esta época se efectuaron sobre los púnicos. Tal vez este aumento de población lo embebió el mismo caserío con sólo densificar sus construcciones urbanas. En la época de Poseidónios (hacia el 100 a. de J.C.) debían de existir en Cádiz y en sus cercanías casas altas, acaso como las romanas, de varios pisos... Luego, ya en tiempos de los Balbus (segunda mitad del siglo I a. de J.C.), hubo de crearse una ciudad satélite, a la cual llamaron «Nueva», amén de la aparición de otros núcleos menores de población en la Isla de León (necrópolis romana), donde levantaron una «antípolís» de Cádiz, y en la tierra firme costera (acaso en el Trocadero, o en Puerto Real)». (GARCIA Y BELLIDO, ed. 1968: 185 y 187)

Algo después, en 1947, García y Bellido hizo también una traducción -reeditada en 1977- de las citas de Mela y Plinio referentes a la España antigua, comentando en relación con la obra del segundo de los escritores mencionados que:

«Se refiere Plinius a las dos islas de este golfo gaditano, una la de Gades propiamente dicha, la otra la actual Isla de León... y donde Plinius coloca el antiguo «oppidum» de Cádiz». (GARCIA Y BELLIDO, ed. 1977: 254)

En 1952, y tras volver a insistir en la reducción de Erytheia y Aphrodisias a la actual Isla de León (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1952: 390), diría:

«Sobre la paleogeografía de Cádiz y su región se ha escrito mucho; pero nos parece sobre todo útil el estudio últimamente hecho por César Pemán, basado en los estudios geológicos publicados por el ingeniero Gavala... Posteriormente he dedicado mi curiosidad al tema de la identificación de los nombres antiguos con los modernos y he llegado a resultados casi coincidentes con los de

Pemán. Discrepamos, en la reducción de la isla Aphrodisías, que yo identifico con la de Ertyheía (sic), como los antiguos, y, Pemán con la isla de San Sebastián». (GARCIA Y BELLIDO, 1952: 457)

Por fin, en 1963, García y Bellido resumía su punto de vista en las siguientes palabras:

«... son alegorías de las dos poblaciones que componían la ciudad de Cádiz desde tiempos de César: una la antigua (cuyo núcleo era la colonia fenicia), donde la actual Cádiz, y otra la nueva, la «Neápolis», edificada por Balbus, probablemente hacia donde estuvieron hasta hace poco los glacis de Puerta de Tierra. Es lo que en tiempos de Strabon (es decir, de Augusto) se llamaba «Dídyme», o gemela, por ser una ciudad doble, una dípolis». (GARCIA Y BELLIDO, 1963: 145)

En 1966, el profesor gaditano Miguel Martínez del Cerro estimaba, por su parte, que el Gadir fenicio y el primer Gades romano debieron hallarse en la zona de la Caleta y del Castillo de San Sebastián, mientras la posterior Neápolis romana se localizaría por el actual barrio de Santa María (Cf. MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 9, 27 s y 185).

Por otro lado, Donald Harden -reconocido especialista en cuestiones fenicias- pensaba que:

« También el mar ha erosionado mucho la parte occidental de la antigua Gades que mira al mar libre; por ello, algunas partes de la ciudad vieja y de su necrópolis han desaparecido, y como el resto se halla bajo la Cádiz medieval y moderna, sabemos poco de su topografía púnica, salvo un gran cementerio que se extiende a lo largo de la península, inmediatamente al sur de la ciudad medieval. .. ». (HARDEN, ed. 1967: 49)

En septiembre de 1968, con motivo del symposium sobre Tartessos celebrado en Jerez de la Frontera, César Pemán presentaba una ponencia en la que realizaba estas nuevas precisiones sobre el tema tratado:

«La Caleta sigue siendo aún hoy sede de una modesta flota de «caballeros», es decir, de pobres pescadores de caballa. Alrededor de este portichuelo natural y de la contigua isleta de San Sebastián, que le sirve de abrigo, pudo ubicarse una ciudad de pescadores y navegantes de una entidad parecida a la que en los siglos medios se albergó en el reducido recinto de la villa, entre las puertas de los Blancos, del Pópulo y de la Rosa, y el mar. En ese caso los únicos tramos de la isla prometedores a la excavación son las partes altas alrededor de la Catedral vieja y de Santa María, de los castillos de San Sebastián y Santa Catalina o del Convento de Capuchinos y, sobre todo, el mar frente a todo ello; lo que quiere decir que las modernas técnicas de exploración submarina... serían también las encargadas de explorar el recinto urbano, que debería quedar enterrado en el mar del Sur.

Hay que pensar, por otra parte, que la Cádiz de su gran época romana no sería la pequeña villa de los tiempos medievales... Y cuando Strabón nos habla de la neapolis que el ilustre hijo de Cádiz L. Cornelio Balbo hizo edificar, hay que creer que esta nueva ciudad ocuparía una parte del recinto de la actual... que la ciudad romana andaría por donde la actual Cádiz intramuros, aunque en buena parte estuviera orlada de huertos funerarios y que sus materiales se aprovecharon intensamente para las fortificaciones y edificios más modernos... y en el recinto urbano de Cádiz o en el mismo mar alrededor del islote de San Sebastián se extendería la Gádir púnica, el primer establecimiento de los colonizadores... ». (PEMAN, 1969: 238 ss)

Por estos mismos años, e interpretando aún erróneamente el término «Didyme», Esteban Collantes Vidal opinaba que:

Cádiz alcanzó su mayor prosperidad en tiempo de los Balbo, cuando se levantó una nueva ciudad, la Didyme ó gemela que llegó hasta la muralla de la Puerta de Tierra. El núcleo antiguo estaría por donde está la catedral y asilo de dementes... ». (COLLANTES VIDAL, 1969: 26)

Un par de años más tarde, en 1971, se publicó una obra de especial interés por su carácter monográfico. Se trata de la «Historia de Cádiz en la Antigüedad» de María Josefa Jiménez Cisneros. Dicho trabajo -además de aportar abundantes datos arqueológicos, que comentaremos más adelante- proporciona una extensa bibliografía general, que incluye buena parte del material básico referente al Cádiz antiguo. Lamentablemente, las citas bibliográficas están plagadas de inexactitudes (¿errores de imprenta?) que limitan seriamente su utilización. En relación con las primitivas islas y la situación del Cádiz fenicio, esta autora se expresa en los siguientes términos:

«Antiguamente había dos islas en Cádiz: una más larga, desde Sancti-Petri a Sta. Catalina, y otra más pequeña que es el actual Castillo de S. Sebastián, Plinio llama a Cádiz la isla grande. Así, Cádiz y Sancti-Petri, según testimonios antiguos, constituían una sola isla. Las Gades de nuestros mayores parecen ser Cádiz y la isla de León...»

Hay quien da a la isla de Cádiz tres divisiones:

1ª.) La isla de León, desde el río Sancti-Petri hasta el caño Darillo, la más antigua y fértil. 2ª.) Desde Darillo hasta la ciudad -más larga y arenosa-, y 3ª.) Desde delante de las murallas de la ciudad a S. Sebastián y Horca de los Franceses, última parte de la isla y principal asiento de la ciudad, en el sitio más fuerte y recio de toda ella, la mayor parte de peñascos y la otra de buena tierra». (JIMENEZ, 1971: 16)

«Gran cantidad de testimonios antiguos sitúan la primitiva población de Cádiz en el islote de Sancti-Petri... Dichos autores nos dicen que esta primera población estuvo en la isla Erythia, asignada comúnmente a la isla de León. Avieno (O.M.) llama Erythia a la primera sede de los fenicios.»

Para nosotros, y según nuestros estudios, el asiento de la primitiva población de Cádiz fue la isla de Sancti-Petrí... Más tarde los fenicios, estrechos en su primer

establecimiento, recorrerían la isla y fundarían Cádiz. El islote de S. Sebastián sólo sería al principio una factoría de comercio». (30) (JIMENEZ, 1971: 52 s)

Con respecto al Cádiz romano, Jiménez Cisneros vuelve a caer en la tópica interpretación errónea del término «Didynie», puesto que dice taxativamente:

«Estrabón (L.III) afirma que en Cádiz hubo cuatro poblaciones: tres en la isla Mayor y otra en la de Juno, gobernada por las mismas leyes y costumbres y que era los arrabales o suburbios de la de Cádiz». JIMENEZ. 1971: 16)

«El mismo Estrabón (L. III.119) llama a la isla de S. Sebastián la Antípolis en contraposición a la nueva o Neapolis, fundada por Balbo, y que estuvo enfrente. Parece que Balbo construyó otra distinta, a la que llamó Didyma, de pocos vecinos y situada donde hoy las Almadras de Hércules, y en donde sus ocupantes «más parecen ocupar el mar que la tierra», pasando después a la isla de León.

Además de esta Neapolis y Dídyma Cádiz se ensanchó en tiempos de Balbo con otras pequeñas poblaciones en la isla de León, las cuales debieron firmar la «antípolis» de Cádiz. En todo esto hay muchas dudas y confusiones...

Arqueólogos modernos como Thouvenot nos aseguran que la antigua población de Cádiz estaba situada cerca del istmo sobre la ligera eminencia que la Catedral y la antigua plaza de toros. Pero Thouvenot cree que la ciudad antigua igualaría en extensión a la moderna". (JIMÉNEZ, 1971:93)

«Creemos que, al menos, el centro de la ciudad de Cádiz estaba ocupado por una extensa necrópolis, debido a la cantidad de hallazgos de sepulturas encontradas en su recinto. En la zona de la bahía debían estar instaladas las suntuosas mansiones de los acaudalados ciudadanos romanos y, parte de la población, hacía el Pópulo actual y

Arco de la Rosa, en donde se han hallado algunos restos de esta época». (JIMENEZ, 1971: 96)

Jiménez Cisneros, en fin, resume sus opiniones sobre el tema en las siguientes conclusiones:

«Primer establecimiento fenicio en el actual islote de SanctiPetri.- La Isla de Cádiz, que se ocupa por deslizamiento sucesivo, no constituye al principio más que una factoría de comercio, no alcanzando su importancia como ciudad hasta la dominación cartaginesa . -Primitiva población fenicia de Cádiz en el actual islote de San Sebastián, faro y vigía de su dominio, según los restos observados -tanto antiguamente como hoy- en estos terrenos y sus alrededores.

Posible localización, por exclusión y según excavaciones propias, del Cádiz fenicio y púnico fuera del recinto ocupado por el actual, y delimitación más precisa del Cádiz romano en la parte Sur de la ciudad, deducido por las Fuentes Literarias antiguas y por descubrimientos más recientes, llevados a cabo en el perímetro de la ciudad moderna-. Posible localización de residencias de personajes púnicos y romanos -más acaudalados- en la zona Sureste de la bahía gadítana ... ». UIMENEZ, 1971: 188)

En 1972, en un pequeño folleto dedicado a la descripción del Castillo de San Sebastián, José Navas se mostró también partidario -como varios de los autores ya citados de que tanto la Gadir fenicia como la Neápolis romana se hallasen situadas en la zona en que hoy se encuentra el mencionado castillo. (Cf. NAVAS, 1972)

Un año después, el profesor Rodríguez Neila hacía estas reflexiones sobre el tema aquí cuestionado:

«El antiguo casco urbano, situado en la parte más al NW. de la villa, pudo quedarse insuficiente, y se hizo necesario pensar en un proyecto de ampliación.

Este ensanchamiento fue el que llevó a cabo Balbo, aumentando el perímetro del recinto primitivo con una «nueva Gades», cuya periferia tenía una longitud de veinte estadios (unos 3.700 metros) y formaba con la ya existente una doble urbe, la Didyme que llama Estrabón. Como era una ciudad de nuevo cuño, hubo de hacerse con una cuidada planificación, al modo de las grandes metrópolis helenísticas, y abarcaría su recinto hasta las actuales Puertas de Tierra... La urbs contaba con dos zonas de expansión, además de lo que Estrabón llama su Antipolis, que era el enclave antiguo fenicio que estaba en la isla de San Sebastián... Una salida expansional fue el llamado «barrio de la Dídyne», la actual isla de León... Luego, también estaba la zona costera de enfrente, la actual del Trocadero y Matagorda, junto a Puerto Real». (31) (RODRIGUEZ NEILA, 1973: 269 s)

A fines de mayo de 1976, Pablo Antón Solé y Antonio Orozco Acuaviva manifestaban su creencia en la posible ubicación de la Neápolis en el lugar actualmente ocupado por el barrio del Pópulo. (Cf. ANTON y OROZCO, 1976: 145).

Poco después, a comienzos de octubre del mismo año, el profesor Blanco Freijeiro y Ramón Corzo presentaban una ponencia -sobre el urbanismo romano en la Bética- en el Symposium de Ciudades Augusteas, haciendo estas indicaciones sobre la ciudad de Cádiz en la Antigüedad:

«Aunque Diodoro dice que la ciudad estaba situada en una península, la mayor parte de los autores, siguiendo a Posídonio, se inclinan por una o, mejor, tres islas, la de San Sebastián, la de Cádiz y la de León, muy recortadas desde entonces por el mar y unidas hoy entre sí y con tierra firme... la idea dominante sitúa exclusivamente la Cádiz fenicia en la antigua isla, hoy península, de San Sebastián, en parte sepultada en el océano y en la bahía denominada La Caleta...

Consta también en las fuentes que Balbo el joven, de una familia de banqueros gaditanos que llegó a monopolizar las finanzas de la propia Roma bajo César y Augusto, patrocinó la construcción de una nueva ciudad que ocuparía la mayor parte de la ciudad actual. Aunque no se han encontrado restos de ella, ni su trazado parece haber condicionado el de las plazas y calles de la Cádiz moderna, hay que atribuirle, por razones de época, un trazado ortogonal. Sin que sepamos por qué, tal vez por hundimientos o fenómenos sísmicos esa ciudad magnífica, floreciente en los primeros siglos del imperio, era un montón de ruinas del mismo... Tanto las necrópolis púnicas como las romanas indican que la ciudad antigua no alcanzaba la línea de Puerta de Tierra, sino a lo sumo la zona de la Plaza de San Juan de Dios. Cabe en lo posible que gran parte de la ciudad romana se haya hundido en el mar, pues los hallazgos arqueológicos no funerarios suelen producirse en las zonas marginales de la isla, mientras que en el interior la mayoría de ellos corresponden a enterramientos». (BLANCO y CORZO, 1976: 146 s)

Por fin, el domingo 12 de diciembre de 1976 vio la luz en el suplemento de «Diario de Cádiz» el interesante artículo: «Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio», original de Francisco Ponce Cordones. Este trabajo había sido redactado en el verano de 1972 y enviado al profesor García y Bellido para su revisión crítica, decidiéndose su inclusión en «Archivo Español de Arqueología». Lamentablemente, el inesperado fallecimiento del mencionado profesor García y Bellido y los problemas por los que luego atravesó la dicha revista, impidieron su publicación hasta que Ponce decidió enviar el original al periódico de la localidad. Por otra parte, los datos aportados en ese artículo abrían un camino tan nuevo e insospechado a la investigación, que no hemos dudado en considerarlo como el auténtico punto de origen de lo que denominamos las «nuevas perspectivas» o tercera etapa de la historiografía «contemporánea». Mas, a pesar de ello, es preciso aclarar

que, desde entonces, los investigadores pueden agruparse en dos tendencias distintas, paralelas en el tiempo pero divergentes en sus respectivas interpretaciones del problema. Una de ellas es la nueva tendencia ya enunciada, a la que -desde el primer momento- nos adherimos nosotros. Pero, por otro lado, debido a la escasa difusión del trabajo de Ponce, al ser publicado sólo en la prensa local, se han sucedido una serie de referencias -en relación con el tema del antiguo Cádiz- que podemos encuadrar aún, a pesar de su reciente aparición, dentro de la otra tendencia que llamamos «tradicional». Por razones metodológicas -de linealidad y claridad expositiva, fundamentalmente- enumeramos, en primer lugar, las opiniones de carácter tradicional o conservador, para después analizar las aportaciones más progresistas.

Así, en un breve artículo periodístico -publicado en la «Hoja del Lunes» de Cádiz con fecha 9 de mayo de 1977 y titulado: «Gadir y sus habitantes»- seguía manteniéndose la tópica ubicación del Cádiz fenicio en la Caleta, en lugar próximo al Castillo de San Sebastián.

Por su parte, la reciente « Historia de Cádiz... » de Adolfo Vila Valencia no aporta datos nuevos sobre el asunto específico que aquí abordamos. (Cf. VILA, 1977-1979)

Posteriormente, a principios de 1980, Juan Carlos Alonso también se mostraba conforme con la localización de la primitiva Gadir fenicia en la zona de la Caleta y San Sebastián (Cf. ALONSO, 1980: 116 y 216). Este mismo punto de vista es el expresado por Juan de la Lastra y Terry en su «Cádiz Trimilenario... », editado a fines de mayo de 1980 (Cf. LASTRA, 1980: 20)

Pero, por otro lado, ya en abril del mismo año, el profesor Blanco Freijeiro había señalado que: «*Las fuentes escritas nos informan de que la Cádiz fenicia ocupaba el extremo noroeste de la isla, como la ciudad vieja actual*». (BLANCO y VALIENTE, 1980: 52)

Recientemente, el profesor Blázquez Martínez -además de insistir en la sempiterna reducción del núcleo fenicio al área de San Sebastián- ha comentado que: «Cádiz es una gigantesca necrópolis, de ser cierta la tesis de Corzo, de que la Cádiz fenicia, púnica y romana ha desaparecido bajo el mar y de que la Cádiz actual es sólo la zona de cementerios». (BLAZQUEZ et. al., 1980: 460; v. también pp. 295 y 385)

Por último, hemos de volver nuevamente atrás para retomar el hilo de las «nuevas perspectivas» abiertas a la investigación. Para ello, es preciso comenzar por los datos innovadores expuestos por Francisco Ponce en su mencionado artículo, realizado -como ya hemos comentado- en 1972 y publicado en el suplemento dominical de «Diario de Cádiz» con fecha 12 de diciembre de 1976. En concreto, hacía este autor las siguientes consideraciones sobre el tema que nos interesa:

«Desde muy antiguo, la determinación precisa del lugar donde estuvo emplazado el poblado o reducto fenicio origen de Cádiz, ha sido un problema que ha suscitado el interés y la curiosidad de los gaditanos, pues, aunque han sido numerosos los autores clásicos que se han ocupado del tema, aún no existe una respuesta absoluta para el mismo, dada la ambigüedad de los textos que han llegado hasta nosotros. Más tarde, quizás guiados por la inercia de la tradición, hemos venido admitiendo que este lugar debía hallarse en la ensenada de La Caleta -y algunos restos arqueológicos parecen confirmarlo-, pero es el caso que todavía no se ha dicho la última palabra sobre tal cuestión, sobre todo, teniendo en cuenta las modificaciones que han experimentado las costas gaditanas en el transcurso de los siglos y la dificultad de hacer concordar las descripciones de las fuentes literarias clásicas con la configuración actual de nuestras costas...

En consecuencia de todo lo que antecede, podría deducirse que el reducto fenicio, el Gadir tírio, debió fundarse en una islita situada hacia el N.O. de otra isla

mayor, de la que se hallaba muy próxima. El sentido común induce a pensar inmediatamente, como hace Schulten, en la pequeña isla que hoy forma el castillo de San Sebastián, aunque con el mismo buen sentido hay autores que lo sitúan en la Isla de León, hoy ciudad de San Fernando.

Sin embargo, el razonamiento acaso pudiera ser distinto si por un momento imaginamos que la estructura de la isla de Cádiz, la isla mayor, no fue siempre la que hoy conocemos, sino que en la antigüedad un canal o paso marítimo separaba parte de esta isla formando otra más pequeña, de aproximadamente 1.500 metros de diámetro, en el extremo N.O. de la isla (o península, si se quiere) de Cádiz, abarcando la mayor parte del núcleo urbano del Cádiz decimonónico, es decir, del Cádiz de intramuros, pero es el caso que este canal existió realmente o, al menos, tal es lo que parece deducirse de algunos descubrimientos geológicos modernos, concordantes y complementarios de otros testimonios antiguos.

En efecto, parece comprobado que en tiempos antiguos un canal o vaguada submarina discurría por donde hoy se halla la puerta monumental del muelle, la plaza de San Juan de Dios y la calle de Alonso el Sabio (junto a los muros de la ciudadela o villa medieval) y posiblemente continuaría por la plaza de la Catedral y la calle San Juan, hasta llegar al punto conocido por Puerto Chico, junto a la muralla del Campo del Sur.

Por otra parte, Estrabón (III, 5, 3), hablando de la ciudad romana de Gades -que, como sabemos, se extendía por el actual barrio de Santa María y los glacis de Puerta de Tierra, entre otros lugares- dice que...

En resumen; parece cosa suficientemente probada la posible existencia de un canal que uniendo lo que hoy es dársena comercial del puerto con el mar abierto separaba parte del actual núcleo urbano de la ciudad de Cádiz del resto del territorio y que este presunto canal debió desaparecer en tiempos no muy lejanos y, desde luego,

posteriores a la fundación de la primitiva ciudadela fenicia» (32)

En la época en que vio la luz el trabajo anterior, llevábamos nosotros varios años colaborando en el Museo Arqueológico de Cádiz y estudiando la problemática de la ubicación del antiguo Cádiz. Por eso, pudimos valorar -en su justa medida- las nuevas posibilidades interpretativas que ofrecía la hipótesis provisional esbozada por Ponce. Así que, de inmediato, confrontamos la nueva información con los resultados del estudio detallado -que habíamos principiado con anterioridad- del plano topográfico de la ciudad editado en 1911, a escala 1/5.000, por el entonces denominado Instituto Geográfico y Estadístico.

Paralelamente a nosotros, emprendía un estudio de índole similar Juan Antonio Fierro Cubiella, concluyéndolo en 1978 con el título de: «Cádiz, la única posibilidad de un Tartessos atlántico». Posteriormente, en junio de 1979, Fierro efectuaba un resumen -con el mismo título original- de su mencionada obra inédita, realizando varias copias de él para su correspondiente inclusión en el registro de la propiedad intelectual (33). Lamentablemente, no podemos compartir algunas de las opiniones y conclusiones que expresa Fierro en su obra, muy especialmente su hipotética reconstrucción gráfica del antiguo archipiélago gaditano. Por esto, y como aún sería prematuro el someter a crítica cada aspecto concreto en que discrepamos con este autor, hemos optado por hacer los comentarios pertinentes en cada apartado específico. No obstante, queremos destacar la prioridad de J. A. Fierro en señalar, claramente y por escrito, el altozano en que se halla la denominada Torre Tavira -en el casco antiguo de la ciudad- como solar de la primitiva Gadir fenicia. Esta opinión, que hemos compartido de buen grado desde entonces, fue defendida por Fierro ya en su redacción primigenia de 1978 y, luego, en FIERRO, 1979: 28 ss. Más tarde, ha vuelto a insistir en este punto de vista en un artículo compuesto a comienzos de 1980 y publicado en el suplemento de «Diario de Cádiz» de 5 de octubre de 1980 con el título de: «Gadir, un asentamiento perdido». (34)

Por otro lado, mientras Fierro partía de la aceptación del recorrido propuesto por Ponce para el supuesto canal -cuya confirmación era vital para la correcta interpretación de los textos clásicos- que cortaría antiguamente en dos el actual casco urbano intramural, nosotros nos planteábamos una nueva hipótesis de trabajo. Con anterioridad a la publicación de Ponce, habíamos intuido la posibilidad -merced al atento examen del plano topográfico de 1911 ya citado (35)- de que en la Antigüedad el canal central de la Caleta se internase bastante más en tierra firme que actualmente. Esto es fácilmente apreciable con solo ojear en nuestro plano I -obtenido extrayendo las curvas de nivel del plano original de 1911- la forma y disposición de la vaguada que ocupa el barrio de la Viña, continuación evidente del canal de la Caleta (36). Al poco, se dieron a conocer los sólidos indicios que hacían suponer a Ponce la existencia de una antigua comunicación de las aguas de la Bahía con las del Océano, a través de un canal que iría desde el muelle actual hasta el llamado Puerto Chico. Así las cosas, concebimos la sospecha de que el hipotético canal interior se encaminase desde el muelle hasta la Caleta, de forma que el actual canal central de ésta sería sólo un vestigio parcial de ese antiguo «canal Bahía-Caleta» que se encuentra ya en gran parte cegado. Más tarde, en el verano de 1979, realizábamos una versión del plano topográfico de 1911 -en que indicábamos la distribución de los hallazgos verificados en la necrópolis gaditana- para el Museo Arqueológico de Cádiz, lugar donde se halla expuesto desde entonces. Aprovechando esa circunstancia, mostramos el referido plano a Francisco Ponce y cambiamos impresiones sobre la viabilidad del nuevo trazado del «canal Bahía-Caleta». Este investigador manifestó su conformidad con esta hipótesis de trabajo y, en noviembre de 1979, tenía ya confeccionado otro artículo -en que aceptaba plenamente dicho recorrido para el canal en cuestión- titulado: «La estructura de las islas gaditanas en la Antigüedad. (Nueva aportación a su conocimiento)». Es preciso aclarar, sin embargo, que F. Ponce no sólo rehusó cortésmente publicar este último trabajo -para no interferir en nuestras investigaciones sino que, además, nos proporcionó

una copia del mismo (37). Nosotros, por nuestra parte, hemos continuado trabajando en la consecución de pruebas a favor de la existencia del mencionado «canal Bahía-Caleta», pudiendo hoy ofrecer ya algunas de estas evidencias junto con un esquema provisional referente a la posible génesis y evolución del mismo (v. cap. IV).

Paralelamente a estas investigaciones, Ramón Corzo Sánchez, director del Museo de Cádiz, publicaba un artículo en la «Hoja del Lunes» de Cádiz -con fecha 11 de febrero de 1980- en que también se mostraba partidario del hipotético «canal Bahía-Caleta». Posteriormente, veía la luz otro artículo de este mismo autor -aparecido en el quinto número de la revista «Gades»- con el título de: «Paleotopografía de la bahía gaditana» (Cf. CORZO, 1980). En este breve trabajo, concebido dentro de la nueva perspectiva que ofrece la existencia -defendida, simultáneamente, por varios estudiosos- del «canal Bahía-Caleta», expone el autor su punto de vista acerca de la compleja problemática del Cádiz antiguo. Este artículo venía acompañado de una versión del ya citado plano topográfico de 1911 y la cual presenta, por desgracia, un par de serios inconvenientes: la incompleta indicación de puntos en los cuales se han realizado hallazgos arqueológicos (a efectos de comparación, ver nuestro plano I) y la no distinción del carácter fenicio púnico o romano de estos restos. En cuanto a la escasez en la representación de puntos en que se han verificado descubrimientos -escasez muy acusada en el caso de los restos «urbanos» y absoluta en el de los vestigios submarinos parece se debe al hecho de pretenderse indicar casi exclusivamente, al igual que en el plano realizado por nosotros en 1979 para el Museo de Cádiz, los hallazgos efectuados en la necrópolis gaditana de Extramuros durante los dos últimos siglos. La no distinción cronológica y cultural de los tipos de restos arqueológicos constituye, además, un hándicap importante para la correcta evaluación de los cambios y expansiones experimentados por el núcleo urbano en un período tan dilatado de tiempo. Por otra parte, en fin, el hipotético trazado que propone este autor para el primitivo muro de la ciudad antigua (Cf. CORZO,

1980: 7 s) nos parece aún prematuro en el estado actual de los conocimientos sobre el tema. Pero, como las opiniones de Ramón Corzo -en las que se reafirmaría en conferencia pronunciada en la sede local de «Nueva Acrópolis» el 25 de octubre de 1980- atañen también a otros asuntos que abordaremos más adelante, volveremos sobre ellas en su momento. (38)

IV. PALEOTOPOGRAFIA DE LAS ISLAS GADITANAS

El medio paleogeográfico debió condicionar en gran medida, como es lógico, el progresivo desarrollo de los primitivos núcleos de asentamiento. Precisamente por eso, gozan de un particular interés las cuestiones que plantearemos en el presente capítulo, dedicado a la paleotopografía zonal.

Para ello, es necesario comenzar haciendo referencia a la naturaleza del soporte material de la ciudad de Cádiz, geológicamente hablando. Este soporte, como es sabido, se encuentra conformado por una serie de niveles del Terciario (Plioceno) y del Cuaternario. Mas lo que nos interesa, fundamentalmente, no es la propia estructura geológica local -que ha sido estudiada por varios especialistas en la materia (39)- sino las alteraciones topográficas, tanto de carácter natural como artificial, que la han afectado a lo largo del tiempo.

Las alteraciones naturales -que han desempeñado su papel desde época remota- son, esencialmente, tres: el aluvionamiento del río Guadalete en la zona oriental, la acumulación de arenas voladeras en distintos lugares y la erosión marina en la parte occidental. Las alteraciones artificiales o antrópicas consisten en desmontes, explanaciones y rellenos que se han realizado -con diversas finalidades, como luego veremos- a lo largo del tiempo de ocupación humana.

DEPOSITOS ALUVIALES DEL GUADALETE

Los aluviones recientes del río Guadalete, acompañados en algunos lugares por sedimentos marinos, han ido cegando durante el Holoceno la bahía gaditana y soldando entre sí -y,

casi totalmente, con tierra firme el antiguo archipiélago gaditano (40). Este progresivo aterramiento de la Bahía, que llegaría incluso a plantear graves problemas al carenero militar de La Carraca, fue ya mencionado en FERUSSAC, 1823: 20. El geólogo gaditano J. Mac-Pherson (41) y el escritor Salvador Viniegra también hicieron referencia -aparte de otros autores decimonónicos, que citaremos más abajo- a la cuestión de los aterramientos (Cf. MAC-PHERSON, 1873: 94; VINIEGRA, 1884: 36 y 65 s). Pero el estudio fundamental sobre el aluvionamiento en la Bahía fue el presentado por el geólogo Juan Gavala y Laborde al XI Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias -celebrado en Cádiz en mayo de 1927- con el título de: «Cádiz y su bahía en el transcurso de los tiempos geológicos» (42) (Cf. GAVALA, 1928). Más tarde, César Pemán introduciría ya -en su reconstrucción paleogeográfica zonal- los datos geomorfológicos aportados por Gavala en el artículo anteriormente citado (Cf. PEMAN, 1931: 115 ss; ídem, 1941: 30 s). En 1956 veía la luz un análisis de la composición de los fondos de la bahía gaditana (Cf. HERAS et al., 1956). Algo después, Gavala volvería a tratar de la problemática del aluvionamiento del río Guadalete (Cf. GAVALA, 1959: 15, 81 ss y 92 s).

Por último, es necesario, en resumen, hacer hincapié en la dificultad de evaluar el volumen de sedimentación -para un momento cronológico dado- debido a que: 1º) La acumulación aluvial se produce en forma casi de progresión geométrica, puesto que los sedimentos depositados frenan aún más las corrientes y provocan una mayor precipitación posterior de arrastres; 2º) El fenómeno natural descrito se ha visto alterado en época histórica muy reciente por varias causas antrópicas, que -hablando en relación con una hipotética gráfica, sólo representable en el caso de que se tuviesen suficientes datos numéricos de las cantidades de aluviones sedimentados progresivamente han provocado el vertiginoso «disparo» de la curva acumulativa. Estos factores desencadenadores de una aceleración sedimentaria -que fueron ya denunciados por varios estudiosos del siglo XIX

(43) y sistematizados en BENOT, 1885: 45 ss y 161 ss-. son, fundamentalmente: la existencia de barcos hundidos de todas las épocas (44), los lastres arrojados por los navíos (45), la conversión de las marismas en salinas y las cimentaciones del Puente de Zuazo y de los puentes del ferrocarril (46). Por otro lado, los materiales fangosos, aparte de soldar a los islotes del antiguo archipiélago gaditano, alcanzaron la hoy zona oriental de la propia ciudad de Cádiz (47).

FORMACIONES DUNARES

El desplazamiento y acumulación de arena voladera de playa -impulsada por los vientos dominantes- ha conformado el nivel superior del solar de Cádiz, si bien esto en la actualidad es difícilmente apreciable por la superposición del casco urbano. Mas es preciso considerar, por otra parte, que el ritmo natural de deposición y distribución de estas arenas -el cual gozaba de un equilibrio natural debido a la alternancia de vientos contrapuestos se rompería como consecuencia de la actividad humana. Así, las obras de fábrica -especialmente las de gran porte, como es el caso de las murallas y fortificaciones- actuaron como obstáculos que acentuaron la sedimentación. También incidió en la movilidad de las arenas voladeras la desaparición de los retamales que las fijaban en toda la extensión de extramuros (48).

EROSION MARINA

Pero, sin duda, la alteración topográfica natural que ha originado las más vivas polémicas entre los investigadores es la erosión marina. Que este factor ha intervenido en el modelado del soporte material de la ciudad es cosa innegable. Para convencernos de ello, basta con observar minuciosamente la dirección perpendicular -con respecto a la línea de costa- de las curvas de nivel en toda la extensión de

la llamada Banda del Vendaval, o frente del intramuros que asoma hacia Mediodía y Poniente. Esta disposición de las curvas de nivel es idéntica en la playa extramural de Santa María del Mar. Todos estos acantilados muestran, evidentemente, la huella de la erosión oceánica. Ello, unido a la abundante documentación existente sobre la pugna constante de las murallas contra el embate marino (49), explica que este factor haya sido frecuentemente barajado en la bibliografía local (50). No hay que olvidar, por otro lado, la existencia de una vieja tradición popular que asegura que «al antiguo Cádiz se lo tragó el mar» (51). Por tanto, la polémica estriba en el enfrentamiento de las distintas valoraciones personales acerca del fenómeno, según la importancia relativa que cada una concede a este factor en la modificación de la topografía primitiva. Es por eso que siempre hemos insistido en la necesidad de efectuar una evaluación, lo más exacta posible, del fenómeno de la erosión marina. Mas, ante la imposibilidad de realizar aquí ese complejo intento de cuantificación, nos limitaremos a hacer algunas consideraciones acerca de los juicios valorativos ya emitidos por investigadores anteriores.

La erosión marina debió actuar constantemente tanto en la época prehistórica como en la Edad Antigua, pero -puesto que no poseemos referencias concretas y directas sobre ello- no podemos asegurar si entonces el fenómeno progresaba con un ritmo constante o con sensibles oscilaciones periódicas en su intensidad. Ya en la historiografía árabe podemos constatar el hecho de que los restos del acueducto romano -que aún hoy son visibles en la playa de Cortadura, en el istmo que une Cádiz con San Fernando- habían sido ya alcanzados por el avance marino (Cf. MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 49 ss). Este dato es del mayor interés, puesto que no sólo atestigua que la erosión marina había llegado hasta el acueducto romano ya en época tan temprana, sino que desde entonces a la actualidad, en cambio, la variación parece haber sido menor, ya que los vestigios mencionados se hallan aún en la zona de influencia de las mareas. Agustín de Horozco afirmaba en 1591 y en

1598 que durante la anterior época árabe era cuando más terreno había ganado el mar (Cf. HOROZCO, ed. 1929: 111; ídem, ed. 1845: 95). Por otra parte, en un par de vistas de la ciudad en la segunda mitad del siglo XVI, realizadas por Hoefnagel para la obra de Bruin (Cf. **BRAUN and HOGENBERG**, ed. 1965), se observa que la disposición del acantilado de la Banda del Vendaval -aún desprovista de la muralla que se construiría más tarde- es ya relativamente similar a la que presenta en la actualidad (v. Lám. III). Da la impresión, además, que se ha exagerado un tanto la importancia de la erosión marina de los siglos XVII a XIX, ya que, si bien es verdad que sus terribles efectos sobre las murallas es un hecho innegable (v. nota 49), ello se debe en gran medida a la peculiar estructura de esas defensas (52). El célebre viajero Antonio Poriz, por su parte, escribía en 1792 que las murallas del Sur habían experimentado mayores quebrantos desde que, imprudentemente, se quitaron las masas de piedra que tenían a sus pies y que hacían la función de rompeolas naturales (Cf. PONZ, ed. 1972, XVII: 355 s). Este mismo punto de vista lo compartían también Joaquín de Fonsdeviela -en un informe fechado en Cádiz a 10 de diciembre de 1793 (Cf. Actas Arch. Mun. 1794, lib. 150, fol. 56 v)y Nicolás de la Cruz, conde de Maule (Cf. CRUZ, 1813: 372).

En julio de 1939, Ribera y C^a, S.L. presentaban un proyecto, conservado en el Archivo Municipal, al concurso de urbanización del área llamada de los Glacis -en los extramuros de la ciudad de Cádiz- en cuya «memoria descriptiva» se trata de la defensa contra la erosión oceánica en la playa de Santa María del Mar, indicándose que el avance marino en ella podía cifrarse en varios metros por año (53). Ya en época más reciente, el geólogo Juan Gavala, aparte de referirse también al efecto perjudicial de la extracción de las masas rocosas naturales que protegían a las murallas del llamado Campo del Sur, opinaba que: «*La Isla de Cádiz no parece que haya perdido superficie en el período histórico por ataque directo del mar*». (GAVALA, 1959 a: 90). José Muñoz, en cambio, se ha mostrado

partidario de una sensible variación de la costa desde época romana, además de hacer referencia a las ruinas sumergidas de Sancti Petri y de señalar la posible influencia de los terremotos -frecuentes, por otro lado, en la zona del Golfo de Cádiz- en los fenómenos de subsidencia y emersión (Cf. MUÑOZ, 1972: 21 ss; el hipotético papel de los seísmos había sido ya señalado, anteriormente, en PEMAN, 1941: 31). Para Javier Fortea, el hundimiento de estas costas se puede relacionar con la dinámica isostática del arco atlántico peninsular, no pudiéndose excluir -debido a la inestabilidad del litoral gaditano- fenómenos muy locales y recientes (Cf. FORTEA, 1973: 283). Por su parte, Francisco Ponce, en su conocido artículo del suplemento de «Diario de Cádiz» (12-diciembre-1976), decía con respecto al avance marino: «... si no fuera por las obras de defensa creadas por el hombre, la erosión sería muy intensa, aunque menor de lo que a veces se cree». Lo más interesante aparecido sobre el tema, en los últimos tiempos, es un trabajo de Menanteau y Clemente en el cual ponen en relación los fenómenos de erosión costera, ascenso del nivel marino y subsidencia tectónica en el área del Golfo de Cádiz (Cf. MENANTEAU y CLEMENTE, 1977 a). Para finalizar, comentaremos que Juan Carlos Alonso ha aventurado que -en la franja costera comprendida entre Chipiona y Rota, no lejos de Cádiz - podría haberse producido un avance marino de tres kilómetros lineales desde la Edad Antigua hasta nuestros días (54) (Cf. ALONSO, 1980:221).

CANAL BAHIA-CALETA

Una vez descritos los tres factores naturales clásicos de alteración topográfica, hemos de introducir una novísima y compleja variante en la problemática aquí tratada. Nos referimos, evidentemente, al «canal Bahía-Caleta», del que ya hablamos algo en el capítulo anterior. El estudio pormenorizado de esta vital cuestión -en cuyo análisis estamos empeñados desde hace ya cierto tiempo- vamos a

dividirlo en dos partes: la primera dedicada a rastrear la pista de los pocos y difíciles indicios que nos han llegado de su pasada existencia, y la segunda reservada a emitir una serie de hipótesis provisionales de trabajo acerca de la génesis y evolución probables de este antiguo canal hoy cegado.

Para localizar las pruebas que necesitamos, es preciso comenzar por buscar en los lugares adecuados, es decir, rastrear el hipotético recorrido del canal en cuestión, a saber: desde el muelle y plaza de San Juan de Dios, por la plaza de la Catedral, plaza de la Libertad y barrio de la Viña, hasta el canal central de la playa de la Caleta (55) (v. plano I). El extremo oriental del canal -hacia lo que es hoy el muelle- parece estar suficientemente comprobado, merced a los abundantes indicios facilitados por Francisco Ponce en su citado artículo de «Diario de Cádiz» (supl. 12 -diciembre-1976) y que se resumen, fundamentalmente, en los problemas surgidos -por la naturaleza fangosa del subsuelo- en las obras realizadas en el puerto de Cádiz de 1950 a 1952 y en la cimentación del contiguo edificio de «La Unión y el Fénix». A ello es preciso añadir la evidencia de que la, también inmediata, plaza de San Juan de Dios estuvo antiguamente ocupada por las aguas de la Bahía (56). El extremo occidental del canal es, por otro lado, la zona más evidente del mismo, ya que en esta parte se encuentra el «canal de la Caleta», que constituye el único trozo aún no cegado del primigenio cauce del «canal Bahía-Caleta» y cuya antigua continuación se adivina en la vaguada que hoy ocupa el barrio de la Viña. El problema más serio, por tanto, se planteaba en la zona central del canal primitivo, que era, además, la de mayor altura de todo el recorrido: algo más de cinco metros sobre el nivel del mar, aproximadamente. Por ello, nos hemos concentrado en la búsqueda de datos procedentes de dicha área central, especialmente de las plazas de Pío XII (57) y de la Libertad.

En la plaza de Pío XII la clave tenía que hallarse, lógicamente, en la cimentación del edificio de mayor porte allí existente: la Catedral Nueva. Ya Francisco Ponce había comentado brevemente algo -en su referido artículo acerca

de la dualidad de subsuelos en que se asentaba esta gran obra arquitectónica. Efectivamente, esta construcción se halla en parte sobre roca viva y en parte sobre un terreno cascajoso y suelto (58). Esto motivó que el arquitecto Vicente de Acero -no considerando sólido el terreno en que debían fundarse el frontispicio o fachada principal y las torres- se empeñase en usar tiradillos de hierro, en vez de estacas de palo, en la mencionada cimentación. Se provocó así una enconada y larga polémica entre Acero y otros maestros y alarifes, la cual llegaría a costarle el puesto al arquitecto en cuestión (59). La opinión de Vicente de Acero podemos atisbarla en las siguientes manifestaciones, contenidas en un interesante informe impreso:

«En tan oportuna ocasion, como la de hallarse Don Vicente con dos tan diestros Artifices, les consultó sobre el remedio, que se debe dár al terreno, donde con precision se han de plantar las Torres, y Fachada, de cuya especie tenía prevenido, con anticipacion, al Illustríssimo Cavildo, por aver reconocido, que dicho terreno es desigual, la menor parte de Peña bien dura insondable, y el resto pard dicha Fachada, y Torres, tierra mobida, y cascaxo, con desigualdad; expressando Don Vicente, lo indispensable, que es, assegurar dicho terreno, y ígualarle en la firmeza, para sentar con seguridad los Cimientos, que han de sufrir el mayor grave». (60)

Pero -aparte de algún que otro dato secundario aportado en otro trabajo que, a la sazón, publicó José Gallego y Oviedo del Portal (61)- no cabe duda que la obra fundamental para este asunto es un pequeño informe impreso (62) que reproduce los diversos dictámenes técnicos emitidos sobre el particular y que nos proporciona las siguientes valiosas informaciones:

«Hecha la Excabacion para los Cimientos de Fachada, y Torres, hasta poco mas de la flor del Agua, no pareció á Don Vicente el terreno firme, ni capáz de otra fortificacion, que la que le podía prestar el Fierro; y fundado en los experimentos, que caseramente avia hecho, empezó a

usar de Tiradillos, clavados á distancia de un pie en la parte de la Torre del lado del Evangelio, que caía íuera de la Peña... » (fol. 7)

«... pero aunque pretendieron desvanecer el temor de Don Vicente, y assegurar firmezas en el terreno, fue en vano, y hallava D. Vicente mas motivo á su rezelo, en que quanto mas profundizava, encontraba fragmentos de Platos, y Tejas, hasta una Copa entera, y un Candíl de barro; senas, para Don Vicente evidentes de ser terreno sobrepuesto, nó natural, ni á propósito áfiarle la gravedad de las Torres, y Frontispicio proyectado: y nó le faltó apoyo en sentir de los Cavalleros Ingenieros de esta Plaza, que desaprobavan el terreno, y se inclinavan al Pilotage; pero con exclusion del Fierro... Hechas dos Calicatas, ó Registros, para el reconocimiento de dicho terreno, de 5. á 6. pies de profundidad, hallaron ser de terreno Cascajoso, por otro nombre Sahorra, y el Plano inferior de Arena golpeada antiguamente de las resacas, y batideros del Mar... » (fols. 9 s)

«Y para que la Torre del lado de la Epístola, que tiene asiento por las dos tercias partes en el terreno Cascajoso, y la otra (poco más, o menos) sobre Piedra, no haga quiebra... » (fol. 13)

«... traxeron á D. Gaspar Cayon, Maestro de la Santa Iglesia de Guadix, quíen aviendo registrado el terreno, y hecho clavar una Barra de Fierro por diferentes partes, reconoció resistencia al principio en el Plano; pero, que dandole continuado movimiento, penetrava con facilidad, y parandola un poco, bolvia á su antigua firmeza; que su profundidad era dos varas mas abaxo de la superficie del Agua, y su terreno Arena, nó suelta, ni boladora, sino algo entre gruessa, con algunos despojos de Texas, y Cantaros, en que se reconocía aver sido el sitio combatido del Mar, y los tiestos despojos de su orilla, porque en dicha profundidad no se podía discurrir otra cosa... » (fol. 15)

Este subsuelo cascajoso y arenoso detectado en la cimentación del frente principal de esta construcción, parece convenir bien, pues, a la hipótesis de que dicha zona formase parte del antiguo cauce del «canal Bahía-Caleta». Por otra parte, el hecho de que se afirme que el sitio debió haber sido antiguamente combatido por el mar y que los pedazos de tejas y cántaros serían despojos de su orilla, «porque en dicha profundidad no se podía discurrir otra cosa», es bastante significativo. Estos materiales arqueológicos, fragmentarios y, posiblemente, rodados -lo que explicaría que fuesen considerados como despojos de la orilla del mar- corresponderían, tal vez, a la época romana, aunque la parquedad de las descripciones no permite afirmarlo con absoluta seguridad. El desgaste de dichos fragmentos cerámicos se debería al rodamiento sufrido en el lecho del antiguo canal -en un momento en que dicho tramo se hallase aún sin colmatar de sedimentos- por lo que hemos clasificado estos materiales, provisionalmente y acompañados por un prudente signo de interrogación, entre los hallazgos de carácter «submarino» (v. plano I, punto A) (63)

Pero el área más problemática de todo el recorrido del “canal Bahía-Caleta”, era, ciertamente, la plaza de la Libertad. Sin embargo, precisamente en este lugar tan interior del casco antiguo de la ciudad, fue donde -aparte de confirmarse el cauce del canal se halló la clave de su origen y naturaleza. Desde hacía tiempo, conocíamos el intento de localización de agua dulce -por medio de la perforación de un pozo artesiano- que se había realizado allí en el pasado siglo (64). Teniendo en cuenta que en este sondeo -comenzado en 1851 y paralizado, a unos 135 metros de profundidad, en noviembre de 1852- no se alcanzó la roca hasta las 25 varas, es decir, unos 21 metros (Cf. Actas Arch. Mun. 1852, lib. 245, fol. 778 v), comenzamos a sospechar que ello podría deberse a la excavación del cauce del canal. Por ello, al ser informados por Don Manuel Accame de las particularidades del subsuelo y cimentación del edificio «Simago» en dicha plaza de la Libertad, orientamos la investigación en este sentido. Y, si bien el rastreo resultó arduo por haber

intervenido en la mencionada cimentación compañías diferentes y no radicadas en esta ciudad, los resultados no han podido ser más halagüeños. Ello se debe, esencialmente, a la colaboración de D. José Luis Conejero Santos -técnico de la compañía de cimentaciones Pilotes Sur, S.A. de Sevilla- que intervino personalmente en dicha obra y cuyas manifestaciones resultaron ser de la máxima importancia. Sus noticias sobre los sondeos realizados por su empresa, pueden resumirse en los tres puntos siguientes: 1º) No se llegó a alcanzar el firme rocoso; 2º) Se pudo constatar la existencia de una capa bastante potente de grava suelta -mezclada con algo de arena- y con apariencia de depósito fluvial; 3º) Aparición entre la grava citada, a unos ocho metros de profundidad, de fragmentos de cerámica rojiza -aparentemente bastante antigua- con sus bordes muy desgastados. Todos estos datos, suministrados por un testigo directo del sondeo, constituían la confirmación de la existencia del «canal Bahía-Caleta» en la zona más problemática de su recorrido, demostrando claramente además -por la presencia de restos de cerámica primitiva y rodada entre las gravas- su pervivencia aun en época histórica antigua. Estos vestigios cerámicos -desgastados por rodamiento en el lecho del canal y, precisamente, en una de las zonas que primero se cegarían- han sido interpretados también como hallazgos de carácter «submarino» y de naturaleza, probablemente, fenicio-púnica; no obstante, se acompañan de un signo de interrogación, puesto que esta clasificación se hace con todas las reservas imaginables (v. plano I, punto B).

Pasamos, de esta manera, a realizar un intento de esquema evolutivo, de carácter provisional, de este «canal Bahía-Caleta». Así, la primera cuestión que nos sale al paso es, lógicamente, el origen de dicho canal natural. Esta es la interrogante crucial, ya que -aparte de la complejidad que presenta- encierra también la clave de la dinámica posterior del canal. Mas, para llegar a la hipótesis de trabajo que luego se apuntará, es necesario retroceder hasta las observaciones básicas que, al parecer, han sido confirmadas por los datos

más recientes. De esta forma, el primer sitio en el que había que buscar una respuesta satisfactoria sobre la génesis del antiguo canal era, evidentemente, en el único trozo de él conservado en la actualidad, o sea, en el denominado «canal de la Caleta». Este canal central de la popular playa gaditana siempre nos había intrigado profundamente. La causa de ello era el supuesto origen que se le atribuía y que se relacionaba con el fenómeno de la erosión marina (Cf., por ejemplo, CONCEPCION, 1690: 3). Es verdad que en Cádiz se han producido, a lo largo del tiempo, toda una serie de «caletas» o pequeñas ensenadas provocadas por la acción oceánica (v. cap. V). Pero no es menos cierto que -por ser el resultado de la erosión marina sobre unas capas rocosas uniformes- la forma de estas caletas es corta y ancha, aproximándose a una planta de tipo semicircular y de profundidad escasa. No obstante, la Caleta de Santa Catalina -denominada «La Caleta» por antonomasia, como veremos en el próximo capítulo- presenta una tipología totalmente diferente, ya que su canal central es relativamente profundo, largo y estrecho, de bordes paralelos, similar a un fragmento de cauce fluvial (v. planos I y III; también Lám. V). Esta forma tan atípica y sorprendente es prácticamente imposible, en nuestra opinión, que se haya modelado por la erosión marina. Es más, aún admitiendo que en épocas lejanas los temporales marinos más potentes fuesen ya los del tercer cuadrante -como, para el período aluvial incipiente, se indica en GAVALA, 1959: 86 s- ello no explicaría convenientemente la disposición alargada y estrecha del «canal de la Caleta». Y esto es así porque, al actuar la erosión marina sobre un terreno rocoso de carácter uniforme -naturaleza que puede comprobarse cotejando el conglomerado constituyente de los arrecifes de San Sebastián y de la Punta del Nao, los cuales flanquean el canal central- el resultado tendría que haber sido una regresión por igual de gran parte del frente del antiguo acantilado, produciéndose la forma, aproximadamente semicircular, habitual en este tipo de ensenadas.

Como quiera que la forma de la Caleta no se ajusta a la que, aplicando un razonamiento geomorfológico, debería

esperarse, es presumible que su origen no esté ligado, directamente, a la erosión marina (65). A pesar de ello, creemos que, dada su magnitud y profundidad, no cabe duda del carácter natural de dicho «canal de la Caleta» (v. nota 55). Por tanto, al desecharse la hipótesis de una causa oceánica en relación con la apertura del «canal de la Caleta», era preciso rechazarla también para el origen del conjunto del que éste formó parte, es decir, para el «canal Bahía-Caleta». Y al excluir la génesis por erosión marina, había que desestimar, consiguientemente, la posibilidad de una apertura en sentido W-E, ya que el único agente natural sospechable, que procediese del Poniente, era el mar. Así que, desde ese momento, se planteaba una apertura en sentido opuesto, o sea, E-W.

Todos estos razonamientos esbozados, vendrían a sumarse a otros indicios no menos significativos. Concretamente, tanto en la Caleta como en la playa de Santa María del Mar, existen unas graveras de sedimentación en las cuales se localizan sendos yacimientos de útiles líticos prehistóricos más o menos rodados. Pero lo que ahora nos interesa no son las dichas industrias prehistóricas, que analizaremos en el capítulo VI, sino los propios nódulos naturales de materia prima que ha aprovechado el hombre desde los más remotos tiempos. Se trata, fundamentalmente, de nódulos de cuarcita y sílex muy similares a otros de las terrazas diluviales o pleistocenas del río Guadalete, el cual desemboca al otro lado de la Bahía. Estos materiales de las graveras gaditanas resultaban tan extraños en el contexto geológico local, que el profesor García y Bellido llegó a pensar que estos depósitos eran consecuencia de fenómenos humanos de importancia de materia prima en el Neolítico (Cf. GARCIA y BELLIDO, 1970 a: 3; ídem et al., 1971: 145). Nosotros estimamos, no obstante, que el volumen, variedad y disposición de estas gravas impide considerarlas como importaciones antrópicas y que sólo pueden explicarse por un desplazamiento y acumulación debida a unos potentes agentes naturales. Así, si bien la sedimentación selectiva actual parece atribuible a la influencia oceánica -por hallarse en plena zona intertidal o

área de juego de las mareas- quedaba en pie el problema de la procedencia primaria de estos materiales de arrastre (66). Por otra parte, no deja de ser curioso también que se haya señalado en el istmo del Castillo de San Sebastián la presencia de roca clasificada entre los denominados «conglomerados poligénicos del Guadalete» (GARCIA DEL BARRIO et al., 1971: 23). Además, hace ya varios años, aparecieron entre las gravas de Santa María del Mar dos fósiles de «ammonites» bastante rodados, uno encontrado por un aficionado -que nos facilitó su examen antes de que, lamentablemente, se extraviase- y el otro localizado por nosotros mismos y depositado en el Museo de Cádiz. Este doble hallazgo tenía un carácter alóctono, puesto que ese tipo de fósiles del Mesozoico abundan, por ejemplo, en las sierras de Grazalema y Ronda, pero no existen en el área de la ciudad de Cádiz. Conocidas estas premisas y apreciado el desgaste por rodamiento de ambos fósiles, comenzamos a considerar la posibilidad de que el agente natural de arrastre -que hubiese transportado a dichos fósiles y a las gravas de Santa María del Mar y de la Caleta -fuese el río Guadalete (67).

Mientras tanto, Francisco Ponce -con quien hemos mantenido, regularmente, frecuentes cambios de impresiones acerca de esta problemática- publicaba en el suplemento de «Diario de Cádiz», con fecha 5 de octubre de 1980, un nuevo artículo titulado: «La génesis de la Bahía». En este trabajo dicho autor expresaba su más reciente punto de vista sobre la cuestión del canal, cuyo nuevo trazado aceptaba plenamente. En concreto, manifestaba su creencia en que el «canal Bahía-Caleta» se había abierto por una estrecha corriente a fines del período diluvial y que, posteriormente, *«la acción corrosiva de los temporales pudo dar origen a una nueva salida a través de la ensenada de Puerto Chico»*. Lamentamos, no obstante, no poder compartir estas opiniones de nuestro amigo. Ello se debe, esencialmente, al nuevo rumbo que ha tomado el tema gracias a las manifestaciones personales del ya citado Sr. Conejero, que había participado en la cimentación del edificio «Simago». En

efecto, una de sus ya mencionadas noticias arrojaba una inesperada luz sobre los indicios que hemos expuesto y analizado hace poco. Concretamente, D. José Luis Conejero -acostumbrado, en su calidad de técnico de una compañía sevillana de cimentaciones, a realizar sondeos en las capas diluviales y aluviales del valle del Guadalquivir- nos había dicho que, en el subsuelo del edificio «Simago», habían reconocido una potente capa de grava con apariencia de «depósito fluvial». Pues bien, en esas palabras creemos que se hallaba la clave del problema: el «canal Bahía Caleta» debió ser un fragmento aislado de un antiguo cauce del río Guadalete. Esta interpretación, por otro lado, encajaría bien con algunos hechos ya indicados más arriba, a saber: la apertura del canal en sentido E-W, la capa de grava de aspecto fluvial en plena plaza de la Libertad, la forma de cauce de río del actual «canal de la Caleta», etc. (68).

A continuación, una vez emitida esta hipótesis de trabajo sobre el origen del canal, pasaremos a exponer las vicisitudes y transformaciones que pensamos debió sufrir éste a lo largo del tiempo. El «canal Bahía-Caleta» sería, primitivamente, parte integrante del río Guadalete del Pleistoceno o época diluvial (Cuaternario antiguo). Hablamos, por consiguiente, de una época en que el archipiélago gaditano no existía como tal, sino que el solar de sus posteriores islas formaba todavía un todo continuo con la actual costa de enfrente, antes de la excavación de la bahía de Cádiz. Este terreno, aún poco consolidado, se hallaría surcado por el primitivo río Guadalete, uno de cuyos brazos -tal vez el principal, dada su magnitud- debió llegar hasta donde, actualmente, se asienta la ciudad de Cádiz. Posteriormente, los fenómenos de intensa erosión fluvio-marina, descritos detalladamente por Gavala (69), comenzaron a excavar la Bahía actual y dejaron aislado un fragmento del antiguo cauce: el «canal Bahía-Caleta». Desde ese momento, éste funcionaría como un típico canal de marea, al estilo del posterior -y aun existente- caño de Sancti Petri (70).

El siguiente doble interrogante es cuándo y por qué se produjo el cegamiento de este brazo de mar, el cual se hallaba sometido a las corrientes de marea y del que sólo ha quedado reconocible la parte que llamamos «canal de la Caleta». Pues bien, teniendo en cuenta que en este tipo de caños la sedimentación se ve contrarrestada -de manera eficaz- por las corrientes generadas por la alternancia de mareas, es preciso pensar en influencias exteriores que alterasen este ritmo natural. De esta forma, creemos que -dado que en época ya histórica el canal estaba aún abierto (71), como han demostrado los hallazgos aludidos de fragmentos rodados de cerámica entre las profundas gravas detectadas en el subsuelo de «Simago»- hay que recurrir nuevamente a influencias antrópicas para explicarnos el azolvamiento del canal. Nuestra opinión en este sentido es -como luego desarrollaremos en el capítulo VI- que, al haberse usado el interior del canal como puerto, tanto los desechos y los posibles «pecios» acumulados en su fondo como las imaginables construcciones portuarias debieron provocar un frenado de las corrientes de marea y la rápida colmatación del lecho del canal. Estimamos así, debido a la falta de mención de dicho canal en las fuentes clásicas, que el relleno de la mayor parte del antiguo canal se produjo en plena época fenicio-púnica, no existiendo ya comunicación de las aguas de la Bahía con las del Océano -por el antiguo cauce de este canal- en época romana. De todas maneras, en el período romano el «canal de la Caleta» sería algo más profundo que en la actualidad y ocuparía aún parte del hoy barrio de la Viña, mientras que el agua de la Bahía debió alcanzar la zona de la plaza de la Catedral -en cuya cimentación se efectuaron algunos indicativos hallazgos descritos más arriba- pero el antiguo «canal Bahía Caleta» no existiría ya como tal, por hallarse cegada la mayor parte de su tramo central.

Muy posteriormente, en una vista de Cádiz realizada por Hoefnagel en 1564 (v. Lám. 11), se aprecia que la zona de la Caleta poseía ya una configuración parecida a la actual. Horozco, por su parte, hacía en 1598 una descripción del

área en que hoy se encuentra el barrio de la Viña y en la cual se demostraba estar a la vista aún la forma del cauce del cegado «canal Bahía-Caleta», puesto que define al lugar como un «vallecete» (Cf. HOROZCO, ed. 1845: 173). Algo más tarde, se constata que también la arena marina estaba contribuyendo al cegamiento del ya «canal de la Caleta» (72) y ayudando, por tanto, a la conformación definitiva de la típica playa gaditana. Por último, recordaremos que la colmatación reciente en la parte oriental del canal y de la ciudad ha sido ya analizada en detalle anteriormente (v. nota 47).

ALTERACIONES TOPOGRÁFICAS ARTIFICIALES

Las alteraciones de origen antrópico han contribuido también, señaladamente, a enmascarar el aspecto externo del territorio primitivo. Puesto que se ha partido del estado topográfico en 1911, fecha del plano original que sirvió de base a nuestro plano I, se han de dividir estas alteraciones artificiales en dos grupos, según sean anteriores o posteriores al mencionado año.

Las alteraciones antrópicas anteriores a 1911 aparecen ya en nuestro plano I y son, fundamentalmente: la apertura, en todas las épocas, de canteras de piedra (73); los desmontes, explanaciones y rellenos efectuados para la ampliación del casco antiguo de la ciudad y para la construcción de murallas y fortificaciones (v. notas 74 y 75), especialmente en la Edad Moderna; el relleno, en concreto, de la Huerta del Hoyo, la Hoyanca y la Zanja (v. cap. V), también en la Edad Moderna; y los desmontes ejecutados para el tendido del ferrocarril -desde la actual estación y por todo Extramuros, como se observa claramente en el plano † y para la construcción de los pabellones de la Exposición Marítima Nacional de 1887 y de los primitivos Astilleros Veá- Murguía en la denominada Punta de la Vaca (v. cap. V).

Las alteraciones antrópicas posteriores a 1911 pueden observarse ya en el plano II, que muestra el estado de la

ciudad en fecha reciente. Las de mayor importancia son: la urbanización intensiva de la zona de Extramuros (76), el desmonte del llamado Cerro del Moro para la construcción de la barriada del mismo nombre, y los rellenos efectuados para la Zona Franca y para la Barriada de la Paz.

CONCLUSIONES PALEOTOPOGRAFICAS

Primeramente, es preciso aclarar que se ha desistido aquí del intento de realizar una reconstrucción paleogeográfica ideal. Ello se justifica por nuestra creencia en la imposibilidad material de efectuarla en el estado actual de la cuestión. Dicha imposibilidad tiene su raíz última en la carencia de datos seguros que permitieran una cuantificación, lo suficientemente aproximada, de la incidencia -para un momento cronológico dado- de los diversos factores de alteración topográfica ya estudiados. Esto significa que lo único seguro es que, en la Edad Antigua, la bahía de Cádiz presentaría un aspecto intermedio entre el estado original -que se hallaría al culminarse la excavación del estuario del Guadalete- y el actual (Cf. PEMAN, 1941: 32 y 37). Como muy bien observó Gavala, al proceder a confrontar sus dos representaciones gráficas de los estuarios del Guadalquivir y del Guadalete, al terminar la excavación y en la actualidad:

«Sería inútil que pretendiéramos dibujar un plano de estos estuarios y de estas costas que representara fielmente el estado en que se encontraban unos y otras hace 2, 3 ó 4.000 años; sólo podemos decir que presentarían un aspecto intermedio entre los que se dibujan en nuestras láminas II y III...

En los tiempos en que esas costas ofrecían a los navegantes el aspecto con que se describen en los relatos recogidos por Avieno en «Ora Marítima», la situación sería, sin duda, mucho más parecida a la que se representa en la lámina III, pero con algunas variantes de importancia». (GAVALA, 1959: 93).

No hay que perder de vista, además, que en la totalidad de las reconstrucciones paleotopográficas esbozadas hasta la fecha (77) no se han individualizado las situaciones paleogeográficas de las épocas fenicio-púnica y romana, a pesar de las lógicas mutaciones que debieron experimentarse de un período a otro. Por consiguiente, estimamos discutible la exactitud de las restituciones intentadas hasta ahora y nos abstenemos de realizar una nueva versión, puesto que el estado de la investigación lo hace aún prematuro. Y una vez hecha esta aclaración preliminar, pasamos a exponer nuestras conclusiones acerca de la composición del archipiélago gaditano en la Antigüedad.

Para ello, hemos de comenzar rebatiendo la idea de que los actuales bajos o arrecifes que se hallan desperdigados por la Bahía -y que están sometidos a la influencia de las mareas, descubriéndose con la bajamar y sumergiéndose con la pleamar- constituyesen islas capaces de permitir el asentamiento de núcleos de población en la Edad Antigua (78). Por otra parte, es más que probable que se produjese una variación sustancial en la composición del archipiélago gaditano en el período comprendido entre la llegada de los primeros colonizadores orientales y el comienzo de la dominación romana. Este cambio, debido al cegamiento del «canal Bahía-Caleta» (v. supra), sería el causante del confu-sionismo de los escritores helenísticos y romanos, el cual, a su vez, ha desconcertado a toda la historiografía posterior. No obstante esto, parece ser - a la luz de los nuevos datos paleotopográficos- que en época fenicio-púnica el archipiélago se componía de tres islas:

1^o.) La pequeña isla que quedaba al norte del «canal Bahía-Caleta». Esta era la primitiva y auténtica Erytheia, en cuyo solar se encontraba el altozano donde hoy se levanta la Torre de Tavira y que constituía entonces, posiblemente, el lugar de asiento del Cádiz fenicio-púnico. De esta isla -que denominaremos «antigua Erytheia»- dice Plinio que miraba hacia Hispania (79), como efectivamente ocurría, y que fue llamada «Erytheia» por Eforo y Filístides, «Aphrodislas» por Timeo y Sileno e «Insula lunoras» por los naturales (80). La

denominación de «Aphrodisias» indica, por otro lado, que debe tratarse de la misma isla que -según Avieno, basado probablemente en el antiguo Periplo- se hallaba consagrada a Venus marina.

2º.) La isla grande -desde el actual Castillo de San Sebastián (81) hasta, tal vez, el hoy Castillo de Sancti Petri (82)- que, según Timeo citado por Plinio, fue llamada Kotinoussa.

3º.) La actual Isla de León, de la que no se ha conservado denominación concreta alguna de época tan remota.

En el período romano, en cambio, el aspecto del archipiélago gaditano había variado sensiblemente, debido a la desaparición como tal del «canal Bahía-Caleta» como consecuencia del ya absoluto cegamiento de su tramo central. De esta forma, se constata entonces la existencia de sólo dos islas:

1º.) Una gran isla -constituída por la unión de la «antigua Erytheia» con la Kotinoussa- que llegaría desde el actual extremo NW. del casco antiguo de Cádiz hasta, tal vez, el Castillo de Sancti Petri (83).

2º.) La Isla de León. Al haberse soldado la «antigua Erytheia» con la Kotinoussa, se produjo un total confusionismo acerca de la situación de la mencionada isla Erytheia. Así, por ejemplo, Pomponio Mela llegaría a situar la Erytheia en las costas de Lusitania. Pero el caso más interesante es el de Avieno, puesto que es evidente que reduce Erytheia a la isla pequeña que queda a la vista en su época: la Isla de León. Esta reducción de Erytheia a la Isla de León debió ser efectuada por la historiografía del período romano, por lo que denominamos a la Isla de León de aquella época «nueva Erytheia» (84). Es fácilmente comprensible, de esta manera, la distancia de cinco estadios -unos 925 metros- que señala Avieno entre esta «nueva Erytheia» y la tierra firme, ya que correspondería al ancho aproximado del caño de Sancti Petri en época, posiblemente, romana (85). Por otro lado, Avieno atribuía a esta «nueva Erytheia», erróneamente, una muy antigua ocupación púnica, lo que había sido cierto para la

auténtica «antigua Erytheia» -es decir, para la primitiva isla situada antaño al norte del «canal Bahía-Caleta»- pero no para la Isla de León, reducción tardía de Erytheia («nueva Erytheia»). Esta mezcla de noticias de diversos orígenes también explica que Avieno considerara a la isla de Venus marina -de la que tendría conocimiento por el supuesto Periplo del siglo VI a. C. como otra isla diferente de Erytheia, cuando en realidad, como ya hemos visto, la Aphrodisias y la «antigua Erytheia» fueron la misma isla.

V. APROXIMACIÓN A LA TOPONIMIA LOCAL

Una senda de investigación que no ha sido suficientemente rastreada en los trabajos anteriores es la constituida por los topónimos locales. Por ello, y si bien no se pretende aquí la realización de un «corpus» exhaustivo de estos materiales, sí se van a analizar, en cambio, aquellos que tengan alguna relación con el tema que nos ocupa (86). De esta forma, dejando aparte el tema de la etimología de los nombres que recibieron las islas y ciudades del antiguo archipiélago gaditano -por haber sido ya tratado, abundantemente, en la bibliografía anterior (87)- pasamos a estudiar, por orden alfabético, los topónimos que nos interesan.

CALETAS: Son pequeñas calas producidas, en general, como consecuencia de la erosión marina (v. cap. IV y también nota 88). La más importante de estas caletas era la «Caleta de Santa Catalina», hoy «La Caleta» por antonomasia, resto visible del antiguo y cegado «canal Bahía-Caleta». Esta citada Caleta, cuyo nombre derivaba de la cercana primitiva ermita de Santa Catalina, recibía ya la denominación de «La Calletta» en la célebre vista de Cádiz en 1564 dibujada por Hoefnagel (v. Lám. II). También en las tres redacciones de la historia de la ciudad compuesta por Agustín de Horozco, a fines del siglo XVI, se menciona con frecuencia la dicha «Caleta». Por otro lado, una de las restingas rocosas que flanquean el canal central de la Caleta es la hoy llamada «Punta del Nao», de la que hablaremos más adelante (v. infra). La toponimia específica del área de la Caleta ha sido estudiada, recientemente, por Juan

Antonio Fierro en el artículo: «Las piedras de la Caleta», publicado en el suplemento de «Diario de Cádiz» (1-febrero-1981).

El caso de la «Caleta de Puerto Chico», por otra parte, se analizará separadamente más abajo (v. «Puerto Chico»).

CAMPO DE LA JARA: Este topónimo hace referencia a una extensa zona -en la que se hallaba comprendido el «pozo de la Jara», del que trataremos más adelante- que ocupaba el solar de las actuales plazas de San Antonio y San Francisco y de la calle Ancha e inmediaciones, llegando a alcanzar, incluso, hasta lo que hoy es la Alameda (Cf. SMITH, 1913: 107).

CAMPO SANTO: Recibió este nombre, antiguamente, el área hoy ocupada por la plaza de Falla, calles de San Dimas y Campillo de los Coches y el Parque Genovés (Cf. SMITH, 1913: 66; v. nota 89). Dicha denominación derivaba del hecho de haber servido dicho lugar para enterrar a las más de doce mil víctimas de la epidemia de 1648 (Cf. CONCEPCION, 1690: 599).

CORRALES: Este término designaba un lugar en el que se practicaba la pesca por el sistema de corrales (90). Pero el hecho de que existiesen corrales de pesca en varios puntos inmediatos al solar hoy ocupado por la población, ha creado un cierto confusiónismo en el uso del topónimo. No obstante, es claro que hubo dos lugares denominados «Los Corrales» por antonomasia, a saber: la zona situada delante de Punta de Vaca (91) y la actual playa de Santa María del Mar (92).

HONDILLO: Para esta denominación, consultar nota 57.

HOYANCA: Especie de socavón de gran magnitud que se hallaba entre el convento de Santa María y

el Océano; de ahí su nombre de «La Hoyanca de Santa María» o, simplemente, «La Hoyanca» (93).

HUERTA DEL HOYO: Huerta que recibía este nombre por encontrarse en la hondonada del antiguo anfiteatro romano (v. cap. VI). La situación de esta huerta -y, por ende, del anfiteatro- era, al parecer, tras la actual Puerta de Tierra, al comienzo del barrio de Santa María (94). Es preciso considerar, sin embargo, que en 1594 se cegó parcialmente la mencionada huerta (Cf. HOROZCO, ed. 1845: 187 s) y que a fines del siglo XVII se hallaba ya totalmente igualada con el pavimetito circundante (Cf. CONCEPCION, 1690: 98), lo cual constituye una notable alteración topográfica que dificulta su exacta localización a partir del estado actual de las curvas de nivel zonales.

LAGUNA: El nombre de «La Laguna» hace referencia a una zona concreta de Extramuros que, aunque hoy se encuentra urbanizada, hace no mucho tiempo se hallaba ocupada en parte -debido a constituir una pequeña depresión interior- por agua pluvial estancada, más o menos permanentemente (95).

MONTURRIO: Altozano del barrio del Pópulo en que se levantó el llamado «Castillo de la Villa» (96).

PEÑON DE CAPUCHINOS: Espolón rocoso que se encontraba enfrente del convento de Capuchinos, internándose en el mar (97).

PUERTO CHICO: Este término designaba una caleta abierta por la erosión marina en el Campo del Sur (98).

PUNTA DEL NAO: Arrecife rocoso que se encuentra al oeste del Castillo de Santa Catalina, en la Caleta. En la bibliografía antigua se le

denominó primero como «peña de Harnao» y «punta de arnao» y, luego, como «Punta de Arnau» o de «Arnaud» (99). En sus inmediaciones se han producido, frecuentemente, interesantes hallazgos arqueológicos submarinos (v. cap. VI).

PUNTA DE LA VACA: Amplio promontorio que penetraba en la Bahía por la parte de Extramuros y que, primeramente se llamó “Puntas de las Vacas” (100). En este lugar se hallaba la batería que se denominó de la misma forma o también – debido, posiblemente, los descubrimientos de antigüedades verificados allí en todas las épocas (v. cap. VI)- “batería del Pozo del Romano” o, simplemente, “batería del Romano” (101). Esta zona experimentó, como ya hemos comentado al hablar de las alteraciones topográficas artificiales, varios desmontes y rellenos con motivo de la implantación de la vía férrea (“Diario de Cádiz”, supl. 24 – septiembre- 1978), construcción de la dársena Lacassaigne (102), instalación de la Exposición Marítima Nacional de 1887 (103) y erección de los primitivos Astilleros Veá-Murguía (Cf. SMITH, 1913: 429 s).

VIÑA: El “barrio de la Viña”, que ocupa parte del antiguo cauce cegado del “canal Bahía- Caleta”, debe su actual nombre al hecho de radicar en el lugar antaño ocupado por la Viña de Malabar, cuya denominación procedía, a su vez, del cerro Juan López de Malabar o Mal-Abad (Cf. CASTRO, 1857:50; PICARDO, 1952:15).

ZANJA: El llamamiento “arroyo de la Zanja” era una especie de torrentera que, recogiendo las aguas pluviales que descendían por las pendientes del altozano en que se asienta la Torre Tavira, discurría por las actuales calle de Benjumeda – que recibía entonces el nombre de Zanja- y plaza de Falla, desembocando finalmente

en la Caleta. El tramo terminal de su cauce era invadido por las aguas oceánicas en la pleamar, por lo que se denominaba también “el Salado”. Por la misma zona se formaba a veces, al estancarse el agua, una laguna que era conocida por “laguna del Salado” o “laguna del Campo Santo” (104). Para franquear el “Salado”, existía una alcantarilla de paso delante de la puerta del Hospital Real (Cf. ENRILE, 1843:161 s), lo que puede apreciarse en una curiosa representación gráfica – que hemos conseguido localizar en el Archivo Municipal de Cádiz (v. nota 105 y Lám. IV)- del mencionado curso de agua (106).

Y, de esta manera, llegamos al final del presente capítulo, el cual hemos dedicado íntegramente al estudio de los datos que nos proporcionan los topónimos locales en relación con el asunto de que tratamos. Realmente, y como ha podido comprobarse en las líneas anteriores, no es excesiva la información que un análisis de esta índole nos aporta en este caso, pero, no obstante ello, estimamos que los resultados obtenidos justifican sobradamente la breve incursión preliminar que hemos efectuado en este campo concreto de investigación.

VI. DATOS ARQUEOLÓGICOS

A. CONSIDERACIONES INICIALES

«De toda esta general mudaça le à cavido a Cádiz la menor parte. Que quien aora la viere tan corta, y desfigurada de lo que fue, que a penas le à quedado el nombre: que pensarà? Sino que erraron los que della escrivieron tanto sitio, y magnificencia». (SUAREZ DE SALAZAR, 1610:6).

Las anteriores palabras del historiador Juan Bautista Suárez de Salazar indican, claramente, que -ya a comienzos del siglo XVII- había desaparecido una buena parte de los venerables vestigios que testimoniaban la pasada grandeza de la ciudad. En la actualidad, por otro lado, son aún mucho menos abundantes los restos monumentales que nos han llegado de la Antigüedad. Las causas de su relativa escasez son, como en otras ocasiones, de dos clases: de carácter natural y de carácter artificial. De entre todos los agentes naturales que han producido la alteración y progresiva destrucción de los monumentos antiguos, merece la pena destacar el discutido papel jugado por la ya mencionada erosión marina (v. cap. IV). Este fenómeno de desgaste costero ha debido afectar, parcialmente, a la parte del antiguo núcleo urbano situada hacia el actual Campo del Sur -a espaldas de los barrios del Pópulo y de Santa María, fundamentalmente- aunque su importancia relativa es aún objeto de polémica. No obstante, es claramente perceptible, al menos, la acción constante de la erosión marina sobre algunos restos de la necrópolis gaditana, acción que fue ya señalada por Pedro Riaño de la

Iglesia (en FITA, 1904: 352) y que todavía continúa en la actualidad.

Por su parte, las causas antrópicas son, esencialmente: 1º.) La ocupación casi absoluta y la constante remoción -a lo largo del tiempo- del pequeño solar disponible para urbanizar, así como la frecuente reutilización de los materiales antiguos en las construcciones posteriores (107); 2º.) La destrucción de algunos vestigios antiguos y la pérdida de posibles referencias escritas sobre los mismos, con motivo del asalto perpetrado a la ciudad en el año 1596 por las huestes del conde de Essex (108); 3º.) La escasa profundidad -de dos a dos metros y medio, como máximo- alcanzada por la cimentación de las construcciones urbanas intramurales de los siglos XVIII y XIX, lo cual explica que no afectaran a los niveles basales de las ocupaciones primitivas; 4º.) Las destrucciones, ocultaciones y venta clandestina del material arqueológico aparecido fortuitamente, en especial en la necrópolis de Extramuros (109).

No obstante, a pesar de las dificultades enunciadas -y debido a la ineludible necesidad de una correcta evaluación de los datos arqueológicos- nos hemos visto precisados a efectuar un análisis, lo más exhaustivo posible, de todos los hallazgos verificados en la actual zona urbana. Posteriormente, los resultados de dicha recopilación fueron sometidos a una rigurosa crítica, de forma que sólo los descubrimientos fiables y de procedencia más segura han sido indicados en el plano I (110). En este plano topográfico-arqueológico se representan gráficamente, a efectos de la comprensión visual de las alteraciones topográficas producidas hasta 1911 (v. cap. IV), las principales fortificaciones de la Edad Moderna y la trinchera del ferrocarril; conservándose también el trazado de la gran avenida de Extramuros, como eje de referencia para la identificación de los puntos pertenecientes a la antigua necrópolis. Es necesario hacer la salvedad, por otra parte, de que los puntos del área de Extramuros indican las zonas de hallazgos pero no la concentración relativa de éstos, ya que -de representarse la totalidad de los restos descubiertos en ciertos parajes quedarían casi totalmente enmascaradas las

curvas de nivel. Los puntos en que se han realizado los descubrimientos de mayor interés se acompañan de una letra identificativa a la que se hace mención, expresamente, en el texto.

Otra cuestión que se ha tenido presente al redactar este capítulo es la referente a lo que denominamos «factores de error». Con este término se engloba a un conjunto de elementos circunstanciales que han provocado, a lo largo del tiempo, una serie de interpretaciones erróneas de los datos arqueológicos. Así, hay que comenzar señalando que la gran antigüedad de la ciudad ha enraizado de tal manera en el subconsciente popular, que cualquier hallazgo fortuito es rápidamente etiquetado como «del tiempo de los fenicios», a pesar de que los restos atribuibles a época tan remota son escasísimos. La dificultad de la distinción del carácter estricto fenicio o púnico de algunos materiales ha motivado, precisamente, el empleo de la categoría de restos «fenicio-púnicos» en el plano I. Además, la pervivencia de las tradiciones púnicas en época romana ha originado también un cierto confusiónismo en la interpretación cronológica de algunos vestigios. En la numismática gaditana, por ejemplo, es frecuente la errónea atribución a la fase fenicia de ciertas monedas de tipología púnica pero correspondientes, en gran parte, a un momento ya plenamente romano (111). La abundancia de restos antropológicos procedentes de enterramientos de la Edad Moderna ha sido otro factor causante de errores de interpretación, al ser considerados dichos vestigios como pertenecientes a necrópolis romanas o anteriores (112). También es preciso citar, en fin, algunos casos de supuestas supercherías efectuadas por falsarios y que han hecho errar a investigadores de buena fe (113).

Por último, antes de analizar los restos fenicio-púnicos y romanos, vamos a proceder a un esquemático resumen de lo conocido acerca del poblamiento prehistórico local, es decir, acerca del asentamiento de carácter pre-urbano (114). En concreto, las primeras noticias referentes al hallazgo de restos tan primitivos son las relacionadas con la supuesta aparición -en la Punta de la Vaca y sus proximidades,

respectivamente- de fauna pleistocénica (Cf. TORO, 1901: 91) y de una cueva con vestigios prehistóricos (115). Otra cita curiosa es la del descubrimiento de una dudosa mandíbula humana, supuestamente prehistórica, al construirse el antiguo varadero de Puntales, en Extramuros (Cf. MOLINA, 1922 a: 93). También es de sobra conocida la noticia, facilitada por Romero de Torres, en relación con el hallazgo de un hacha de serpentina en la zona de los Glacis, en Extramuros. Esta última pieza fue inicialmente clasificada como neolítica (Cf. ROMERO DE TORRES, 1934: 533), si bien hoy debe encuadrarse mejor en la Edad del Bronce. Pero, dejando aparte cuestiones como la de la pervivencia -también observada en Lixus- de industria lítica en algunas tumbas púnicas (116), es preciso detenernos, siquiera momentáneamente, en los dos yacimientos prehistóricos locales de cierta entidad: Los Corrales y La Caleta (117).

El yacimiento antiguamente denominado «Los Corrales» corresponde a la actual playa de Santa María del Mar (v. cap. V). En esta zona, en efecto, se localizaron ya útiles prehistóricos sin rodar en las excavaciones de Pelayo Quintero (118). Posteriormente, en la década de los años setenta, un equipo de prospectores -compuesto por Victorina Mateos, Javier Ramírez y José Antonio Gómez- procedió, bajo nuestra dirección, a la recogida sistemática de material rodado en las ya descritas graveras de dicha playa (v. cap. IV). Las características de estas piezas -que fueron depositadas en el Museo Arqueológico de Cádiz y se hallan pendientes de estudio monográfico- son similares a las de buena parte de las procedentes del yacimiento de La Caleta, que comentaremos a continuación. Por otro lado, es posible que tanto los nódulos naturales de materia prima como una parte, al menos, de la industria tallada de Los Corrales provengan, directamente, del desmantelamiento -por la erosión oceánica- de una terraza marina que puede ser observada en la base del acantilado inmediato al actual Instituto de Enseñanza Media «Columela», de Extramuros. No obstante, esta última hipótesis de trabajo se encuentra aún en trance de verificación.

El yacimiento lítico de La Caleta, por su parte, fue dado a conocer por Juan A. Matas en los números de «Diario de Cádiz» correspondientes al 27 de abril, 3 de mayo y 22 de junio de 1969 (noticia que fue ya recogida también en «ABC» de Madrid, del 29 de abril de dicho año). El mencionado descubridor relacionó los materiales de este yacimiento con la arcaica fase prehistórica entonces denominada «Pebble Culture», simplemente por el hecho de tratarse de una industria fabricada a partir de los guijarros de las graveras zonales (a las cuales se hizo referencia en el cap. IV). Algo más tarde, el Prof. García y Bellido clasificaría estos restos como pertenecientes al Neolítico (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1970 a: 3 ss; ídem et al., 1971: 145). Posteriormente, se identificaron también vestigios correspondientes al Epipaleolítico (Cf. FORTEA, 1973: 280 ss). Por otra parte, en lo que a nosotros respecta, podemos adelantar una serie de observaciones preliminares. Así, por ejemplo, es evidente la coexistencia de materiales -tanto de sílex como de cuarcita, fundamentalmente,- con diversos grados de rodamiento. El yacimiento, por otro lado, se halla en la misma zona intertidal, por lo que es claro que los materiales se encuentran desplazados de su lugar de depósito original. No obstante, tanto el índice de concentración de utensilios de diferentes tamaños como la abundancia de restos de talla hablan en favor de la existencia de primitivos talleres prehistóricos «al aire libre» en la zona. Entre los útiles de dicho yacimiento -recolectados, en su casi totalidad, por J.A. Matas, E. Prats y nuestro equipo de colaboradores, y que fueron depositados en el Museo Arqueológico de Cádiz- hemos ya identificado piezas claramente atribuibles al Paleolítico inferior (Achelense), además de las correspondientes a complejos industriales más tardíos y de las típicas «piedras de fusil» de la Edad Moderna y comienzos de la Contemporánea. Por último, es preciso hacer notar que en unas obras efectuadas en el Campo de las Balas, próximo a La Caleta, se localizó por J. Remesal -hacia 1966, al parecer- un evolucionado útil de sílex sin rodar, que también se custodia en el Museo de Cádiz. Recientemente, en fin, se ha documentado la presencia de sílex tallado y cerámica de la Edad del Bronce

en la también cercana calle Felipe Abarzuza (Cf. CORZO, 1980: 7).

B. LA NECROPOLIS GADITANA

Sin duda ninguna, los datos aportados por los hallazgos de restos de necrópolis son de un interés excepcional para el presente estudio. Ello se debe, como es fácilmente comprensible, a las indicaciones indirectas que este tipo de vestigios facilitan acerca del emplazamiento de la ciudad antigua. De hecho, puede afirmarse que, dada la consabida situación extramural de las necrópolis en las culturas fenicio-púnica y romana, la ubicación del núcleo urbano sería en zona no ocupada por los enterramientos de la época. Mas esta cuestión -en apariencia tan simple- se complica bastante si tenemos en cuenta que el área de necrópolis es un elemento dinámico, especialmente cuando posee una pervivencia cronológica tan amplia como la que tiene la necrópolis gaditana. En efecto, las necrópolis antiguas se desplazaban empujadas por la expansión urbana, de forma que, en los núcleos en desarrollo, los dichos cementerios mantenían su carácter extra-urbano gracias a un progresivo alejamiento de la ciudad inicial (119). Esto implica, como es lógico, que las necrópolis más arcaicas han podido ser invadidas por posteriores ampliaciones del recinto urbano.

Y una vez hechas estas reflexiones de carácter general, pasamos a la enumeración sistemática de los principales hallazgos efectuados en la necrópolis gaditana; lo cual permitirá realizar -al final del presente apartado- una esquemática interpretación evolutiva de conjunto. En concreto, además de ciertas noticias -transmitidas por la historiografía de la Edad Moderna- referentes a algunos hallazgos esporádicos y parcamente descritos (120), se han de destacar los siguientes descubrimientos verificados en las antiguas necrópolis:

- Tumba de carácter romano localizada en 1643 en el Campo de la Jara, hacia la actual calle Obispo Cerero (plano I, punto G; v. nota 121).

- Conducto (?) con restos de losas de mármol y de cerámica romana, al parecer, hallado en 1748 en la confluencia de las calles del Veedor y de Marzal, hoy calles José R. de Santa Cruz y Veá-Murguía respectivamente (plano I, punto H; Cf. CASTRO, 1857: 70 s).

- Columbario romano descubierto en 1769 en el solar del Hospital de Mujeres (plano I, punto J; Cf. ROMERO DE TORRES, 1934:139).

- Lápida funeraria romana aparecida al hacer un pozo en la calle de los Doblones, hoy el Manuel Rancés (plano I, punto F; v. nota 122).

- Columbario romano de los Plocios, hallado en diciembre de 1826 en el glacis izquierdo de las fortificaciones de Puerta de Tierra (123).

- Diversos vestigios funerarios romanos localizados en 28 de febrero de 1838 en la Segunda Aguada, Extramuros (124).

- Restos de sepulturas romanas descubiertos, a mediados del siglo XIX, con motivo de los desmontes efectuados para el tendido de la vía férrea (125).

- Lápida romana funeraria localizada, al parecer, en la antigua calle de la Candelaria, hoy c/ Montañés, (plano I, punto E; Cf. CONCEPCION, 1690:117 s; ROMERO DE TORRES, 1934: 146).

- Abundantes vestigios de enterramientos romanos hallados, hacia 1884, en la cimentación del «Nuevo Teatro» levantado en la plaza de Falla (plano I, punto K; v. nota 126).

Mas, en realidad, cuando la necrópolis gaditana comenzó a gozar de una cierta fama fue a raíz de los descubrimientos efectuados desde 1887 en la denominada Punta de la Vaca (sobre ésta v. cap. V). Ya con anterioridad a 1887 debieron aparecer en dicho lugar, ocasionalmente, algunas antigüedades de la necrópolis, como parece indicar el topónimo allí existente de «Batería del Romano» (127). Pero, a pesar de todo, los hallazgos verdaderamente notables fueron los que se realizaron con motivo de los desmontes ejecutados para la instalación de la Exposición Marítima Nacional de 1887 (v. nota 103) y, para el relleno del área destinada a los Astilleros Veá-Murguía a partir de 1891. Acerca de todos estos descubrimientos -que serían la causa directa de la creación del Museo Arqueológico de Cádiz

(128)- existe una bibliografía bastante abundante (129), especialmente sobre el famoso sarcófago de Punta de Vaca (plano I, punto C; v. también Lám. VI y nota 130). En la dicha zona se localizaron, además, los primeros vestigios conocidos que pueden atribuirse a supuestas tumbas púnicas de pozo (131).

Ya en el presente siglo, y debido a la continua serie de hallazgos que seguían verificándose en la necrópolis gaditana, comenzaron las campañas oficiales de excavaciones en la zona de Extramuros (132) y que tantos vestigios numismáticos, epigráficos y de orfebrería sacaron a la luz (133). Por otra parte, hemos de destacar un par de descubrimientos fortuitos que tienen especial interés por sus lugares de aparición. En primer lugar, citaremos el caso de las tumbas púnicas localizadas al abrir unos cimientos en la calle Santo Domingo, al comienzo del barrio de Santa María (plano I, punto D). Sobre dichas tumbas existen noticias contradictorias, así como la posibilidad de que algunas de ellas fuesen reaprovechadas con posterioridad a su utilización primigenia (134). El otro descubrimiento, que también posee una importancia de primer orden, fue el de la celeberrima estatuilla de Ptah hallada en febrero de 1928 -junto con otros materiales que no se recogieron- en la cimentación de la Central de Teléfonos de la calle Duque de Tetuán o c/ Ancha, y que hoy se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (plano I, punto 1; v. además nota 135). La controvertida cronología de esta figurita puede remontarse, con seguridad, a la primera mitad del primer milenio antes de J.C., habiendo incluso autores que la llevan más allá del año 1000 a.C. Su contexto arqueológico sería, probablemente, el de una tumba fenicia, aunque también pudo formar parte de un depósito ritual (v. nota 197).

Además de todo esto, es preciso citar otros dos hallazgos que no son suficientemente conocidos. El primero de ellos fue el verificado por D. Manuel Accame de Campos tras el Matadero antiguo -en el acantilado puesto al descubierto al ser arruinada la muralla por la erosión marina- y consistente en unas siete u ocho urnas cinerarias romanas de barro

cocido (plano I, punto Y; v. también nota 136). Estos restos fueron depositados en el Museo Histórico Municipal de Cádiz y, lamentablemente, fueron destruidos por la onda expansiva provocada por la explosión de 1947. El otro descubrimiento fue el de un pequeño columbario romano aparecido, casualmente, en mayo de 1966 en la cimentación de los pabellones militares del Campo de las Balas, junto a la Caleta (plano I, punto L). Concretamente, se puso al descubierto un murete de casi dos metros de alto -ocupando una fosa excavada en su mayoría en la arena roja (137)- y que presentaba seis orificios casi cilíndricos. Estos restos fueron interpretados por el Prof. García y Bellido como pertenecientes a un palomar romano (Cf. Arch. E. Arqueol., vol. 44, 1971: 142 s), si bien una urna cineraria de plomo recuperada de una de las hornacinas por el aparejador Sr. Accame permite considerar a este monumento, más bien, como un columbario romano. En la misma obra se hallaron monedas de bronce gaditanas de tipología púnica -aunque, posiblemente, ya de plena época romana- y también monedas romanas alto imperiales, además de un anillo de bronce figurando una serpiente que se muerde la cola y de un depósito de ánforas romanas del que trataremos más adelante.

Últimamente, se han producido algunos interesantes descubrimientos en la necrópolis gaditana, de los cuales se ha hecho eco, reiteradamente, la prensa local y nacional (138). Entre estos recientes hallazgos destaca el del nuevo sarcófago antropoide, aparecido fortuitamente en la calle Ruiz de Alda (Extramuros), al proceder a la cimentación de un edificio en el antiguo solar del chalet de Pelayo Quintero Atauri, excavador de la necrópolis gaditana (plano I, punto CH; v. también Lám. VII y nota 139).

En resumidas cuentas, y basándonos en la distribución y cronología de todos los hallazgos consignados en la bibliografía existente (140), pueden individualizarse tres fases expansivas fundamentales en el desarrollo evolutivo de la necrópolis gaditana, a saber:

1ª.) La necrópolis primigenia o «fenicia», que abarcaría -parcialmente, al menos- la primera mitad del primer milenio antes de J.C. (desde la controvertida fecha de fundación de la ciudad, sea cual fuere ésta, hasta fines del siglo VI a. C.). La ubicación de la supuesta necrópolis de esta fase es hipotética, ya que no se poseen, prácticamente, hallazgos seguros procedentes de ella. De todas formas, cabe la posibilidad de que estuviese situada en la zona inmediatamente exterior al núcleo fortificado que debió existir en el altozano en que hoy se encuentra la Torre de Tavira. Esto podría confirmarlo el hallazgo de la figurita de Ptah de la calle Ancha, si -como hemos hecho anteriormente- se considera como un resto de carácter funerario. Pero, no obstante lo dicho, podría ser que esta necrópolis tan antigua se extendiese también al otro lado del «canal Bahía-Caleta», remontando la ladera en pendiente de los barrios del Pópulo y de Santa María (y siendo cubierto su solar, posteriormente, por la Neápolis romana y por los ulteriores núcleos de población).

2ª.) La necrópolis «púnica», cuya existencia debió prolongarse desde un momento próximo al año 500 a. C. hasta fines del siglo III a. C. Su área de expansión es, fundamentalmente, la zona de Extramuros comprendida hasta la latitud del actual cementerio (141). Posteriormente, desde los inicios de la presencia de Roma (últimos años del siglo III a.C.) y paralelamente a la época republicana avanzada, se documenta la pervivencia -en la misma zona citada- de tumbas de tradición púnica. Este último fenómeno se explica por el carácter, fuertemente púnico aún entonces, de la población gaditana.

3ª.) La necrópolis «romana», que -en su máxima extensión en época imperial- ocupó gran parte del actual área de Extramuros, desbordando por el sur los límites de la anterior necrópolis púnica y llegando a alcanzar la zona denominada La Laguna. Existen además, por otra parte, vestigios funerarios de esta época en algunos puntos del solar hoy ocupado por el Cádiz intramural (v. plano I); los cuales,

evidentemente, delimitan también áreas situadas al exterior del recinto urbano de la fase romana.

C. HALLAZGOS SUBMARINOS

Los hallazgos de carácter subacuático presentan en Cádiz, como es comúnmente sabido, una problemática bien compleja (Cf. REINA, 1973). En efecto, el expolio sistemático a que se ve sometido nuestro patrimonio arqueológico submarino -explicable, en parte, por la dificultad que presenta su vigilancia y protección- ha ocasionado la pérdida de abundantes datos presumiblemente de gran importancia. No obstante esto, y debido a las interesantes pistas que los restos de pecios «in situ» -indicativos de lugares ya ocupados por el mar en la Antigüedad- facilitan para la reducción del antiguo recinto urbano, se ha procedido a una recopilación sistemática tanto de los hallazgos ya publicados como de algunos documentados por referencias orales. Todos estos datos se han vertido, con expresa mención de su naturaleza específica, en el plano III, que reproduce el área de máxima concentración de restos arqueológicos subacuáticos conocidos: el «canal de la Caleta» e inmediaciones (142). Para ello, evidentemente, sólo han sido considerados aquellos descubrimientos de procedencia cierta aproximada y cuya relativa concentración parece indicar la presencia de posibles cargamentos «in situ» de navíos antiguos siniestrados, ya que la representación de los abundantes hallazgos fragmentados y aislados -y, muy posiblemente, desplazados de su lugar primario de procedencia- podría haber inducido a interpretaciones erróneas. Por otro lado, es preciso también tener en cuenta que los cepos de anclas antiguas, debido a la relativa frecuencia con que se enganchaban y no podían ser recuperados, no necesariamente abogan en favor de la presencia segura de una nave hundida. Por último, además de todo lo dicho, se ha de contar con la incidencia de tres «factores de error» específicos de los hallazgos de esta índole, a saber: 1.) La extraordinaria abundancia de vestigios antiguos submarinos

en la Caleta ha provocado que cualquier resto de este tipo -de procedencia oscura o ignorada- se atribuyese, inmediatamente y sin la necesaria certeza, al mencionado lugar; 2.) Las ánforas -de tipología y cronología plenamente púnica- que proliferan en los yacimientos subacuáticos inmediatos a Cádiz, suelen ser impropriamente denominadas «fenicias», a pesar de las connotaciones de mayor antigüedad que dicho término puede acarrear; 3.) Los restos de ciertas típicas vasijas de la Edad Moderna (sobre ellas Cf. GOGGIN, 1960) de procedencia submarina, se han interpretado erróneamente, con frecuencia, como restos de ánforas romanas.

Y una vez planteados los condicionantes generales de la cuestión, hemos de pasar ya a la enumeración de los principales descubrimientos arqueológicos submarinos verificados en las aguas colindantes a la ciudad. En concreto, desde la extracción en 1884 de materiales procedentes de un posible pecio romano existente junto a la Punta del Nao (Cf. VERA, 1887: 48 y 121) hasta la actualidad, los hallazgos submarinos realizados en las cercanías de la ciudad de Cádiz -tanto en la zona de la Caleta como en los bajos o escollos de La Olla y Los Cochinos, fundamentalmente- han sido incesantes (143). De entre ellos destacan por su interés: el gran "thymiaterion", el disco y las dos terracotas femeninas (una de ellas descubierta hace poco) procedentes, en su totalidad, de las inmediaciones de la Punta del Nao y que forman un conjunto bastante homogéneo de carácter fenicio-púnico (144); dos magníficos cepos de piedra hallados también en la zona de la Punta del Nao, uno de los cuales se encuentra depositado en el Museo Arqueológico de Cádiz (Cf. REINA, 1973: 21) y el otro es de propiedad particular (145); las anforitas púnicas y el lingote romano de plomo de la Caleta, publicados por García y Bellido (Arch. Esp. Arqueol., vol. 44, 1971: 141 s); y los abundantes cepos romanos de plomo del Museo Arqueológico de Cádiz, de entre los que destacan uno de 720 Kgrs. de peso -recuperado por D. Antonio Rodicio cerca de la Laja Herrera, en dirección al bajo de Los Cochinos (146)- y otros, más

pequeños, con motivos en relieve representando delfines y «astragali» (147). De la zona del puerto actual se poseen menos datos de hallazgos, lo cual se debe, en parte, a que en dicha área los restos se hallan cubiertos por una notable capa de fango. Esto se ha visto confirmado, convincentemente, por los descubrimientos verificados en el curso de los trabajos de dragado que se han venido ejecutando, en los últimos tiempos, en esta parte interior de la Bahía (Cf. FERNANDEZ-CHICARRO, 1962: 68). Pero, de todas formas, preferimos no extendernos más en el análisis de los restos arqueológicos submarinos de los fondos inmediatos a Cádiz, en espera de los resultados de la campaña sistemática de rastreo subacuático que dirigimos en la actualidad y que será objeto de la correspondiente monografía detallada.

Por otra parte, y tras este breve resumen de los más notables hallazgos submarinos, es preciso abordar otra cuestión que está íntimamente ligada con lo anterior. Nos referimos, claro está, a la ubicación del importantísimo puerto antiguo de Cádiz, del cual sólo se conoce que ante él se levantaba lo que se ha traducido, generalmente, por una «escollera» (148). Concretamente, comenzaremos por dejar constancia de las opiniones sobre el tema manifestadas por los distintos estudiosos, para, finalmente, acabar exponiendo nuestro propio punto de vista al respecto.

Nicolás de la Cruz, conde de Maule, emitió ya la hipótesis de que el fondeadero de la ciudad más primitiva se hallaría en la Caleta y que, posteriormente, Balbo el Menor debió trasladarlo a la parte que mira a la Bahía (Cf. CRUZ, 1813: 98). Esta opinión referente a un hipotético traslado del puerto, en época romana, desde la Caleta -supuesto fondeadero fenicio- al lugar del actual, sería repetida, de nuevo, en C.E.M.M.J.D., 1824, 1 cuad.: 70. Adolfo de Castro, por su parte, era también partidario de que el puerto fenicio debía encontrarse inmediato a la Caleta (Cf. CASTRO, 1858: 99) y que, por el contrario, el puerto romano se situaría ya donde sigue en la actualidad (Cf. CASTRO, 1862: 25). Pedro de Madrazo, por otro lado, compartió también la idea de la

ubicación del puerto fenicio próximo a la Caleta (Cf. MADRAZO, 1884: 66 y 74), mientras que los hermanos Vera y Chiller eran de la opinión, en cambio, de situar por dicha zona el puerto romano (Cf. VERA, 1887: 48). Guillermo Smith creía que tanto el puerto fenicio-púnico como el romano se hallaron en el mismo lugar en que aún continúa al presente (Cf. SMITH, 1913: 378 s). José María Carpio, por su parte, se mostró partidario de que el puerto militar fenicio y cartaginés hubiese estado en la Caleta (v. «Diario de Cádiz», 30-mayo-1925). Pelayo Quintero Atauri, el infatigable excavador de la necrópolis gaditana, fue también del parecer de que el primitivo puerto fenicio se hallase en la Caleta (Cf. QUINTERO, 1928 b: 8: ídem, en «Cronos», núm. 1, 1930: 7). Enrique Romero de Torres, por otro lado, se inclinaba por la identificación -tanto del puerto fenicio como del romano- en lugar inmediato a la Caleta (Cf. ROMERO DE TORRES, 1934: 42 y 116). La ubicación del puerto prerromano en la Caleta fue defendida también por el profesor Schulten en diversas ocasiones (Cf. SCHULTEN, 1952: 297; ídem, 1959: 404). César Pemán, por su parte, ha señalado la ventajosa situación que presenta la Caleta de cara a su utilización como puerto en la Antigüedad, debido al hecho de ser más fácilmente asequible a vela -cuando sopla el fuerte viento de Levante- que el lugar en el cual se halla el puerto actual (Cf. PEMAN, 1969: 238). María Josefa Jiménez Cisneros se ha referido también, en su síntesis sobre el antiguo Cádiz, a la posibilidad de que el puerto fenicio-púnico se encontrase ubicado en la Caleta hasta que Balbo el Menor lo trasladase a la zona que da al interior de la Bahía (Cf. JIMENEZ, 1971: 21 y 60). Ya en época reciente, Juan Antonio Fierro ha emitido la hipótesis de la existencia de un doble puerto en época fenicia: un puerto militar en la Caleta y otro comercial en el área denominada «Puerto Chico» (sobre este lugar, v. cap. V); estando facilitada la comunicación entre ambos por un canalizo artificial abierto en el istmo de San Sebastián (Cf. FIERRO, 1979: 21 s, 27 y 30; «Diario de Cádiz», supl. 5-octubre-1980). Sobre esta interpretación, no obstante, es preciso hacer un par de observaciones: en primer lugar, que la ensenada o caleta de Puerto Chico -la cual fue producida

por la erosión marina (v. cap. V)- no es seguro que existiese en época tan antigua; y, en segundo lugar, que el canalizo del istmo de San Sebastián parece ser que data de época relativamente reciente (v. nota 55).

Una vez conocidos estos antecedentes y la gran cantidad de restos de navíos naufragados en la Antigüedad en las inmediaciones de la Caleta (v. plano III), se procedió al intento de localizar algún vestigio del puerto primitivo en el área mencionada. Para ello, se verificó un rastreo sistemático tanto del istmo de San Sebastián como de la Punta del Nao, en busca de posibles vestigios de instalaciones portuarias similares a los documentados en otros asentamientos antiguos, especialmente en las zonas de Fenicia y Cartago (149). Los resultados, no obstante, fueron absolutamente negativos, no pudiendo identificarse restos atribuibles a muelles o a construcciones auxiliares. Esta ausencia de datos demostrativos de la propugnada existencia del Puerto Primitivo en el área de la Caleta era, lógicamente, bastante sintomática. Fue preciso, por tanto, replantearse de nuevo el problema, aunque ahora ya introduciendo los factores que han sido aportados por las investigaciones más recientes. En concreto, desde el momento de la elaboración del esquema evolutivo provisional del «canal Bahía-Caleta», se nos antojaba evidente la incidencia de este factor en el devenir de las antiguas zonas portuarias. Así, teniendo en cuenta las precisiones ya efectuadas sobre la supuesta dinámica de dicho canal (v. cap. IV), pueden apuntarse las siguientes conclusiones provisionales sobre el puerto antiguo de Cádiz:

1ª) Ubicación del primitivo puerto fenicio-púnico en el interior del entonces existente «canal Bahía-Caleta», constituyendo un fondeadero convenientemente abrigado (150).

2ª) Construcción de instalaciones portuarias en la zona de dicho canal situada al pie del altozano de la Torre Tavira, es decir, hacia donde hoy se encuentra el Mercado Central de Abastos (c/ Libertad) y sus inmediaciones. Estas instalaciones -junto con posibles restos de pecios y otros materiales de origen antrópico- debieron frenar la corriente de

marca, propiciando la sedimentación y la colmatación progresiva del «canal Bahía-Caleta». Este cegamiento, evidentemente, haría cada vez más dificultosa la utilización del primitivo fondeadero.

3ª) En los comienzos de la fase romana, se habría llegado ya a la casi total obstrucción del tramo central del canal y, por ende, al completo aterramiento del puerto primigenio. Por ello, poco después -desde época de Balbo el Menor- el principal puerto romano debió ya situarse hacia la actual plaza de Pío XII o de la Catedral Nueva y a los pies del barrio del Pópulo, zonas aún no colmatadas por la sedimentación. Este traslado del área portuaria sería un fenómeno paralelo a la creación de la Neápolis o Ciudad Nueva (151). Independientemente de esto, hacia la parte de la actual Caleta -y también, posiblemente, algo más al interior del actual barrio de la Viña, por hallarse entonces menos cegado que hoy el antiguo canal- se ubicaría, además, otro amplio fondeadero, en elación con el cual parecen hallarse algunas industrias romanas que se encontraban en sus proximidades y que serán tratadas en el siguiente apartado.

D. RESTOS URBANOS

Por último, pasamos a ocuparnos de aquellos datos arqueológicos que poseen un mayor valor indicativo para la correcta reducción de los primitivos núcleos de asentamiento. Nos referimos, como es lógico, a los restos de carácter propiamente «urbano». Pero, antes de iniciar su análisis, hemos de comenzar aclarando que el término «urbano» se ha tomado en un sentido lato, designándose con él todos los vestigios que no son ni funerarios ni procedentes de pecios, es decir, aquellos que pertenecieron o tuvieron una dependencia más directa con los lugares de hábitat. Así, no sólo englobamos en el presente apartado los restos del propio núcleo urbano primitivo, sino también los pertenecientes a las industrias situadas en el extrarradio, los de la calzada romana, etc. Y una vez dicho esto, procederemos a relacionar, por categorías, la totalidad de monumentos y vestigios de la mencionada naturaleza de los

que se posea o bien referencia escrita -por las fuentes clásicas o por la historiografía posterior- o bien confirmación arqueológica fehaciente.

TEMPLOS

Herákleion: El templo de Melkart-Herakles-Hércules estuvo emplazado, según parece, en el área del actual islote de Sancti Petri, a unos 18 Kms. al S.E. del intramuros de la ciudad de Cádiz. Esta ubicación puede deducirse tanto de las noticias contenidas en las fuentes clásicas (v. nuestro cap. II) como de algunos descubrimientos arqueológicos (152). Algunos vestigios de este famoso santuario de la Antigüedad podrían haber sido en parte reutilizados en la construcción del castillo que allí se yergue aún (153) y en parte destruidos como consecuencia de la intensiva explotación de canteras verificada en dicha isla en la Edad Moderna (154). Por otra parte, además, los frecuentes hallazgos subacuáticos de restos monumentales parecen indicar que, posiblemente, una notable porción del área sacra de época romana, al menos, se halla sumergida en la actualidad (155).

Krónion: En el Cádiz antiguo existió también, según se menciona expresamente en el texto de Estrabón (v. cap. II), un Krónion o santuario de Baal Hammón (deidad asimilable a Kronos-Saturno). Por ello, ciertas bárbaras costumbres antiguas -que pervivían aún en la Gades romana (156)- se han relacionado con el cruento ceremonial que comportaba el culto de la divinidad citada (157). En cuanto a la exacta ubicación de este templo, ha existido desde siempre en la historiografía local una clara tendencia a situarlo en el promontorio de San Sebastián e inmediaciones (158); lo cual, por otra parte, ha provocado que se haya pretendido reconocer sus restos en las huellas de las canteras de la Edad Moderna existentes en aquella zona de la Caleta (159) y que, a su vez, se habían instalado en parte sobre el antiguo solar de un grandioso monumento romano del que luego hablaremos. Dejando aparte la hipótesis propuesta por Ramón Solís -y absolutamente inadmisibile, a nuestro juicio - referente a la identificación del Krónion con el monumento

romano inmediato a Torregorda (sobre éste v. nota 155), se ha propuesto también la reducción de este templo a la zona que hoy ocupa la denominada Catedral Vieja (160). Schulten, en cambio, se mostraba partidario de que el Krónion se ubicase al oeste de la Puerta de la Caleta, por el istmo de San Sebastián (Cf. SCHULTEN, 1952: 277). Por otra parte, existe también la posibilidad de que dicho templo estuviese situado, concretamente, en el área de la «avanzada» del Castillo de San Sebastián (161), no lejos de donde hoy se encuentra la base del anterior faro (162). De esta forma, podría interpretarse como perteneciente al Krónion, quizás, el basamento monumental descubierto allí en 1887 (plano I, punto M; v. también nota 163). Esto, tal vez, permitiría poner en relación con dicho santuario, además, el conocido capitel fenicio del Museo Arqueológico de Cádiz; siempre y cuando esta pieza procediese en efecto- a pesar de las justificadas dudas expresadas ya en PEMAN, 1959: 59 s- de las inmediaciones del Castillo de San Sebastián (plano I, punto N; v. además notas 164 y 165).

Santuario de Venus marina: En la «Ora Maritima» de Avieno se menciona, como ya vimos en el capítulo II, una isla consagrada a Venus marina y en la que existía un templo con una profunda cripta y un oráculo (166). Es evidente que con esta sucinta descripción -procedente, con seguridad, del viejo Periplo que sirvió de base a la obra citada- se hacía referencia a un antiguo templo de la diosa fenicia Astarté (Tanit púnica). En cuanto al emplazamiento de dicho santuario, y a pesar de que se han propuesto las ubicaciones más dispares (167), la tendencia más arraigada ha sido la de situarlo en la zona hoy ocupada por el Castillo de San Sebastián. Esta última hipótesis fue ya defendida por Schulten desde 1922, si bien este autor indicaba entonces que no existían vestigios materiales del templo en el lugar mencionado (Cf. SCHULTEN, 1922: 106 s; ídeni, 1925: 121). Pero, con motivo de su visita a Cádiz en 1927, Schulten creyó identificar, entre otras cosas, la antigua gruta del oráculo en las inmediaciones del ya citado castillo (Cf. SCHULTEN, 1928: 210 s); lo que le llevaría a reafirmarse en

su primitiva hipótesis en todas sus publicaciones ulteriores (168). No obstante esto, la localización material de la gruta del oráculo, que pretendió hacer Schulten, es -como ya se indicó en PEMAN, 1941: 72- bastante problemática (169).

Nuestra opinión al respecto, a la luz de los nuevos datos aportados en este trabajo, es que dicho santuario de Astarté o Venus marina debió estar situado, sin duda, en algún punto de la «antigua Erytheía» -también denominada «Aphrodisias» e «Insula lunonis» (170)- o isla situada al norte del «canal Bahía-Caleta» y de la que ya se hizo mención en su momento (v. cap. IV). La ubicación exacta del templo es, hoy por hoy y debido a la carencia absoluta de vestigios que puedan atribuírsele, prácticamente imposible de señalar, si bien no sería extraño que se hallase hacia donde en la actualidad se yergue el altozano de la Torre de Tavira, como ha sido ya indicado en fecha reciente (Cf. CORZO, 1980: 8).

Templo de Mínerva: La existencia de este santuario está documentada sólo por una inscripción romana que hace referencia a la donación al templo, por un marmolista de la época, de una capilla u hornacina (171). Dicho esto, casi huelga añadir que el emplazamiento del templo mencionado es, por tanto, absolutamente desconocido.

EDIFICIOS DE ESPECTACULOS

Anfiteatro: En la historiografía local de la Edad Moderna existen las siguientes descripciones referidas a los vestigios del anfiteatro romano de Gades (172):

«Recogiase y paraba el agua que venía por estos caños (que eran de piedra) en siete grandes albercas, que parte de ellas se ven junto con las Puertas de Tierras (sic) de esta ciudad a la ermita de San Roque do está el Matadero de la carne que cada una de ellas tiene doscientos pie (sic) de largo y sesenta de ancho. Enfrente de estas albercas a poca distancia de ella (sic) estaba un ancho coliseo o anfiteatro donde se celebraban y hacían sus juegos y fiestas. Lo bajo de él era una buena y llana plaza cercada toda en redondo de gravas (sic) y asientos de

pedra donde cabía gran número de gentes. Habíase sustentado y consagrado este edificio hasta que para labrar el Castillo que está en la villa vieja le desbarataron para aprovecharse de la piedra. Por el vacío y ruina que quedó de él parece haber sido gran cosa; llámase aquel sitio la huerta del «Hoyo» por la que había de mucha frescura y naranjos, hay al presente alguna muestra de ellos». (HOROZCO, ed. 1929: 103 s).

«Muy cerca í frontero de las albercas en que, como se á dicho, vaciaba el agua que se traía por los caños de Tempul, se parecen hoy todos los cimientos í paredes de un teatro redondo igualmente por todas partes, de 120 pies de convejo a convejo, o vacío de pared a pared, í 360 de cerco í redondo, la pared fortísima de mampostería ancha como de tres varas. Lo mas alto por lo exterior como dos estaturas de hombre, í por lo interior mucha mas hondura; si ya no fué círculo adonde se corrian los toros. Aun en la memoria de los que hoy viven se conserva la voz de aver oído a sus mayores que se conoció este edificio casi entero con muchas gradas í algunas columnas (sic) í una torre cerca dél, í que todo ello inconsideradamente se desbarató para aprovechar sus piedras en el castillo, que hoy está en la villa, en tiempo que fué del marqués, que le renovó í acrecentó, í en este sitio del círculo estuvo despues una huerta í le llamaban la huerta del Hoyo». (HOROZCO, ed. 1845: 78).

«I aun el año pasado de mil quinientos noventa í quatro, no por descuido sino muy de propósito, cegaron í perdieron buena parte de aquel círculo o coliseo que, como se í dicho, está junto a la cortína de la muralla a la hermita de San Roque, el qual círculo llamaban la huerta del Hoyo por una hermosa huerta que tenia, í ocuparonla o cegaronla para dar un poco de plaza a una impertinente casa de alojamiento que a costa de la ciudad se hizo aquel año para los soldados del presidío... ». (HOROZCO, ed. 1845: 187 s).

“Llegadas esta agua á Cádiz, se recogian y representaban en siete estanques grandes de argamasa incorruptible; dos de los cuales todavía permanecen enteros, y están a la entrada de la Puerta de Tierra que dicen del Muro, sobre la mano izquierda, arrimados al muro... Fronteros de estos dos estanques, à la mano derecha, siendo el intermedio solo el paso y camino que entra en la ciudad, se ven otros pedazos de argamasa de edificios derribados y deshechos de industria, los cuales están en forma aovada, y dentro de su circuito está una huerta de árboles con su noria, sitio regalado, y entretenimiento otros tiempos cercanos á estos, de los moradores de aquella ciudad; ahora está casi desierto, solo permanecen algunos árboles inútiles, que de no cultivarse se van perdiendo. Este círculo era el coliseo, donde celebraban sus fiestas y regocijos los gaditanos, costumbre antigua de la gentilidad. Era este coliseo á la traza del de Roma, y cuando no fuese tan suntuoso, al menos muestra haber sido de mucha grandeza al modo del que hoy se vé en Sevilla la vieja junto al monasterio de S. Isidro del Campo, el cual, aunque en parte está caído, en otras ó las mas está en pié, obra admirable y famosa. Tiénese noticia de este de Cádiz por haber poco tiempo que lo deshizo el Marqués de Cádiz, cuando tenia aquella ciudad por suya, para fabricar el castillo que ahora tiene la ciudad, valiéndose de la piedra y materiales de obra tan excelente... ». (ABREU, ed. 1866:14 s)

«Vengo al Amphiteatro, de que oy tenemos conocidas reliquias, el qual está llegado a la Puerta del Muro, o de Tierra, entre los almazenes del agua de Tempul, y los Quarteles del Alojamiento: solo á quedado oy del la muralla baja, que lo cerca, que tiene en redondo mil pies: su forma no es perfectamente redonda, sino algo oval a la manera que se fabricavan en Roma... a este nuestro Amphiteatro, aviendo servido en nuestros tiempos de guerta (sic), le llarhamos la guerta (sic) del Hoyo; en medio de la qual está una grande cisterna de agua dulce ... ». (SUAREZ DE SALAZAR, 1610:128 s).

«6. Muy vezina a esta obra hallamos otra fabrica de Romanos, que es el Anfiteatro, cuyas ruinas aun perseveran oy entre las arcas del agua de Tempul, que acabamos de dezir, y los Cuarteles, donde estuvo la Huerta, que llamaron de el Hoyo, dicha assi por el hoyo de el mismo Anfiteatro, que era una fabrica de forma ovalada, y profunda toda rodeada de escalones, que tenia en circuito 360 pies, y de convexo 120. La pared fortissima, de mamposteria, de tres varas en ancho, con muchas gradas, y columnas, y cerca de ella una Torre. Lo cual todo desbarató el Marques de Cádiz, valiendose de su piedra para hazer el Castillo de la Villa, y oy se veë totalmente cegado, e igualado con el pavimento restante».
(CONCEPCION, 1690: 97 s).

El dicho anfiteatro (173) debió ser, según se desprende de las descripciones arriba reproducidas, una obra en gran parte excavada, lo que provocaría que la huerta existente en el mismo lugar en la Edad Moderna se denominase «Huerta del Hoyo» (v. cap. V). Por último, es preciso indicar que el solar del antiguo anfiteatro, que luego sería ocupado por la ya mencionada huerta, no se hallaba hacia donde más tarde estuvo la primitiva plaza de toros del Campo del Sur -como se ha aventurado en CORZO, 1980: 9 sino inmediatamente a la espalda de las fortificaciones de Puerta de Tierra, al comienzo del barrio de Santa María (plano I, punto Z; v. también nota 174).

Circo: Posiblemente, los vestigios monumentales sobre los que más se ha especulado a nivel local, a lo largo del tiempo, han sido los que se mantenían aún visibles en la Edad Moderna por la parte de la Caleta. Estas ingentes ruinas fueron ya consideradas en el siglo XVI como pertenecientes a la ciudad antigua (175), lo que ha contribuido no poco a la reducción tópica de ésta al área de la punta de San Sebastián y de la Caleta. Excepcionalmente, los restos en cuestión aparecen representados en una célebre vista de la ciudad -reproducida en su totalidad y en detalle en nuestra Lám. II que dibujó Hoefnagel en 1564 (Cf. BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965). Por otro lado, y aparte de esto, se

poseen las siguientes interesantes descripciones de los vestigios de este monumento:

«Acabado (sic) por los fenicios la obra del templo... levantaron un fuerte castillo de piedra cuadrada, cuyos cimientos tengo por cierto son los que hoy día se ven al occidente de esta isla en aquella parte que sobre la Caleta hay grandes muestras y ruinas de edificios, y éste parece haber sido de mucho circuito y campo por la cordillera de cimientos que van trabados de unos en otros que llegan jundo (sic) a donde se divide el campo en que está la ermita de San Sebastián». (HOROZCO, ed. 1956: 21)

«... pareciéndole que su edificio era el de unas grandes ruinas de fortísimos cimientos que hoy día se ven en forma circular que ciñen y abrazan el espacio de tierra que tiene la isla entre la Caleta de Sta. Catalina y el mar, y entre la ermita de esta Santa y la del glorioso mártir San Sebastián, por más cierto tendría yo, que estos cimientos (o lo que sobre ellos estaba edificado), eran de castillo o fortaleza que no del templo, porque los fenicios... ». (HOROZCO, ed. 1929: 80 s)

«Es la punta de San Sebastián un angosto y pequeño jirón de tierra que sale de la isla entre el mar y la caleta, al occidente de ella. Señálase esta punta desde la ermita de Santa Catalina que está al fin de la caleta y desde ella a la de San Sebastián es la mitad del trecho muy angosto lleno de paredones y cimientos más parecidos y levantados que en otra parte, que como está dicho muestran ser las ruinas de la antigua y primitiva ciudad, a donde se rematan estos edificios se estrecha tanto que en cada creciente se junta el mar con la Caleta... ». (HOROZCO, ed. 1929: 153 s).

«La última í tercera destas grandes obras... era un soberbio anfiteatro í naomachía, cuyas ruinas aun se dexan ver, con la forma í tamaño de su planta, dende la hermita de Santa Catalina hasta allegar a entrar en la isleta de San Sebastian, cuyos cimientos de aquellos que caen sobre la Caleta aun tienen su planta í cimientos en pié, porque al otro lado del mar al mediodía lo á gastado í

desecho (sic) el mar hasta el meta que en medio tenia este anfiteatro, el qual era oval, de quatrocientas í cinquenta varas en largo, í ciento í cinquenta en ancho, cuya forma í disposicion de sitio se va perdiendo ya con el foso í obra que allí para la fortificación se á hecho í va haciendo». (HOROZCO, ed. 1845: 67).

«I cierto que es mucho de admirar que aun se pueda conocer í sacar la planta deste de Cádiz sobre la Caleta, cuya grandeza í comodidad para los juegos sobrepujó a todos los de España, í por lo poco que dél á quedado í á dexado el furioso mar se puede atinar quan soberbio fué, í con esta relacion quedarán desengañados los que no sabiendo de que avian servido aquestas fuertes paredes í cimientos, que se ven, los aplicaban al grande templo de Hércules, o de alguna fortaleza, llevados a esta opinion por les faltar practica (sic) destes anfiteatros, ni aver caído en buscar toda la planta deste. Podíase gozar dende este anfiteatro de las fiestas navales que se hacían en la Caleta teniendo su órden de asientos hácia aquella parte, demas de los que caían al anfiteatro. Dende la punta de San Sebastián entra el agua de la Caleta en la isla por mas de ochocientos pasos Jeneciendo en la mesma figura oval que el anfiteatro, í adondefenecen sus vestígios í ruinas, qual si de industria í a mano se oviera hecho para el efeto (sic) de las naumachías, siendo hoy capaz esta Caleta de estar en ella hasta veinte galeras reales sin otros barcos í bergantines». (HOROZCO, ed. 1845: 77 s).

«Hay además de los comunes edificios arruinados, unos pedazos de murallas á la parte del Norte, antes de llegar á la punta y remate de la isla, los cuales aun permanecen de obra tan soberbia y magnífica, que sería de grande magestad y posibilidad de aquella república, obra que debió ser de algun famoso templo ó soberbio Alcázar, segun la disposicion y traza que prometen sus fuertes y anchos fundamentos, en quien batela mar continuamente y no ha podido romperlos ni consumirlos. Algunos que se pican de curiosos, dan otros sentidos á estos edificios ó murallas, diciendo, que allí era el teatro á donde se

recitaban las representaciones y actos públicos; lo cual es disparate, pues aunque lo consideran en forma aovada aquel edificio, y de allí ínfieren ser teatro ó coliseo, no lo fué ni pudo ser, por haber otro coliseo, como adelante se dirá, y no cabe en buena razon, que hubiese dos teatros ó coliseos, pues aun en Roma, cabeza y señora del mundo, no hubo mas de uno». (ABREU, ed. 1866: 12 s).

«Otras muchas ruinas de edificios antiguos se ven por toda esta Isla; pero dellos no hallo memoria en los escritores. Entre estas las que muestran mas grandeza, y magnificencia, son las que oy vemos en la parte Occidental entre la hermíta de santa Caterina, y la casa, que llaman de Folugo; cuyos dos edificios son terminos de aquesta gran obra. Su forma es oval muy prolongada: tiene de largo 1200 pies, y de ancho 400 está hecha de quatro murallas, que las unas ciñen a las otras, y hazen la forma que emos dicho. La primera es de quatro pies de grueso, fabricada toda de sillares quadrados: la segunda de dos pies, y otro tanto terraplano: la tercera de tres pies de grueso, y el terraplano de otros tres: tras esta está un ancho terraplano de diez pies, y una pared que lo ciñe de quatro pies de grueso, que es la última por la parte de dentro: de suerte, que el grueso de las murallas con los terraplenos hazen veynte y ocho pies. Por el lado que mira al Norte se señala una entrada, y puerta, que cae sobre una caleta, que haze en esta Isla el Oceano., No se puede averiguar con certeza, que edificio fuesse este; sifortaleza, templo, o Circo; porque no se descubre mas que los cimientos, y atrechos algunas paredes; todo caydo, y desfigurado». (SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 133 s).

«... otra -fabrica pone Agustín de Horozco, que estava a la parte Occidental de la Ciudad, muy cerca de la Hermita de S. Catalina, junto a las Cassas que dezian de Folugo, que en su tiempo mostrava aver sido Teatro: porque era en forma de Semicírculo de 450 varas de largo, y 150 de ancho, cuyas ruinas aun perseveran, aunque muy sorbidas de el mar». (CONCEPCION, 1690: 98).

Toda esta disparidad de opiniones -en relación con el carácter concreto de esta gran edificación antigua- que hemos podido constatar en la historiografía de la Edad Moderna, se traduciría, posteriormente, en el total confusionismo que ha imperado, al respecto, en las dos últimas centurias. De esta forma, dicho monumento ha sido considerado, equivocadamente, como anfiteatro y naumaquia romana (176), como teatro romano (177) e, incluso, como fortaleza fenicia (178). No obstante, y con anterioridad a todas estas interpretaciones erróneas, un conocido estudioso de los temas locales había dado ya con la clave del asunto. Se trataba de Nicolás de la Cruz, conde de Maule, el cual -a comienzos del siglo XIX- apostillaba a la descripción del monumento proporcionada por Suárez de Salazar que: «Según la explicación que dá a sus formas debió ser un circo maximo para la carrera de carros y caballos». (CRUZ, 1813: 310). Efectivamente, la mencionada obra de fábrica debía tratarse de un circo romano, lo cual se puede colegir de dos datos fundamentales que proporcionaba ya Suárez de Salazar, a saber: la forma «oval muy prolongada» de la obra y sus considerables proporciones (1.200 por 400 pies, casi equivalentes a las 450 por 150 varas que indicó Horozco).

Otra cuestión del máximo interés es, lógicamente, la que hace referencia a la exacta ubicación de este edificio. A este respecto, en realidad, no cabe duda alguna: dicho monumento se hallaba situado junto al canal central de la Caleta, en la parte del istmo rocoso comprendida desde la Puerta de la Caleta hasta cerca del Castillo de San Sebastián (plano I, punto Ñ). Esta, y no otra, es la situación en que aparecen representadas sus ruinas en la ya citada vista de la ciudad en 1564 que dibujó Hoefnagel (v. Lám. II). Y ésta es también, por otra parte, la ubicación que especificaba el historiador Agustín de Horozco, el cual -según ya hemos visto manifestaba que los restos en cuestión se extendían desde la ermita de Santa Catalina hasta cerca de donde estaba la ermita de San Sebastián. Esta segunda ermita se levantaba, como es sabido, próxima al extremo de la punta de San Sebastián, al fondo de lo que hoy constituye el segundo patio

de la «avanzada» del castillo del mismo nombre. En cuanto a la ermita de Santa Catalina, en cuyas inmediaciones colocaba también las consabidas ruinas Suárez de Salazar (179), se encontraba emplazada justo al lado de la actual Puerta de la Caleta (180). Lamentablemente, la confusión de esta ermita de Santa Catalina con la iglesia del mismo nombre -edificada en el llamado convento de Capuchinos- ha hecho errar a varios investigadores, los cuales han pretendido ubicar el monumento del que tratamos junto al jardín de dicho convento (181).

Por último, en relación con este monumento, sólo nos resta apuntar las posibles causas de la desaparición de sus ruinas. En primer lugar, nos consta -por uno de los párrafos de Horozco anteriormente transcritos- que, a fines del siglo XVI, los restos en cuestión se encontraban ya seriamente afectados por la erosión marina y por el foso y obras de fortificación que se estaban realizando en las inmediaciones de la ermita de Santa Catalina (182). Por otro lado, es evidente que los dichos vestigios debieron aprovecharse, tradicionalmente, como cantera de materiales reutilizables en otras construcciones y fortificaciones más o menos próximas (183). Así, las conocidas canteras que se situaron en dicha zona en el siglo XVIII (v. nota 73) debieron ser, en concreto, las que -al llegar a explotar hasta el mismo subsuelo rocoso natural- borraron definitivamente las últimas huellas de dicha magna construcción de la Antigüedad (184).

Teatro: Por fortuna, la ubicación exacta de este edificio romano ha quedado aclarada, recientemente, merced a la identificación de una de sus galerías anulares en pleno barrio del Pópulo (plano I, punto W; v. también nota 185). Por otra parte, dicho descubrimiento -de excepcional valor indicativo de cara a la reducción del núcleo urbano de aquella época- parece ahora posible relacionarlo, a posteriori, con ciertos indicios localizados en dicha área a lo largo del tiempo (186). Este teatro romano, que algunos han confundido con el que Balbo el Mayor construyó en Roma (187), debió ya formar parte -al igual que, quizás, el anfiteatro de la Huerta del Hoyo- de la primitiva planificación urbanística de la Neápolis

erigida por Balbo el Menor (188). Por último, en relación con la suerte corrida ulteriormente por dicho teatro, creemos que sus vestigios debieron ya reutilizarse en las fortificaciones y otras obras de fábrica zonales de la Edad Media. De esta forma, una parte de su conjunto monumental sirvió, incluso, de sólida cimentación para el Castillo de la Villa medieval (189).

INDUSTRIAS «EXTRA-RADIALES»

Bajo esta denominación se han agrupado varios hallazgos atribuibles a una serie de antiguas industrias -de diverso tipo- que, según parece, ocupaban una situación marginal o externa en relación con los lugares de índole estrictamente residencial. Este carácter «extra-radial» de las mencionadas industrias ha de tenerse muy en cuenta, lógicamente, al evaluar la dispersión de puntos en nuestro plano I de cara a la correcta delimitación de los núcleos de poblamiento.

Y una vez hecha la anterior aclaración preliminar, comenzaremos por ocuparnos de los restos materiales de las importantes industrias gaditanas de salazón, cuyos productos fueron tan celebrados en la Antigüedad (190). En primer lugar, es preciso indicar que no se tienen noticias de haberse descubierto, hasta la fecha, vestigios de las factorías de esta naturaleza pertenecientes al período fenicio-púnico, si bien sí se han localizado restos de sus homónimas de época romana. Así, concretamente, puede citarse el caso de una factoría de salazón, de supuesto origen romano, cuyas ruinas de edificaciones y piletas se señalaban -por la historiografía de la Edad Moderna (191)- al pie del baluarte de San Felipe (plano I, punto P; v. además nota 192). Por otro lado, ciertos vestigios que se hallaban, casi destruidos por la erosión marina, hacia la zona de la Caleta -y que han sido considerados generalmente como aljibes debieron ser, en realidad, piletas romanas de salazón (193). También los supuestos «aljibes» que se encontraron en 1699 delante de la puerta del baluarte de los Mártires -y que fueron descritos por Raimundo de Lantery (Cf. PICARDO, edit. 1949: 343)- deben interpretarse, tanto por su pequeño tamaño como por

su revestimiento interior, como piletas de salazón romanas (plano I, punto R). Recientemente, además, han podido estudiarse algunos restos aparecidos al cimentar un edificio en la calle Felipe Abarzuza y que pueden atribuirse a una factoría romana de salazón del siglo I d. C. (plano I, punto O; v. también nota 194). Con industrias del mismo tipo parecen relacionarse, por otro lado, ciertos vestigios romanos descubiertos -por las mismas fechas- en las obras de remodelación del cercano Hotel Atlántico (195). Y también es preciso citar, por otra parte, que en mayo de 1966, durante los trabajos de cimentación de las viviendas militares del inmediato Campo de las Balas, se había hallado ya -no lejos del pequeño columbario que hemos descrito más arriba- un depósito de ánforas romanas de la variedad 7 u 8 de la tipología de Dressel (plano I, punto L); lo cual constituye, además, una confirmación suplementaria de la presencia por esa zona de las mencionadas industrias conserveras. En dicha obra, según las ya citadas manifestaciones orales del personal que participó en ella, se localizaron también monedas gaditanas de tipología púnica -aunque, posiblemente, de plena época romana- y monedas romanas alto imperiales (196). Por otro lado, vestigios de una industria romana del mayor interés se descubrieron hacia 1884 en la cimentación del «Nuevo Teatro», en la plaza de Falla (plano I, punto K). Este hallazgo fue descrito por el arquitecto Adolfo Morales de los Ríos en una revista local de por aquel entonces -bastante difícil de localizar hoy en día- de la siguiente forma:

«Profundizadas las capas de barro empezaron á encontrarse restos numerosísimos de alfarería romana. Cuellos, asas, fondos, cascós de amphora y de seria con sus correspondientes operculum se descubrían por todos lados, y la piqueta y la azada rompían en cien pedazos á pesar de todos los cuidados las que bajo el suelo se conservaban intactas. Se encontraban colocadas en filas y enterradas segun la costumbre romana de guardar líquidos, siendo muy notable un tipo de amphora por ser modelo que hasta el día no había notado en ninguno de

los muchísimos Museos que tengo vistos y visitados y una de ellas lo es tanto más por la clase de operculum ó tapa-boca de barro ligero (como hecho con caholí) y en forma de embudo doble. La vecindad de la viña hace suponer que existió allí un depósito de sus caldos y tanto más probable parece el hecho cuanto que entre esos restos pude obtener dos metretas enteras de las que servían para medir líquidos y de las que hay notables ejemplares en el Museo arqueológico de Tarragona.

Un descubrimiento posterior vino á comprobar mi suposición. Descubrióse una pequeña alberca sobre un suelo consolidado con piedra partida. La alberca tendría un metro de profundidad, era cuadrada, de 5,00 m. de lado y estaba perfectamente revocada interiormente con un rico cemento romano. Tenía su fondo con vertientes al centro, hacia una especie de cazoleta central, excepto por uno de sus costados en el que se derivaba un canal cuya endeble inclinación correspondía al borde superior de otras dos albercas diferentes en superficie y volúmen y colocadas más bajo que la primera en un declíve del terreno.

De tal modo estaba dispuesta la desembocadura del canalón, que pudiera á voluntad y por medio de compuertas llenarse uno ú otro de los dos algibes ó los dos á la vez. Al mismo tiempo las albercas segunda y tercera comunicaban por otro surtidor y aprovechando siempre desniveles del terreno. Las tres albercas estaban construidas del mismo modo y en la prolongación del muro de separación entre las números 2 y 3 aparecieron restos de escalinata. Probablemente la primera alberca debía tener análogo acceso. En el fondo de esta última aparecieron tejas romanas, ánforas rotas y cantidad de clavos de cobre que debieron formar parte del tinglado que la cubría. Aquello debió ser evidentemente un lagar y las pilas de amphoras con sus operculum eran más numerosas en su derredor que en ningun otro punto del terreno». (MORALES DE LOS RIOS, 1884, VI: 6, y VII: 3).

Por último, hemos de reseñar el depósito de ánforas romanas de salazones hallado en octubre de 1964 -desde una profundidad de dos metros en adelante- en la construcción del edificio de Galerías Preciados en la calle Duque de Tetuán, popularmente conocida por calle Ancha (plano I, punto S). Concretamente, según las noticias del perito aparejador de la obra D. Manuel Accame de Campos, se descubrieron dos filas de seis o siete bloques constituidos por tres ánforas encajadas entre sí -de la forma que es habitual en estos casos- y sumando un total de unas 36 a 42 piezas, datables posiblemente en el siglo I d. C. Lamentablemente, este descubrimiento no pudo estudiarse en detalle, ya que -al estar situados los restos junto al muro medianero- peligrosamente la estabilidad de la edificación contigua y se hizo imprescindible hormigonar el lugar sin demora alguna (197).

CONDUCCIÓN ROMANA DE AGUAS

Como es sabido, aún se conservan vestigios de la magna obra de fábrica que proporcionaba agua potable a la Gades romana (198). Hasta el presente, en efecto, han podido admirarse abundantes restos de dicha conducción en la playa de Cortadura, no lejos de la carretera que une Cádiz con San Fernando (199).

Pero lo que más nos interesa de este monumento de la Antigüedad -en vistas a la localización de los primitivos núcleos urbanos- es la exacta situación de las albercas o depósitos terminales («castellum aquae») en que era embalsada el agua antes de su distribución a los diferentes puntos de consumo de la ciudad. Estas albercas o cisternas -que ya parecen ser citadas en un oscuro fragmento textual del escritor árabe Zuhri (Cf. MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 47 s)- fueron descritas, repetidamente, por la historiografía de la Edad Moderna. Dichas descripciones, aunque se limitan prácticamente a indicar el número y dimensiones de las mencionadas albercas romanas, dan noticia también del emplazamiento exacto de sus ruinas. En concreto, se hallaban ubicadas desde, casi inmediatamente detrás de la Puerta del Muro -cuya situación era cercana a la de la

posterior Puerta de Tierra- hasta la zona del Matadero antiguo (plano I, punto Y). Además, sobre las albercas en cuestión pueden destacarse, aparte de algunas referencias ya transcritas al hablar del inmediato anfiteatro romano, las siguientes citas:

«Llegaban estos caños hasta tocar en el primero barrio desta ciudad, vaciando í recogiéndose en siete grandes albercas, para repartirlo dende ellas por toda la ciudad.

Algunas destas albercas se ven hoy, i permanecen tan enteras como sí ovieran pasado por ellas mucho menos años. Estan junto al lienzo i cortina de la muralla, i adonde avia sido la puerta que llamaban del muro, por donde, viniendo de la isla, se entraba en la ciudad, que se á cerrado despues que por allí la entró ¡ganó el ingles...

Sobre estas albercas í sus cimientos está la hermita del Señor San Roque, i está asimesmo el matadero de la carne.

Cada alberca es de docientos piés de largo i setenta de ancho». (HOROZCO, ed. 1845: 65 s).

“ ... llegava a la ciudad de Cádiz por la parte que llamamos la Puerta del Muro, o de Tierra. Aquí se recibía toda el agua en muy grandes almacenes, y albercas de obra Mosayca tosca, en una de las cuales se lidían oy toros, y dentro della está ataxado corral, y matadero para el ganado que se gasta en la ciudad». (SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 127).

«... continua la cañeria por la playa de el Medio día, hasta descargar sus aguas en las arcas grandes, o algibes, que en la Puerta de Tierra se fabricaron para este efecto, y de allí se repartía a toda la Ciudad.

5. Eran estas arcas, o albercas siete, cada una de 200 pies de largo, y 70 de ancho, las cuales començavan tan arrimadas al Lîenço nuevo de el muro de la Puerta de Tierra, que sobre una de ellas se fabricó no ha muchos

años la Hermita de S. Roque, y el matadero antiguo».
(CONCEPCION, 1690: 97).

Por otra parte, se sabe también que dos de las indicadas albercas -tras haber permanecido enterradas y olvidadas durante cierto tiempo- volvieron a localizarse en el año 1756. Este hecho fue relatado por el conde de Maule de la siguiente forma:

«Lo que no tiene duda es que en 1756 quando se comenzaron á construir en Cadiz los quarteles de la Puerta de Tierra á espaldas del matadero se descubrieron dos algibes de mucha capacidad perfectamente conservados, mui solidos y tersas sus paredes, viendose bs caños por donde recibían el agua». (CRUZ, 1813: 308 s).

Por último, es necesario recordar un par de hallazgos relacionados, al parecer, con este tema del abastecimiento de agua potable a la ciudad romana. Por un lado, en las excavaciones realizadas en 1925 en la playa de Los Corrales (hoy de Santa María del Mar) se descubrió parte de una especie de atarjea o alcantarilla de piedra y ladrillo que podría pertenecer, según su excavador, al tramo final del acueducto (Cf. QUINTERO, 1926: 4). Por otro lado, a fines de octubre de 1928 se localizó -junto al Arco de los Blancos, situado entre los barrios del Pópulo y de Santa María- un fragmento de galería de conducción de agua potable (o de alcantarilla de desagüe?) que contenía en su relleno restos de cerámica romana (plano I, punto X). Este descubrimiento se efectuó, fortuitamente, con ocasión de las obras de alcantarillado y a una notable profundidad (200).

CALZADA ROMANA

Otro elemento que ayuda a precisar, indirectamente, la ubicación del primitivo núcleo urbano hacia el denominado «casco antiguo» o «intramuros» es el trazado del tramo inicial de la calzada romana que partía de Gades. Dicha calzada, tras arrancar quizás de un lugar próximo a la posterior muralla de Puerta de Tierra, cruzaba la hoy zona de «Extramuros» -entonces ocupada por una extensa

necrópolis- para, finalmente, enfilear el istmo que en la actualidad une Cádiz con San Fernando (201). Concretamente, los vestigios de la calzada que poseerían un mayor interés para nuestras investigaciones son, como es lógico, aquellos que pudiesen caracterizarse como pertenecientes al arranque de dicha vía en la inmediata periferia del antiguo núcleo de población romano. Lamentablemente, la localización de dichos restos presenta indudables dificultades, dada la posibilidad de su destrucción con motivo de las ingentes obras de fortificaciones realizadas, en la Edad Moderna, en los alrededores de la Puerta de Tierra. No obstante ello, y no muy lejos de este área, se ha indicado la presencia de unos vestigios arqueológicos de interés manifiesto para el asunto que tratamos. Nos referimos, claro es, a ciertos restos -pertenecientes, al parecer, a la calzada romana (Cf. PEMAN, 1941: fig. 12)- que discurrían paralelos e inmediatos a la entonces llamada carretera del Blanco, la cual bordeaba la playa de Los Corrales o de Santa María del Mar. La existencia de estos restos hace sospechar que, muy posiblemente, el primer tramo de la calzada romana debió poseer un trazado casi coincidente con el del camino que en el siglo XVIII era denominado «arrecife antiguo» (202), el cual constituiría -más o menos reformado y alterado- una pervivencia de la mencionada calzada. Posteriormente, el citado «arrecife antiguo» daría lugar al llamado «Camino del Blanco», que en la actualidad se corresponde con una parte de las avenidas de Fernández Ladreda y Amílcar Barca. Por último, sólo queda, pues, reseñar la aparición de algunos vestigios del susodicho «arrecife antiguo» con ocasión de unas obras de reforma del alcantarillado verificadas a comienzos de la primavera de 1976. Estos hallazgos se efectuaron en el arranque de la Avda. Amílcar Barca y pudimos constatarlos personalmente. Como era de esperar, los restos en cuestión fueron en parte destruidos y en parte sepultados de nuevo al finalizar los mencionados trabajos.

RESTOS DIVERSOS

Otro interesante monumento de la Antigüedad era el existente en una viña cercana a la ermita de Santa Catalina -en las inmediaciones de la actual Puerta de la Caleta, por tanto- y que Agustín de Horozco describía con las siguientes palabras:

«En una viña que era de un Martin de la O, en el pago junto a la hermita de Santa Catalina, i sobre la Caleta, estaba una de las notables antigüedades que tenia esta isla de Cádiz i de la mayor prueba de su antigüedad, la qual era tres valentísimas i grandes losas asentadas de llano la una sobre la otra, en forma de cruz triangular, estando entre losa í losa un pequeño asiento como de media vara en alto que la sustentaba, con el qual pedestal i el cuerpo í grueso de las losas se levantaban en alto como ocho varas, con admiración de que siendo tan gruesas i pesadas estuviesen asi en alto afixadas como ímmobiles, considerando aun mas que para levantarlas i ponerlas en la forma, que se á dicho, necesariamente fue menester grande machina e industria.

Quieren decir, i de antigüedad inmemorial corria la voz (que a veces tiene fuerza de verdad), que eran estas tres losas uno de los mojonos de Hércules.

Quando vine a esta ciudad avia poco que el Martin de la O las desbarató para se valer del precio que hizo de la piedra. Floxedad estraordinaria desta república en ser tan poco curiosos que con tanta facilidad por el antojo de un bárbaro dexasen perder antigualla tan honrada i famosa, como tambien la tuvieron en dexar sacar a un estrangero del reyno una gentil i excelente figura de bronce de mediano tamaño que era de un hombre a caballo, que en aquella su heredad (almacen de grandes antiguallas) halló el Martín de la O, i tanibien la vendió ocultamente por el interes del precio que le dieron». (HOROZCO, ed. 1845: 186 s) (203).

Por otra parte, en relación con los descubrimientos de estatuaria pétrea romana, es preciso destacar los ejemplares procedentes de una heredad indeterminada y que fueron muy celebrados por la historiografía local de la Edad Moderna (204). En el mismo orden de cosas, es necesario documentar también una mano izquierda de una gran estatua romana -al parecer de mármol y con una altura original calculada en casi tres metros y medio- que se localizó en la cimentación de la primitiva torre de la iglesia de San Antonio, es decir, en la zona de este templo que hace hoy esquina con la aún denominada calle de la Torre (Cf. RAMIREZ DE BARRIENTOS, c. 1643:115). Por otro lado, además, es bastante conocido el caso de la estatua romana togada descubierta, en el siglo XVIII, en las obras de fortificación del área de Puerta de Tierra (205).

Y para finalizar el presente capítulo, citaremos algunos hallazgos que pueden ofrecer importantes posibilidades en la interpretación final de conjunto (206). Estos restos son los siguientes:

Pavimento de mosaico, al parecer de carácter paleocristiano, que se localizó al abrir un aljibe en una casa inmediata a la intersección de las actuales calles de la Torre y de Sacramento (plano I, punto V; Cf. CRUZ, 1813: 103).

Diversos vestigios de construcciones romanas, si no anteriores, descubiertos en unas obras efectuadas en la Torre de Tavira (plano I, punto U) y descritos por el ya fallecido investigador Francisco de Ciria -en su obra inédita «Tartessos» (207)- de la siguiente forma: *«En la Torre de Tavira edificio que perteneció el pasado siglo a los Navarra y Ubeda de mi familia, yo oí contar cuando pequeño, como al hacer una obra con objeto de ampliar una aljibe, habían sacado restos de viejas edificaciones y gran cantidad de cenizas»*.

Restos romanos (fragmentos de ánforas alto imperiales, de «terra sigillata» y de tégulas) reconocidos, personalmente, con motivo de las obras de alcantarillado realizadas -a fines de noviembre de 1980- en la calle Barrié, entre las

intersecciones de las calles Eduardo Dato y Javier de Burgos (plano I, punto T).

Algunos fragmentos de cerámica romana puestos al descubierto, recientemente y de forma fortuita, con ocasión de procederse a cimentar una nueva edificación en la calle Sagasta, frente a la desembocadura de la calle de Santa Inés (plano I, punto Q).

VII. CONCLUSIONES GENERALES

Del análisis reflexivo de todas las cuestiones ya planteadas y del detenido estudio del carácter y distribución de los hallazgos representados en nuestro «plano I», se infieren las probables líneas evolutivas de los primitivos asentamientos humanos en Cádiz que pasamos a exponer a continuación.

El territorio en que hoy se levanta la ciudad de Cádiz ha sido ocupado por poblaciones dispersas -de forma más o menos intermitente- desde la noche de los tiempos, si bien está aún por realizar la evaluación pormenorizada de las distintas fases prehistóricas de poblamiento. Posteriormente, en un momento no bien precisado todavía -aunque, tal vez, no muy alejado del año 1000 a.C.- se producirían las primeras arribadas de tanteo de los fenicios de Tyro (208). Por otra parte, es evidente que, ya con anterioridad al siglo VII a.C. (209), los fenicios debieron hallarse plenamente asentados -de forma estable- en la antigua isla Erytheia, la cual se encontraba separada de la isla grande por el «canal Bahía-Caleta». El mencionado núcleo colonial fenicio estaría constituido, con toda probabilidad, por un pequeño asentamiento -de unas 10 hectáreas de extensión, aproximadamente- emplazado en una ligera eminencia inmediata al «canal Bahía-Caleta». Esta zona -de mayor elevación en la actualidad, merced a la superposición de niveles de origen antrópico- se corresponde con el altozano en cuyo vértice se encuentra la Torre de Tavira. El circuito de dicho asentamiento debió hallarse amurallado y de ahí su denominación de «Gadir», es decir, fortaleza (210). Este núcleo debe identificarse también con el «Arx Gerontis» citado por el Periplo del siglo VI a.C. que sirvió de base a la «Ora Maritima» de Avieno (211). Posteriormente, tanto en la fase Bárkida como en los comienzos de la etapa romana, el núcleo urbano debió pervivir en el mismo lugar y con una

extensión aún muy similar. Pronto, sin embargo, debido al progresivo cegamiento del «canal Bahía-Caleta» y al consiguiente alejamiento de los desembarcaderos, se hizo necesario planificar una segunda ciudad en las inmediaciones de la nueva zona portuaria. Nacería así la Neápolis o Ciudad Nueva, que se encontraba ya en construcción en abril del año 46 a.C., según Cicerón (Ad. Att. XII, 2, 1). La situación de dicha Neápolis debió ser por donde se hallan en la actualidad el barrio del Pópulo y una parte del de Santa María -como tradicionalmente ha señalado una facción de la historiografía posterior- además de por cierta zona de terreno perdida por erosión marina desde entonces acá y de extensión aún indeterminada. Esta reducción de la Neápolis queda corroborada, claramente, por la ubicación de las albercas o depósitos terminales del acueducto romano -cuya inmediatez a la ciudad puede, razonablemente, suponerse- en la entrada al barrio de Santa María, junto a las fortificaciones dieciochescas de Puerta de Tierra. Otros argumentos favorables son, por una parte, la situación del anfiteatro junto a las mencionadas albercas, y, por otro lado, el emplazamiento del teatro romano en pleno barrio del Pópulo (212). En resumidas cuentas, por tanto, la colmatación del antiguo «canal Bahía-Caleta» provocó la creación de un nuevo barrio portuario (Neápolis), que, junto con el antiguo núcleo de origen fenicio, constituirían lo que se dio en llamar la «Didyme», en el sentido de «ciudad doble». Esta denominación, en efecto, era del todo correcta, puesto que la Neápolis era una creación de nueva planta y no una mera ampliación de la ciudad antigua. Y esto era así no sólo por su erección planificada desde mediados del siglo I a.C., sino, esencialmente, por el hecho objetivo de la separación física de los núcleos antiguo y nuevo que venía impuesta por la existencia intermedia del viejo cauce del «canal Bahía-Caleta», el cual -aunque ya cegado en su tramo central- constituiría una depresión, aún no muy consolidada, que discurría entre las dos zonas altas habitadas de la Didyíne.

Posteriormente, se produciría -merced al más ventajoso emplazamiento portuario de la Neápolis- un decaimiento del núcleo antiguo (actual zona de la Torre de Tavira) en favor del desarrollo progresivo de la nueva fundación. Esto llevaría, en última instancia, al abandono del núcleo más primitivo y a la concentración de la población, en época medieval, en el área del actual barrio del Pópulo («La Villa»), especialmente hacia el denominado «Monturrio». Más tarde, en fin, se llegaría a la aparición de los barrios de Santa María y de Santiago, a la completa urbanización intramural de la Edad Moderna y, por último, a la notable ampliación contemporánea que conocemos como el «Extramuros» de Cádiz.

Así, con estas últimas reflexiones, hemos llegado al final del trabajo propuesto. No obstante, como es obvio, no creemos que aquí se hayan agotado ni el tema ni las posibilidades de investigación. Antes bien, al contrario, esperamos que el presente estudio sirva de base y estímulo a otras profundizaciones de detalle, que -partiendo de esta recopilación sistemática de datos- puedan someter a crítica las conclusiones provisionales que ahora presentamos. Y ya sólo nos resta desear, a modo de colofón, que futuras campañas sistemáticas de excavaciones -aún posibles, a pesar de todo, en ciertas zonas privilegiadas del solar urbano- permitan desentrañar algunos, al menos, de los numerosos enigmas que todavía plantea la más primitiva historia de la vieja Gadir.

NOTAS

(1) Para las fuentes que remontan la fundación de Cádiz hasta fines del siglo XII a.C. y la moderna crítica “revisionista” a que han sido sometidas, Cf. PEMAN, 1931; idem, 1954; JIMENEZ, 1971: 36 ss.

(2) Ha de tenerse en cuenta, para interpretar correctamente estos datos, el error de orientación en que Estrabón incurría. Cf. GARCIA Y BELLIDO, ed. 1968: 191 y 193; idem, 1951: 81 s; SCHULTEN, 1952: 277 s.

(3) Anteriormente a 1945, el profesor García y Bellido había realizado ya una primera versión parcial -y sustancialmente similar a la que hemos reproducido- de estos párrafos de Estrabón (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1942: 103 s).

(4) Otras traducciones existentes del mismo autor, tanto anteriores como posteriores, son prácticamente idénticas (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1942: 102; idem, 1951: 80).

(5) Mela había sido también de la opinión de situar Erytheia en Lusitania (Mela, III, 47).

(6) Esta parece ser, además, la explicación más satisfactoria para el hecho de que las antiguas denominaciones de Cádiz, tanto griega (Gádeira) como latina (Gades/ium), adoptasen forma plural (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1942: 102; idem, ed. 1968: 183; idem, 1951: 78; idem, 1952: 390; SCHULTEN, 1952: 274). No creemos, sin embargo, que se hiciera referencia a varios núcleos habitados (como se había apuntado también en GARCIA Y BELLIDO, 1942: 102; idem, 1952: 390), al menos en la expresión usada por la historiografía helénica más antigua, ya que la aparición de nuevos centros de población fue un fenómeno posterior, comenzado con la creación de la Neápolis por Balbo el Menor en la segunda mitad del siglo I a.C. (v. infra). Por otro lado, la misma existencia de la antigua denominación plural griega en vez de una forma dual (lo que causaba extrañeza a GARCIA Y BELLIDO, 1951: 78), hace pensar que con dicho

término se hiciese referencia -en la época histórica más primitiva- a un grupo de, como mínimo, tres islas.

(7) Para la biografía de Agustín de Horozco, Cf. ANTON, 1973; «Diario de Cádiz», supl. 11-enero-1981.

(8) Nos indica Horozco, por consiguiente, que la “Villa” alfonsí, hoy barrio del Pópulo, se levantó donde ya anteriormente se hallaba la ciudad (posiblemente se trataba -como luego veremos por los datos arqueológicos en el capítulo VI- del lugar de asiento del núcleo árabe y de parte del romano).

(9) V. biografía de Abreu en «Diario de Cádiz», supl. 11-enero-1981.

(10) V. biografía también en «Diario de Cádiz», supl. 11-enero-1981.

(11) Sobre su idea de identificar la Erytheia con la Isla de León, volvería a insistir nuevamente más adelante (Cf. SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 51 s).

(12) Las llamadas Almadrabas de Hércules se encontraban, como es sabido, en la zona de Torregorda, entre las actuales ciudades de Cádiz y San Fernando (Cf. BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965). (V. también nuestra nota 155).

(13) No estimamos seguro el punto de vista del marqués de Mondéjar referente a que el término plural «Gades» se debiese a la existencia de la «Didyme», puesto que ya los griegos primitivos la denominaban también en forma plural «Gádeira» (v. nota 6).

(14) Sus datos biográficos pueden consultarse en «Diario de Cádiz», 25 -marzo-1966, supl. 11 -enero-1981, 12 -febrero-1981; pero, sobre todo, Cf. BENGOCHEA, 1980.

(15) Como es fácilmente apreciable, el P. Concepción también se adscribe a la errónea tendencia de considerar a la Didyme como una población distinta de la primigenia Gadir fenicio-púnica y de la Neápolis de Balbo el Menor (cuando,

en realidad, era la denominación dada al conjunto formado por estas dos).

(16) V. su biografía en «Diario de Cádiz», supl. 11- enero-1981.

(17) Estas opiniones del conde de Maule se repiten, casi al pie de la letra, en C.E.M.M.J.D., 1824, cuad. 1: 70.

(18) En las páginas 119 ss de su obra insiste el barón de Férussac en su opinión de que el primitivo establecimiento fenicio se hallaba donde el actual Cádiz «intramuros» y de que la Isla de León es la antigua Erytheia.

(19) Sobre Adolfo de Castro, Cf. OROZCO, 1973; v. también «Diario de Cádiz»: 5-enero-1973, supl. 7mayo-1978 y supl. 11-enero-1981.

(20) A esta opinión de que la ciudad antigua había sido destruida por el mar se sumarían muchos otros autores (por ejemplo, Cf. CLEMENTE, 1846: 8). Es necesario, por otro lado, hacer la salvedad de que la ciudad “moderna” -que Rubio suponía que se asentaba exclusivamente sobre la antigua necrópolis romana- es, naturalmente, el actual «casco antiguo» (intramuros), ya que en el siglo pasado aún no se había producido el “boorn” urbanístico extramural.

(21) En la página 75 de esta misma obra (CASTRO, 1857) volvería a insistir en la idea de que la primera población de Cádiz estuvo por el lado de la Caleta.

(22) Este punto de vista de Castro sería recogido, posteriormente, en MADRAZO, 1884: 66 s; VERA, 1887: 48; ROMERO DE TORRES, 1934: 42.

(23) Se refiere Castro, evidentemente, al Cádiz «intramuros» (casco antiguo).

(24) En este mismo año de 1913, Kahrstedt estimó para el Gadir púnico pre-bárcida una extensión de unas 14 Ha. y una población de 2.000 habitantes, aproximadamente (Cf. KAHRSTEDT, 1913: 120). Pueden consultarse, a efectos de comparación, los cálculos aventurados también para la

Carthago Nova de época bárcida y para Lixus (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1952: 448; TARRADELL, 1967: 310 s).

(25) Acerca de la influencia del factor “erosión marina” y de la existencia de una hipotética “ciudad sumergida”, trataremos con detalle en el capítulo IV.

(26) Refiriéndose a los supuestos restos observados junto al Castillo de San Sebastián, Schulten declaró a «Diario de Cádiz» (2-octubre-1927) que: *“Hemos visto vestigios de calles, como de dos metros o dos metros y medio de ancho. Se aprecian en ellas unos huecos, equidistantes, donde se supone que estarían empotrados los sostenes de pórticos, etc. Hemos visto también una especie de cueva, que bien pudiera ser la de la famosa “Venus marina”: se aprecia muy bien una gradería y hacia la izquierda vemos un semicírculo que parece como de un pequeño puerto de la ciudad”*. Estas opiniones del sabio alemán fueron virulentamente criticadas en el Boletín de Estudios Históricos de Andalucía (año I, núm. 1, Sevilla-1927, págs. 72 s) de la siguiente forma: *“El Sr. Schulten, sin escrúpulo de conciencia ha afirmado al recorrer la isla de San Sebastián, que al SSO. del Castillo, estuvo la Gadir fenicia (Gades de los griegos y romanos) de que Estrabón nos habla. Y para convencernos de sus afirmaciones, enseña unas ruinas allí existentes como señales de calles y casas, y un poco más separada una gruta natural, en la que con una autoridad infalible y como dogma de fe, dice que es donde estaba la famosa Venus Marina de que tan maravillosamente nos habla el inmortal Avieno... El Dr. Schulten puede analizar la documentación que se conserva en los archivos de Marina de la provincia y verá que esas casas y calles son ruinas de ocho corrales de pesca que no ha muchos años fueron destruidos por varios temporales, cosa que si los documentos no existiesen, podría afirmar algún que otro viejo pescador”*.

Acerca de la frecuente confusión de los restos de las canteras de la Edad Moderna inmediatos al camino del

Castillo de San Sebastián con supuestos vestigios del antiguo Cádiz, v. nota 73.

(27) Para su biografía, Cf. "Enciclopedia Universal Ilustrada", Ed. Espasa, tomo XLVIII-1922: 1391 s; "Apéndice", VIII-1933: 1131. Además, a instancia nuestra, su figura fue recordada en la sección "Calle Ancha" de "Diario de Cádiz" (7 y 13-marzo-1974).

(28) Sobre sus obras y datos profesionales, Cf. "Bibliografía de César Pernán y Pemartín en su LXX aniversario". Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz, 1966.

(29) Esta identificación de la antigua Erytheia con la Isla de León se repite también en PEMAN, 1941: 36 y 70 s; idem, 1954: 41; idem, 1959: 70.

(30) La idea de que los fenicios se establecieron primero en la isla de Sancti Petri y luego en la propia Cádiz, había sido ya defendida por varios autores que fueron agrupados y citados en CLAVIJO, 1961: 59 ss. En esta misma obra, se sistematizó también la corriente de opinión que identificaba Erytheia con la Isla de León (Cf. CLAVIJO, 1961: 48 ss).

(31) Como puede observarse, el perímetro de 20 estadios -3.700 metros, aproximadamente- lo atribuye Rodríguez Neila a la Neápolis, como en la anterior versión de SCHULTEN, 1952: 118 y 276. Nuestra opinión, por el contrario, es que esta medida correspondía a la periferia total de la Didyme (ciudad antigua más la Neápolis), de acuerdo con la traducción efectuada en GARCIA Y BELLIDO, ed. 1968: 176.

(32) No hemos transcrito aquí los razonamientos y pruebas en que Ponce basaba su hipótesis del supuesto canal interior que intuía porque este asunto será tratado, detenidamente, al hablar de la paleo topografía gaditana (v. cap. IV).

(33) Esta obra fue registrada con el número de depósito legal CA-46279, pudiendo consultarse un ejemplar de ella en la Biblioteca Provincial de Cádiz.

(34) Esta nueva hipótesis de situar la ciudad fenicia en la zona alta en que se halla la Torre Tavira, parece haber sido intuida ya anteriormente por otros investigadores. Este fue el caso, posiblemente, del profesor García y Bellido en sus últimos años de vida, según amable manifestación oral de Concepción Blanco de Torrecillas, antigua directora del Museo de Cádiz. Pero, a pesar de todo, insistimos en que el primero que lo ha defendido constantemente por escrito, que sepamos, ha sido Juan Antonio Fierro.

(35) Este plano topográfico, curiosamente, había sido ya manejado por Schulten, el cual, al parecer, no procedió a un estudio minucioso del mismo (Cf. SCHULTEN, ed. 1945: 63; idem, 1959: 372).

(36) Este entrante topográfico en forma de vaguada justifica perfectamente la invasión del mar en el barrio de la Viña -por la zona central de baja cota altimétrica con motivo del maremoto de 1755. Acerca de este célebre fenómeno marino y sus efectos, Cf. CRUZ, 1813: 156 ss; GUILLEN, 1941: 478; SANCHO, 1955; «Diario de Cádiz», 15-febrero-1976.

(37) Con posterioridad a esto, Francisco Ponce ha hecho referencia al «canal Bahía-Caleta» en un artículo titulado: «La génesis de la Bahía», que apareció en «Diario de Cádiz» (supl. 5octubre-1980) y que comentaremos más adelante (v. cap. IV).

(38) Aparte de todas las menciones específicas citadas, pueden encontrarse interesantes generalidades referentes a Cádiz en la Antigüedad en: HÜBNER, ed. 1971; QUINTERO, 1917 a; BURRIEL, 1925; DOMINGUEZ, 1946; GOMEZ, 1946; idem, 1946 a; RUBIO, 1949 y 1951; GAGE, ed. 1951; GARCIA Y BELLIDO, 1951; BELTRAN, 1952; FERNANDEZ-CHICARRO, 1953; BADIAN, 1954; PEMAN, 1954; SESTON, 1968; COLLANTES VIDAL, 1969; HORMIGO, 1969; MAZEL, ed. 1970: 100 ss; TOVAR, 1974: 37 ss; RODRIGUEZ NEILA, 1979; idem, 1980; BUNNENS, 1979: 193 s y 316 s; «Diario de Cádiz», 16, 17 y 20-febrero-1971 y 1-junio-1975; ABC de Madrid, 29-abril-1972.

Acerca de la decadencia de la ciudad en el Bajo Imperio, Cf. DOMINGUEZ, 1946: 242; GARCIA Y BELLIDO, 1951: 111 s; JIMENEZ, 1971: 106 ss; BLAZQUEZ, 1978: 271; CHIC, 1979: 22 s.

Sobre la evolución urbanística de Cádiz desde la Edad Media en adelante, Cf. GUTIERREZ, 1928; PEMAN, 1930; RETEGUI y PEREA, 1973; FALCON, 1974: 40 ss; CALDERON et al., 1978; ALONSO DE LA SIERRA, 1980.

Además, en relación con la celebración del «Trimilenario» de Cádiz -aspecto tan unido al tema que nos ocupa- puede consultarse: «La Información del Lunes», 6 13, 20 y 27 de octubre; 3, 10 y 24 de noviembre; y 1 de diciembre de 1952. También «Diario de Cádiz», 1 de enero y 14 de marzo de 1954; y 2 de enero de 1955. Y, por último, B.O.E., núm. 168 del 17 de junio de 1954, pág. 4099.

(39) Acerca del contexto geológico de la provincia gaditana, Cf. MACPHERSON, 1873 (reproducido, casi literalmente, en VERA, 1900); «Mapa Geológico de la provincia de Cádiz» por Gavala (1924); JESSEN, 1924; GAVALA, 1926; idem, 1929; ALONSO RODRIGUEZ, ed. 1954; CHAUVE, 1968.

Sobre el basamento antiguo del área de Cádiz, Cf. GAVALA, 1959: 20; DRAKE et al., 1959; MABESOONE, 1963 a: 146; ESTEBAN, 1969: 252 s.

Para los niveles zonales del Plioceno y del Pleistoceno, Cf. MACPHERSON, 1873: 87 ss y 131; GAVALA, 1926: 102 s y 122; idem, 1959: 64 ss y 88; TERRA, 1956: 50; MABESOONE, 1963: 33 y 37; idem, 1963 a: 153 ss; idem, 1963 b: 310; GONZALEZ GARCIA et al., 1965:28 s; ESTEBAN, 1969:253; GARCIA DEL BARRIO et al., 1971: 22 s y 32 s; AGUIRRE et al., 1973: 298 ss; VIGUIER, 1974; ZAZO y OVEJERO, 1976: 141; THIBAUT et al., 1977; ZAZO et al., 1977; ZAZO, 1979; idem, 1980.

En relación con la estratigrafía geológica concreta documentada en la ciudad, pueden consultarse con provecho los resultados de los sondeos efectuados por las compañías constructoras y de cimentaciones, especialmente el «Informe

Geotécnico. Bahía Blanca. Cádiz» por KRONSA (Madrid, diciembre de 1968).

(40) De hecho, la Isla de León y el continente sólo se hallan separados en la actualidad por el estrecho caño de Sancti Petri. Por otra parte, la Isla de León -que antaño constituyó una unidad aislada e independiente- se encuentra hoy soldada a Cádiz, ya que la desembocadura del caño denominado «Río Arillo» se halla obstruida por las formaciones del cordón litoral, desde hace bastante tiempo, al haber sido frenada su corriente de marca por el molino colocado junto a la carretera actual (Cf. GAVALA, 1928: 49; idem, 1959: 86; idem, 1959 a: 92; idem, 1973: 33). Esta obstrucción de la desembocadura del Río Arillo puede observarse ya en la carta de la Bahía ejecutada en 1789 por Vicente Tofiño de San Miguel.

(41) Sobre este insigne geólogo, Cf. HERNANDEZ-PACHECO, 1928; «Diario de Cádiz», 5-agosto-1958, 2-agosto-1959 y 19-abril-1972.

(42) Este artículo fue publicado también en el Boletín del Instituto Geológico y Minero de España, XLIX, Madrid-1927: 219 ss. Posteriormente, se reproduciría buena parte del anterior trabajo en GAVALA, 1973.

(43) Cf. MADOZ, 1846: 157; CASTRO, 1862: 3 ss (igual en CASTRO, 1864: 85 ss); CORTES, 1863: 8 ss; LAZAGA et al., 1887: 7 y 13.

(44) Sobre los aterramientos provocados por las naves echadas a pique en la Edad Moderna con ocasión de diversos acontecimientos bélicos, Cf. CASTRO, 1862: 3 ss.

(45) Acerca de la problemática referente a los lastres y sus consecuencias en la sedimentación, Cf. Actas Arch. Mun. 1740, lib. 96, fols. 711 y 714 s.

(46) Partiendo de estos datos apuntados, sería del mayor interés la realización de estudios detallados de la evolución morfológica experimentada por la bahía de Cádiz, al estilo de los ya efectuados para las marismas del Guadalquivir en:

MENANTEAU y CLEMENTE, 1977; MENANTEAU et POU, 1978; MENANTEAU, 1978; idem, 1979.

(47) Ya Agustín de Horozco comentaba que, en época medieval, las aguas de la Bahía debieron llegar hasta los mismos límites de la Villa (Cf. HOROZCO, ed. 1956: 30; idem, ed. 1929: 118, 123 y 286; idem, ed. 1845: 170), ocupando, por tanto, la actual plaza de San Juan de Dios. Hay constancia, además, de que el barrio de San Carlos se edificó -en la segunda mitad del siglo XVIII- sobre un subsuelo poco consistente, por lo que algunas de sus casas acusaron pronto ruina derivada de la falsedad del terreno (Cf. ENRILE, 1843: 16; MADDOZ, 1846: 163). Adolfo Morales de los Ríos, por su parte, expresó su convencimiento de que el área de las actuales calles gaditanas de Columela y San Francisco y proximidades se hallase bañada por el mar en tiempos pasados (Cf. MORALES DE LOS RÍOS, 1884, V: 3). Todo esto hay que ponerlo en relación, lógicamente, con la extensa zona otrora ocupada por el mar en la amplia embocadura oriental del antiguo «canal Bahía-Caleta».

(48) Acerca de esta cuestión de los enterramientos y los esfuerzos empeñados en su neutralización, Cf. HOROZCO, ed. 1845: 173 s; Actas Arch. Mun. 1717, lib. 73, fols. 106 v y 108; idem, 1770, lib. 126, fols. 296 v y ss; POZO, 1811: 33; FERNANDEZ CANO, 1973: 107 s; CALDERON et al., 1978, 1: 463.

Para los relieves dunares en el contexto del Golfo de Cádiz, Cf. GAVALA, 1959: 87 ss; VANNEY et MENANTEAU, 1979; VANNEY et al., 1979.

(49) Sobre la violencia oceánica en la denominada «Banda del Vendaval», resulta bien ilustrativa la siguiente descripción -efectuado por el mercader Raimundo de Lantery- referente a un temporal ocurrido en 1697: *«Cuando el día 27 de octubre ' víspera de San Simón y Judas, se levantó un temporal tan recio de viento sud-oeste, nunca visto en este lugar semejante, pues en menos de seis horas se llevó el trabajo de más de seis meses, de manera que lo fui a ver por curiosidad y con harto trabajo, porque no podía un hombre*

asomarse por aquello de los Capuchinos que el viento no lo revolcase por el suelo. En efecto, yo me asomé con harto trabajo y era una cosa de admiración de ver la fuerza del agua, cosa que nunca hubiera creído a no haberlo visto, pues iba quitando los cantos de la muralla, de treinta a cuarenta quintales, como si fueran hojas de papel de un libro, y todas las tablas de los cajones las fue llevando por toda la ciudad y vi golpe de mar que pasó sobre toda la obra del Sagrario y vino a dar en la plazoleta de la Iglesia Mayor». (En PICARDO edit., 1949: 325 s).

Además, en relación con los estragos causados por la dicha erosión marina y los intentos de contrarrestarla con sucesivos amurallamientos, Cf. Actas Arch. Mun. 1684, lib. 46, fols. 12 ss, 28 ss, 99 ss; idem, 1685, lib. 46, fols. 271 ss, 294 ss, 301 ss; idem, 1695, lib. 51, fol. 340 v; idem, 1696, lib. 52, fols. 414 ss; idem, 1717, lib. 73, fols. 96 ss y 131; idem, 1719, lib. 75, fols. 3, 32 ss, 52 ss y 96 v idem, 1787, lib. 143, fols. 150 ss; idem, 1792, lib. 148, fol. 611; idem, 1794, lib. 150, fols. 48 ss y 56 ss; idem, 1804, lib. 160, fol. 540 v; idem, 1805, lib. 161, fols. 198 ss, 424 v y ss; FERNANDEZ CANO, 1973: 83, 100 ss y 183 ss; ANTON, 1976: 29; «Diario de Cádiz», 7-noviembre-1930, 3-julio-1951 y 26-noviembre-1955.

Acerca de los más recientes efectos del embate marino en el área urbana, generalmente en forma de típicos «socavones», pueden consultarse: «ABC» de Sevilla, 12-marzo-1978; «Hoja del Lunes», 28-marzo-1977 y 2-abril-1979; «Diario de Cádiz», 1-agosto, 12-septiembre y 25-noviembre-1980, 10, 12 y 31-marzo-1981.

(50) Cf. HOROZCO, ed. 1956: IX y 42; idem, ed. 1929: 120; ABREU, ed. 1866: 11 ss y 20 s; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 11 ss y 125; MONDEJAR, ed. 1805, 111: 202; PONZ, ed. 1972, XVIII: 37 y 47; VERA, 1887: 15 ss; SMITH, 1913: 346; PEMAN, 1931: 118 ss; idem, 1941: 31; ROMERO DE TORRES, 1934:43 y 117; SCHULTEN, 1959: 408; GARCIA Y BELLIDO, 1963: 95 s; MORENO, 1969: 5; JIMENEZ, 1971: 19.

(51) Son abundantes las noticias referentes a supuestas ciudades sumergidas en el litoral de la provincia gaditana, posiblemente debido a la observación directa de los progresos efectuados por la erosión marina en zonas concretas y en un lapso reducido de tiempo (Cf., por ejemplo: CASTRO, 1858: 99; FERNANDEZ NAVARRO, 1916: 198).

En concreto, las informaciones acerca de un Cádiz hundido remontan ya a la historiografía árabe (Cf. MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 69 y 88). Por otra parte, en 1575, Ambrosio de Morales afirmaba haber oído comentar en Cádiz la existencia de edificios antiguos sumergidos (Cf. MORALES, ed. 1792, IX: 222). Estos datos, en que también insistiría Pedro de Abreu hacia 1596-7 (Cf. ABREU, ed. 1866: 13), fueron puestos en duda por Agustín de Horozco en 1591 y 1598 (Cf. HOROZCO, ed. 1929: 209 s; idem, ed. 1845: 189). En 1610, Juan Bautista Suárez de Salazar vuelve a hablar de ruinas submarinas, situándolas hacia la parte del Mediodía (Cf. SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 12 y 128). Posteriormente, en un informe de Joaquín de Fonsdeviela, fechado en Cádiz a 10 de diciembre de 1793 (Cf. Actas Arch. Mun. 1794, lib. 150, fol. 57) se comentaban, con incredulidad, las informaciones acerca de restos de edificios sumergidos a tres leguas al sur de Cádiz (esta dirección y distancia coinciden -como ya se hizo notar en GARCIA Y BELLIDO, 1963: 88; idem, 1964: 75- con la situación de la isla de Sancti Petri, donde los hallazgos subacuáticos parecen indicar una inmersión, al menos parcial, del antiguo recinto del templo de Melkart o Hércules). En la historiografía « contemporánea », por otro lado, también encontramos frecuentes alusiones a este asunto (Cf. MADRAZO, 1884: 66; SMITH, 1913: 372; ROMERO DE TORRES, 1934: 61; JIMENEZ, 1971: 59; «Diario de Cádiz», supl. 29-abril-1979: pág. 4). Las opiniones, sin embargo, siguen siendo dispares, ya que, por ejemplo, el historiador local Augusto Conte indicaba -en unas declaraciones concedidas a «La información del Lunes» de Cádiz de 13 de octubre de 1952- que no creía, en principio, en la leyenda de un Cádiz sumergido. Sin embargo, el profesor García y Bellido se ha manifestado, reiteradamente,

a favor de la posibilidad de que una parte de la ciudad antigua pudiese haber sido destruida por la erosión marina (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1963: 95 s; idem, 1968 a: 83. Otros puntos de vista acordes con este último se han documentado en nuestro capítulo III).

Por último, recientemente, se han publicado sensacionalistas noticias en la prensa en torno a una supuesta ciudad sumergida en la ensenada de Barbate, provincia de Cádiz (v. «El País», 14-agosto-1979; «Diario de Cádiz», 19- agosto-1979, 27-septiembre-1980 y 5octubre-1980). En realidad, los vestigios observados pertenecen, al parecer, a unos antiguos corrales de pesca y viveros de pescado (Cf. MORENO y ABAD, 1971; «ABC» de Sevilla, 22-agosto-1979; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 3-septiembre-1979).

(52) Las murallas en cuestión se construían de sillería y pegadas al pie del acantilado, por lo que era preciso rellenar de material suelto el espacio comprendido entre el dicho acantilado y el espaldón del muro. De esta manera, la menor brecha abierta por el mar en el frente de sillería, provocaba el hundimiento y arrastre de los materiales de relleno. (Acerca de este procedimiento de construcción de murallas y su vulnerabilidad, Cf. Actas Arch. Mun. 1685, lib. 46, fols. 303 s; idem, 1794, lib. 150, fol. 58 v). Hoy en día, parece, claro que el único sistema verdaderamente efectivo contra la erosión marina es el de la moderna protección de las murallas con bloques rompeolas.

(53) Esto queda comprobado por los restos derruidos de la muralla del siglo XVIII que se encuentran en la orilla de la playa actual y por los continuos socavones que se abren en el paseo marítimo que corre por el borde del acantilado (v. nota 49). Los derrumbes de terreno en esta playa de Santa María del Mar son frecuentes con motivo de los potentes temporales del tercer cuadrante, especialmente cuando coinciden con las mareas equinocciales del mes de marzo.

(54) Otro fenómeno que se ha relacionado tradicionalmente con la erosión marina es el de las «ollas» o pequeños pozos que acribillan el conglomerado que constituye el asiento del

Castillo de San Sebastián. Estos pozos naturales, de planta aproximadamente circular, son citados ya en HOROZCO, ed. 1929: 210; idem, ed. 1845: 189. En el siglo XIX fueron estudiados por el geólogo gaditano Mac-Pherson, que les atribuyó un origen similar al de las «marmitas de gigantes» fluviales pero provocado, en este caso, por la acción marina (Cf. MAC-PHERSON, 1873: 91 s). Posteriormente, Julián Alonso Rodríguez se ha mostrado también partidario de una génesis marina para dichos pozos (Cf. ALONSO RODRIGUEZ, ed. 1954: 234 y 250 s). Hoy sabemos que estas perforaciones verticales han podido originarse -al igual que sus homónimas de El Aculadero, cerca de El Puerto de Santa María- como consecuencia de una erosión de tipo kárstico, en un momento en que el conglomerado se hallase emergido (Cf. VIGUIER, 1974: 189 y 349 ss). No obstante esto, y con posterioridad a la formación de dichos pozos naturales, ha actuado sobre ellos -y continúa haciéndolo en la actualidad- la erosión marina, comunicando unos con otros y desgastándolos incansablemente.

(55) Este «canal de la Caleta» (v. Lám. V), único residuo visible del antiguo «canal Bahía-Caleta», ha sido considerado, al parecer, como obra artificial fenicia -lo que es inaceptable, a todas luces, dada su magnitud y profundidad submarina en: FAJARDO, 1970: 7 s; JIMENEZ, 1971: 60; NAVAS, 1972; «Diario de Cádiz», supl. 28-mayo-1978 y supl. 29-abril-1979. Por otro lado, el frecuente error de atribuir un origen artificial al mencionado canal central de la Caleta, debido a la regularidad de su forma, puede detectarse ya a fines del siglo XVI. En efecto, al referirse a los espectáculos celebrados por los antiguos romanos en Gades, comentaba Agustín de Horozco que la Caleta tenía una forma «... *qual si de industria i a mano se oviera hecho para el efeto (sic) de las naumachias ...* ». (HOROZCO, ed. 1845: 78).

Otra cuestión del mayor interés es la referente al canalizo artificial que atraviesa, poco antes de la entrada del Castillo, la restinga coligomerática del istmo de San Sebastián, enlazando las aguas libres del Océano con las interiores del «canal de la Caleta». Este canalizo ha sido interpretado como

un canal fenicio de acceso al puerto de la Caleta (Cf. FIEIMO, 1979: 30 s), al estilo del canal artificial que da paso al « coflion » de Motya, en Sicilia (Cf., por ejemplo: HARDEN, ed. 1967: 150 s). No podemos, sin embargo, compartir esta hipótesis de trabajo, ya que existe abundante documentación demostrativa de que el estado actual de nuestro canalizo es consecuencia de las obras llevadas a cabo, a fines del siglo XVIII, para propiciar la segura y rápida salida de las lanchas cañoneras que tenían por base la Caleta y defendían Cádiz de posibles bombardeos de escuadras enemigas por el flanco del Vendaval (Cf. POZO, 1811: 33; CRUZ, 1813: 7; FERUSSAC, 1823: 76; C.E.M.M.J.D., 1824, cuad. 1: 43; SOLIS, 1958: 184 y 186; CALDERON et al., 1978, 11: figs. 165 s y 434 s). Al poco tiempo de expresarle nuestras dudas sobre su interpretación del citado canalizo, Juan Antonio Fierro ha señalado -en «Diario de Cádiz», supl. 5 de octubre de 1980 que en un plano de José del Pozo, fechado en 28 de julio de 1797 (Cf. CALDERON et al, 1978, 11: fig. 435), era denominado «canal nuevo», lo que podría implicar la existencia de otro anterior. No obstante esto, y tras haber trabajado en este sentido, sólo hemos podido documentar la presencia del mismo canalizo ya en 1775 (v. plano de Antonio Hurtado en CALDERON et al., 1978 11: fig. 434) y, al parecer, en 1739 (Cf. FERNANDEZ CANO, 1973: 149). De todas maneras, es preciso insistir en la idea de que no se encuentra traza alguna de dicho canalizo en la cartografía de fechas anteriores a las mencionadas. Hay que aclarar también, por otro lado, que el hecho de que en algunas representaciones gráficas más antiguas se observen unidas las aguas del Océano con las interiores de la Caleta -por el lugar en que luego se construiría el canalizo- se debe, como indica la ausencia completa de las restingas rocosas de San Sebastián y Punta del Nao, a que se había reproducido la zona en pleamar absoluta.

Por último, debemos manifestar también nuestra disconformidad con la interpretación que hace Fierro de unas construcciones que se hallan en la restinga de la Punta del Nao, a las cuales denomina «torres de fuego» y las pone en

relación con el hipotético canalizo fenicio (Cf. FIERRO, 1979: 31). Estas construcciones, de aspecto relativamente moderno, parece ser que formaron parte de un corral de pesca de redes móviles -situado en la zona intersticial, es decir, la comprendida entre las líneas de pleamar y bajamar- que se utilizó hasta no hace muchos años y aparece representado aún en algunas cartas marinas de fecha reciente.

(56) V. nota 47. Es preciso insistir, además, en el conocido hecho de que el llamado «Arco del Pópulo» fue la antigua «Puerta de la Mar» de la Villa medieval (Cf. HOROZCO, ed. 1929: 118; CRUZ, 1813: 100; «Paseo histórico-artístico por Cádiz...». Cádiz, 1853: 118; SMITH, 1913: 44 y 372; «Diario de Cádiz», 30-agosto-1938). Posteriormente, la incidencia continua de los aterramientos del mar de la Bahía, llegó a conformar el solar de la denominada plaza de la Corredera, luego de Isabel II y hoy de San Juan de Dios. (Dicha plaza se observa ya en el documento gráfico más antiguo conocido de la ciudad: la célebre vista de 1513 que se conserva en el Archivo General de Simancas; (Cf. FALCON, 1971; CALDERON et al., 1978, 1: 118 s). Como resto de la otrora área inundada, permanecía aún en época del historiador Horozco -fines del siglo XVI- un estanque o laguna salada que se fue cegando paulatinamente (Cf. HOROZCO, ed. 1929: 281 ss; «Diario de Cádiz», 30-agosto-1938; GUILLEN, 1967: 12; ANTON y OROZCO, 1976: 152). La naturaleza del subsuelo de esta plaza de San Juan de Dios pudo constatarse también con motivo de las obras de alcantarillado de 1928-1929, como ya indicó Ponce en su conocido artículo de «Diario de Cádiz» (supl. 12-diciembre-1976).

(57) Según manifestación oral de D. José Pettenghi Estrada, confirmándonos una noticia que ya suministró en su día a F. Ponce, había estado en posesión de un manuscrito referente a las fortificaciones gaditanas -hoy extraviado, por desgracia- y del que se infería la existencia de un caño o canalillo de agua que discurrió en tiempos, al parecer, por la calle de Alonso el Sabio, la cual comunica la plaza de San Juan de Dios con la plaza de Pío XII o de la Catedral Nueva. Es

necesario recordar, por otra parte, que las inmediatas calles Marqués de Cádiz y Ruiz de Bustamante -con anterioridad denominadas del Hondillo y Palma del Hondillo, respectivamente- precisaron de importantes desmontes y nivelaciones, en el pasado siglo, debido a sus irregulares perfiles topográficos (Cf. SMITH, 1913: 219 y 290 s).

(58) Bajo parte de la Catedral Nueva se ha afirmado que existe una triple muralla antigua, pero sin proporcionarse precisión alguna acerca de su origen y naturaleza (Cf. ACEDO DEL OLMO et al., 1770: 24 s; CRUZ, 1813: 232 s y 238; C.E.M.M.J.D., 1824, cuad. 11: 11; ENRILE, 1843: 19 s; URRUTIA, 1843: 157; PARRONDO et al., 1973: 287).

(59) Cf. Actas Arch. Catedral, 1729, lib. 26, fols. 68 v, 69, 73 v, 74, 79 v, 83 v, 84; idem, 1730, lib. 26, fols. 123 y 124 v; ACEDO DEL OLMO et al., 1770: 18 s; URRUTIA, 1843: 36 ss; ANTON, 1975: 27.

(60) *«Probocado Don Vicente de Azero, de los dictámenes, que dieron el R.P. Don Francisco Joseph de Silva, D. Pedro de Rivera, y D. Francisco Ruiz, Maestros de Arquitectura en la Villa, y Corte de Madrid; y el P. Francisco Gomez de la Compañía de Jesus, y D. Leonardo de Figueroa, assimismo Maestros en la Ciudad de Sevilla, responde á los papéles, en que han contradicho el plano, y alzado dispuesto por Don Vicente, para la nueva Cathedral de Cadiz, cuya Fabrica está á su cargo, como Maestro Mayor de la obra de dicho Templo»*, fol. 8. Archivo Municipal de Sevilla. Imp. Tomo 36. nº 20. Sección Conde del Aguila.

(61) *«Papel manifiesto que da al publico D. Joseph Gallego y Oviedo del Portal, Maestro Mayor de la Fabrica nueva de la Santa Iglesia Cathedral de Jaén y de su Reyno, sobre el juicio que ha hecho de la fabrica del Templo que está executando el ilustrissimo Cabildo de la Santa Iglesia de Cádiz, para cuyo fin fue llamado por S. Illma. para el reconocimiento de su planta, aliados y perfiles, y en particular sobre punto de cimientos de la fachada de sus torres»*. Biblioteca del Laboratorio de Arte de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, signatura 9.510.

(62) «Extracto de los dictámenes dados por los Maestros Consultados sobre dudas, que se han ofrecido en Cimientos, Planta y Alzados de la Iglesia Cathedral, que se está fabricando en esta Ciudad de Cadiz, con que se informa á todos, y satisfaze a los Bienhechores, Afectos, y Amigos de la verdad». Impreso en Cadiz: Por Gerónymo de Peralta, Impresor Mayor. (En Actas Arch. Mun. 1730, lib. 86, fols. 305 ss).

(63) Por esta misma zona de la plaza de Pío XII -hacia las inmediaciones del llamado Arco de la Rosa, concretamente se supone la antigua existencia de unas atarazanas que se citan en la documentación de comienzos del siglo XVII (v. artículo de Guillén en «Diario de Cádiz», 1 y 4 septiembre -1938; GUILLEN, 1967: 17). No deja de resultar curiosa, por otra parte, la presencia de dichas atarazanas -de las cuales, por cierto, no ha sido posible encontrar representación gráfica alguna en la cartografía de la Edad Moderna- en zona tan interior y en fecha tan tardía. Se ignora, por otro lado, si las mencionadas atarazanas eran o no pervivencia de otras anteriores árabes que, al parecer, funcionaban ya en la segunda mitad del siglo IX d.C. (Cf. MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 28).

(64) Cf. Actas Arch. Mun. 1851, lib. 243, fols. 211 ss; idem, 1852, lib. 244, fols. 225 ss; idem, 1852, lib. 245, fols. 777 v y ss; idem, 1853, lib. 247, fols. 350 ss, 541 y 748; idem, 1854, lib. 248, fols. 60 v y s, 88 ss, 113 v y s, 215; idem, 1854, lib. 249, fols. 432, 559 v y s, 585; MAC-PHERSON, 1873: 87; VERA, 1887: 107.

(65) No obstante lo dicho, parece claro que -en épocas posteriores a la apertura del «canal de la Caleta»- los arrecifes rocosos que delimitan a éste se han visto afectados secundariamente por la erosión marina y han adquirido, de esta manera, esa estructura híbrida que hoy ofrecen a la vista.

(66) En nuestra opinión, no está de más comentar, aunque sea a título anecdótico, que la primera clara alusión a las graveras del istmo de San Sebastián aparece ya en MADDOZ,

1846: 159. Por otra parte, las acumulaciones de grava de la otrora playa de Los Corrales -hoy playa de Santa María del Mar (v. cap. V)- son mencionadas en QUINTERO, 1935: 10. En 1798 además se había documentado ya también la existencia de cascajo menudo en la antigua playa de Puntales (Cf. CALDERON et al., 1978, 1: 463), la cual se halla ocupada actualmente -al igual que una amplia zona ganada al mar- por la Barriada de la Paz.

(67) Que el río Guadalete tuviese una energía tan alta como para arrastrar gravas de considerables dimensiones hasta en su tramo final, puede explicarse por las enormes crecidas que se le atribuyen -en el Pleistoceno o época diluvial- merced a la incidencia periódica de las fases pluviales meridionales, paralelas a las glaciaciones septentrionales. (Sobre la generalización de precipitaciones en la cuenca de este río en el Cuaternario antiguo, Cf. GAVALA, 1928: 40 s; idem, 1959: 76 s). Las dichas gravas no tienen nada que ver, ciertamente, con los cantos rodados del empedrado primitivo del casco antiguo de Cádiz, los cuales procedían de América y fueron traídos como lastre por los navíos (Cf. PONZ, ed. 1972, XVIII: 52).

(68) Otro dato de interés lo suministra el «estudio geotécnico» que, sobre el subsuelo de dicho edificio «Simago», realizó el Instituto Técnico de Materiales y Construcciones (INTEMAC), fechado en Torrejón de Ardoz a 22 de mayo de 1973. Así, en el sondeo nº. 1 se detectó la existencia, concretamente, de los siguientes niveles de techo a muro: 1º.) relleno, 2º.) arena amarillenta, 3º.) arena con cantos amarillos, y 4º.) arena con cantos calizos grises. Los guijarros calizos de esta última capa -situada entre 9,60 y 14,60 metros de profundidad y, por tanto, de unos 5 metros de potencia- deberían confrontarse con los cantos calizos del Guadalete estudiados en MABESGONE, 1963 b (también Cf. idem, 1963 a; idem, 1963 e; TERRA, 1956: 51 s). Esperamos que futuras cimentaciones en esta zona de la plaza de la

Libertad nos permitan la toma de muestras de dichas gravas para proceder a los análisis correspondientes.

(69) Cf. GAVALA, 1928: 39 ss; idem, 1959: 65; idem, 1973: 23 ss.

(70) Como es obvio, el desarrollo evolutivo del «canal Bahía-Caleta» se vería afectado por la alternancia de las transgresiones y regresiones pleistocenas. Acerca de estas variaciones cuaternarias del nivel del mar y de la línea de costa, Cf. BOURCART, 1935; MABESOONE, 1963: 39 ss; idem, 1963 a: 158; idem, 1963 b: 327; PIERRE, 1975; ZAZO, 1980; idem y OVEJERO, 1976; idem et al., 1977: 332).

(71) En fecha reciente tuvimos conocimiento, gracia a D. José Pettenghi Estrada, de la existencia de una curiosa reconstrucción gráfica del Cádiz antiguo y que es propiedad de D. Manuel Yrayzoz Reyna. Dicha reconstrucción, realizada en 1827 por José Riquelme, representa el célebre combate de las naves gaditanas contra la armada del rey Theron y, al fondo, una vista panorámica del supuesto Cádiz de la época (v. Lám. I). Pero lo que más llama la atención de ese Cádiz antiguo, que se nos presenta idealizado y anacrónico, es la representación clara de un canal interior -con un desembarcadero y, al parecer, un puente- que coincide sorprendentemente con el trazado del que denominamos «canal Bahía-Caleta». Parece tratarse, por tanto, de una feliz intuición de Riquelme, inspirada por la atenta observación de la curiosa forma del «canal de la Caleta».

(72) Sobre estos enarenamientos en la zona de la Caleta, Cf. Actas Arch. Mun. 1717, lib. 73, fol. 106 v; FERNANDEZ CANO, 1973:107.

(73) Cf. por ejemplo HOROZCO, ed. 1845: 188; FALCON, 1974: 33 ss. Como es evidente, las canteras de piedra han debido ser abiertas desde la Antigüedad. No obstante, la primera referencia a la piedra de las canteras gaditanas se debe a San Isidoro (citado ya por Schulten en GROSSE, 1947: 276). Tenemos bien documentadas, además, las

canteras existentes en la Edad Moderna, como, por ejemplo, las de la zona del Campo de la Jara e inmediaciones (Cf. Actas Arch. Mun. 1611, lib. 5, fol. 186; Arch. Mun., legajo 312, expediente 7 -con documentos de 1648, 1691 y 1703- fols. 45, 109 v y ss, 218 v; CONCEPCION, 1690: 122; CASTRO, 1857: 14, 56 y 59; FERNANDEZ CANO, 1973: 74), las del área del Campo Santo (Arch. Mun., leg. 312, exp. 7, año 1691, fol. 111 v; FERNANDEZ CANO, 1973: 210 s) y la que se abrió en 1699 delante del Baluarte de los Mártires (según Lantery en PICARDO, 1949: 343).

Pero las canteras con una problemática más interesante son, sin duda ninguna, las que se explotaron en la zona de la Caleta, concretamente en la Punta de San Sebastián y en la Punta del Nao. Y ello se debe no sólo a la polémica originada por el posible perjuicio que la extracción de piedra -destinada, entre otros edificios, a la fábrica de la iglesia de San Lorenzo y del Hospital de Mujeres- podía ocasionar en parajes tan combatidos por el Océano, sino también a la confusión que las huellas de dichas canteras han provocado al ser interpretadas como restos del Cádiz antiguo. En primer lugar, sobre la explotación de estas canteras en la Edad Moderna, Cf. Actas Arch. Mun. 1722, lib. 78, fols. 236 v y ss; idem, 1723, lib. 79, fols. 7, 17 v y ss, 20 v y ss, 62 v y ss; idem, 1737, lib. 93, fols. 404 y 578 v; FERNANDEZ CANO, 1973: 43. En segundo lugar, acerca de la confusión de los restos de estas canteras con hipotéticos vestigios del antiguo Cádiz, Cf. PEMAN, 1941: 73; CORZO, 1980: 6. No obstante, antes de ser explotada la capa de roca natural, se debieron aprovechar los restos de una gran construcción romana que eran visibles, aún en el siglo XVII, en el camino del Castillo de San Sebastián y de los cuales trataremos detenidamente más adelante (v. cap. VI).

Otras canteras que pueden citarse en la Edad Moderna son las de la «Garita de los dos mares» (Actas Arch. Mun. 1719, lib. 75, fol. 184; idem, 1722, lib. 78, fols. 236 v y ss) y las de la isla de Sancti Petri (v. nota 154).

(74) Para la progresiva ampliación del núcleo intramural en la Edad Moderna pueden consultarse, con provecho, las abundantes plantas de la ciudad recopiladas en CALDERON et al., 1978, 11.

(75) Acerca de las fortificaciones de Cádiz en la Edad Moderna, Cf. SALA, 1743; FERNANDEZ CANO, 1966; idem, 1973; CALDERON, 1974; ideni et al., 1978; PEREZ DE SEVILLA, 1978; PETTENGHI, 1980. Es preciso considerar, además, que -debido al procedimiento de construcción de las murallas del frente del Sur (v. nota 52)- se ha producido una alteración topográfica que se advierte en la disposición algo más elevada del antiguo camino de ronda con respecto al nivel de las casas colindantes. Por ello, en el «Proyecto de Reparación del Campo del Sur. Cádiz», fechado en 26 de agosto de 1911 (Arch. Mun., neg. «Urbanismo»), el arquitecto Juan Cabrera se refería a la necesidad de unir con rampas la carretera de circunvalación con las vías transversales (v. pág. 4 de la «Memoria» y págs. 3 s del «Pliego de Condiciones» del mencionado proyecto). Por otro lado, también la calle Arquitecto Acero, abierta junto a la Catedral Nueva en la década de los años treinta, está constituida por una rampa artificial que une la plaza de la Catedral con el Campo del Sur (v. «Hoja del Lunes» de Cádiz, 22-marzo-1976 y «Diario de Cádiz», 19-noviembre-1980).

(76) Esta gran expansión urbanística se produjo, sobre todo, a partir de la catastrófica explosión del año 1947.

(77) Los primeros intentos serios de restitución gráfica del estado de la bahía gaditana en la Edad Antigua son los verificados en PEMAN, 1931, e idem, 1941, basándose en los datos geológicos de GAVALA, 1928. Otro tipo de reconstrucción propuesto es el de GARCIA Y BELLIDO, 1942: 96. (Esta reconstrucción, que volvería a reproducirla su autor en varias de sus obras posteriores, presentaba la Bahía absolutamente libre de sedimentos aluviales del Guadalete, lo cual es evidentemente erróneo para una época ya tan próxima a nosotros). También en MABESOONE, 1963 b: 323, se representa la Bahía- supuestamente en época

romana- totalmente desprovista de los aluviones modernos (los cuales, no obstante, han debido depositarse a lo largo de todo el Holoceno hasta la actualidad). Asimismo, no podemos compartir tampoco, lamentablemente, la reconstrucción del archipiélago gaditano en la Antigüedad efectuada en FIERRO, 1979.

En fecha cercana, por otra parte, se ha insistido en la importancia de la ubicación de las industrias alfileras romanas -siempre próximas a los embarcaderos de entonces- para fijar el límite costero de la Bahía en aquella época (Cf. CHIC, 1979: 16). En cuanto a las recientes restituciones gráficas de la extensión de terreno perdido por erosión marina en Cádiz -realizadas en ALONSO, 1980 y en CORZO, 1980- hemos de manifestar que nos parecen absolutamente gratuitas en el estado actual de los conocimientos sobre el tema.

(78) Esta eliminación apriorística puede justificarse, primeramente, por las manifestaciones al respecto del geólogo Juan Gavala, el cual llegó a afirmar, en efecto, que los dichos bajos y arrecifes sufren muy poco por la acción del mar y que sus modificaciones en el período histórico han debido ser imperceptibles (Cf. GAVALA, 1959 a: 91). Por otro lado, además, parece deducirse lo mismo de la gran abundancia de «pecios» antiguos, especialmente romanos, en las inmediaciones de los bajos de Los Cochinos, Las Puercas, La Olla, etc. Evidentemente, estos vestigios de naves hundidas en sus proximidades indican, claramente, que ya entonces poseían ese carácter de escollos -sujetos continuamente al fenómeno de inmersión y emersión alternante, provocado por la influencia de las mareas- que los convertía, como aún en la actualidad, en serios peligros para la navegación.

(79) La descripción que hace Plinio de esta «antigua Erytheia» estaría tomada de autores muy anteriores a él, puesto que en la época de Plinio no existiría ya como tal isla, debido al cegamiento del «canal Bahía-Caleta». Por otro lado, la distancia de 100 pasos que señala dicho autor

-equivalente a unos 150 metros- correspondería al antiguo ancho aproximado del ya cegado canal.

(80) Algunos investigadores han sospechado que esta supuesta denominación indígena equivalente a Isla de Juno podría constituir, quizás, una errónea atribución de Plinio (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1942: 101). Sin embargo, por lo que a nosotros respecta, no creemos suficientemente fundada dicha sospecha (v. nota 170).

(81) El área que hoy ocupa el Castillo de San Sebastián debió ser en la Antigüedad, en efecto, el apéndice extremo de la isla grande y no una isleta independiente. Esto fue ya intuido en PEMAN, 1941: 73, e indicado, últimamente, en CORZO, 1980: 6.

Sobre este histórico lugar, hoy ocupado por el Castillo de San Sebastián y su «avanzada», Cf. Actas Arch. Mun. 1767, lib. 123, fol. 392; HÜBNER, ed. 1971: 448; JESSEN, 1924: 53 y 66; NAVAS, 1972; FAJARDO, 1970, refundido en Publicaciones del Curso de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria (año 1976-1977) del Instituto L. de Salazar y Castro, C.S.I.C.; FERNANDEZ CANO, 1973: fig. 71; TOVAR, 1974: 37 ss; CALDERON et al., 1978, 11: figs. 431, 433 y 436; FAJARDO y PEREZ, 1978; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 16 y 30-julio-1973 y 28-abril1980; «Diario de Cádiz», supl. 28-mayo-1978 y supl. 29-abril-1979.

(82) Sobre la vieja polémica referente a la posible unión de Cádiz y Sancti Petri en la Antigüedad, formando una isla muy alargada y estrecha, Cf. FERUSSAC, 1823: 23; PEMAN, 1941: 31 ss; GARCIA Y BELLIDO, 1942: 95 ss; idem, 1951: 82 y 105; idem, 1952: 389; idem, 1963: 93 ss; idem, 1964 a: 18; SCHULTEN, 1959: 374; JIMENEZ, 1971: 16 s.

(83) La existencia de la unión, aún entonces, de Cádiz y Sancti Petri, tendría una confirmación válida de poderse comprobar la veracidad de las abundantes noticias referentes a grandes vestigios sumergidos de la calzada romana en la zona intermedia; sobre estas informaciones, Cf. CRUZ, 1813: 305; VERA, 1887: 15; BLAZQUEZ Y DELGADOAGUILERA,

1894: 411; VERA, 1900: 342; ROMERO DE TORRES, 1934: 43 y 171; GARCIA Y BELLIDO, 1942: 97; idem, 1963: 77, 93 y 125; idem, 1964: 78; COLLANTES VIDAL, 1969: 5 y 15. No obstante, existe también la posibilidad de que la escisión del islote de Sancti Petri comenzase ya en época romana imperial (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1963: 97 s).

(84) No obstante, y a pesar de lo dicho, puede aceptarse aún con Pemán que a la Isla de León convienen perfectamente las señas de la Erytheia (Cf. PEMAN, 1941: 36, 70 s y 91), si bien estimamos que ello es debido a la errónea atribución tardía efectuada por los autores de época ya romana (por lo que hemos etiquetado a la Isla de León de entonces como «nueva Erytheia»). En cambio, es absolutamente impensable, en el estado actual de los conocimientos sobre el tema, que en la Isla de León se hubiese asentado -como algunos han supuesto- una arcaica población fenicia. Esto, que imposibilita su identificación con la «antigua Erytheia» de que hablan las fuentes más primitivas, se halla atestiguado por la naturaleza de los hallazgos arqueológicos allí verificados. En efecto, los restos antiguos descubiertos hacia la zona del Cerro de los Mártires -que debió constituir el principal núcleo de población de dicha isla- poseen un predominante carácter romano y, sólo excepcionalmente, púnico tardío (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1942: 283 s; idem, 1952: 417; idem, 1970 a: 49; HARDEN, ed. 1967: 49. También es indicativo, en este orden de cosas, el «Informe... sobre el estado actual e importancia de los restos arqueológicos enclavados en el recinto del C.I.R. Nº 16, Campo Soto» por Juan Francisco Canterla, fechado a 2 de diciembre de 1968 y del que se puede consultar una copia en la Biblioteca de Temas Gaditanos, caja 16, folleto 19).

Acerca de los restos arqueológicos descubiertos en todas las épocas en esta Isla de León, Cf. HOROZCO, ed. 1956: 19 s; idem, ed. 1929: 82; idem, ed. 1845: 25; CRISTELLY, 1891: 183; SCHULTEN, 1928: 213; QUINTERO, 1932: 19 ss; idem, 1932 a; idem, 1933: 3 ss; idem, 1935 a; ROMERO DE TORRES, 1934: 542 ss; THOUVENOT, 1934; PEMAN, 1941: 71 y 91; CLAVIJO, 1961: 86 s; FERNANDEZ-CHICARRO,

1962: 67 s; PEMAN, 1969: 236 y 240; BELTRAN LLORIS, 1978: 26; «Diario de Cádiz», 20-febrero-1971.

Por otra parte, es preciso dejar constancia del hecho de que el área del montículo de la Batería -en que se hicieron las primeras excavaciones sistemáticas ha sido prácticamente arrasada por la explotación de una calera. En la década de los años sesenta se produjo, con motivo de la extracción de materiales en una cantera, la aparición y parcial destrucción de algunos vestigios romanos: alfares, piletas de salazón, mosaico, restos de tuberías de plomo, etc. Por otro lado, es necesario citar, además, los trabajos más recientes del grupo de aficionados «Geryon» (prospecciones en el yacimiento lítico del Pago de la Zorrera y estudio de los restos de acueducto romano enclavados en el mismo lugar, así como de los hornos del cercano Cerro de los Mártires) y del Museo Arqueológico Provincial de Cádiz (prospecciones de yacimientos líticos y excavación de tumbas y de construcciones romanas en el área de la calera del montículo de la Batería, bajo la dirección de Concepción Blanco). Asimismo, podemos indicar la existencia de yacimientos líticos en la zona de Santibáñez y en el C.I.R. 16: Campo Soto (Campo de Instrucción y área del vertedero de basuras). Por último, se ha localizado también una moneda de las series gaditanas, aunque de época ya plenamente romana, y restos de cerámica antigua en la misma zona del basurero del mencionado C.I.R., aparte de los abundantes fragmentos de ánforas romanas aparecidos, a comienzos de 1979, en la excavación de la piscina de la Residencia de Suboficiales. Por la misma fecha, en fin, vieron la luz otros vestigios romanos en el extremo de la ciudad de San Fernando (en un desmonte artificial verificado junto al arranque de la carretera que conduce al C.I.R. 16).

(85) El Prof. César Pemán hizo ya notar, por otra parte, que esta medida de cinco estadios puede proceder de alguna de las fuentes menos antiguas de Avieno (Cf. PEMAN, 1941: 36).

(86) Es preciso considerar, no obstante, la dificultad existente para localizar información anterior a 1596, debido a la desaparición de los archivos locales con motivo del asalto y saqueo de la ciudad perpetrado, en dicha fecha, por las tropas del Conde de Essex (v. nota 108).

(87) Sobre los términos «Gadir», «Gadeira» y «Gades», Cf. HOROZCO, ed. 1845: 20; MONDEJAR, ed. 1805, 11: 251 ss; VERA, 1887: 37 s; CASTRO, 1896: 1 s; idem, 1897; AUTRAN, 1898: 40 (estas tres últimas obras con etimologías fantasiosas); MILLAS, 1941; FERNANDEZ-CHICARRO, 1942; GARCIA Y BELLIDO, 1942: 101 s; idem, 1951: 77 ss; idem, 1952: 390; idem, ed. 1968: 183; idem, ed. 1977: 216 y 255; PEMAN, 1953: 102 s; SCHULTEN, 1959: 369; FERRON, 1967; GARCIA DE DIEGO, 1972: 7.

Acerca del nombre árabe «Yazirat Qadis» o «Gezirat Cades», Cf. GARCIA DE DIEGO, 1972:50; MARTINEZ MONTAVEZ, 1974:8.

Por último, en relación con las denominaciones tardías de «Calez», «Cales», «Cales Males», «Caliz», «Calis» y «Calis Malis», Cf. BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965; MONDEJAR, ed. 1805, 11: 255; ANTON y OROZCO, 1976: 53; CALDERON et al, 1978, 11, figs. 30 ss, y apéndice: figs. 1 ss.

(88) Cf. HOROZCO, ed. 1929: 269; Actas Arch. Mun. 1685, lib. 46, fol. 302 v; idem, 1717, lib. 73, flals. 100 v y 106; FERNANDEZ CANO, 1973: 36, 49, 74, 146, 184 y fig. 17.

(89) Sobre el Campo Santo, Cf. Arch. Mun., legajo 312, exped. 7, fals. 108 v y ss; Actas Arch. Mun. 1751, lib. 107, fol. 108; «Diario de Cádiz», 2-noviembre-1957.

(90) Acerca del sistema de corrales de pesca, Cf. VERA, 1895 a: 10 ss; MUÑOZ, 1972: 155 ss. Por otro lado, puede ya documentarse un antiguo corral de pesca en la vista de Cádiz en 1564 realizada por Hoefnagel. Este corral se hallaba situado, concretamente, junto a la primitiva ermita de San

Sebastián (v. Lám. II; Cf. también QUINTERO, 1928 b: 18; FERNANDEZ CANO, 1973: 30 y fig. 17).

(91) Así, en la carta de la Bahía realizada en 1789 por Tofiño se indica el topónimo de «Los Corrales» delante de la mencionada Punta de la Vaca. Sobre los corrales de pesca allí situados, Cf. además FERNANDEZ CANO, 1973: 29; CALDERON et al., 1978, 11: figs. 156 y 186.

(92) Sobre los corrales de la playa de Santa María del Mar, Cf. CASTRO, 1857: 81; SMITH, 1913: 385 y 412; QUINTERO, 1928 b: 18; CALDERON et al., 1978, 11: fig. 186; «Diario de Cádiz», 22-noviembre-1980.

Hay que hacer la salvedad, por otra parte, de que en las antiguas «memorias» de excavaciones el término «Los Corrales» hace siempre referencia a la zona de la dicha playa de Santa María del Mar (Cf. QUINTERO, 1917: lámina I; CERVERA, 1923: lámina I, A; QUINTERO, 1935: 9 s).

(93) Acerca de la Hoyanca y su cegamiento artificial, Cf. Actas Archivo Catedral, 1730, lib. 26, fol. 140; Actas Arch. Mun. 1730, lib. 86, fols. 348 ss y 354 v; idem, 1733, lib. 89, fols. 68, 301 v y ss y 332; idem, 1735, lib. 91, fol. 4; idem, 1736, lib. 92, fol. 304; idem, 1741, lib. 97, fol. 402; idem, 1757, lib. 113, fols. 73 y 139; idem, 1766, lib. 122, fols. 312; idem, 1775, lib. 131, fol. 72 v; CALDERON et al., 1978, 11: figs. 477 ss.

(94) Para, la situación de la Huerta del Hoyo, Cf. HOROZCO, ed. 1929: 103 s; idem, ed. 1845: 78 y 187 s; ABREU, ed. 1866: 14; SUAREZ DE SALAZAR, 1610:128 s; CASTRO, 1857: 62; FERNANDEZ CANO, 1973: 11 ss y figs. 8 y 9; CALDERON et al , 1978, 1: 124, y 11: fig. 142.

(95) El estado pantanoso del terreno motivó, al construirse el actual estadio Ramón de Carranza, el cambio en la cimentación del sistema de zapata por el de pilotaje (v. «Diario de Cádiz», I-enero-1955).

Por otro lado, entre La Laguna y el Castillo de Puntales se podía apreciar aún una especie de caño en los siglos XVIII y

XIX (Cf. CALDERON et al., 1978, 11: figs. 483 ss), el cual hoy se encuentra absolutamente cegado.

(96) Cf. GUILLEN, 1967: 4; «Diario de Cádiz», supl. 12 – agosto -1979. Sobre el solar del Monturrio en época reciente, pueden consultarse en el Archivo Municipal de Cádiz el expediente número 28 de 1916 y otro s/n de 1922, correspondientes al negociado de «Policía Urbana».

(97) Este peñón aparece representado ya en la vista de Cádiz en 1564 por Hoefnagel (v. Lám. II, arriba). Cf. también Actas Arch. Mun. 1696, lib. 52, fols. 417 y 421 («Cabeza de Peña»); CASTRO, 1857: 77; SMITH, 1913: 345.

(98) Acerca de la caleta de Puerto Chico, Cf. Actas Arch. Mun. 1685, lib. 46, fol. 303; idem, 1695, lib. 51, fol. 340 v; SMITH, 1913: 276; FERNANDEZ CANO, 1973: 83 y fig. 17; CALDERON et al., 1978, II: figs. 451 ss.

(99) Cf. HOROZCO, ed. 1929: 138 («Peña de Harnao»); Actas Arch. Mun. 1696, lib. 52, fol. 421 («Punta de arnao»); idem, 1723, lib. 79, fols. 17 v y ss, 20 v y ss, 62 v y ss («Punta de Arnau»); CALDERON et al., 1978, 11: fig. 164 («Punta de Arnaud»); «Diario de Cádiz», 29-agosto-1971.

(100) Acerca de la Punta de las Vacas, Cf. Actas Arch. Mun. 1696, lib. 52, fols. 419 v y 421; CASTRO, 1857: 79; CALDERON et al., 1978, 11: figs. 124 ss, 264, 271 y 278.

(101) Cf. Actas Arch. Mun. 1722, lib. 78, fol. 81; CALDERON et al., 1978, 11: figs. 264, 484, 487, 492 s y 523; SOLIS, 1958: 188. Además, y debido a los hallazgos arqueológicos por allí realizados, la posterior calle 24 de julio se llamó antaño «Callejón de los Romanos» (Cf. SMITH, 1913: 421).

(102) Sobre este particular puede consultarse la obra titulada: «Cuestión de actualidad. Contestación al folleto de don Salvador Viniegra por la Comisión de la Compañía de Aguas y Sociedad del Puerto (Concesión Lacassaigne)», Imp. Rev. Médica, Cádiz, 1882. Cf. también SMITH, 1913: 428 s.

(103) Para lo referente a la dicha Exposición, inaugurada en 15 de agosto de 1887, Cf. «Exposición Marítima Nacional de Cádiz de 1887» (s.l. y s.f.); «Guía del visitador de la Exposición ó sea índice ordenado de las instalaciones y objetos expuestos en los diferentes pabellones», Tip. de J. Benítez Estudillo, Cádiz, 1887; «Guía descriptiva de la Exposición Marítima Nacional de Cádiz», publicada por el Editor de la Revista General de Marina, Cádiz, 1887; SMITH, 1913: 429; OROZCO, 1962: 273; «Diario de Cádiz», 8-febrero-1887, supl. 10-octubre-1976, supl. 2-abril-1978 y supl. 16-julio-1978.

(104) Acerca de este «arroyo de la Zanja» o «Salado», Cf. Arch. Mun., legajo 312, expediente no. 7, fols. 3, 8 y 116 (año 1691), 124 a 126 (año 1694) y 198 (año 1703); CASTRO, 1857: 77; SMITH, 1913: 65; PICARDO, 1952: 10.

(105) Arch. Mun., cajón 3, plano no. 340, desglosado del legajo 312, exp. 7, correspondiente al año de 1703.

(106) Sobre los problemas acarreados por este «arroyo de la Zanja» o «Salado», Cf. Actas Arch. Mun. 1717, lib. 73, fols. 243 v y ss; idem, 1725, lib. 81, fol. 450 v; idem, 1736, lib. 92, fol. 121; idem, 1737, lib. 93, fols. 176 ss, 327 y 402 v y ss; idem, 1738, lib. 94, fols. 212 v, 275, 526 v y s; idem, 1739, lib. 95, fols. 372 v y ss; idem, 1740, lib. 96, fols. 241 ss; idem, 1779, lib. 135, fols. 244 v y ss; idem, 1784, lib. 140, fols. 148 ss y 306; idem, 1789, lib. 145, fols. 291, 420 ss, 452 v y ss.

(107) Cf. HOROZCO, ed. 1845: 95; PEMAN, ed. 1942: 8 y 15; idem, 1954: 26; idem, 1969: 239; idem, 1969 a: 20 s.

(108) Sobre dicho ataque Cf. «Asaltos a Cádiz por los ingleses. Siglos XVI, XVII y XVIII» por Jesús Ribas, Inst. Est. Gad., 1974; v. también «Diario de Cádiz», supl. 2- marzo -1980.

(109) Cf. CONCEPCION, 1690: 120; Arch. Mun., carpeta 56; PEMAN, 1969: 234 s. Es preciso mencionar aquí también la fortuita desaparición del grupo de tumbas púnicas que se hallaban -acondicionadas para ser visitadas- en la zona de Punta de la Vaca (Extramuros). Estas tumbas, declaradas

Monumento Nacional por R.O. de 31 de diciembre de 1924, quedaron englobadas en los terrenos de la Fábrica de Torpedos y fueron destruidas por la trágica explosión allí originada en 1947 (Cf. PEMAN, 1969: 236; idem, 1969 a: 20; GARCIA Y BELLIDO, 1970 a: 44). No obstante, según hemos podido comprobar últimamente, aún se conservan en la actualidad en su primitivo emplazamiento –hoy integrado en el Instituto Hidrográfico de la Armada- parte de los sillares de dichas tumbas, aunque en estado revuelto y semienterrados.

(110) No se han indicado, de esta manera, los hallazgos de localización imprecisa o dudosa, tales como: el bronce hathórico, del tipo de los del Berrueco, que se dice hallado en la Punta de la Vaca y se exhibe en el Museo Arqueológico de Sevilla (Cf. FERNANDEZ-CHICARRO, 1977; ALMAGRO, 1979: 191 ss; idem, 1979 a: 180); el oinochoe protoático del Museo de Copenhague, que se afirma procedente de una tumba «púnica» de Cádiz, aunque sin mayor precisión al respecto (Cf. PELLICER, 1969: 300); un fragmento de máscara púnica policromada del Museo Arqueológico de Sevilla y que, al parecer, proviene de Cádiz; el asa sellada romana de la colección Accame (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1970; v. también Rivista di Studi Liguri, XXXV-1969, ed. 1972, 111: 143 s; si bien esta pieza fue descubierta en una obra de cimentación próxima a la Caleta, parece ser -según manifestación oral del propio hallador y poseedor- que se encontraba entre un cargamento de grava traído de El Portal del Guadalete, cerca de Jerez de la Frontera); el «herma» romano que se localizó en 1968 en la cimentación de la Casa de la juventud -en la c/ Cánovas del Castillo- y que, al parecer, también debió de llegar entre gravas procedentes de El Portal (v. Bol. R. Ac. Historia, CLXVIII-1971: 201 ss); varios materiales romanos puestos al descubierto en un lugar desconocido aunque cercano al muelle (Cf. FERNANDEZ-CHICARRO, 1951: 257); y una lápida romana que se ha afirmado que había sido hallada en una casa frente a Santiago -Cf. ROMERO DE TORRES, 1934: 149- pero que, según todo parece indicar, dicho sitio era sólo donde se

conservaba con posterioridad a su descubrimiento (Cf. CLEMENTE, 1846: 75).

Aparte de todo esto, tampoco incluimos en el plano I una supuesta tumba aparecida en el jardín del Tinte (Cf. JIMENEZ, 1971: punto 14 de su plano final) pero cuyo hallazgo y características no han podido verificarse por testigo alguno. En cuanto a los también supuestos vestigios antiguos hallados en el Hospicio Provincial (Cf. JIMENEZ, 1971: punto 15 de su plano final), tampoco han podido ser confirmados en ninguna otra fuente escrita u oral (excepción hecha de una referencia aislada y relacionada con el descubrimiento, realizado hace algunos años, de unas simples vasijas datables, posiblemente, en el siglo XVIII).

(111) A veces, incluso, la aparición de vestigios de épocas recientes en zonas tradicionalmente arqueológicas ha provocado crasos errores a nivel popular, como es el caso de unas monedas españolas de fines del siglo pasado y comienzos del presente que -por hallarse cubiertas de concreciones de cloruros de cobre y por haber sido encontradas, hace varios años, en unas obras del Club Marítimo «La Caleta»- fueron tomadas por monedas romanas. Ha de observarse que hechos como el acabado de citar han de ser considerados no por su valor anecdótico sino porque, en ocasiones, han trascendido a cierta bibliografía poco rigurosa y han sembrado el desconcierto en publicaciones científicas ulteriores.

(112) Sobre las inhumaciones efectuadas, en la Edad Moderna, en el área denominada «Campo Santo», v. cap. V.

Acerca del enterramiento de los turcos y moros esclavos -a fines del siglo XVII- en lugar inmediato a la Punta de la Vaca, Cf. CASTRO, 1857: 81.

En relación con el cementerio que hubo en tiempos a espaldas de la Catedral Vieja -y del cual pudimos hallar vestigios en unas obras allí verificadas hace algunos años Cf. Actas Arch. Mun. 1743, lib. 99, fols. 81 s; idem, 1748, lib. 104,

fol. 189; idem, 1792, lib. 148, fol. 611; Arch. Mun., cajón 3, plano nº 369; GUILLEN, 1941: 475 s.

(113) Cf., por ejemplo: QUINTERO, 1914: 98 bis y 165 s; CEDILLO et al., 1915; QUINTERO, 1917 a: 111 ss; ROMERO DE TORRES, 1934:63; BELTRAN, 1952: 143.

(114) Con respecto a la población de Cádiz en época prehistórica, Cf. BURRIEL, 1925: 4 s; QUINTERO, 1928: 82; idem, 1935: 8 ss; PEMAN, 1941: 77 s; JIMENEZ, 1971: 58 ss.

(115) Cf. ROMERO DE TORRES, 1934: 11; QUINTERO, 1935:8 s. Pudiera ser que esta cueva coincidiese con uno de los abrigos rocosos que se observan en una vista del área de Punta de la Vaca en el siglo XVIII (Cf. CALDERON et al., 1978, 11: fig. 127). No lejos de esta zona -en una obra ejecutada en la confluencia de las avenidas de Bahía Blanca y de la Marina- pudimos recoger, hacia mediados de los años setenta, una lasca de sílex sin rodar y que fue depositada en el Museo Arqueológico de Cádiz.

(116) Cf. QUINTERO, 1914: 168; idem, 1928: 86; TARRADELL, 1950; idem, 1950 a: 254 ss; idem, 1950 b; GARCIA Y BELLIDO, 1970 a: 6; idem et al., 1971: 145; JIMENEZ, 1971: 127 y 130.

(117) La problemática de estos yacimientos prehistóricos de la ciudad de Cádiz fue ya esbozada en nuestro trabajo titulado: «Introducción al estudio del Paleolítico Inferior y Medio de la provincia de Cádiz». El original de dicho estudio inédito -realizado en diciembre de 1976- se encuentra depositado en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.

(118) Cf. QUINTERO, 1935: 10 ss; PEMAN, ed. 1942: 7 y 31; idem, 1954: 13 y 16.

(119) En relación con el crecimiento de las necrópolis púnicas y con la «estratigrafía horizontal» deducible de dicho fenómeno, Cf. TARRADELL, 1952: 153 s; CINTAS, 1970: 260 s.

(120) Cf. HOROZCO, ed. 1929:104; idem, ed. 1845:182; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 185 y 290 ss; CONCEPCION, 1690: 107 y 116. Además, v. noticia recogida en CASTRO, 1857: 84.

(121) Cf. CONCEPCION, 1690:122; CASTRO, 1857:13 s.

(122) Cf. CLEMENTE, 1846: 91; VERA, 1887: 89 y 103. No lejos de esta calle, por otra parte, se documentaron vestigios romanos en los dos cortes estratigráficos efectuados en el verano de 1968 -con el patrocinio de la fundación Bryant- en el patio del Museo Arqueológico inmediato a la calle Antonio López (v. «Diario de Cádiz», 11 y 12-julio-1968). En época reciente, además, el aficionado D. José A. Ruiz Gito ha localizado restos de ánforas romanas en una obra situada en el extremo opuesto de la dicha c/ Antonio López, cerca de su intersección con la calle Manuel Rancés.

(123) Cf. «Diario Mercantil de Cádiz», 7-junio-1829; CAMBIASO, 1830: 142 s; ENRILE, 1843: 142 ss; CLEMENTE, 1846: 86 ss.

(124) Cf. ENRILE, 1843: 146 ss; CASTRO, 1857: 84; idem, 1859: 55

(125) Cf. CASTRO, 1862: 25; VERA, 1887: 90 s y 121; GARCIA, 1903: 359; QUINTERO, 1917 a: 70; ROMERO DE TORRES, 1934: 147, 149 y 157.

(126) Cf. MORALES DE LOS RIOS, 1884, VII: 3 y 6; VERA, 1887: 121; «Diario de Cádiz», 12-marzo-1887.

Es preciso indicar, además, que ya en 1688 se habían descubierto abundantes monedas romanas en el inmediato solar de la ermita del Santo Ángel de la Guarda y del Hospital Real, en la actualidad Parroquia Castrense y Hospital Militar respectivamente (Cf. CONCEPCION, 1690: 73; CAMBIASO, 1829: 86).

(127) Precisamente, Adolfo de Castro hablaba -ignoramos con qué fundamento -del supuesto hallazgo en 1827 en la Punta de la Vaca de ciertos restos antiguos (Cf. CASTRO, 1857: 84) que parecen ser los correspondientes al famoso

columbario Plocio (cuyo descubrimiento se había descrito, en tiempos, como verificado en el glacis izquierdo de las fortificaciones de Puerta de Tierra, pero sin mayor precisión topográfica al respecto; v. nota 123).

(128) Acerca del Museo Arqueológico de Cádiz, Cf. «Crónica de Cádiz», 14 y 16-marzo-1887; «Diario de Cádiz», 17, 25, 29 y 31-marzo-1887; «La Opinión de Cádiz», 1-abril-1887; «Bulletin Archéologique», 1890; VERA, 1890; idem, 1895; «Manual para el viajero en Cádiz», 1894: 240 ss-, CAMPO et al., 1897: 69 s; RIAÑO, 1902; Rev. Archs., Bibls. y Museos, IX-1903: 80; idem, XIX-1908: 395; Bol. Museo BB. AA. de Cádiz, II, no 3, 1920: 73; CERVERA, 1921; «Diario de Cádiz», 17 y 20-diciembre-1921; CERVERA, 1925; CONTE, 1924; PEMAN, 1930; POULSEN, 1933: 10 ss; ROMERO DE TORRES, 1934; QUINTERO, 1935 a; GARCIA Y BELLIDO, 1941; BLANCO DE TORRECILLAS, 1942; idem, 1943; idem, 1943 a; «Mundo Ilustrado», no 97, 1950; GAYA, 1955: 195 ss; MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 93 s; PEMAN, 1969 a: 24 s; BORGES, 1970; B.O.E. no 287 de 1 -diciembre- 1970, pp. 19.519 y s; SANZ-PASTOR, 1972: 158 s; «ABC», 3-febrero-1971; «Diario de Cádiz», 11 y 12- julio - 1968, 9 abril- 1969, 27-noviembre-1971, 23-junio-1974, 10 y 19-noviembre-1974, supl. 30-enero-1977, supl. 18-marzo-1979, supl. 12-agosto-1979, 27-febrero1980, supl. 21 -septiembre-1980; «El País», 24-septiembre-1980.

(129) Cf. « Diario de Cádiz », 11 a 23 de marzo, 31 de mayo, 1 y 2 de junio de 1887, 1, 2, 5, 9, 15, 16 y 27 de enero, 3 y 15 de abril, 12 de julio, 3 de diciembre de 1891/ 29 y 31 de marzo, 3 de abril de 1892/ supl. 31 de octubre de 1976; «La Palma de Cádiz», 12, 19 y 20 de marzo, 1, 3 y 31 de mayo, 1 a 4 de junio de 1887; «La Crónica de Cádiz», 12, 14, 16, 21 y 22 de marzo, 4 de abril de 1887; «El Correo de Cádiz», 23 y 27 de marzo de 1887; «La Opinión de Cádiz», 1 y 6 de abril de 1887; «La Correspondencia de España», 1 de abril de 1887 (Crónica mensual de Cádiz, marzo de 1887) y 7 de abril de 1891; Bol. R. Ac. Historia: X1887: 337/ XVIII-1891: 461/ XX-1892: 635/ XXI1892: 398; Bol. Sociedad Arqueológica Luliana, vol. 111, 1887: 64; Bulletin Archéologique, 1890:

431; «Le Tour du Moride», 1 de febrero de 1890; «L'illustration», 24 de octubre de 1891; HÜBNER, 1888: 257 s; RODRIGUEZ DE BERLANGA, 1888; idem, 1891; idem, 1901; idem, 1901 a y 1902; BABELON, 1890; FARIA, 1898: 95 ss; LAIGUE, 1898.

(130) En relación con el mencionado sarcófago fenicio de la Punta de la Vaca es necesario hacer las siguientes precisiones:

1º) El descubrimiento de dicho sarcófago se realizó, exactamente, el lunes 30 de mayo de 1887, no procediéndose a su «apertura oficial» hasta el miércoles 1 de junio hacia las ocho y media de la mañana (v. «Diario de Cádiz», 31 de mayo, 1 y 2 de junio de 1887; «La Palma de Cádiz», 31 de mayo, 1 y 2 de junio de 1887; RODRIGUEZ DE BERLANGA, 1888: 41 S; idem, 1891: 299 s; SANCHEZ-NAVARRO, 1890: 16).

2º) El lugar exacto del hallazgo fue, al poco, totalmente destruido por la explanación allí efectuada (Cf. RODRIGUEZ DE BERLANGA, 1888: 38 y 48; idem, 1891 : 295 y 307). Por tanto, la ubicación del sarcófago era próxima a la denominada «Batería del Romano» pero no en el mismo montículo de ésta, ya que dicho montículo permanecía aún en 1911 (v. nuestro plano I, extraído de otro original de ese año). De todas formas, el altozano en cuestión no fue antiguamente un islote -como se ha afirmado, indocumentadamente, en ocasiones- sino, simplemente, un montículo que existía en la extremidad de la Punta de la Vaca y que quedó casi aislado como consecuencia de los desmontes ejecutados, a su espalda, para el trazado de la vía férrea, para la instalación de la Exposición Marítima Nacional de 1887 y para la obtención de tierras de relleno destinadas a la construcción del Astillero Vea-Murguía.

3º) El grupo de tres «loculi» -uno de los cuales contenía el sarcófago- se encontraba en el fondo de una excavación abierta en la roca desde la primitiva superficie y rellenada después con la típica arena roja local (Cf. RODRIGUEZ

DE BERLANGA, 1888: 38; idem, 1891: 294, 309 y 311; SANCHEZ-NAVARRO, 1890: 16). No se trataba, por tanto -y como, equivocadamente, ha pretendido nuestro amigo el Prof. Tejera- de una cámara lateral de una tumba de pozo (al respecto, Cf. TEJERA, 1975: 204; idem, 1979: 159). En efecto, a pesar de que se hayan localizado restos de supuestas tumbas de pozo (v. nota 131), el sistema habitualmente empleado en la necrópolis púnica gaditana consistía en colocar las cistas («loculi») en el fondo de profundas zanjas o fosas (Cf. QUINTERO, 1920: 3 s; GARCIA Y BELLIDO, 1952: 459). Este sistema de enterramiento es el documentado también, recientemente, en la tumba que contenía el nuevo sarcófago aparecido en la calle Ruiz de Alda (v. nota 139).

4º) Parece evidente que el ajuar del sarcófago de Punta de la Vaca había sido expoliado poco antes de su «apertura oficial» del día 1 de Junio de 1887. Dicho expolio se dio ya a entender tanto en la comunicación que Hübner presentó, en la sesión de noviembre de 1887, a la Sociedad Arqueológica de Berlín (Cf. «Wochenschrift für Klassische Philologie», Berlín, 1887) como en la bibliografía local (Cf. TORO, 1901: 90). Este lamentable suceso puede inferirse, por una parte, de la incorrecta posición de algunos huesos del esqueleto en el momento de la apertura, lo cual fue ya denunciado por Cayetano del Toro en la cita que acabamos de sacar a colación y, además, puede apreciarse fácilmente en una de las fotografías obtenidas entonces «in situ» por Rafael Rocafull y que se reproduce en nuestra Lám. VI. No deja de ser sintomático, por otra parte, el hecho de la existencia de claras disparidades en relación con el escaso ajuar hallado en el interior del sarcófago. Así, concretamente, la noticia de redacción de «La Palma de Cádiz» de 2 de junio de 1887 y el «Acta de Apertura» -reproducida en CONTE, 1924: 7- mencionan exclusivamente la aparición de dos clavos de cobre. Por su parte, Cayetano del Toro -que fue testigo presencial de la apertura- señalaba la presencia de cinco clavos de

cobre entre el contenido del sarcófago (Cf. TORO, 1901: 90). Por otro lado, tanto en otro artículo publicado en «La Palma de Cádiz» (de 2 de junio de 1887) por Adolfo de Castro -también presente en el momento de la apertura- como en las primeras publicaciones serias de síntesis, se hace referencia a un supuesto vasito de barro (al respecto, Cf. RODRIGUEZ DE BERLANGA, 1888: 40 y 42; idem, 1891: 297, 300, 310 y 317). Esta pieza, no obstante, parece que debía ser de origen romano y que fue introducida en el sarcófago para intentar disimular el saqueo. Aparte de todo esto, ha habido más coincidencia en señalar el hecho de que, al parecer, se localizaron también pequeños fragmentos de madera y algunos restos de un posible sudario. Por último, es preciso recordar que, esporádicamente, se ha hecho referencia, incluso, a supuestas joyas procedentes del interior del sarcófago de que tratamos (Cf. QUINTERO, 1917 a: 77). No obstante, estas joyas que Pelayo Quintero suponía del sarcófago procedían, en realidad, de uno de los dos «loculi» que formaban grupo con el del dicho sarcófago. Dudas sobre la citada errónea atribución de Quintero se expresaban ya en las notas marginales de un ejemplar del «Cádiz Primitivo... » que fue propiedad de D. Francisco Cervera y que hoy se conserva en la Biblioteca de Temas Gaditanos (sign. 930.26.468.181. QUI cad R 7.916). En este orden de cosas, Cf. además MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 93.

En definitiva, y tomando en cuenta que las informaciones de la época del descubrimiento no hacen referencia a indicios de una posible violación antigua -ya que el exterior de la tumba no parecía alterado- y la tardanza en proceder a la «apertura oficial», nos parece muy posible el hecho de que, entre el lunes 30 de mayo y el miércoles 1 de junio de 1887, debió abrirse el sarcófago y expoliarse su contenido por el personal perteneciente a las obras de la Exposición Marítima Nacional.

5º) El esqueleto actualmente conservado en el interior del sarcófago de Punta de la Vaca es bastante probable que

-parcialmente, al menos no sea el que originalmente se descubrió en dicho sarcófago. Los datos que apuntan en este sentido son los siguientes:

En el momento del descubrimiento, el esqueleto se hallaba perfectamente conservado, excepción hecha de los huesos de la cara (Cf. SANCHEZ-NAVARRO, 1890: 18 y 20). En 1908 el esqueleto mencionado estaba ya incompleto, de resultas de haber sido maltratado en los sucesivos traslados a que había sido sometido (Cf. ROMERO DE TORRES, 1934: 50). En 1922 los huesos se encontraban ya tan deteriorados que se les llegó a calificar, incluso, como de « irremediamente perdidos» (Cf. BONSOR, 1922: 166). En la actualidad, los huesos contenidos en el sarcófago se hallan en relativo buen estado, por lo que se ha llegado a sospechar que no son los huesos originales, sino que -al comprobarse su irreversible estado- debieron ser sustituidos por otros (Cf. MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 93). Teniendo en cuenta todo ello, hemos procedido a confrontar la medición clásica de Francisco de las Barras de Aragón (Cf. QUINTERO y BARRAS, 1913:19 s; QUINTERO, 1917 a: 60 ss) con el primer estudio científico existente del esqueleto, el cual fue realizado por Manuel Sánchez-Navarro y fechado en 26 de noviembre de 1889 (Cf. SANCHEZ -NAVARRO, 1890; parcialmente reproducido en «Diario de Cádiz», 15 y 16-febrero-1890 y supl. 7- noviembre- 1976). Al comparar ambos estudios se observa, efectivamente, una cierta disparidad en algunas medidas. Este hecho pasó inadvertido a Francisco de las Barras porque, como él mismo admitía, le había sido imposible conseguir un ejemplar del trabajo de Sánchez-Navarro (Cf. QUINTERO y BARRAS, 1913: 17). Las divergencias en las medidas podrían deberse, en parte, a que la medición más antigua se realizó con escasos medios (Cf. SANCHEZ-NAVARRO, 1890: 18) y a que en el segundo estudio se usaron ya las convenciones de la hoja craneométrica del Congreso de Mónaco de 1906 (Cf. QUINTERO y BARRAS, 1913: 1 S). Pero, a pesar de

todo, parece haber un hecho claro y es que el cráneo descrito y medido por Barras de Aragón no era el mismo que había estudiado, anteriormente, Sánchez-Navarro. Ello se colige, fácilmente, si se considera que en el primer estudio realizado se indicaba la falta absoluta de huesos wormianos y de procesos patológicos (Cf. SÁNCHEZ-NAVARRO, 1890: 20 s), mientras que en el segundo se hace mención de la existencia de wormianos en cada asterion y de una exóstosis sobre el parietal izquierdo (Cf. QUINTERO y BARRAS, 1913: 19), características ambas que -según hemos podido constatar personalmente- presenta el cráneo conservado en la actualidad en el interior del sarcófago de Punta de la Vaca. Es curioso, además, que en las primeras descripciones del hallazgo no se mencione la bien aparente exóstosis del parietal izquierdo, máxime si tenemos en cuenta que a la “apertura oficial» del sarcófago asistieron dos reputados profesores de Medicina: Cayetano del Toro y Enrique Díaz Rocafull. La conclusión más lógica de todo este asunto parece ser que, entre 1889 y 1912, el esqueleto original del sarcófago debió ser sustituido -parcialmente (cráneo) o en su integridad- por otro distinto.

Aparte de todo esto, y en relación con las características formales y con la cronología de dicho sarcófago de Punta de la Vaca, Cf. HÜBNER, 1888: 258; TORO, 1894: 5; idem, 1902: 254; PARIS, 1903; MELIDA, 1912: 492 ss; idem, 1921: 110; PICATOSTE, 1914: 5 ss; SANZ, 1915: t, : artículo de Carroll en «Art. and Archacology», Washington, july-1921; (FIZVERA, 1921; BONSOR, 1922: 167; «Noticia sobre algunos adornos florales de los cementerios fenicio-romanos de Gadir y Baria» (manuscrito, Jerez-1923; Bibl. Temas Gads., caja 16, folleto 15); 150SCH-GIMPERA, 1928: 324; POULSEN, 1933; PEMAN, 1941: 77; idein, 1943: 150 s; idem, 1944; idem, 1959: 69; GARCIA Y BELLIDO, 1942: 256 ss; idem, 1952: 400, 404 y 468 ss; idem, 1968 a: 84; K UKAHN, 1951; Acta Archacologica, 35-1964: 74 y fig. 8; MAZEL, ed. 1970: 52 s % 102; HARDEN, ed. 1967: 236 s; Parrot,

Chéhab y Moscati: «Los fenicios... », Madrid, 1975: 25 1; BLAZQUEZ et al., 1980: 420; BLAN('), 1981: 128; idem y VALIENTE, 1980: 52.

Para algunos paralelos del mencionado sarcófago de Punta de la Vaca pueden consultarse, por ejemplo: PERROT et CHIPIEZ, 1885; KUKAHN, 1955; HARDEN, ed. 1967: 130; BOUSTANY, 1971: 34; EDEY, ed. 1975: 113 ss.

(131) Desde hace tiempo, en efecto, se tiene constancia de la aparición de supuestas tumbas púnicas de pozo -saqueadas en época romana, al parecer tanto en Punta de la Vaca (Cf. «La Palma de Cádiz», 20-marzo-1887; «Diario de Cádiz», 2, 5, 9 y 15-enero-1891; RODRIGUEZ DE BERLANGA, 1891: 326 s; idem, 1901: 143 ss, 209 y 311 s; QUINTERO y BARRAS, 1913: 8; SANZ, 1915: 7; GARCIA Y BELLIDO, 1942: 261 s y 265; idem, 1952: 400 s y 404), como en la playa de Los Corrales, hoy de Santa María del Mar (Cf. QUINTERO, 1918: 4 s; idem, 1933: 13 ss; idem, 1934: 5 s; idem, 1935: 5 s; TEJERA, 1975: 204).

En los últimos años, concretamente, hemos estudiado en la playa de Santa María del Mar varios pozos pertenecientes, según parece, a tumbas púnicas. Dichos pozos -excavados en la roca y aparecidos, y parcialmente destruidos, como consecuencia del desmonte del acantilado por la erosión marina- presentaban en sus paredes restos del antiguo relleno de arena roja del nivel superior y, en ocasiones, las típicas entalladuras para apoyo de los pies. Algunos de estos pozos han de ser, sin duda, los ya excavados antiguamente por Pelayo Quintero, pero otros han aparecido con posterioridad debido a la mencionada labor de erosión marina, la cual, por otra parte, ha impedido -en la mayoría de los casos- el reconocimiento detallado del primitivo relleno. Todos estos pozos son de sección circular y poseen, en algunos casos, un diámetro aproximado de un metro, mientras que en otros pasan de los dos metros. La profundidad de los pozos en la actualidad alcanza hasta unos cinco metros, más o menos, pero su magnitud debió ser

superior en su estado original. A fines de noviembre de 1980, la erosión marina comenzó a descubrir la parte inferior de un pozo inédito -de más de dos metros de diámetro- en la citada playa de Santa María del Mar, dejando visible una zona del relleno de arena roja y en el que pudimos constatar la presencia de material mezclado (sillares y fragmentos irregulares de piedra ostionera, vestigios de «opus», tégulas y ánforas romanas fragmentadas, etc.) que daba a entender un posible expolio en época romana. Pocos días después, el mar acabó de arrastrar el mencionado relleno, vaciando totalmente el tramo superior del pozo, mientras que -como también habrá ocurrido, anteriormente, en otros pozos- el resto de su estructura debe continuar cegada a un nivel inferior. Todos estos pozos descritos no han de confundirse, como es lógico, con los innumerables pozos de agua dulce -de mayor tamaño y aspecto absolutamente distinto- que proliferaban en Extramuros en la Edad Moderna y comienzos de la Contemporánea (sobre estos últimos, Cf. Actas Arch. Mun. 1807, lib. 163, fols. 789 v y 793 ss).

Por otro lado, en marzo de 1980 se descubrió un pozo en las obras realizadas junto al colegio San Vicente de Paúl, en la zona de Extramuros. Este pozo -de un metro, aproximadamente, de diámetro y unos cinco metros de profundidad- fue excavado por el Museo Arqueológico de Cádiz y, a pesar de no haber proporcionado resto arqueológico alguno, ha sido fechado en el siglo VII a.C. (v. «Diario de Cádiz», 13-marzo-1980). Esta datación la estimamos, desde luego, excesivamente alta para una zona que sólo parece haber sido alcanzada a partir de la segunda fase expansiva de la necrópolis. En fecha reciente (mayo de 1981), se ha localizado otro pozo en una obra inmediata a la anterior, el cual ha sido también excavado por el Museo Arqueológico de Cádiz. Dicho pozo circular -de 1,05 a 1,10 metros de diámetro y unos doce metros de profundidad en su estado original- posee las típicas entalladuras para los pies y ha proporcionado, al parecer, un material arqueológico en su relleno que puede ser de gran interés para la cronología de estos pozos (v. «La Voz del Sur» de Jerez, 2-junio-1981;

«Revista de Arqueología», núm. 10, agosto-1981: pág. 56). Nuestra opinión, a la espera de la publicación de estos datos, es la de que debe atribuirse a dichos pozos una cronología original -independientemente de que algunos fuesen reutilizados tardíamente o expoliados en época romana -comprendida entre fines del siglo VI y el siglo III a.C. (aunque este tipo de tumbas pervive, posteriormente, en algunos yacimientos del Mediterráneo Occidental, como es bien sabido). Por último, bastará con indicar que -para todos los paralelos de tumbas púnicas de pozo pueden consultarse, por ejemplo: CINTAS, 1976: 273 ss; TEJERA, 1979: 79 ss, 151 ss y 179 ss (v. también, además, MELIDA, 1917: 321).

(132) Sobre la necrópolis gaditana, en general, y sobre los restos descubiertos en ella -bien fortuitamente, bien como fruto de las excavaciones oficiales- Cf. «Diario de Cádiz», 19-agosto-1898, 20-octubre-1902 y 28-noviembre-1911; MENENDEZ Y PELAYO, ed. 1911: 402 ss; Bol. Com. Prov. Monums. Hcos. Arts. de Cádiz, P. ép., años 1910 .1 1912; «Guía del Turista», Cádiz, 1912; Bol. R. Soc. Esp. Historia Natural, XII, XIV y XVII; «Revue Archéologique», 1913: 97; «Anuari (le l'Institut d'Estudis Catalans», V, 1913-1914; MOLINA, 1914; idem, 1922 a: 96; SANZ, 1915; «Ilustración Española y Americana», 15-diciembre-1915; QUINTERO, 1914; idem, 1916; idem, 1917; idem, 1917 a; idem, 1918; idem, 1918 a; idem, 1920; idem, 1920 a; idem, 1926; idem, 1926 a; idem, 1928; idem, 1928 a; idem, 1929; idem, 1930; idem, 1932; idem, 1933; idem, 1934; idem, 1935; idem y AYALA, 1924; idem y IARRAS, 1913; idem y VIVES, 1915; «La Esfera», 10-agosto-1918; CERVERA, 1923; CONTE, 1923; Bol. Com. Prov. Monums. Hcos. Arts. de Cádiz, 2a. ép., IV- 1923 y 1924: 6 ss; Memorias Soc. Esp. Antropología, 111, 1924; MELIDA, 1925; Bol. R. Centro Ests. Heos. de Andalucía, año 1, núm. 1, Sevilla-1927; ROMERO DE TORRES, 1934: 61 ss y 535 ss; PEMAN, 1931: 111 s; idem, 1941: 74; idem, ed. 1942: 7 ss; idem, 1943: 149 s; idem, 1969 a.:22 s; «La Información del Lunes», 13-marzo-1950; «Diario de Cádiz», 16 y 17-marzo-1950; «Mundo Ilustrado», Madrid, julio-1950: 39; FERNANDEZ-CHICARRO, 1951: 257; idem,

1952: 404; idem, 1969: 12; GARCIA Y BELLIDO, 1942: 253 ss; idem, 1952: 395 ss; idem, 1968 a: 83 s; idem, 1970 a: 43 ss; idem et al., 1971: 145 s; SANCHEZ-GIJON, 1966; «Diario de Cádiz», 17-enero-1968; JIMENEZ, 1971: 124 ss; BLAZQUEZ et al., 1978: 732 ss; idem et al., 1980: 455 ss; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 7 de julio, 8 y 15-septiembre-1975; «Diario de Cádiz», 16-septiembre-1979.

(133) En relación con la numismática antigua gaditana -y además de las abundantes referencias en las obras de carácter general- Cf. SUAREZ DE SALAZAR, 1610; RAMIREZ DE BARRIENTOS, c. 1643; «Medallas Antiguas Gaditanas», apéndice a HOROZCO, ed. 1845; VERA, 1887: 123 ss; VIVES, 1913; QUINTERO y VIVES, 1915; QUINTERO, 1917 a: 107 ss; idem, 1934: 12 ss; PEMAN, 1932; BELTRAN, 1952: 143; YELAMOS, ed. 1956: 39 ss; GUADAN, 1961; idem, 1963; BELTRAMI, 1969; RODRIGUEZ NEILA, 1973: 31 y 285 ss; VILLARONGA, 1973: 78 ss; «Diario de Cádiz», supl. 7-enero-1979; PONCE, 1980; idem, 1980 a.

Sobre la epigrafía antigua gaditana -y aparte de las conocidas citas del Corpus Inscriptionum Latinarum, vol. II (Berlín, 1869 y suppl. 1892)- Cf. HOROZCO, ed. 1929: 127; idem, ed. 1845; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 299 ss; RAMIREZ DE BARRIENTOS, c. 1643; MONDEJAR, ed. 1805; CONCEPCION, 1690: 110 ss; Artículos de Clemente Bello en el «Diario Mercantil de Cádiz», 2-abril-1827, 1-mayo-1828, 7 de junio y 13-julio-1829; CLEMENTE, 1846; CASTRO, 1858: 203; idem, 1859: 55 ss; VERA, 1887: 6 y 131 s; Bol. R. Ac. Historia, XII-1888: 351 ss, XVIII-1891: 459 ss, XX-1892: 635 s, XXII-1893:286 s, XXIII-1893:457 s, XXIV-1894:90 s, XXXI-1897:53 ss, XXXVIII-1901: 471 ss, XL-1902: 353 s, XLIV-1904: 351 s, LIV-1909: 96 ss, LXIV-1914: 276 ss; RIAÑO, 1902: 476; QUINTERO, 1916 a 1935 (Memorias, junta Sup. Excav. Antigs.); MOLINA, 1921: 43; idem, 1922: 66; «Diario de Cádiz», 2-abril-1924; ROMERO DE TORRES, 1934: 123 ss; BALIL, 1955-1956; JIMENEZ, 1962; idem, 1971: 116 ss; ARIAS y CASTILLO, 1978. Recientemente, por otra parte, acaba de publicarse el

libro «Inscripciones Romanas de la Provincia de Cádiz» (Excma. Diputación Provincial]- 1982), obra en la cual nuestro amigo el Prof. González Fernández ha sistematizado la epigrafía antigua de Cádiz y su provincia.

Acerca de la primitiva orfebrería gaditana -y además de las descripciones sistemáticas de joyas realizadas en la bibliografía referente a los trabajos efectuados en la necrópolis y a los fondos del Museo de Cádiz- Cf. SUAREZ DE SALAZAR, 1610:314 s; DELGADO, 1873: CXXXI; «Bulletin Hispanique», 11-1900: 14; MELIDA, 1921: 103 ss y 110; ARTIÑANO, 1925: 97 ss; Bol. Museo Prov. BB. AA. de Cádiz, XIII, núm. 15, 1931: 94 s; idem, XV, núm. 17, 1933: 2; QUINTERO, 1932: 16 s; idem, 1935 a; PEMAN, 1943: 150; GARCIA Y BELLIDO, 1952: 402; FERNANDEZ DE AVILES, 1955; «Arch. Esp. Arqueol.», 30:196 ss; BLANCO DE TORRECILLAS, 1959: 56; GONZALEZ, 1968; PEMAN, 1969 a: 21; MALUQUER DE MOTES, 1970: 101 y 105; ARRIBAS y WILKINS, 1971: 209 y 211; MARIN, 1976; BLAZQUEZ, ed. 1975: 26, 28 y 282 s; idem et al., 1980: 419.

(134) Sobre dichas tumbas, Cf. «Rev. Arclis. Bibls. y Museos», VIII-1903: 509; FITA, 1904: 352; ROMERO DE TORRES, 1934: 59.

No lejos del lugar de hallazgo de estas tumbas citadas, se descubriría más tarde -unos 50 años después- un importante grupo de tumbas púnicas, las cuales hoy se encuentran sepultadas bajo los edificios del Instituto Nacional de Previsión y del cuartel de la Policía Nacional (sobre estas tumbas últimas, Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1970 a: 43 ss; idem et al., 1971: 145 s; JIMENEZ, 1971: 131 y 135 s).

(135) Sobre esta interesante figurita de bronce, Cf. «Diario de Cádiz», 16-febrero-1928; QUINTERO, 1929: 9 s; PEMAN, 1929; idem, 1941: 74 y 76; BOSCH-GIMPERA, 1952: 22; PEMAN, 1954: 25; idem, 1969 a: 21 s; HARDEN, ed. 1967: 239 y 337; CINTAS, 1970: 262 ss; BLAZQUEZ, ed. 1975: 95 ss y 250 s; idem, 1975 a: 209; idem et al., 1980: 279 y 366.

Además, acerca de otras figuritas de bronce procedentes de Cádiz, Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1931: 129 s; idem, 1940: 30 s; ANTON, 1965: 15 (que cita a O'CROULEY, ed. 1795); GAMER-WALLERT, 1978; ALMAGRO, 1979: 197; idem, 1979 a: 150 ss y 180.

(136) No lejos de allí -tras la antigua plaza de toros- la erosión marina había destruido ya otro lienzo de muralla en 1855 y, con ocasión de las obras y excavaciones ejecutadas para su reconstrucción, se pusieron al descubierto algunos vestigios arqueológicos, tales como monedas romanas de plata y cobre (v. Adolfo de Castro: «Varias actas del Ayuntamiento de Cádiz anteriores á la destrucción de su archivo por los ingleses en 1596». Cádiz, 1863: págs. 26 s. Manuscrito en Arch. Mun.).

(137) En obras de ampliación realizadas en 1980 en la inmediata Academia de Artillería (Sección de Costa), entre el Baluarte del Bonete y el Castillo de Santa Catalina, han podido documentarse las capas superiores de la estratigrafía geológica zonal, las cuales son -de techo a muro- las siguientes: a) 1,5 a 2 m. de relleno de cascotes, b) 1,3 a 1,5 m. de arena de playa, c) 1 m., aproximadamente, de arena roja, y d) paquete rocoso conglomerático de potencia no determinada.

(138) Sobre estos últimos hallazgos, Y. «Diario de Cádiz», 12, 13 y 18- marzo-1980, supl. 6-abril-1980, 16-abril-1980, 20-julio-1980, 20- febrero-1980, 13- enero-1981 y 23-septiembre- 1981; «El Caso», nº 1458, de 12- abril-1980; «Revista de arqueología» nº 5, marzo -1981: 47; idem, nº 10, agosto-1981: 56; «La Voz del Sur», Jerez, 2-junio-1981; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 13-julio-1981.

(139) Para las noticias referentes al hallazgo de este nuevo sarcófago de la necrópolis gaditana y las primeras discutibles interpretaciones sobre su naturaleza, v. «Diario de Cádiz», 30 de septiembre, 1, 2, 3, 4 y 14-octubre-1980, 3-julio-1981; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 6-octubre-1980. Además, Cf. «Cambio 16», nº 469, de 24- noviembre-1980; «Revista de Arqueología», nº 2, diciembre-1980: 44; Bol. Museo de Cádiz,

11-1982: 13 ss; y, sobre todo, el interesante avance de BLANCO, 1981.

En relación con las circunstancias del descubrimiento, es preciso dejar constancia de que dicho sarcófago apareció -en contra de lo afirmado, erróneamente, en algunas noticias de prensa- hacia el mediodía del viernes 26 de septiembre de 1980, si bien no se realizó su inspección por personal del Museo Arqueológico de Cádiz hasta el lunes día 29. Si a ello añadimos que -cuando se reconoció a primera hora del dicho lunes 29- la tapa se hallaba desplazada casi un metro de su posición original, que el interior de la caja se encontraba en parte relleno de arena, que el cráneo del esqueleto estaba destrozado y que el ajuar era relativamente escaso, se llega a la conclusión de que no se puede desechar la posibilidad de que hubiese sido expoliado en el lapso de tiempo transcurrido desde su descubrimiento (viernes 26) hasta el momento en que intervino el Museo Arqueológico de Cádiz (lunes 29).

(140) Especial interés revisten las consideraciones generales, sobre dicha necrópolis gaditana, realizadas en: GARCIA Y BELLIDO, 1942: 264 s y 278 ss; idem, 1952: 403 s y 413 ss; idem, 1968 a: 83 s; BALIL, 1955-1956: 278; PELLICER, 1962: 49 y 65; ídem, 1964: 402; ARRIBAS y ARTEAGA, 1975: 19; TEJERA, 1975: 203 s; idem, 1979: 44, 46, 60, 62, 72, 94 s, 133 s, 150, 158, 169 s, 180 s y 183.

(141) No obstante, cabe la posibilidad de que esta necrópolis púnica se extendiese también por parte de la zona hoy ocupada por el «intramuros» de la ciudad. Así, por ejemplo, en el convento de Capuchinos se descubrió hacia 1641 -al abrir los cimientos de los aljibes del claustro -un sillar con un hueco que contenía en su interior una lámina con una figura al parecer egíptizante (Cf. CONCEPCION, 1690: 642 s). Mucho después, en las excavaciones realizadas por la Fundación Bryant -en julio de 1968- en el jardín de la Residencia Psiquiátrica que existía entonces en el mencionado convento (v. «Diario de Cádiz», 16-julio-1968; FERNANDEZ-CHICARRO, 1969: 12 s), parece ser que se

localizaron cerámicas y máscaras púnicas a unos dos metros de profundidad (Cf. COLLANTES VIDAL, 1969: 26), si bien esta noticia no ha sido posible verificarla convenientemente debido a la ausencia de publicaciones científicas sobre dichos trabajos. Por otra parte, tal vez podría relacionarse todo esto con los hallazgos de «cuevas, pozos y otras antigüedades » verificados en el siglo XVII por esta parte del Vendaval o Campo del Sur, como consecuencia del desmonte del acantilado por la erosión oceánica (Cf. Actas Arch. Mun. 1684, lib. 46, fols. 12 y 28).

(142) La ejecución de dicho «plano III» ha sido posible gracias a las informaciones suministradas por los Sres. Rodicio Mera, Almerón Rodríguez, Ardila Sancha, Curiá Santos, García Martínez y Reina, a los cuales agradecemos vivamente su amable colaboración.

(143) Cf., por ejemplo: SCHULTEN, 1928: 211; ROMERO DE TORRES, 1934:121; FERNANDEZ-CHICARRO, 1962:67; GARCIA Y BELLIDO, 1963:91; MARTINEZ DEL CERRO, 1966:185; CHIC, e. p. (una versión ampliada de este trabajo ha visto la luz, recientemente, en el Boletín del Museo de Cádiz, 1-1978, Cádiz-1 980: 37 ss); VALLESPIN, 1977; «Diario de Cádiz», supl. 29-abril-1979.

(144) Cf. BLANCO DE TORRECILLAS, 1970; BLAZQUEZ, ed. 1975: 270 s y 283 ss; «Diario de Cádiz», 19 y 20-mayo-1981; «Revista de Arqueología», n, 10, agosto-1981: 57.

(145) En la actualidad, nos hallamos realizando el estudio de este segundo cepo de piedra, en vistas a su ulterior publicación. Por otra parte, pueden consultarse paralelos de ambos ejemplares en GIANFROTTA, 1977.

(146) Cf. REINA, 1971; idem, 1980.

(147) Cf. paralelos, por ejemplo, en: CARRAZE, 1974; BOON, 1977. Además, v. también «Cepos de ancla con relieves recuperados en el Mediterráneo Occidental» por Juan Bravo Pérez, Ceuta-1976.

(148) Según testimonio de Posidonio, recogido por Estrabón (111, 5, 9).

(149) Cf. POIDEBARD, 1939; idem et LAUFFRAY, 1951; FROST, 1964; idem, 1966; idem, 1969; idem, 1971; idem, 1973; HARDEN, ed. 1967: 145 y 151; LINDER, 1967; ISSERLIN, 1974; YORKE and LITFLE, 1975; YORKE et al., 1976; CINTAS, 1976: 139 ss.

(150) La posibilidad de un puerto interior en el mencionado canal ha sido defendida también, recientemente, en CORZO, 1980: 7 s.

(151) No entramos aquí -por exceder del tema tratado- en la controvertida cuestión del llamado «Portus Gaditanus», o zona portuaria de la costa del otro lado de la Bahía y que se ha pretendido identificar tanto en las inmediaciones del Puerto de Santa María y del Portal del Guadalete como en las proximidades de Puerto Real.

(152) Sobre la ubicación del antiguo Templo de Hércules en la hoy isla de Sancti Petri y sobre los hallazgos allí efectuados a lo largo del tiempo, Cf. SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 49 s; CONCEPCION, 1690: 42; Actas Arch. Mun. 1731, lib. 87, fols. 128 y 206 ss; PONZ, ed. 1972, XVIII: 25 y 48; O'CROULEY, ed. 1795 (citado en ANTON, 1965: 15); MATUTE, 1887: 225; VERA, 1887: 97 ss; HÜBNER, 1888: 222 y 248; idem, ed. 1971: 448 ss; « Diario de Cádiz », 17 de junio, 25 de agosto y 18-noviembre-1905; «Rev. Arch., Bibls. y Museos», XIII-1905: 147 s y 290; QUINTERO, 1906; «Bol. Coro. Prov. Munums. Hcos. y Arts. de Cádiz», 1ª ép., año III, nº 14: págs. 51 ss, y 2ª ép nº 111-1922: 79 s; SCHULTEN, und JESSEN, 1924: 38 ss; JESSEN, 1924: 54; «Diario de Cádiz», 3 y 6-julio-1926, y QUINTERO, 1926 a: 6 ss (sobre el hallazgo de la estatua de bronce de Rompetimones, realizado en dicho año de 1926 y no, como errónea y repetidamente se ha publicado, en 1925); SCHULTEN, 1925 a; idem, 1928: 211 ss; idem, 1940 a: 98 ss; idem, 1952: 278; ROMERO DE TORRES, 1934: 94 ss y 534 s; « Diario de Cádiz», 5-enero-1947; BLAZQUEZ, 1954; SERRA-RAFOLS, 1954; Picardo en HOROZCO, ed. 1956: V y VI; GROSSE, 1959:

234 ss; Schulten en GROSSE, 1959: 325 s; GARCIA Y BELLIDO, 1951: 104 ss; idem, 1963; idem, 1964; idem, 1964 a: 16 ss; CLAVIJO, 1961: 63 ss; «Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres», 1965: 181 ss; «Diario de Cádiz», 27-mayo-1965; BERCHEM, 1967; TOVAR, 1974: 46; VALLESPIN, 1977; PAULIAN, 1979: 119 s; «Diario de Cádiz», 19-diciembre-1969 (conferencia de García y Bellido sobre el tema), 10-noviembre-1974, supl. 2-mayo-1976, supl. 10-abril-1977; supl. 22-octubre-1978, supl. 8-junio-1980.

Por otro lado, acerca de la posterior cristianización del solar del antiguo templo de Hércules por medio de una ermita dedicada a San Pedro y que proporcionó su nombre actual a la isla, Cf. HOROZCO, ed. 1845: 275; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 49; CONCEPCION, 1690: 42; SCHULTEN, 1952: 278; idem, 1959: 374; SOLIS, 1956: 159; MALIA, 1972:36; MARTINEZ MONTAVEZ, 1974:82.

(153) Sobre el Castillo de Sancti Petri, Cf. CALDERON et al., 1978, 11: figs. 544 a 556.

(154) Las canteras de la isla de Sancti Petri -algunos de cuyos vestigios han sido erróneamente interpretados, en ocasiones, como restos de la calzada romana - proporcionaron piedra, por ejemplo, para la reconstrucción del Puente de Suazo. Acerca de estas canteras, Cf. HOROZCO, ed. 1956: 41; idem, ed. 1929: 200 s; idem, ed. 1845: 204; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 134; CONCEPCION, 1690: 319.

(155) Otra cuestión a la que hemos de referirnos aquí, obligadamente, es la del antiguo monumento que las fuentes árabes describen bajo la denominación del «ídolo» de Cádiz (Cf. MALIA, 1972: 13 ss; v. también «Nuevas figuras y temas gaditanos» por J. Egea, Cádiz-1979: 61 ss).

Dicho monumento ha sido confundido por algunos investigadores -como ya se denunció en GARCIA Y BELLIDO, 1951: 113, y en MALIA, 1972: 55- con el Herákleion (v. por ejemplo: «La España Musulmana» de

Sánchez-Albornoz, 11, ed. 1973: 261 s). También se ha pretendido identificar, equivocadamente, con el Krónion del Cádiz antiguo (Cf. SOLIS, 1956: 162). Pero, no obstante esto, la interpretación errónea más frecuente es la de creer que se trataba de un faro fenicio supuestamente emplazado en la punta de San Sebastián (Cf. HOROZCO, ed. 1956: 21 y 43; idem, ed. 1845: 32 y 193; Bol. R. Ac. Historia, XIII-1888: 279; FARIA, 1898:45; QUINTERO, 1928 b: 16; ROMERO DE TORRES, 1934: 44; FAJARDO, 1970: 7 s; idem y PEREZ, 1978: 19; JIMENEZ, 1971: 58; NAVAS, 1972).

En realidad, la construcción que nos ocupa parece tratarse, sencillamente, de un monumento romano consistente en una torre rematada por una estatua que se ha supuesto de Neptuno (Cf. MIGANZZINI, 1952: 215) o, lo que parece bastante más aceptable, de un emperador romano de época hadriánica o posterior (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1951: 113; MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 63). Este monumento debió jugar un importante papel -como punto de referencia costero - en la navegación antigua y medieval, hasta su destrucción por los árabes hacia el 1145 ó 1146 d.C. (Cf. MIGANZZINI, 1952: 215 ss; MALIA, 1972: 58 ss; MARTINEZ MONTAVEZ, 1974: 35 s y 52 ss). Recientemente, Juan Antonio Fierro acaba de realizar un detenido estudio sobre el monumento en cuestión y que ha titulado: «Puntualizaciones sobre el templo gaditano descrito por los autores árabes» (Cádiz, 1981; Dep. 1,egal CA-600-81, I.S.B.N. 84-300-5315-8).

En cuanto a la situación exacta de esta obra arquitectónica, era -según se desprende de las noticias del geógrafo árabe Al Hirnyarí- hacia el lugar hoy denominado Torregorda (como ya se indicaba en CASTRO, 1845: 11; MIGANZZINI, 1952:215; SOLIS, 1956:162). Dicha zona, en la que se han hallado también algunos restos arqueológicos (Cf. HOROZCO, ed. 1845: 195), era sede además, en la Edad Moderna, de la célebre Almadraba de Hércules y de otras dos renombradas torres (Cf. BRAUN , and HOGENBERG, ed. 1965; HOROZCO, ed. 1845: 195 ss; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 76 ss; CASTRO, 1857: 84 s; VERA, 1887:

98 s; ,ANTON Y OROZCO, 1976: 156; CALDERON et al., 1978, II: fig. 29, y apéndice: figs. 2 y 4).

(156) A este respecto, Cf. SCHULTEN, 1940: 14, 173 s y 321; idem, 137; GARCIA Y BELLIDO, 1964 a: 38 s; «Diario de Cádiz», 18-marzo-1980.

(157) Cf. por ejemplo: GARCIA Y BELLIDO, 1964 a: 31 ss; HERM, ed. 1976: 132 ss; MONTERO, 1981.

(158) Cf. SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 49 s; CONCEPCION, 1690: 42 y 591; QUINTERO, 1928 b: 15; PEMAN, 1959: 70; MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 185; COLLANTES VIDAL, 1969: 21; FAJARDO, 1970: 3 y 6; idem y PEREZ, 1978: 18; NAVAS, 1972.

(159) Cf., por ejemplo: ENRILE, 1843: 9 s; MADOZ, 1846: 159; CASTRO, 1858: 100 s; idem, 1859: 55; MADRAZO, 1884: 74; FARIA, 1898: 44 s. Además, sobre las canteras del área de la Caleta en la Edad Moderna v. nota 73.

(160) La posibilidad de que el Krónion se alzase donde actualmente se encuentra la Catedral Vieja, fue ya señalada por Hübner en 1910 (Cf. HÜBNER, ed. 1971: 448). El profesor García y Bellido, por su parte, se expresó también, repetidamente, en favor de la ubicación de este santuario hacia donde se halla la Catedral, si bien sin especificar si se refería a la Catedral Vieja o a la Catedral Nueva (Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1942: fig. 8; idem, ed. 1968: 189; idem, 1951: 81; idem, 1952: 392; idem, 1964 a: 37). En esta misma línea de situar dicho templo antiguo en el solar de la Catedral Vieja, se han pronunciado, recientemente: CORZO, 1980: 8; y RODRIGUEZ NEILA, 1980:107.

(161) De ser cierta la hipótesis, emitida por Schulten, de que Posidonio tomó la medida de la pleamar en la base del Krónion y no en la del Herákleion (Cf. SCHULTEN, 1952: 123 y 296 s), ello se podría interpretar como un nuevo argumento a favor de la ubicación del Krónion en la punta de San Sebastián, ya que la situación y características de este lugar son las ideales para una medición de ese tipo.

(162) A los restos de la base de dicho anterior faro -que funcionó hasta fines del siglo pasado- es frecuente que se les denomine, erróneamente, «faro fenicio» (Cf. FAJARDO y PEREZ, 1978: 21) o «base fenicia del antiguo faro» (Cf. JIMENEZ, 1971: nº. 9 de su plano final). Los sillares de notables dimensiones que forman las hiladas inferiores de esta arruinada construcción deben corresponder, en principio, a la torre allí existente en la Edad Moderna, si bien -y debido a su avanzado estado de deterioro- se ha llegado a suponer por algunos que dichos sillares podrían haber sido reutilizados de monumentos más antiguos (Cf. MARTINEZ DEL CERRO, 1966:185).

(163) La noticia del hallazgo del mencionado basamento puede verse en un artículo de «La Opinión de Cádiz» (24-abril-1887) en el cual se hace también referencia a la aparición -debajo de uno de los sillares del basamento monumental -de una moneda de las series gaditanas que parece atribuible al tercer período de este numerario (206-45 a.C.); lo cual no es raro, considerando la conocida pervivencia del Krónion aún en plena época romana. Posteriormente, estos descubrimientos serían descritos por Vera en Bol. R. Ac. Historia, XIII-1888: 278 s.

También es preciso tener en cuenta, por otra parte, que los sillares de los fundamentos del Castillo de San Sebastián fueron relacionados por R. Thouvenot con algunos restos de las ruinas de la antigua Lixus (Cf. THOUVENOT, 1934).

Otros hallazgos que pueden citarse en la zona del Castillo de San Sebastián son: una lápida sepulcral romana descubierta en 1670 (Cf. CONCEPCION, 1690: 117), otra lápida romana -el carácter de cuyo epígrafe se ignora- aparecida en una obra practicada en el segundo patio de la «avanzada» de dicho recinto militar y hoy perdida (noticia oral de D. Juan Fajardo), y los restos de cerámica romana documentados al efectuar en 1980 una cimentación por el mismo sitio en que se había hallado la última lápida citada. En los últimos años, además, hemos podido constatar, personalmente, la existencia de fragmentos de ánforas romanas en el primer

patio de la «avanzada» del Castillo, tanto con motivo de la apertura de algunas zanjas artificiales como por los derrumbes ocasionados por la violenta acción de los temporales del tercer cuadrante.

Por último, hay que insistir en la necesidad de tener en cuenta, al interpretar los restos descubiertos en la dicha «avanzada», que en dicho lugar existió un «antiguo cementerio» -de la Edad Moderna y comienzos de la Contemporánea, posiblemente (Cf. CALDERON et al., 1978, 11: fig. 436)- al que deben pertenecer algunos vestigios allí aparecidos (Cf. FAJARDO, 1970: 4). En el segundo patio de esta «avanzada», en fin, se conserva también aún un aljibe de notables proporciones (Cf. FAJARDO, 1970: 4).

(164) Sobre el capitel de Cádiz, Cf. «Diario de Cádiz», 19-diciembre- 1958; PEMAN, 1959; BLANCO, 1960: 157 ss; «Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts», 78-1963:160; FERNANDEZ-CHICARRO, 1964: 110; MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 27 y 185; PEMAN, 1969: 238; TOVAR, 1974: 43; BLANCO DE TORRECILLAS, 1970: 50; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 15-agosto-1977; BLAZQUEZ, ed. 1975: 167 s y 285; idem et al., 1980: 295 y 385; BLANCO y VALIENTE, 1980: 52.

(165) Acerca del Krónion de Cádiz, Cf. también: TOVAR, 1974: 42; 11LECH, 1978: 247 y 250.

(166) Sobre esta cuestión, Cf. por ejemplo: HÜBNER, ed. 1971: 448; ISONSOR, 1921: 58 y 66.

(167) Así, por ejemplo, se pretendió situar este templo en Torregorda (Cf. MOLINA, 1922 a: 95), en la Isla de León (Cf. QUINTERO, 1928 b: 15) y hasta en la playa de La Barrosa, que se halla próxima a la isla de Sancti Petri (Cf. GAVALA, 1959 a: 99).

(168) Cf. SCHULTEN, 1928 a: 373 ss; idem, 1930; idem, 1940: 5 s; idem, ed. 1945: 113 y 217; idem, ed. 1955: 119; idem, 1959: 323 y 372. Este punto de vista se ha seguido también en PEMAN, 1941: 72; idem, 1959: 69; BOSCH-

GIMPERA, 1952: 19; MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 185; JIMENEZ, 1971: 82.

(169) Recientemente, hemos identificado -merced a la fotografía que se publicó en SCHULTEN, 1928: 208- la gruta que el profesor germano pretendía era la descrita en la «Ora Maritima» como perteneciente al templo de la Venus marina. Sobre esta cueva, que se encuentra situada al sur de la «avanzada» del Castillo de San Sebastián, hemos de señalar -en honor a la verdad- que parece simplemente el resultado de la erosión marina y que no presenta huellas tangibles de una supuesta utilización antrópica en la Antigüedad.

(170) A pesar de las reservas del profesor García y Bellido (v. nota 80), no debe extrañar que la «antigua Erytheia» o «Aphrodisias» fuese denominada también «Insula lunonis», ya que, si bien es cierto que la Astarté fenicia se asimiló a Afrodita-Venus, también lo es que su continuadora púnica Tanit fue asimilada a Hera-Juno.

(171) Cf. CAMBIASO, 1830:150; CLEMENTE, 1846:29; GARCIA Y BELLIDO, 1963: 146; RODRIGUEZ NEILA, 1980:107 s.

(172) En opinión de algunos investigadores, a este anfiteatro haría referencia la célebre cita de Cicerón (Ad Fani. X, 32, 2) en que se indicaba que -ya en el año 43 a.C.- las catorce primeras filas de un gran monumento público de Gades se hallaban reservadas a los caballeros (por ejemplo, Cf. JIMENEZ, 1971: 95). Otros especialistas, en cambio, creen que la mencionada noticia debe ponerse en relación con el teatro romano de Gades (v. nota 188).

(173) Este monumento romano ha sido denominado «teatro», por error, en: HOROZCO, ed. 1845: 78; CASTRO, 1845: 23; MADDOZ, 1846: 197; ROMERO DE TORRES, 1934: 117 s (este último autor confunde también el anfiteatro en cuestión con el teatro que Balbo el Mayor levantó en la ciudad de Roma; sobre esta cuestión v. además nota 187). Todas estas equivocaciones han trascendido a la bibliografía posterior y

han creado una gran confusión que, de todas formas, esperamos quede ya definitivamente aclarada.

(174) En relación con la desaparición de los restos del antiguo anfiteatro es preciso tener en cuenta no sólo que sus materiales se emplearon en el siglo XV por el marqués de Cádiz en su reforma del Castillo de la Villa (lo que, aparte de los testimonios ya citados, fue comentado con anterioridad en MEDINA, 1548: fol. 42 v) sino también que -como ya se indicó al hablar de la Huerta del Hoyo (v. cap. V)- su depresión central fue rellenada en la misma Edad Moderna, alterándose totalmente el aspecto topográfico de la zona. Pero, a pesar de todo esto, no cabe duda alguna sobre la ubicación del anfiteatro -y, por tanto, de la posterior Huerta del Hoyo- hacia la actual entrada al núcleo intramural, concretamente hacia donde hoy se levantan las primeras casas del barrio de Santa María. Esta situación se infiere tanto de las descripciones suministradas por la historiografía de la Edad Moderna como de dos planos en que, al parecer, se representó la peculiar estructura de la Huerta del Hoyo a fines del siglo XVI y en la primera mitad del XVII (Cf. FERNANDEZ CANO, 1973: figs. 8 y 9). En dichos planos se aprecia, en efecto, que -como se indicaba en las descripciones, más o menos contemporáneas, ya reproducidas- la huella de la planta del antiguo anfiteatro se encontraba situada entre los cuarteles levantados en tiempos del célebre obispo Antonio Zapata y el Matadero primitivo. (Sobre los cuarteles en cuestión, Cf. FERNANDEZ CANO, 1973: 203; CALDERON et al., 1978, 1: 124).

(175) Concretamente, en un plano de la bahía de Cádiz realizado en 1564 por Jorge Hoefriagel se indicaba -hacia la zona de la Caleta- que: "Hic olim fuisse urbem, indicant ruinae ingentes" (c£ CALDERON et al., 1978, 11: fig. 29). Y Jorge Bruin, por su parte, escribía también por Aquel entonces: «*Cuius quidem rei haud obscura nunc conspiciuntur vestigia, iuxta B. Catharinae sacellum: Decrescente etenim mari rudera, collapsae fundamentorum ruinae, confracti columnarum scapi, ingentium aedificiorum fundamenta arena obvoluta apparent. Quin etiam urinatores*

fatentur se frequenter ingentes portarum postes, vectes, atque cancellos vidiſſe, quibus Inter piscandum retia iniplicata haerere piscatores queruntur. Unde prisca civitatis amplitudo evidenter apparet». (BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965).

(176) Cf. CASTRO, 1845: 23; MADDOZ, 1846: 197; HÜBNER, ed. 1971: 458; ROMERO DE TORRES, 1934:118.

(177) Cf. ENRILE, 1843: 11; CASTRO, 1857: 75 (aquí existe, además, un error en las medidas suministradas, ya que se indican 450 por 150 pies en vez de las 450 por 150 varas de que se hablaba en HOROZCO, ed. 1845: 67); JIMENEZ, 1971: 94; TOVAR, 1974: 43; BLANCO s CORZO, 1976: 147; CORZO, 1980: 8.

(178) Cf. CASTRO, 1858: 99 ss; FIERRO, 1979: 32.

(179) Juan Bautista Suárez de Salazar situaba las ruinas en cuestión entre la ermita de Santa Catalina (v. nota 180) y la casa llamada «de Folugo», añadiendo que ambos edificios eran los términos que delimitaban dicha obra monumental de la Antigüedad (Cf. SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 133). El emplazamiento exacto de la mencionada casa de Folugo -que no de Fulgocio, como erróneamente se escribe en ENRILE, 1843: 11- se ignora, si bien puede que ésta fuese la construcción maciza que, en la vista de la ciudad en 1564 que realizó Floeffiagel (v. Lám. II), aparece representada entre las ermitas de Santa Catalina y San Sebastián (puesto que, en efecto, entre el citado edificio y la ermita de Santa Catalina parecen hallarse comprendidas -como aseguraba Suárez de Salazar- las monumentales ruinas). Por último, no estará de más recordar que, como es sabido, la actual calle de Arbolí llevó también, en tiempos, el nombre de “calle de Folugo”.

(180) Esta ubicación de la ermita de Santa Catalina -inmediata a la ensenada a la que proporcionaría el nombre de «Caleta de Santa Catalina», hoy «La Caleta» por antonomasia- se aprecia ya en la valiosa vista de Cádiz en 1564 dibujada por Hoefnagel (v. Lám. II). La posterior

permanencia de dicha ermita en el mismo lugar, en el siglo XVII, puede constatarse en sendos planos de la ciudad en 1609 (Cf. FERNANDEZ CANO, 1973: fig. 17) y en 1696 (Cf. Actas Arch. Mun. 1696, lib. 52, fol. 421).

(181) Este «lapsus» se debe, según parece, al ilustre investigador Hübner, el cual caía en él en 1910 (Cf. HÜBNER, ed. 1971: 458). Posteriormente, esta errónea interpretación ha sido aceptada en: TOVAR, 1974: 43; BLANCO y CORZO, 1976: 147; CORZO, 1980: 8.

(182) Acerca de la «cortadura» efectuada junto a la ermita de Santa Catalina, Cf. FERNANDEZ CANO, 1973: 46, 49 s y fig. 17.

(183) Así, por ejemplo, Adolfo de Castro expresó su convencimiento de que el Castillo de Santa Catalina -erigido en las postrimerías del siglo XVI- se construyó con los materiales del monumento romano en cuestión (Cf. CASTRO, 1845: 59). Por otro lado, hemos de reseñar, además, que los mismos cimientos y paredones de la ingente obra de fábrica debieron también servir de asiento y apoyo a edificaciones modestas construidas por arrimo (como parece observarse ya en la vista de Cádiz en 1564 por Floefriagel, especialmente en su versión coloreada de la edición original).

(184) Posteriormente, durante los siglos XIX y XX, se ha afirmado repetidamente que aún se conservaban indicios de dicha obra arquitectónica, si bien ello parece deberse a una errónea interpretación tanto de los restos de las canteras de la Edad Moderna como de la propia forma natural del canal central de la Caleta.

(185) Las primeras noticias referentes a este hallazgo pueden consultarse en: «Diario de Cádiz», 25, 26 y 31 -octubre-1980; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 27-octubre-1980; «El País», 2noviembre-1980; «Revista de Arqueología», núm. 3, enero-1981: 52.

(186) Ya Agustín de Horozco señalaba en 1598 que el Castillo de la Villa se hallaba «*asentado sobre unos antiquisísimos i muy fuertes cimientos*» (HOROZCO, ed. 1845:

109), si bien esta noticia fue relacionada por Algunos estudiosos con la posible existencia de una anterior alcazaba árabe (así, por ejemplo, julio Guillén en «Diario de Cádiz», 4-septiembre-1938; GUILLEN, 1967: 9; ANTON y OROZCO, 1976: 145). Por otra parte, en época bastante posterior, se localizaron grandes sillares y cimentaciones profundas en un desmante que se efectuó en la zona de las calles Silencio y Bajada de Escribanos, siendo todos estos vestigios atribuidos al antiguo Castillo de la Pólvora o de la Villa (Cf. SMITH, 1913: 340). En la misma zona -en la plazuela central de la Bajada de Escribanos, en concreto- se realizó en agosto de 1960, bajo la dirección del profesor Carriazo, un corte estratigráfico que, lamentablemente, fue Abandonado en el nivel supuestamente altomedieval (noticias sobre estos trabajos se dieron en «Diario de Cádiz», 31-agosto-1960; y en FERNANDEZ-CHICARRO, 1962: 67. Estas referencias nos han sido confirmadas, amablemente, por D. Juan de Mata Carriazo en carta fechada en Sevilla a 25 de junio de 1980). Además de esto, existen algunos datos indicativos de hipotéticos vestigios romanos en zonas más o menos próximas a las indicadas, concretamente hacia la actual plaza Fray Félix o de la Catedral Vieja (Cf. HOROZCO, ed. 1929: 127) y en el ángulo sudeste de la plaza de Pío XII o de la Catedral Nueva, cerca del llamado Arco de la Rosa (Cf. VERA, 1887: 121; SMITH, 1913: 89 s).

Por último, es preciso indicar que la existencia de la ahora identificada como galería anular del teatro romano era conocida desde siempre en el ámbito local, si bien se ignoraba su exacta naturaleza. En efecto, dicha galería aparece citada en algunas descripciones de los subterráneos que minan el subsuelo del barrio del Pópulo, los cuales, por cierto, en unas misiones han sido clasificados como «obra de los romanos» y en otras como pertenecientes al Castillo de la Villa (sobre dichos subterráneos, Cf. Actas Arch. Mun. 1768, lib. 124, fol. 266 v; ENRILE, 1843: 36 ss; VERA, 1887: 117 ss; «Guía ilustrada del turista en Cádiz. 1906», pág. 73; SMITH, 1913: 90; « La Información del Lunes », 4enero-1960; MARTINEZ DEL CERRO, 1966: 152; GUILLEN, 1967: 8

y 10; JIMENEZ, 1971: 95; «Diario de Cádiz», 21-septiembre-1972). Los mencionados subterráneos del Pópulo no deben confundirse con las galerías del alcantarillado intrarmural del siglo XVIII, de las cuales existen abundantes representaciones gráficas, en planta y perfil, entre los planos del Archivo Municipal de Cádiz (amén de la indicación completa de la red que se halla dibujada en un plano a escala 1/4.000 -hoy propiedad de D. José Pettenghi Estrada- y que se realizó con ocasión de un reconocimiento practicado el 22 de enero de 1869). Tampoco deben confundirse los susodichos subterráneos del Pópulo con las comúnmente denominadas "Cuevas de María Moco», que son, en realidad, las «contra-minas» de defensa de la fortificación de tipo Vauban de la Puerta de Tierra (Cf. SALA, 1743: 69 ss; FERNANDEZ CANO, 1973: 126 ss; «Diario de Cádiz», supl. 5marzo-1978; PETTENGHI, 1980; idem, 1981: 48 s).

(187) Este confusionismo puede constatarse, por ejemplo, en ROMERO DE TORRES, 1934: 117 s; y en JIMENEZ, 1971: 95. Sobre el teatro edificado por Balbo el Mayor en Roma, y citado por Plinio el Viejo en el libro XXXVI de su Historia Natural, Cf. por ejemplo RODRIGUEZ MOHEDANO, 1772:107 ss y 143.

(188) Varios autores relacionan con dicho teatro la noticia de Cicerón (Ad Fam. X, 32, 2) referente a que, ya en el año 43 a.C., las catorce primeras filas de un gran edificio gaditano de espectáculos se hallaban reservadas a los caballeros (Cf. SCHULTEN, 1940: 173; GARCIA Y BELLIDO, 1951: 95; RODRIGUEZ NEILA, 1973: 268). Otros estudiosos, en cambio, creen que esta información debe relacionarse, más bien, con el anfiteatro de Gades (v. nota 172).

(189) Que las ruinas del teatro se hallaban ya ocultas en la Edad Moderna parece atestiguarlo, convincentemente, la ausencia de descripciones de tal monumento en la historiografía de dicha época. También se explica satisfactoriamente, así, que el Marqués de Cádiz se viese precisado a utilizar como cantera los restos del anfiteatro de

la Huerta del Hoyo -bastante más alejados, por cierto- cuando «renovó y acrecentó» el Castillo de la Villa, a fines del siglo XV (Cf. HOROZCO, ed. 1845: 78).

(190) Para las más antiguas referencias griegas a las salazones púnicas de Cádiz, Cf. SCHULTEN, 1925: 42 y 46 s. Sobre la problemática general de las antiguas industrias de salazón del sur de la Península, Cf. GARCIA Y BELLIDO, 1942 a; idem, ed. 1968: 129 y 131; idem, 1967: 158 ss; PONSICH et TARRADELL, 1965: 85 SS; JIMENEZ, 1971: 168 s; MORENO y ABAD, 1971: 209 ss; PONSICH, 1976; BLAZQUEZ et al., 1978: 233 ss y 389 ss; idem, et al., 1980: 412 ss. Acerca de la antigüedad de la explotación de las salinas gaditanas, en vistas a la utilización de su sal en las industrias que estudiamos, Cf. además HÜBNER, 1888: 223; «El Debate», supl. 2-diciembre-1934; Revista Geográfica Española n'. 13, Madrid-1943; JAUREGUI, 1954: 279; LEVI-PROVENÇAL, ed. 1973: 175; JIMENEZ, 1971: 169; ALONSO, 1980: 168; BLAZQUEZ et al., 1980: 415.

(191) Cf. HOROZCO, ed. 1845: 170; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 75.

(192) Para la ubicación del primitivo baluarte de San Felipe, Cf. FERNANDEZ CANO, 1973: fig. 17.

(193) Sobre dichos restos, Cf. HOROZCO, ed. 1845: 67; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 127 s; VERA, 1887: 104; MAIZTINEZ DEL CERRO, 1966: 35 y 185.

(194) En relación con este hallazgo, v. «Hoja del Lunes» de Cádiz, 18 de febrero-1980; CORZO, 1980: 7.

(195) Los mencionados restos, recogidos por D. José Antonio Ruiz Gito, consistían en fragmentos de ánforas romanas, anzuelos, vértebras de peces y monedas romanas alto imperiales.

(196) Otros descubrimientos que fueron realizados en las proximidad de los recién descritos, pero cuyo carácter no está del todo claro, son: las doce hemidracmas púnicas, de hacia 237-206 a.C., aparecidas en 1916 entre los restos de

una caja de hierro al pie del Castillo de Salita Catalina (Cf. QUINTERO, 1917 a: 108 s); y algunos fragmentos de ánforas romanas y de piezas de bronce hallados -a fines de la década de 1900, según amable noticia de D. Juan Ortega- en unas obras efectuadas en el Hospital de Mora (edificio éste, por cierto, en el que, con ocasión de procederse a su cimentación, a comienzos de siglo, se había ya descubierto una moneda romana de hacia el 317 d.C.; Cf. RIAÑO, 1902: 475 s).

(197) Este hallazgo verificado en el subsuelo de Galerías Preciados, y que fue comunicado también por el Sr. Accame al Prof. Pernáli, parece ser el mismo descrito en PEMAN, 1969 a: 22. No obstante, en la mencionada publicación son considerados dichos vestigios -debido, posiblemente, a equívocos producidos en la transmisión oral de la noticia- como de carácter funerario y como procedentes de una cimentación colindante con la Central de Teléfonos de la calle Ancha. De todo ello, en última instancia, se originó el bienintencionado intento de relacionar estos restos con la ya citada figurita de Path localizada en 1928 en la construcción de dicha Central de Teléfonos.

(198) Este acueducto vendría a solucionar el importante problema existente desde época prerromana- del abastecimiento de agua potable a la población. Su construcción debió efectuarse, probablemente, en el siglo I a.C. (Cf. RODRIGUEZ NEILA, 1973: 271) y sus ruinas fueron ya citadas por los autores árabes (Cf. MALIA, 1972: 28, 31, 47 y MARTINEZ MONTAVEZ, 1974:48 ss) y en MEDINA, 1548. En efecto y según noticias de Posidonio recogidas en la «Geographiká» de Estrabón, existían dos pozos de agua en el Herákleion y sólo uno en la ciudad fenicio-púnica (v. Estrabón, 111, 5, 7). Por otro lado, sabemos también que, ya en época de Estrabón, había en la ciudad romana y sus alrededores varios pozos, si bien -debido a la escasez y mala calidad de su agua- se prefería la de los aljibes o cisternas pluviales (v. Estrabón, 111, 5, 7).

En cuanto a la identificación material de los posibles pozos de agua potable del Cádiz primitivo, la cuestión dista bastante de estar satisfactoriamente resuelta. Así, por ejemplo, una equivocada indicación del maestro Hübner, realizada en 1910 (Cf. HÜBNER, ed. 1971: 450) y relacionada con la supuesta existencia de una antiquísima fuente en el área de la llamada Catedral Vieja o templo parroquial de Santa Cruz, ha sido aceptada sin objeciones por buena parte de la historiografía ulterior (por ejemplo, Cf. JESSEN, 1924: 66; SCHULTEN, ed. 1945: 63; idem, 1952: 276 y 288; idem, 1959: 371 s; idem, 1963: 113; JIMENEZ, 1971: 95). Dicho error fue ya detectado -y sucintamente denunciado- por César Pemán (en GARCIA Y BELLIDO, 1963: 109). En efecto, en la plaza de Fray Félix -al pie de la Catedral Vieja- no existe ni fuente ni pozo antiguo alguno, sino sólo un aljibe doble cuya construcción data de fines del primer cuarto del siglo pasado (al respecto, v. Boletín Oficial de la Provincia de Cádiz, 8-agosto-1846: pág. 3; Arch. Mun., caja 2, exped. N.º. 58 de «Gobernación», año 1861; «ABC» de Sevilla, 10-julio-1964: pág. 29). Con este aljibe de dos cajas se tropezó, al parecer, en unas excavaciones arqueológicas efectuadas hace poco en dicha plaza y que no debieron ser planificadas con un conocimiento muy exhaustivo de los antecedentes del lugar.

El Prof. Pemán, por otra parte, se ha mostrado partidario (Cf. PEMAN, 1941: 67) de que uno de los pozos que se han debido explotar desde la Antigüedad sea el famoso «pozo de la Jara» (sobre este pozo pueden consultarse: CALDERON et al., 1978, 11: fig. 30; vista de Cádiz en 1564 por Hoefnagel, punto 8, en BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965; FERNANDEZ CANO, 1973: figs. 9 y 17; HOROZCO, ed. 1929: 137; idem, ed. 1845: 171 s; varias referencias en Actas Capitulares del siglo XVII recopiladas en CASTRO, 1857: 20 ss; Actas Arch. Mun. 1731, lib. 87, fol. 312 v; ENRILE, 1843: 50 s; CASTRO, 1859: 74 s; VERA, 1887: 102 ss; «Hoja del Lunes» de Cádiz, 1-enero-1973).

Otros pozos de los que no se conoce la exacta antigüedad a la que remonta su utilización son: el de la calle del Pozo (v. Actas Arch. Mun. 1645, lib. 23, fol. 375 v; Cf. además SMITH,

1913: 273 s), otro que había en Campo Santo (v. Arch. Mun., leg. 312, exped. N.º. 7, fols. 87 v y 90, año 1691) y los del convento de San Francisco (Cf. CRUZ, 1813: 194 ss). Por otro lado, es preciso aclarar que el sistema de abastecimiento de agua por medio de aljibes o cisternas pluviales ha sido empleado durante todas las épocas, tomando especial desarrollo su utilización desde mediados del siglo XVII hasta bien avanzado el XX (Cf. CASTRO, 1859: 75; sobre dichos aljibes pueden consultarse también diversas referencias en Actas Capitulares -sistematizadas en GUILLEN, 1941: 742 ss- y los expedientes y demás documentación de la caja n.º. 2 del Arch. Mun.). Por último, hemos de recordar que los problemas existentes para abastecer de agua a Cádiz provocaron incluso, a fines del siglo XVIII, un intento de reutilización del antiguo acueducto romano (sobre dicho particular, v. Actas Capitulares recopiladas en GUILLEN, 1941: 744; además, Cf. CRUZ, 1813: 306 s).

(199) Sobre dichos restos -que ya fueron descritos claramente en MEDINA, 1548- Cf. también PEMAN, 1948: 266 ss; García y Bellido en Arch. Esp. Arqueol., vol. 44, 1971: 137 ss; Fernández Casade, en Arch. Esp. Arqueol., vol. XXII, 1949: 328; idem, en «*Acueductos romanos en España*», Madrid-1972. Por otro lado, y en relación con la reciente y polémica colocación de una buena parte de estos vestigios en los gaditanos jardines de Blas Infante, v. «Diario de Cádiz», 15 y 29-julio-1981, supl. 21-marzo-1982; 5, 11 y 31-julio-1982.

(200) Sobre este hallazgo, v. «Diario de Cádiz», 29 de octubre y 1-noviembre-1928; QUINTERO, 1929:9.

(201) Acerca de los restos de la calzada aún visibles junto a la actual carretera de San Fernando, entre el Castillo de Cortadura y Torregorda, Cf. SCHULTEN, 1928: 213; PEMAN, ed. 1942: 41; idem, 1941: 34; idem, 1948: 262 ss; GARCIA Y BELLIDO, 1963: figs. 4 a 7. Sobre el trazado de todo el primer tramo de esta vía romana, Cf. SILLIERES, 1976: 56 s y 61; CORZO, 1980: 11 ss.

(202) Sobre el dicho «arrecife antiguo», Cf. CALDERON et al., 1978, figs. 484, 485, 488 y 490.

(203) Sobre este particular, v. también CONCEPCION, 1690: 323.

(204) Al respecto, Cf. BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965; HOIROZCO, ed. 1929: 124 ss; idem, ed. 1845: 183 ss; SUAREZ DE SALAZAR, 1610: 253 s y 282 s; CONCEPCION, 1690: 101 y 103.

(205) Cf. PONZ, ed. 1972, XVIII: 31; CRUZ, 1813: 155 s; C.E.M.M.J.D., 1824, cuad. 111: 39 s; ENRILE, 1843: 138; CASTRO, 1857: 83 s; VERA, 1887: 119; «Diario de Cádiz», 9-febrero-1887.

(206) Otros hallazgos de interés verificados en la ciudad de Cádiz – pero que escapan ya del límite cronológico fijado para este estudio—son los siguientes:

Lápida funeraria del siglo VI d.C. localizada, a fines del siglo pasado, en la Punta de la Vaca (v. Bol. R. Ac. de la Historia, XVIII-1891: 461 s).

Cuenta de camándula árabe (?) aparecida en los cimientos de una casa de la antigua calle del Jardinillo, actualmente c/ Cervantes (Cf. CASTRO, 1959: 60).

Diversos restos de cerámica (árabe ?) y 165 cuentas óseas piriformes de collar -dieciocho de ellas decoradas con circuitos incisos- que hoy se custodian en el Museo Histórico Municipal de Cádiz. Estos materiales fueron descubiertos en las exploraciones realizadas, hacia 1937 y 1938, por el Monturrio y casa contigua a la Contaduría Eclesiástica, en el barrio del Pópulo (v. «Diario de Cádiz», 27 de agosto y 4-septiembre-1938; Cf. también PEMAN, ed. 1942: 8 s; GUILLEN, 1967: S).

Un par de típicas lucernas hispano-árabes que conserva, en la actualidad, D. Manuel Accame de Campos. Una de ellas se halló en la cimentación del colegio de San Martín, junto al Arco de la Rosa, y la otra también en el barrio del Pópulo, posiblemente en la denominada Bajada de Escribanos.

Vestigios cerámicos alto medievales documentados en el sondeo estratigráfico efectuado por el Prof. Carriazo, en el verano de 1960, en la plazuela de la Bajada de Escribanos (v. nota 186).

Sepultura con ajuares descubiertas en el barrio del Pópulo y que fueron clasificadas como «bereberes» (Cf. GUILLEN, 1967: 8).

Algunas monedas de la época de los Reyes Católicos y varios restos cerámicos encontrados -por D. Carlos Fernández Llebrez Butler- en la cimentación de la casa nº. 11 de la c/ José del Toro. Dichos materiales fueron depositados por su hallador en el Museo Arqueológico de Cádiz.

(207) Esta referencia ha sido posible obtenerla gracias a D. Luis Benítez Carrasco, que amablemente nos facilitó una copia que posee del manuscrito original de su desaparecido amigo.

(208) Como es sabido, las posteriores fuentes clásicas coinciden en afirmar que la llegada a nuestras costas de los más primitivos colonizadores fenicios debió producirse en los últimos años del siglo XII a.C. (v. nota I). Pero, no obstante ello, los materiales fenicios más antiguos conocidos de Cádiz pertenecen con seguridad -salvo algún especialísimo ejemplar de discutida cronología- a un momento ya avanzado de la primera mitad del primer milenio a.C. De todas formas, y a pesar de lo dicho, no hay que perder de vista, por un lado, la casi imposibilidad de que algún día se descubran restos de los contactos primigenios -debido al carácter esporádico de dichos contactos y a la consiguiente ausencia de un establecimiento consolidado- y, por otra parte, el hecho de que aún no han podido estudiarse vestigios «in situ» del ulterior asentamiento fenicio estable (por lo que la cronología de sus niveles basales sigue constituyendo un completo enigma).

(209) En el dicho siglo VII a.C. es posible, por otra parte, que se produjese en Gadir un cierto auge económico propiciado por la supuesta intensificación del tráfico comercial con las

metrópolis orientales que, para esa época precisamente, propugna el Prof. Culican (Cf. CULICAN, 1970).

(210) Sobre el carácter del amurallamiento de la Gadir fenicia, Cf. 13LANCO y VALIENTE, 1980: 50 ss.

(211) El Prof. Pemán se ha mostrado partidario siempre de reducir el «Arx Gerontis» a Cádiz, considerándolo como una fortaleza indígena prefenicia que podría corresponder también a la fortificación gaditana en cuyo supuesto asedio -y según noticias de Atheneo y Vitrubio- se habría inventado el ariete (Cf. PEMAN, 1931: 113 y 117; idem, 1941: 51 s y 90; idem, 1941 a: 460; idem, 1943: 150 s; idem, 1954: 29 ss, 41 y 44 ss; idem, 1969: 240). Esta reducción del «Arx Gerontis» al área de la actual ciudad de Cádiz ha sido aceptada, posteriormente, en GARCIA Y 13ELLIDO, 1942: 100; idem, 1951: 86 ss; idem, 1952: 332 y 390; JIMEN EZ, 1971: 16 y 31; RODRIGUEZ NEILA, 1973: 22; BLAZQUEZ et al., 1980: 314; CORZO, 1980: 7.

(212) La posición más alejada del circo romano -junto a la actual Caleta se justifica, posiblemente, tanto por la dificultad de localización de un solar adecuado para albergar un edificio de tales proporciones, como también, quizás, por lo ventajoso de dicha ubicación de cara a la esporádica celebración simultánea de «naumaquias» -combates navales simulados- en el inmediato canal central de la Caleta.

BIBLIOGRAFIA

ABREU, ed. 1866: «Descripción de la antigua isla y ciudad de Cádiz» (c. 1596-1597). En «Historia del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596». Excmo. Ayuntamiento de Cádiz (11-31).

ACEDO DEL OLMO et al., 1770: «Descripción de la nueva iglesia cathedral de Cádiz, y estado de su fábrica hasta el día presente». Imprenta de D. Francisco Rioja. Cádiz.

AGUIRRE et al., 1973: «Nuevos fósiles de elefantes en Andalucía». Estudios Geológicos, XXIX. Madrid (295-306).

ALMAGRO, 1979: «Los orígenes de la Toréutica Ibérica». Trabajos de Prehistoria, 36. Madrid (173-211).

- 1979 a: «Über einen Typus iberischer Bronze-Exvotos orientalischen Ursprungs». Madrider Mitteilungen, 20. Heidelberg (133-183).

ALONSO, 1980: «Tartessos. Ocaso de un día y una noche». Asociación Independiente. Madrid.

ALONSO DE LA SIERRA, 1980: «Urbanismo gaditano». Cuaderno de Cultura, 19. Madrid (42).

ALONSO RODRIGUEZ, ed. 1954: «Geología de la provincia de Cádiz». Bol. R.S.E. Historia Nat., tomo L (1952). Madrid (221-261).

ANTON, 1965: «El anticuario gaditano Pedro Alonso O'Crouley». Archivo Hispalense, 2ª ép., nº. 136. Sevilla.

- 1973: «Vida y obra del historiador y almejarife gaditano Agustín de Horozco». Archivo Hispalense, núms. 171-173. Sevilla.
- 1975: «La Catedral de Cádiz. Estudio Histórico y Artístico de su Arquitectura». Cát. Mun. Cult. «Adolfo de Castro». Cádiz.
- 1976: «Catálogo de Planos, Mapas y Dibujos del Archivo Catedralicio de Cádiz». Cát. Mun. Cult. «Adolfo de Castro». Cádiz.
- y OROZCO, 1976: «Historia medieval de Cádiz y su provincia a través de sus castillos». Inst. Est. Gad. Cádiz.

ARIAS y CASTILLO, 1978: «Estudio sobre metodología demográfica. El caso de una ciudad andaluza en época romana». Actas I Cong. Hª. Andalucía (diciembre, 1976): «Fuentes y metodología. Andalucía en la Antigüedad». Córdoba (193-201).

ARRIBAS y ARTEAGA, 1975: «El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)». Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada (serie monográfica, nº. 2).

ARRIBAS y WILKINS, 1971: «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)». Univ. Granada.

ARTIÑANO, 1925: «Catálogo de la exposición de orfebrería civil española». Soc. Esp. de Amigos del Arte. Madrid.

AUTRAN, 1898: «Monografía de Chiclana de la Frontera». Tip. de Cabello y Lozón. Cádiz.

BADIAN, 1954: «The Prefect at Gadés». Classical Philology, XLIX. Chicago (250 ss).

BALIL, 1955-1956: «Una inscripción gaditana inédita en el Museo Prehistórico de Santander». Ampurias, XVII-XVIII. Barcelona (276-278).

BELTRAMI, 1969: «Numismática de Gades». Sep. de «Cádiz romana». Aula Militar de Cultura. Cádiz.

BELTRAN, 1948: «Topografía de Carthago-Nova». Arch. Esp. Arqueol., nº. 72. Madrid (191-224).

- 1952: «Sobre Cádiz y los Balbos». Arch. Esp. Arqueol., vol. XXV. Madrid (143-145).

BELTRAN LLORIS, 1978: «Cerámica romana: tipología y clasificación». Libros Pórtico. Zaragoza.

BENGOECHEA, 1980: «Jerónimo de la Concepción, historiador de Cádiz». Industrias Gráficas Gaditanas, S.A. Cádiz.

BENOT, 1885: «Memoria sobre la limpia de la bahía de Cádiz y con más especialidad del Caño del Arsenal». Imp. Rev. Médica. Cádiz.

BERCHEM, 1967: «Sanctuaires d'Hercule-Melqart. Contribution á l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée. I. Gades. II. Thasos». Syria, XLIV.

BLANCO, 1960: «Notas de Arqueología andaluza». Zephyrus, XI. Universidad de Salamanca (151-163).

- 1981: «Fenicios de Sidón. A propósito del nuevo sarcófago de Cádiz». Historia 16, nº. 59. Madrid (122-128).

- y CORZO, 1976: «El urbanismo romano de la Bética». Symposium de Ciudades Augusteas (5-9, octubre-1976). Tomo 1. Zaragoza (137-162).

- y VALIENTE, 1980: «La España Antigua. De Altamira a Sagunto». En «Historia de España». Tomo 1. Historia 16. Madrid.

BLANCO DE TORRECILLAS, 1942: «Museo Arqueológico de Cádiz». En «Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales. 1941 (Extractos)». Dirección Gral. BB. AA. Madrid (56-58).

- 1943: «Museo Arqueológico de Cádiz». En «Memorias... 1942 (Extractos) ». Dirección Gral. BB. AA. Madrid (104-107). 1943 a: «El Museo Arqueológico de Cádiz». Revista Geográfica Española, 13. Madrid.

- 1959: «El tesoro del Cortijo de Evora (Sanlúcar de Barrameda)». Arch. Esp. Arqueol., vol. XXXII. Madrid (50-57).

- 1970: «Nuevas piezas fenicias del Museo Arqueológico de Cádiz». Arch. Esp. Arqueol., vol. XLIII. Madrid (50-61).

BLAZQUEZ, 1954: «El Herakleion gaditano, un templo semita en Occidente». 1º Cong. Arqueol. Marruecos Español (Tetuán, -22-26, junio-1953). Tetuán (309-318).

- ed. 1975: «Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente». Universidad de Salamanca. 21 ed.

- 1975 a: «Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía». Papeles Lab. Arqueol. (L aniv. fund) Universidad de Valencia (207-250).

-1978: «La Bética en el Bajo Imperio». Actas 1º Cong. Hª Andalucía (diciembre, 1976): «Fuentes y metodología. Andalucía en la Antigüedad». Córdoba (255-278).

- et al., 1978: «Hispania Romana». En «Historia de España Antigua». Tomo II. Eds. Cátedra, S.A. Madrid.

- et al., 1980: « Protohistoria ». En «Historia de España Antigua». Tomo I. Eds. Cátedra, S.A. Madrid.

BLAZQUEZ Y DELGADO-AGUILERA, 1894: «Las costas de España en la época romana». Bol. R. Ac. Historia, XXIV. Madrid (384-430).

-1923: «Avieno. Ora Maritima». Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica. Madrid.

BLECH, 1978: «Saturn in Hispanien». Madrider Mitteilungen, 19. Heidelberg (238 ss).

BONSOR, 1921: «Tartessos». Bol. R. Ac. Historia, LXXIX. Madrid (57-69).

- 1922: «El coto de Doña Ana (Una visita arqueológica)». Bol. R. Ac. Historia, LXXXI. Madrid (152-174).
- BOON**, 1977: «The Porth Felen anchor-stock». Int. J. Nautical Archaeology, vol. 6, n. 3. London (239-242).
- BORGES**, 1970: «Anforetas encontradas en las costas e islas atlánticas y mediterráneas». XI Cong. Nac. Arqueol. (Mérida, 1968). Zaragoza (549-556).
- BOSCH-GIMPERA**, 1928: «Problemas de la colonización fenicia de España y del Mediterráneo occidental». Revista de Occidente, XX. Madrid (314-348).
- 1952: «Problemas de la historia fenicia en el extremo occidente». Zephyrus, 111. Universidad de Salamanca (15-30).
- BOURCART**, 1935: «Le Quaternaire marin dans le Golfe de Cadix». C. R. Acad. Sc., 20.
- BOUSTANY**, 1971: «La représentation de l'individu dans l'art phénicien». Publications de l'Université Libanaise. Beyrouth.
- BRAUN and HOGENBERG**, ed. 1965: «Civitates Orbis Terrarum» (Colonia, 1572-1618). Theatrum Orbis Terrarum LTD. Ansterdam.
- BUNNENS**, 1979: «L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires». Institut Historique Belge de Rome. Bruxelles Rome.
- BURRIEL**, 1925: «Cádiz antiguo». En «Cádiz (Notas breves sobre su historia y monumentos)». Escuelas Profesionales Salesianas. Cádiz.
- CALDERON**, 1974: «Las defensas del Golfo de Cádiz en la Edad Moderna». R. Ac. BB. AA. Santa Isabel de Hungría. Sevilla.
- et al., 1978: «Cartografía Militar y Marítima de Cádiz. 1513-1878». Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla.

CAMBIASO, 1829-1830: «Memorias para la biografía y para la bibliografía de la isla de Cádiz». Tomo I (Imp. de D. León Arnarita, 1829). Tomo II (Imp. Viuda de Villalpando, 1830). Madrid.

CAMPO et al., 1897: «Cádiz. Estación veraniega». Imp. de La Dinastía. Cádiz.

CARPIO, 1922: «Los dos Balbos». Bol. Com. Prov. Monums. Hcos. Arts. de Cádiz, 2ª ép., núm. III. Cádiz (33-37).

CARRAZE, 1974: «Note on two decorated lead anchor stocks». Int. J. Nautical Archaeology, vol. 3, n. 1. London (153-157).

CASANOVA, 1905: «Anales gaditanos». Establ. tip. de Adolfo Macías Benítez. Cádiz.

CASTRO, 1845: «Historia de la Muy Noble, Muy Leal y Muy Heroica Ciudad de Cádiz». Imp. Rev. Médica. Cádiz.

- 1857: «Nombres antiguos de las calles y plazas de Cádiz... ». Imp. Rev. Médica. Cádiz.

- 1858: «Historia de Cádiz y su provincia desde los remotos tiempos hasta 1814. Imp. Rev. Médica. Cádiz.

- 1859: «Manual del viajero en Cádiz». Imp. Rev. Médica. Cádiz.

- 1862: « Memoria justificativa de la necesidad é importancia de que el puerto de Cádiz se construya delante de la ciudad y no en otro punto de la Bahía». Anexo a «El puerto de Cádiz». Imp. de D. José Rodríguez. Cádiz.

- 1864: «Memoria histórica». En «Colección de informes emitidos en el expediente formado para el emplazamiento del puerto de Cádiz... ». Imp. de don José Rodríguez. Cádiz (85-113).

- 1896: «Historia del Trocadero y Matagorda, hoy dique de la Compañía Trasatlántica». Tipografía gaditana. Cádiz.

- 1897: «Origen de la voz Gades». En CAMPO et al., 1897.
- CEDILLO** et al., 1915: «El cinocéfalo del Cerro de los Santos y el de Cádiz». Bol. R. Ac. Historia, LXVII Madrid (229-232).
- C.E.M.M.J.D.**, 1824: «Compendio histórico descriptivo de la M.N., M.L. y M.H. ciudad de Cádiz». Imp. de Hércules. Cádiz.
- CERVERA**, 1921: «Recuerdo y obsequio del Museo Arqueológico Provincial de Cádiz». Tirada aparte del Bol. Com. Prov. Monums. Hcos. Arts. de Cádiz, 2ª ép., núm. II. Cádiz (25-32).
 - 1923: «Excavaciones en Extramuros de Cádiz». Junta Sup. Excav. Antigs. Memoria, núm. gral. 57. Madrid.
 - 1925: «Museo Arqueológico Provincial de Cádiz». Guía Histórica y descriptiva de los Archivos, Bibliotecas y Museos Arqueológicos de España. Sección de Museos. Parte primera. (abril-junio, 1924). Madrid (405-437).
- CINTAS**, 1970 y 1976: «Manuel d'Archéologic punique». Editions A. et J. Picard. Tome I (1970). Tome II (1976) París.
- CLAVIJO**, 1961: «La ciudad de San Fernando. Historia y espíritu». Tomo I. Cádiz.
- CLEMENTE**, 1846: «Inscripciones romanas de Cádiz». Imp. de don Manuel Bosch. Cádiz.
- COLLANTES VIDAL**, 1969: «Cádiz, aliada de Roma». Sep. de «Cádiz romana». Aula Militar de Cultura. Cádiz.
- CONCEPCION**, 1690: «Emporio de el Orbe, Cádiz Ilustrada. Investigación de sus antiguas Grandezas... ». Arristerdam.
- CONTE**, 1923: «La Necrópolis Ante-Romana de Cádiz». Revista D. Bosco.
 - 1924: «El Museo Arqueológico». Brotes juveniles. Año II. núm. 14. Cádiz (6-7).
- CORTES**, 1863: «Informe evacuado por el ingeniero jefe de la provincia... sobre el emplazamiento más conveniente que

puede elegirse para la construcción de un puerto en esta bahía, é indicación de un nuevo proyecto de puerto delante de Cádiz». Imp. de D. José Rodríguez. Cádiz.

CORZO, 1980: «Paleotopografía de la bahía gaditana». Gades. N.º. 5. Cádiz (5-14).

CRISTELLY, 1891: «Ligeros apuntes históricos y colección de citas, documentos y datos estadísticos de la Ciudad de San Fernando desde los tiempos más remotos hasta el año 1823». Imp. y Lib. Española. San Fernando (Cádiz).

CRUZ, 1813: «Viage de España, Francia, é Italia». Tomo XIII. En la imprenta de D. Manuel Bosch. Cádiz.

CULICAN, 1970: «Almuñecar, Assur and Phoenician penetration of the Western Mediterranean». *Levant*, 2 (28 ss).

CHAUVE, 1968: «Etude géologique du Nord de la province de Cadix (Espagne méridionale)». *Mem. Inst. Geol. y Min. Esp.*, LXIX. Madrid.

CHIC, 1979: «Gades y la desembocadura del Guadalquivir». Gades. núm. 3. Cádiz (7-23).

- e. p.: «Consideraciones en torno a un ánfora encontrada en la Punta de la Nao (Cádiz)». En «Homenaje a Hernández Díaz». Universidad de Sevilla.

CHURCH, 1889: «Historia de Cartago». El Progreso Editorial. Madrid.

DELGADO, 1873: «Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España». Sevilla.

DOMINGUEZ, 1946: «Cádiz como puerto, en sus aspectos mercantil y militar». IV Justas Literarias (año 1945). Escelicer, S.L. Cádiz (237-251).

DRAKE et al., 1959: «Prospección sísmica submarina en el Golfo de Cádiz». *Rev. Ciencia Apl.*, 13. (289-305; 411-429; 492-511).

EDEY, ed. 1975: «Los fenicios». *Time-Life International* (trad. Salvat Edits., S.A.).

(ENRILE), 1843: «Paseo histórico-artístico por Cádiz... ». Establecimiento tipográfico a cargo de F. Arjona. Cádiz.

ESTEBAN, 1969: «Aportaciones geofísicas al conocimiento de los acuíferos existentes en las proximidades de Chiclana de la Frontera, Puerto Real y el Puerto de Santa María (Cádiz)». Bol. Geol. y Min., LXXX-III. Madrid (252-261).

FAJARDO, 1970: «Historia del Castillo de San Sebastián». Academia de Artillería (Sección Costa). Cádiz.

- y PEREZ, 1978: «Cádiz y la Artillería». Academia de Artillería (Sección de Costa). Cádiz.

FALCON, 1971: «Planos de Cádiz anteriores a 1596». Arch. Esp. Arte, XLIV. Madrid (194-196).

- 1974: «Torcuato Benjumeda y la arquitectura neoclásica en Cádiz». Inst. Est. Gad. Cádiz.

FARIA, 1898: «Cadix (Etude historique)». Saint-Valéry-en-Caux.

FERNANDEZ CANO, 1966: «Arquitectura Militar de Cádiz en tiempos de los asaltos ingleses». Anuario de Estudios Americanos, XXIII. Sevilla (623-646).

- 1973: «Las defensas de Cádiz en la Edad Moderna». Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.

FERNANDEZ-CHICARRO, 1942: «Toponimia púnica en España». Arch. Esp. Arqueol., XV. Madrid (172).

- 1951: «Andalucía (Noticiario)». Arch. Esp. Arqueol., XXIV. Madrid (256 ss).

- 1952: «Andalucía». Arch. Esp. Arqueol., XXV (Noticiario). Madrid (404 ss).

- 1953: «Cádiz, sede milenaria de marinos». Helmántica, IV.

- 1962: «Informe arqueológico de los hallazgos más sobresalientes habidos en Andalucía durante el bienio

1959-1961 ». VII Congr. Nac. Arqueol. (Barcelona, 1960). Zaragoza (65-75).

- 1964: «Catálogo de la exposición de arqueología celebrada en Sevilla con motivo del Congreso». VIII Congr. Nac. Arqueol. (Sevilla-Málaga, 1963). Zaragoza (99-114).

- 1969: «El habitat humano en el Bajo Guadalquivir a través de algunas fotos aéreas». V Symp. Int. Preh. Pen. Jerez de la Frontera, 1968). Univ. Barcelona (7-13).

- 1977: «Bronce gaditano de la tipología de los del Berrueco, en el Museo Arqueológico de Sevilla». Symposium de Arqueología romana. Bimilenario de Segovia (1974). Barcelona (185186).

FERNANDEZ DE AVILES, 1955: «Anillo púnico, con escarabeo, procedente de Cádiz». Arch. Esp. Arqueol., XXVIII. Madrid (274-279).

FERNANDEZ NAVARRO, 1916: «Historia geológica de la Península Ibérica». Biblioteca Corona. Madrid.

FERRON, 1967: «Sobre el nombre de Gadir». Latomus, 26.

FERUSSAC, 1823: «Notice sur Cadix et sur son île». París.

FIERRO, 1979: «Cádiz, la única posibilidad de un Tartessos Atlántico. (Resumen)». N^o. Dep. Legal: CA-462/79. Cádiz.

FITA, 1904: «Nuevas inscripciones romanas en las provincias de Cádiz, Córdoba, Cáceres y Orense». Bol. R. Ac. Historia, XLIV. Madrid (351-357).

FORTEA, 1973: «Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico Mediterráneo español». Memorias del Sem. De Preh. y Arqueol. Univ. Salamanca.

FROST, 1964: «Rouad, ses récifs et mouillages. Prospection sous-marine». Annales Archéologiques de Syrie, XIV. Damas (67-74).

- 1966: «The Arwad plans 1964. A Photogrammetric Survey of Marine Installations». Ann. Arch. Syrie, XVI. Tome I. Damas (13-28).
- 1969: «On the plotting of vast and partly subniedged harbour works from aerial and underwater photographs». En Throckmorton et al.: «Surveyitig in Archaeology Underwater». Chap. III. London.
- 1971: «Recent observations on the submerged harbourworks at Tyre». Bulletin du Musée de Beyrouth, 24. (103-109).
- 1973: «The offshore island harbour at Sidon and other Phoenician sites in the light of new dating evidence». Int. J. Nautical Archaeology, vol. 2, nº. 1. London (75-94).

GAGE, 1951: «Gadés, Flnde et les navigations atlantiques dans l'Antiquité». Rev. Historique, CCX.

GAMER-WALLERT, 1978: «Ägyptische und ägyptisierende Funde von der Iberischen Halbinsel». Wiesbaden.

GARCIA, 1903: «Inventario de las antigüedades y objetos de arte que posee la Real Academia de la Historia». Bol. R. Ac. Historia, XLII. Madrid.

GARCIA DE DIEGO, 1972: «Toponimia de la zona de Jerez de la Frontera». Centro de Estudios Históricos Jerezanos. Jerez de la Frontera (Cádiz).

GARCIA DEL BARRIO et al., 1971: «Mapas provinciales de suelos. Cádiz. Mapa agronómico nacional». Inst. Nac. Investigaciones Agronómicas. Madrid.

GARCIA Y BELLIDO, 1931: «Las relaciones entre el arte etrusco y el ibero». Investigación y Progreso, V. Madrid (128-130).

- 1940: «Nuevos hallazgos de objetos griegos acaecidos en España». Invest. y Prog., XI. Madrid (25-31).
- 1941: «Nuevos hallazgos griegos en España». Arch. Esp. Arqueol., núm. 45. Madrid.

- 1942: «Fenicios y cartagineses en Occidente». Escuela de Estudios Hebraicos (C.S.I.C.). Madrid.
- 1942 a: «La industria pesquera y conservera española en la Antigüedad». Invest. y Prog., XIII. Madrid (1-8).
- 1951: «Iocosaes Gades. Pinceladas para un cuadro sobre Cádiz en la Antigüedad». Bol. R. Ac. Historia, CXXIX. Madrid (73-122).
- 1952: «El mundo de las colonizaciones ». En Menéndez Pidal: «Historia de España». Tomo 1: « España protohistórica». Vol. 11. Espasa-Calpe, S.A. Madrid.
- 1963: «Hercules gaditanus». Arch. Esp. Arqueol., XXXVI, no. 107 y 108. Madrid (70-153).
- 1964: «Hallazgos arqueológicos en Santipetri». Rev. Gral. de Marina, CLXVII. Madrid (73-78).
- 1964 a: «Deidades semitas en la España antigua». Sefarad, XXIV. Madrid-Barcelona (Fasc. 1: 12-40).
- 1967: «Veinticinco estampas de la España antigua». Espasa Calpe, S.A. (Col. Austral, n.º 1375). Madrid.
- ed. 1968: «España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Strábor» (1945). Espasa-Calpe, S.A. (Col. Austral, n.º 515). Madrid (4ª. ed.).
- 1968 a: «L'expansion en Méditerranée occidentale. Les phéniciens et les carthaginois colonisent l'Espagne». Archeologia, ir. 20 («Les phéniciens»). París (81-85).
- 1970: «Marca de M. Tuccius Galeo hallada en Cádiz». XI Congr. Nac. Arqueol. (Mérida, 1968). Zaragoza (733 s).
- 1970 a: «Algunas novedades sobre la arqueología púnico-tartessia». Arch. Esp. Arqueol., XLIII. Madrid (3-49).
- ed. 1977: «La España del siglo primero de nuestra era (según K Mela y C. Plinio)». (1947). Espasa-Calpe, S.A. (Col. Austral, n.º 744). Madrid (2ª. ed.).

- et al., 1971: «Espagne». En «L'espansione fenicia nel Mediterraneo». Relazioni del Colloquio in Roma (4-5 Maggio, 1970). Roma (145 ss).

GAVALA, 1926: «Costa española del Estrecho». XIV Congreso Geológico Internacional. Madrid (25-136).

- 1928: «Cádiz y su bahía en el transcurso de los tiempos geológicos». XI Congr. de la Asoc. Esp. para el Progreso de las Ciencias (Cádiz, 1927). Tomo VI. Sección IV. Madrid 1 55-50).

- 1929: «Geología de la provincia de Cádiz». Bol. Inst. Geol. y Mili. Fsp., 51. Madrid (1-35).

- 1959: «Mapa Geológico de España. Explicación de la hoja nº. 1.061. Cádiz». Inst. Geol. y Min. Esp., núm. 282 Madrid.

- 1959 a: «El poema Ora Maritima de Rufo Festo Avieno». En GAVALA, 1959 (Apéndice). Madrid.

- 1973: «El origen de las islas gaditanas». Inst. Est. Gad. San Fernando (Cádiz).

GAYA, 1955: «Historia y guía de los museos de España». Espasa-Calpe, S.A. Madrid.

GIANFROTTA, 1977: «First elements for the dating of stone anchor stocks». Int. J. Nautical Archaeology, vol. 6, n. 4. London (285-292).

GOGGIN, 1960: "The Spanish olive jar an introductory study". Yale University publications in anthropology, 62. (2-37).

GOMEZ, 1946: «Cádiz, la Ciudad más antigua de Occidente». III Justas Literarias de Cádiz (1944). Ed. Escelicer, S.L. Cádiz (125-140).

- 1946 a: «Importancia marítima de Cádiz, especialmente en el aspecto comercial y militar». IV Justas Literarias de Cádiz (1945). Escelicer, S.L. Cádiz (197-226).

GONZALEZ, 1968: «Notas sobre técnicas protohistóricas ibéricas». Pyrenae, 4. Universidad de Barcelona (175-179).

GONZALEZ GARCIA et al., 1965: «Estudio agrobiológico de la provincia de Cádiz». Inst. Nac. Edafología y Agrobiología (C.S.I.C.). Jerez de la Frontera (Cádiz).

GROSSE, 1947: «Las fuentes de la época visigoda y bizantinas». Fontes Hispaniae Antiquac, IX. Universidad de Barcelona.

- 1959: «Las fuentes desde César hasta el siglo V d. de J.C. ». Fontes Hispaniae Antiquac, VIII. Univ. Barcelona.

GUADAN, 1961: «Gades como heredera de Tartessos en sus amonedaciones conmemorativas del Praefectus Classis». Arch. Esp. Arqueol., XXXIV. Madrid (53-89).

- 1963: «Las monedas de Gades». Inst. Antonio Agustín de Numismática (C.S.I.C.). Madrid.

GUILLEN, 1941: «Índice sistemático de acuerdos de las Actas Capitulares de la Muy Noble, Muy Leal, y Muy Heroica Ciudad de Cádiz, Padre de la Patria (1717-1807)». Tomo II. Establecimientos Cerón. Cádiz.

- 1967: «El Castillo de la Villa y el barrio de Guardias Marinas, de Cádiz». Rev. Gral. de Marina, 172. Madrid (3-17).

GUTIERREZ, 1928: «La ciudad de Cádiz (Notas para su estudio)». Arquitectura, año X, núm. 116. Madrid (371-382).

HARDEN, ed. 1967: «Los fenicios». Aymá, S.A. Editora. Barcelona (1ª ed. esp.).

HIERAS et al., 1956: «Análisis de fondos de la Bahía de Cádiz». Bol. Inst. Esp. Oceanografía, 75.

HERM, ed. 1976: «Los fenicios. El imperio de la púrpura en la Antigüedad». Ediciones Destino. Barcelona (1ª ed. esp.).

HERNANDEZ-PACHECO, 1928: «El geólogo gaditano Don José Mac-Pherson y su influjo en la ciencia española». XI Congr. de la Asoc. Esp. para el Progreso de las Ciencias (Cádiz, 1927). Tomos 1 y 11. Sección IV. Madrid.

HORMIGO, 1969: «Gades y Asido». En «Cádiz romana». Aula Militar de Cultura. Cádiz.

HOROZCO, ed. 1845: «Historia de la ciudad de Cádiz» (1598). hup. de Don Manuel Bosch. Cádiz.

- ed. 1929: «Discurso de la fundación y antigüedades de Cádiz los demás subcesos que por ella an passado» (1591). En "Documentos inéditos para la historia de Cádiz". Imp. Salvador Repeto. Cádiz.

- el. 1956: «Compendio de la antigüedad y población y primeros moradores de la Isla y Ciudad de Cádiz con lo demás esencial en ella sucedido en todas las edades pasadas hasta el año mil quinientos y ochenta y nueve». (c. 1589). Publícalo A Picardo y Gómez. Escelicer, S.A. Cádiz.

HÜBNEZ, 1888: «La arqueología de España ». Tip. Lit. de los Sucesores de Ramírez y C^a. Barcelona.

- ed. 1971: «Gades». En Wissowa und Kroll: «Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft», VII-I (1910). Alfred Druckenmüller Verlag. Stuttgart (439-461).

ISSERLIN, 1974: «The cothon at Motya: Phoenician harbour works». Archacology, 27, New York (188-194).

JAUREGUI, 1954: «Sobre unas posibles medidas de sal púnicas encontradas en exploración submarina en San Pedro del Pinatar». I Congr. Arqueol. Marruecos Español (Tetuán, junio-1953). Tetuán (277-281).

JESSEN, 1924: «Südwest-Andalusien. Beiträge zur Entwicklungsgeschichte, Landschaftskuride und antiken Topographie Südspaniens, insbesondere zur Tartessosfrage». Justus Perthes. Gotha.

JIMENEZ, 1962: «Inscripciones funerarias gaditanas inéditas». Emerita, XXX. Madrid (295-304).

- 1971: «Historia de Cádiz en la Antigüedad». Inst. Est. Gad. Jerez de la Frontera (Cádiz).

KAIHRSTEDT, 1913: «Geschichte der Karthager». 111. Berlín.

KARAGEORGHIS, ed. 1971: «Chipre». Ed. juventud, S.A. (Col. Archaeologia Mundi). Barcelona (1ª ed. esp.).

KUKAHN, 1951: «El sarcófago sidonio, de Cádiz». Arch. Esp. Arqueol., XXIV. Madrid (23-34).

- 1955: «Anthropoide Sarkoplage in Beyrouth». Berlín.

LAIGUE, 1898: «Les nécropoles phéniciennes en Andalousie». Revue Archéologique, 11.

LASTRA, 1980: «Cádiz Trimilenario (Historia de Cádiz)». Eds. Caja de Ahorros de Cádiz. Barcelona.

LAZAGA et al., 1887: «Dictamen emitido por la junta técnica local sobre el estado de viabilidad de los caños del Sancti-Petri y estudios de los diferentes procedimientos propuestos para aumentar sus braceages». Estbl. Tip. de D. Pedro M. González Valdés. San Fernando (Cádiz).

LEVI-PROVENÇAL, ed. 1973: «España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 d. C.). Instituciones y vida social e intelectual». En Menéndez Pidal: «Historia de España». Tomo V. Espasa Calpe, S.A. Madrid (3ª ed.).

LINDER, 1967: «La ville phénicienne d'Athlit at-elle été l'un des plus anciens ports artificiels de la Méditerranée». Archéologia, 17. (25-29).

MABESOONE, 1963: «Coastal sediments and coastal development near Cádiz (Spain)». Geologie en Mijnbouw, 42. (29-43).

- 1963 a: «Les sédiments pré-quaternaires et Villafranchiens du bassin fluvial de la Guadalete (Prov. de Cadix)». Estudios Geológicos, XIX. Madrid (143-159).

- 1963 b: «Observations on sedimentology and geomorphology of the Guadalete drainage area (Cádiz, Spain)». Geologie en Mijnbouw, 42. (309-328).

- 1963 c: «Depositional environment and provenance of the sediments in the Guadalete estuary (Spain)». Proc. 6 th. Internat. Sedim. Cong. The Netherlands-Belgium.
- MAC-PHERSON**, 1873: «Bosquejo geológico de la provincia de Cádiz». Imp. Rev. Médica. Cádiz.
- MADOZ**, 1846: «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar». Tomo V. Est. Lit. Tip. de P. Madoz y L. Sagasti. Madrid.
- MADRAZO**, 1884: «Sevilla y Cádiz». Est. Tip. Ed. de Daniel Cortezo y Cía. Barcelona.
- MALIA**, 1972- «El templo de Cádiz en los geógrafos árabes». Tesis de Licenciatura en Filología Semítica (Arabe). Universidad de Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES**, 1970: «Desarrollo de la orfebrería prerromana en la Península Ibérica». Pyrenae, 6. Universidad de Barcelona (79-109).
- MARIN**, 1976: «En torno a un amuleto del Museo Arqueológico de Cádiz». Habis, 7. Universidad de Sevilla (245-9).
- MARTINEZ DEL CERRO**, 1966: «Un paseo por Cádiz». Escelicer, S.A. Cádiz.
- MARTINEZ MONTAVEZ**, 1974: «Perfil del Cádiz hispano árabe». Eds. Caja Ahorros de Cádiz. Madrid.
- MASDEU**, 1790: «Historia crítica de España, y de la cultura española ... ». Tomo VIII. Imp. Don Antonio de Sancha. Madrid.
- MATUTE**, 1887: «Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla». Tomo I. Ed. de los bibliófilos sevillanos.
- MAZEL**, ed. 1970: «El secreto de los fenicios». Ed. Bruguera, S.A. Barcelona (1ª ed. esp.).
- MEDINA**, 1548: «Libro de las grandezas y cosas memorables de España». Sevilla.

MELIDA, 1912: «Catálogo del Museo de Reproducciones Artísticas». Primera parte: Escultura antigua. Madrid.

- 1917: «Antigüedades de Marchena». Bol. R. Ac. Historia, LXX. Madrid (319-322).

- 1921: «Tesoro de Aliseda. Noticia del Tesoro en particular y de la joyería fenicia en general». Bol. Soc. Esp. Excursiones, XXIX. Madrid (96-124).

- 1925: «La necrópolis fenicia de Cádiz». Bol. R. Ac. Historia, LXXXVI. Madrid (8-9).

MENANTEAU, 1978: «Les anciens étiers de rive gauche des Marismas du Guadalquivir. Un exemple d'utilisation des données archéologiques en géomorphologie littorale». Mélanges de la Casa de Velázquez, XIV. París (35-72).

- 1979: «Les Marismas du Guadalquivir, exemple de transformation d'un paysage alluvial au cours du Quaternaire récent». (Thèse doct. Y cycle). Univ. París-Sorbonne.

- y CLEMENTE, 1977: «Variaciones de la influencia marina y su incidencia en la transformación del paisaje aluvial del delta del Guadalquivir durante los dos últimos milenios». II Reunión Nac. del Grupo Esp. Trab. Cuaternario Uaca, 1975). Madrid (167-176).

- y CLEMENTE, 1977 a: «Nuevos datos sobre las relaciones entre la erosión costera y el ascenso del nivel marino en el sector Mazagón (Huelva)-Chipiona (Cádiz). Papel de la Tectónica». II Reunión Nac. del Grupo Esp. Trab. Cuaternario Oaca, 1975). Madrid (177-185).

- et POU, 1978: «Les Marismas du Guadalquivir: Apport de la teledetection et de l'Archeologie á la reconstitution du paysage». Caesarodunum, 13. (174-192).

MENENDEZ Y PELAYO, ed. 1911: «Historia de los heterodoxos españoles». Tomo I. Madrid (2ª ed.).

MIGANZZINI, 1952: «La statua di Ercole presso Cadice. Note di topografia gaditana». Zephyrus, III. Univ. Salamanca (213-217).

MILLAS, 1941: «De toponimia púnico-española». Sefarad, vol. I, fase. 2. Madrid (313-326).

MOLINA, 1914: «Nuevas inscripciones romanas de Cádiz». Bol. R. Ac. Historia, LXIV. Madrid (276-279).

- 1921: «Notas históricas y artísticas de la provincia». Bol. Com. Prov. Monums. Hcos. Arts. de Cádiz, 2ª ép. núm. II. Cádiz (43 ss).

- 1922: «Notas históricas y artísticas de la provincia». Bol. Com. Prov. Monums. Hcos. Arts. de Cádiz, 2ª ép., núm. III. Cádiz (66 ss).

- 1922 a: «Sobre el Cádiz antiguo». Bol. Com. Prov. Monums. Hcos. Arts. de Cádiz, 2ª ép., núm. III. Cádiz (93-96).

MONDEJAR, ed. 1805: «Cádiz phenicia... » (1687). En la Imprenta de Don José del Collado. Madrid.

MONTERO, 1981: «Los sacrificios en la religión feno-púnica». Kevista de Arqueología, núm. 3. Madrid.

MORALES, ed. 1792: «Las antigüedades de las ciudades de España». (1575). Madrid.

MORALES DE LOS RIOS, 1884: «Un poco de Historia gaditana». Revista Artística y Literaria, núms. V, VI y VII. Cádiz.

MORENO, 1969: «Corografía gaditana de Pomponio Mela» En «Cádiz romana». Aula Militar de Cultura. Cádiz.

- y ABAD, 1971: «Aportaciones al estudio de la pesca en la Antigüedad». Habis, 2. Univ. Sevilla (209-221).

MUÑOZ, 1972: «La pesca en la desembocadura del Guadalquivir. Observaciones geográfico-humanas sobre la supervivencia de un tipo de pesca». Inst. Est. Gad. Cádiz.

NAVAS, 1972: «Bienvenido al Castillo de San Sebastián». Escuela de Aplicación y Tiro de Artillería (Sección de Costa). Cádiz.

O'CROULEY, ed. 1795: «Musaei o-croulianel compendiaria descriptio ó catálogo de las medallas, camafeos, monumentos antiguos & c. de Don Pedro Alonso O-Crouley... » (1794). Anexo a «Diálogos sobre la utilidad de las medallas antiguas... ». En la Oficina de D. Plácido Barco López. Madrid (169-585).

OROZCO, 1962: «El doctor Don Cayetano del Toro y Quartiellers». Arch. Iberoam. de H^a. de la Medicina y Antropología Médica, XIV.

- 1973: «Catálogo bibliográfico de Adolfo de Castro». Cát. Mun. Cult. «Adolfo de Castro». Cádiz.

PARIS, 1903: «Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive». Vol. I. París.

PARRONDO et al., 1973: «Inventario del Patrimonio Artístico y Arqueológico de España». Dirección Gral. BB. AA. Madrid.

PAULIAN, 1979: «Le Dieu Océan en Espagne: un thème de l'art hispano-romain». Mélanges de la Casa de Velázquez, XV. París (115 ss).

PELLICER, 1962: «Excavaciones en la necrópolis púnica Laurita del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)». Excs. Arqueols. Esp., 17. Madrid.

- 1964: «Relaciones de la necrópolis púnica del Cerro de San Cristóbal de Almuñécar, en el Mediterráneo occidental». VIII Congr. Nac. Arqueol. (Sevilla-Málaga, 1963). Zaragoza (393-403).

- 1969: «Las Primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas». V Symp. Int. Preh. Pen. (Jerez de la Frontera, 1968). Univ. Barcelona (291-310).

PEMAN, 1929: «Figurilla de bronce hallada en Cádiz». Bol. Mtiseo BB.AA., año XI, nº. 13. Cádiz (17-19).

- 1930: «El arte en Cádiz». Patronato Nacional del Turismo. Madrid.
- 1931: «Sobre la antigüedad y fundación de Cádiz». Bol. Ac. Historia, XCVIII. Madrid (104-121).
- 1941: «El pasaje tartésico de Avieno a la luz de las últimas investigaciones». Inst. Diego Velázquez (C.S.I.C.). Madrid. 1941 a: «A. García y Bellido: La colonización Phókaiá en España desde los orígenes hasta la batalla de Alalie (s. VII-535)... ». Arch. Esp. Arqueol., nº. 44 (Bibliografía). Madrid (458-460).
- ed. 1942: «Memoria sobre la situación arqueológica de la provincia de Cádiz en 1940». Com. Gral. Excs. Arqueols. Madrid.
- 1943: «García y Bellido (A): Fenicios y cartagineses en Occidente». Arch. Esp. Arqueol., nº. 50 (Bibliografía). Madrid (148-153).
- 1944: «Nuevas precisiones tipológicas sobre el sarcófago púnico de Cádiz». Ampurias, VI. Barcelona (321-322).
- 1948: «Nuevas precisiones sobre vías romanas en la provincia de Cádiz». Arch. Esp. Arqueol., nº. 72. Madrid (255-268). 1953: «Los topónimos antiguos del extremo sur de España». Arch. Esp. Arqueol., nº. 87. Madrid (101-112).
- 1954: «Las fuentes literarias de la antigüedad y fundación de Cádiz». Comisión de Estudios e Investigaciones de la Historia de Cádiz. Madrid.
- 1959: «El capitel, de tipo protojónico, de Cádiz». Arch. Esp. Arqueol., XXXII, nº. 99-100. Madrid (58-70).
- 1969: «La ubicación de Tartessos vista desde la Tartésida». V Symp. Int. Preh. Pen. (Jerez de la Frontera, 1968). Univ. Barcelona (233-240).
- 1969 a: «El problema actual de la arqueología gaditana». Arch. Esp. Arqueol., XLII, nº. 119-120. Madrid (20-25).

PEREZ DE SEVILLA, 1978: « La artillería española en el sitio de Cádiz». Inst. Est. Gad. Cádiz.

PERROT et CHIPIEZ, 1885: «Histoire de l'Art dans l'Antiquité». III: «Phénicie-Cypre». Librairie Hachette et Cie. París

PETTENGHI, 1980: «La arquitectura militar en la maqueta». En «Imagen. La historia de Cádiz», nº. 1. Cádiz (pág. 7).

- 1981: «Torreón de Puertas de Tierra». En «Imagen. La historia de Cádiz». Nº. 5. Cádiz.

PICARDO (edit.), 1949: «Mernorias de Rainiundo de Lantery, mercader de Indias en Cádiz, 1673-1700». Escelicer, S.L. Cádiz.

- 1952: «Paseo alrededor de un plano antiguo de Cádiz». Escelicer, S.L. Cádiz.

PICATOSTE, 1914: «Resumen de las conferencias dadas por don J. Ramón Mérida en el Museo de Reproducciones Artísticas de Madrid en el año de 1911». Imp. succ. de Hernando. Madrid.

PIERRE, 1975: «Le Quaternaire marin sur les deux rives du détroit de Gibraltar». Reunion Annuelle des Sciences de la Terre. Montpellier.

POIDEBARD, 1939: «Un grand port disparu: Tyr. Reclerches aériennes et sous-marines, 1934-1936». Librairie Orientaliste Paul Geuthrier. París.

- et LAUFFRAY, 1951: «Sidon. Aniénagements antiques du port de Saida. Etude aérienne, au sol et sous-marine, 1946-1950». Ministère des Travaux Publics (République Libanaise). Beyrouth.

PONCE, 1980: «Catálogo para identificación y clasificación de las monedas de Gades». Gades. núm. 5. Cádiz (27-49).

- 1980 a: «Las monedas de Gades. Catálogo para su identificación y clasificación». Eds. Caja Ahorros de Cádiz. Cádiz.

PONSICH, 1976: «A propos d'une usine antique de salaisons á Belo (Bolonia-Cadix)». Mélanges de la Casa de Velazquez, XII. París (69-79).

- et TARRADELL, 1965: «Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée occidentale». Université de Bordeaux et Casa de Velazquez. París.

PONZ, ed. 1972: «Viage de España... ». Tonlos XVII (1792) y XVIII (1794). Eds. Atlas. Madrid.

POULSEN, 1933: «Sculptures antiques de musées de province espagnols». LevIn & Munksgaard. Koebenhavn.

POZO, 1811: «La defensa de la Patria, y señaladamente de esta interesante plaza, nobilísima Ciudad de Cádiz y sus dignos habitantes... ». Imp. de la junta Superior de Gobierno. Cádiz.

QUINTERO, 1906: «Las ruinas del Templo de Hércules en Santipetri». Rev. Archs., Bibls. y Museos, 3ª ép., año X, tomo XIV. Madrid (199-203).

- 1914: «Necrópolis ante-romana de Cádiz». Bol. Soc. Esp. Fxcursiones, XXIL Madrid (81-107 y 161-175).

- 1916: « Excavaciones en Punta de la Vaca (Cádiz) » 1915. junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 5. Madrid.

- 1917: «Excavaciones en Punta de la Vaca y en Puerta de Tierra (Ciudad de Cádiz)» 1916. junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 12. Madrid.

- 1917 a: «Cádiz primitivo. Primeros pobladores: hallazgos arqueológicos». Imp. de Manuel Alvarez. Cádiz.

- 1918: «Excavaciones en extramuros de la ciudad de Cádiz» 1917. junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 18. Madrid.

- 1918 a: «Cádiz Primitivo». En «Guía para el Turista en Cádiz-1918». Imp. Manuel Alvarez. Cádiz (205-216).

- 1920: «Excavaciones en extramuros de la ciudad de Cádiz» 1918. junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 26. Madrid.
- 1920 a: «Excavaciones en extramuros (Cádiz)» 1919. junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 30. Madrid.
- 1926: «Excavaciones en extramuros de Cádiz» 1925. junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 76. Madrid.
- 1926 a: «Excavaciones en extramuros de Cádiz» 1925-26. Junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 84. Madrid.
- 1928: «Creencias religiosas de los primitivos pobladores de Cádiz. Deducidas de los hallazgos efectuados en las excavaciones de Puerta de Tierra». XI Congr. de la Asoc. Esp. para el Progreso de las Ciencias (Cádiz, 1927) Sección 6ª. Madrid (81-90).
- 1928 a: «Excavaciones en extramuros de Cádiz» 1927. Junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 95. Madrid.
- 1928 b: «Compendio de la Historia de Cádiz». Imp. M. Alvarez. Cádiz.
- 1929: «Excavaciones de Cádiz» 1928. Junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 99. Madrid.
- 1930: «Arqueología gaditana». Cromos, año I, núm. 1. Madrid (47-48).
- 1932: «Excavaciones de Cádiz» 1929-1931. Junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 117. Madrid.
- 1932 a: «Ejemplar inédito de escultura primitiva púnica». Investigación y Progreso. VI, nº. 6. Madrid (89-90).
- 1933: «Excavaciones en Cádiz» 1932. Junta Sup. Excavs. Antigs. Memoria, núm. gral. 122. Madrid.
- 1934: «Excavaciones en Cádiz» 1933. Junta Sup. del Tesoro Artístico (Sección de Excavaciones). Memoria, núm. gral. 129. Madrid.

- 1935: «Excavaciones en Cádiz» 1934. Junta Sup. del Tesoro Artístico (Sección de Excavaciones). Memoria, núm. gral. 134. Madrid.

- 1935 a: «Sala de Arqueología gaditana en el Museo Provincial de Bellas Artes de Cádiz». Bol. Museo BB.AA., año XVII, nº. 19. Cádiz (111-117).

- y AYALA, 1924: «Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Cádiz». Bol. R. Ac. Historia, LXXXV. Madrid (203-205).

- y BARRAS, 1913: «Necrópolis fenicia de Cádiz y algunas medidas é índices de los esqueletos hallados en sus sepulturas». Imp. de Manuel Alvarez. Cádiz.

- y VIVES, 1915: «Necrópolis ante-romana de Cádiz. (Descripción de las excavaciones efectuadas, acompañada de un estudio... sobre las monedas antiguas de Gades)». Fototipia de Hauser y Menet. Madrid.

RAMIREZ DE BARRIENTOS, c. 1643: «Elucidario de las Medallas de la isla y antigua Ciudad de Cádiz con las notas que las ilustran». (Manuscrito). Cádiz.

REINA, 1971: «Cepo de plomo de ancla romana, de descomunales proporciones, recuperado en aguas de la Bahía de Cádiz». Cris. Revista de la Mar, nº. 134. Barcelona (20-21).

- 1973: «Cuando las barbas de tu vecino veas cortar... ». Cris. Revista de la Mar, nº. 142. Barcelona (20-21).

- 1980: «Hallazgo de un cepo de ancla romana de 720 kilogramos». Bol. inform. Club Marítimo Gaditano La Caleta, nº. 1 Cádiz (pág. 19).

RETEGUI y PEREA, 1973: «Urbanismo Gaditano del Siglo XVIII». Imp. La Voz. San Fernando (Cádiz).

RIAÑO, 1902: «Museo Arqueológico Provincial de Cádiz. Objetos ingresados en el establecimiento durante el primer trimestre del corriente año de 1902». Rev. Arclis. Bibls. y Museos, 3ª ép., tomo VII. Madrid (473 ss) .

IZODRIGUEZ DE BERLANGA, 1888: «Sepulcros antiguos de Cádiz». Revista Archeologica, vol. II, nº. 3. Lisboa (33-49).

- 1891: « Descubrimientos arqueológicos de Cádiz hechos en 1887». Apéndice segundo de «El nuevo bronce de Itálica». Imp. de D. Ambrosio Rubio. Málaga (289-338).

- 1901: «Nuevos descubrimientos arqueológicos hechos en Cádiz del 1891 al 1892». Rev. Archs., Bibls. y Museos, 3ª ép., tomo V. Madrid (139-145; 207-217; 311-319; 390-401).

- 1901 a y 1902: «La más antigua Necrópolis de Gades y los primitivos civilizadores de la Hispania». Rev. Archs., Bibls. y Museos, 3ª ép., tomos V y VI. Madrid (V: 779 ss; VI: 6 ss).

IZODRIGUEZ MOHEDANO, 1772: «Historia literaria de Espana.... ». Tomo IV. Imp. D. Joachin Ibarra. Madrid.

IZODRIGUEZ NEILA, 1973: «Los Balbos de Cádiz. Dos españoles en la Roma de César y Augusto». Universidad de Sevilla.

- 1979: «Antiquac Gades. Cádiz y el mar en la Antiguëdad». Cádiz Gráfico, nº. 130. Cádiz.

- 1980: «El municipio romano de Gades». Inst. Est. Gad. Cádiz.

POMERO DE TORRES, 1934: «Catálogo monumental de España. Provincia de Cádiz. (1908-1909)». Min. Instr. Públ. y 1513.AA. Madrid.

RUBIO, 1949 y 1951: «Los Balbos y el Imperio Romano». Anales de Historia Antigua y Medieval. Buenos Aires (1949: 67-119; 1951: 142-199).

SALA, 1743: «Reflecciones, y addiciones sobre el antecedente tratado de la Defensa de las Plazas ... ». En Vauban, ed. 1743: «Tratado de la defensa de las plazas ... ». Por Pedro Gómez de Requena, Impressor Mayor. Cádiz (45-90).

SANCHEZ-GIJON, 1966: «Tumba de Bahía Blanca, Cádiz». Arch. Esp. Arqueol., XXXIX. Madrid (183-193).

SANCHEZ-NAVARRO, 1890: «Estudio del sarcófago antropoide y esqueleto que contiene, encontrados en Cádiz en 1887». Revista Archeologica, IV, nº. 1. Lisboa (16-23).

SANCHO, 1955: «El maremoto de 1755 en Cádiz». Archivo Hispalense, XXIII, núm. 74, 2ª. ép. Sevilla (161-203).

SANZ, 1915: «Las tumbas pre-romanas de Cádiz». Rev. R. Ac. Hispano-Americana de Ciencias y Artes, tomo III, núm. 19. Cádiz (5-8).

SANZ-PASTOR, 1972: «Museos y colecciones de España». Dirección Gral. BB.AA. Madrid.

SCHULTEN, 1922: «Avieno. Ora Maritima (Periplo massallota del siglo VI a. de J.C.) junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J.C. ». Fontes Hispaniae Antiquae I. Univ. Barcelona (1ª ed.).

- 1923: «Gades». Deutsche Zeitung von Spanien, n. 170-172.

- ed. 1924: «Tartessos. Contribución a la historia más antigua de Occidente». Revista de Occidente. Madrid (1ª ed. esp.).

- 1925: «500 a. de J.C. hasta César». Fontes Hispaniae Antiquae, II. Univ. Barcelona.

- 1925 a: «Der Heraklestempel von Gades». Verhandlungen der 55. Pliniologert-Versammlung. Univ. Erlangen (66-76).

- 1928: «Forschungen in Spanien 1927». Archáologischer Anzeiger (1927). Berlín und Leipzig (197-235).

- 1928 a: «Venus marina». Rev. de estudios vascos. (373-380).

- 1930: «Die Etrusker in Spanien». Klio, XXIII. Leipzig.

- 1940: «Las guerras de 72-19 a. de J.C. ». Fontes Hispaniae Antiquae, V. Univ. Barcelona.
 - 1940 a: «Forschungen in Spanien 1933-1939». Archáologischer Anzeiger (1940). Berlín (75-121).
 - ed 1945: «Tartessos». Espasa-Calpe, S.A. Madrid (2ª ed. esp.).
 - 1952: «Estrabón. Geografía de Iberia». Fontes Hispaniae Antiquae, VI. Univ. Barcelona.
 - ed 1955: «Avieno. Ora Maritima... ». Fontes Hispaniae Antiquae, I. Univ. Barcelona (2ª ed.).
 - 1959 y 1963: «Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica». Vols. I (1959) y II (1963). Inst. Rodrigo Caro (C.S.I.C.). Madrid.
 - und JESSEN, 1924: «Tartessos und anderes Topographische aus Spanien». Archáologischer Anzeiger (1922). Berlín und Leipzig (18-55).
- SERRA-RAFOLS**, 1954: «Posibles bronce votivos del Heraklion de Cádiz». I Congr. Arqueol. Marruecos Español (Tetuán, 1953) . Tetuán (323-328).
- SESTON**, 1968: «Gades et FEmpire Romain». Cuadernos de Historia, 2. Madrid (1 ss).
- SILLIERES**, 1976: «La Via Augusta de Cordoue á Cadix. Docunients du XVIII... s. et photographies aériennes pour une étude de topographie historique». Mélanges de la Casa de Velazquez, XII. París (27-67).
- SMITH**, 1913: «Calles y plazas de Cádiz. Apuntes acerca del origen de sus nombres y de sus variaciones». Imp. de Manuel Alvarez. Cádiz.
- SOLIS**, 1956: «Los templos Herákleion y Kronos del Cádiz fenicio». Bol. Soc. Esp. Excursiones, LVIII (1954). Madrid (151-162).

- 1958: « El Cádiz de las Cortes. La vida en la ciudad en los años de 1810 a 1813». Inst. de Estudios Políticos. Madrid.

SUAREZ DE SALAZAR, 1610: «Grandezas, y antigüedades de la Isla y ciudad de Cádiz... ». Impreso por Clemente Hidalgo. Cádiz.

TARRADELL, 1950: «Dos sepulturas púnicas de Lixus». Bol. de la Sociedad Científica Hispano-Marroquí de Alcazarquivir, núm. 2.

1950 a: «Hipogeos de tipo púnico en Lixus (Marruecos)». Ainpurias, XII. Barcelona (250-256).'

- 1950 b: «La perduración de la Edad de la Piedra en el Africa del Norte». Mauritania, XXIII, núm. 269. Tánger.

- 1952: «Sobre el presente de la Arqueología Púnica». Zephyrus, III. Univ. Salamanca (151-174).

- 1967: «Los fenicios en Occidente. Nuevas perspectivas». Apéndice en HARDEN, ed. 1967 (277-314).

TEJERA, 1975: «Orígenes y paralelos de las tumbas fenicias y púnicas de Andalucía». Habis, 6. Univ. Sevilla (197-212).

- 1979: «Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental. (Estudio Tipológico)». Universidad de Sevilla.

TERRA, 1956: «Climatic terraces and the Paleolithic of Spain». Homenaje al C. de la Vega del Sella. Dip. Prov. Asturias. Oviedo (47-64).

THIBAUT et al., 1977: «El yacimiento de Paleolítico inferior arcaico de El Aculadero (Puerto de Santa María, Cádiz) ». XIV Congr. Nac. Arqueol. (Vitoria, 1975). Zaragoza (69-80).

THOUVENOT, 1934: «Les antiquités préislamiques dans la zone espagnole de l'Empire chérifien». Bull. de Fenseignement publique. París.

TORO, 1894: «La luz y la pintura». Tip. gaditana, de F. Rodríguez de Silva. Cádiz.

- 1901 y 1902: «Biblioteca del artista pintor». Tip. gaditana, de F. Rodríguez de Silva. Tomos Primero (1901) y Segundo (1902). Cádiz.

TOVAR, 1974: «Iberische Landeskunde». Verlag Valentin Koerner. Baden-Baden.

URRUTIA, 1843: «Descripción histórico-artística de la Catedral de Cádiz». Imp., libr. y lit. de la Revista Médica. Cádiz.

VALLESPIN, 1977: «Prospecciones submarinas en Cádiz. Agosto, 1973». Noticiario Arqueológico Hispánico: Arqueología, 5. Madrid (291-292).

VANNEY et MENANTEAU, 1979: «Types de reliefs littoraux et dunaires en Basse Andalousie (de la Ria de Huelva à l'embouchure du Guadalquivir)». Mélanges de la Casa de Velazquez, XV. Paris (5-52).

- et al., 1979: «Physiographie et évolution des dunes de Basse Andalousie (Golfe de Cadix, Espagne)». En «Les côtes atlantiques d'Europe. Evolution, aménagement, protection» (Brest, 1979). Publications du CNEXO: Actes de Colloques, nº. 9. Paris (277-286).

VERA, 1887: «Antigüedades de la isla de Cádiz». Establ. Tip. J. Benítez Estudillo. Cádiz.

- 1890: «Catálogo del Museo Arqueológico Provincial de Cádiz». Establ. Tip. de José Benítez Estudillo. Cádiz.
- 1895: «Museo Arqueológico de Cádiz, Sala Fenicia». Bol. Soc. Esp. Excursiones, III, núm. 31. Madrid (135-138).
- 1895 a: «Memoria sobre la pesca en Cádiz y su provincia desde remotos tiempos hasta nuestros días ... ». Imp. de la viuda é hija de Fuentenebro. Madrid.
- 1900: «Memoria sobre la formación de las rocas de la provincia de Cádiz». Establ. tipográfico de Fortanet. Madrid.

VIGUIER, 1974: «Le Neogène de l'Andalousie nord occidentale (Espagne). Histoire géologique du Bassin du Bas-Guadalquivir». (Thèse d'Etat). Université de Bordeaux.

VILA, 1977-1979: «Historia de Cádiz... ». Jiménez-Mena, artes gráficas, editorial. Cádiz.

VILLARONGA, 1973: «Las monedas hispano-cartaginesas». Sección Numismática del Círculo Filatélico y Numismático. Barcelona.

VINIEGRA, 1884: «Antecedentes acerca de varios asuntos de interés para Cádiz». Imp. de la Rev. Médica. Cádiz.

VIVES, 1913: «Estudio de clasificación de las monedas antiguas de Gades». Bol. Soc. Esp. Excursiones, XXI. Madrid (289-321).

YELAMOS, ed. 1956: «Piedras Preciosas. (Estudio histórico científico, desde la Antigüedad) ». Imp. J. L. González Rubiales. Cádiz (2ª ed.).

YORKE and LITTLE, 1975: «Offshore survey at Carthage, Tunisia, 1973». Int. J. Nautical Archaeology, vol. 4, n. 1. London (85-101).

- et al., 1976: «Offshore survey of the harbours of Carthage. Summary of 1975 season's work». Int. J. Nautical Archaeology, vol. 5, n. 2. London (173-176).

ZAZO, 1979: «El problema del límite Plio-Pleistoceno en el litoral S. y SE. de España». En Zazo y Aguirre (editores): «Reunión del Grupo Español del Límite Neógeno Cuaternario» (Madrid, 1979). Madrid.

- 1980: «El Cuaternario marino-continental del litoral de las provincias de Cádiz y Huelva». (Tesis Doctoral). Universidad Complutense de Madrid.

- y OVEJERO, 1976: «Niveles marinos cuaternarios en el litoral de la provincia de Cádiz». Trabajos sobre Neógeno Cuaternario, 5. Madrid (141-145).

- et al., 1977: «El corte de Puerto Real y el problema del límite Plio-Pleistoceno en la Bahía de Cádiz». II Reunión Nac. del Grupo Esp. Trab. Cuaternario Uaca, 1975). Madrid (319-336).

ADDENDUM

Acerca de las campañas de trabajos arqueológicos submarinos que nos encontramos realizando desde 1981 en el litoral gaditano y sobre los interesantes descubrimientos verificados en el transcurso de ellas, Cf.: «Diario de Cádiz», 26-marzo-1982; Juan Ramón Ramírez y Victorina Mateos: «*La arqueología subacuática en la bahía de Cádiz*», Actas del VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina (Cartagena, 1982); Juan R. Ramírez: «*Actividades arqueológicas subacuáticas en el Club Caleta*», Boletín Club M.G. La Caleta, nº. 6, Cádiz-1981: 27; «*Trabajos arqueológicos subnarios en Cádiz*», Revista de Arqueología, nº. 22, Madrid1982: 33; Juan R. Ramírez y Victorina Mateos: «*La campaña arqueológica submarina de 1981 en el litoral de Cádiz. Breve avance de resultados*», Bol. Club M.G. La Caleta, nl. 7, Cádiz-1982 (en prensa); Juan R. Ramírez y Victorina Mateos: «*Informe preliminar sobre prospecciones arqueológicas subabacuáticas en Cádiz (1981)*», Noticiario Arqueológico Hispánico, Madrid (en prensa).

Por otra parte, y en relación con los últimos hallazgos efectuados en el área de la necrópolis gaditana de Extramuros, v. «Diario de Cádiz», 5 y 8 de mayo, 25 de agosto, 18 de septiembre, 7, 12 y 16 de octubre y 27 de noviembre de 1982.

INDICE GENERAL

Prólogo	9
Preliminares	13
I. Introducción: Metodología	17
II. Análisis de las fuentes clásicas	21
III. Interpretaciones historiográficas posteriores	29
IV. Paleotopografía de las islas gaditanas	67
- Depósitos aluviales del Guadalete	68
- Formaciones dunares	69
- Erosión marina	69
- Canal Bahía-Caleta	72
- Alteraciones topográficas artificiales	83
- Conclusiones paleotopográficas	84
V. Aproximación a la Toponimia local	89
VI. Datos arqueológicos	95
A. Consideraciones iniciales	95
B. La necrópolis gaditana	100
C. Hallazgos submarinos	105
D. Restos urbanos	110
- Templos: Herákleion	111
Krónion	111
Santuario de Venus marina	112
Templo de Minerva	113
- Edificios de espectáculos: Anfiteatro	113
Circo	116
Teatro	121
- Industrias «extra-radiales»	122
- Conducción romana de aguas	125
- Calzada romana	127
- Restos diversos	128
VII, Conclusiones generales	131
Notas	135
Bibliografía	201
Addendum	213
Índice general	234
Láminas	235
Índice de láminas	255
Principales hallazgos arqueológicos	257

LAMINAS

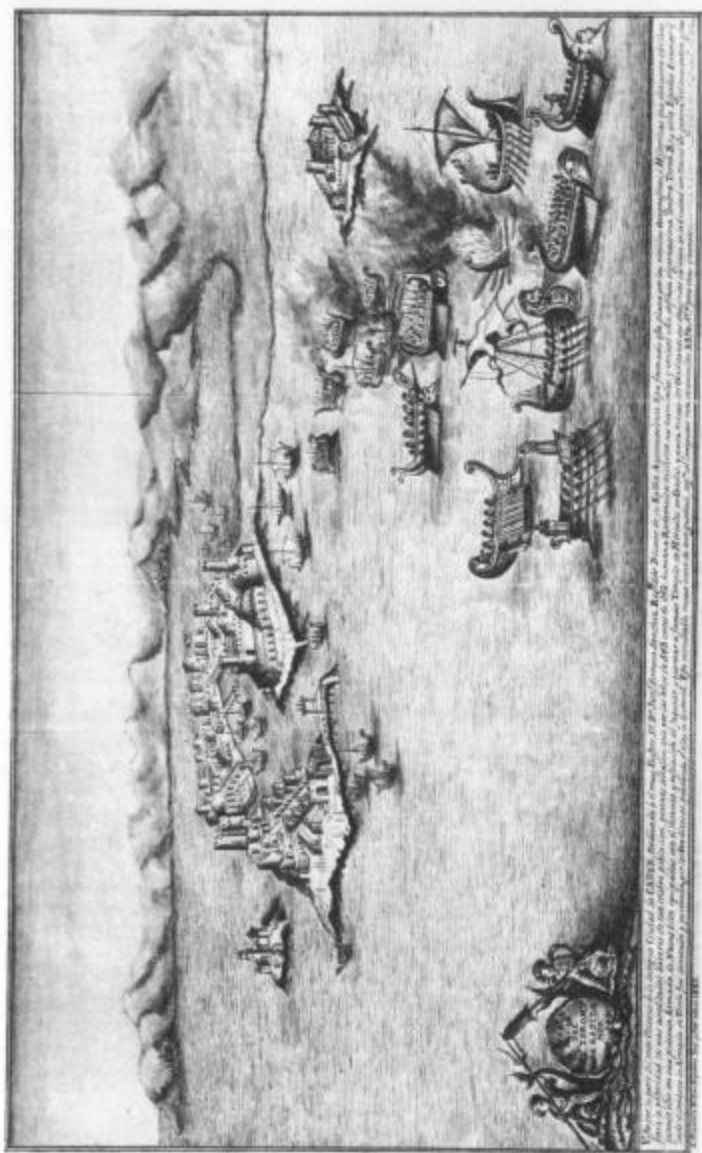


Lámina I



Lámina III

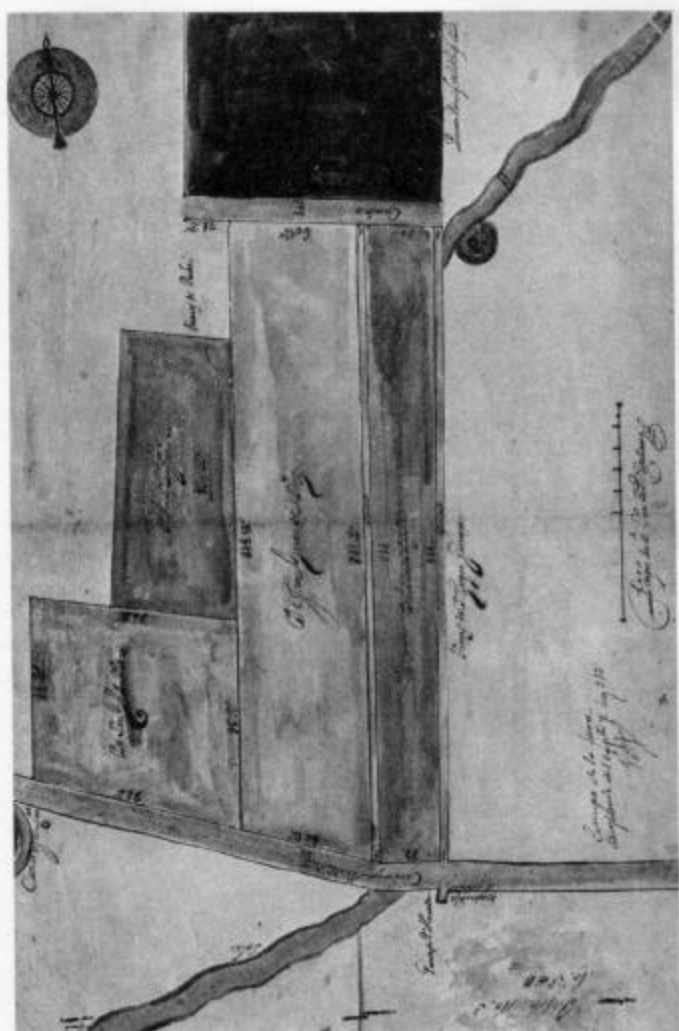


Lámina IV



Lámina V

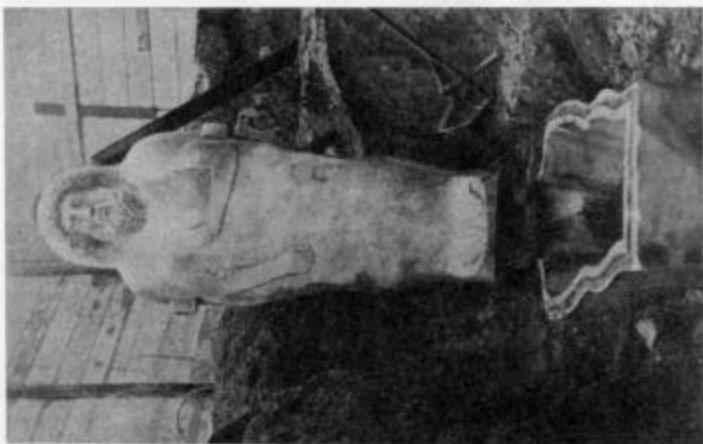
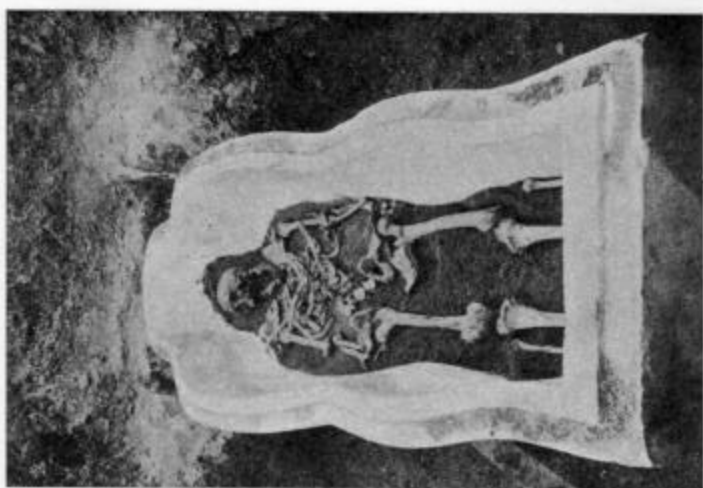


Lámina VI

INDICE DE LAMINAS

- I-Reconstrucción idealizada del antiguo Cádiz que realizó José Riquelme en 1827. (Cortesía M. Yrayzoz).
- II.-Vista de conjunto de la ciudad de Cádiz en 1564, dibujada por Hoefnagel. Detalle de la zona de La Caleta y sus inmediaciones. (De BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965).
- III.-Vistas panorámicas de la ciudad de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVI, dibujadas por Hoefnagel. Detalles del área correspondiente al actual «Campo del Sur» y sus proximidades. (de BRAUN and HOGENBERG, ed. 1965).
- IV.-Arroyo Salado o de la Zanja en 1703. (Cortesía J. Fernández Reina, Arch. Mun. Cádiz).
- V.-Vistas aéreas del canal central de La Caleta. (Superior: de PEMAN, 1941, fig. 20; Inferior: Cortesía J. Fajardo).
- VI.-El sarcófago antroipoide masculino descubierto por azar el lunes 30 de mayo de 1887 en la Punta de la Vaca, pocos momentos después de su «apertura oficial» verificada el miércoles 1 de junio del mismo año. (Izq.: de GARCIA Y BELLIDO, 1952, figura 220; Dcha.: de ROMERO DE TORRES, 1934, 11, lám. XXXIII).
- VII.-El sarcófago antroipoide femenino hallado fortuitamente -el viernes 26 de septiembre de 1980- en la calle Ruiz de Alda, en el estado en que se encontraba a primera hora del lunes día 29 de septiembre (arriba) y en el que fue colocado después de su limpieza preliminar (abajo). (Fotos Kiki).

**PRINCIPALES HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS
VERIFICADOS EN LA CIUDAD DE CADIZ
(PLANO I)**

Puntos		Pág
A	Restos antiguos en el subsuelo de la Catedral Nueva	76
B	Vestigios antiguos en el subsuelo del edificio «Simago»	77
C	Sarcófago antropoide de la Punta de la Vaca	102
CH	Sarcófago antropoide de la calle Ruiz de Alda	103
D	Tumbas púnicas de la calle Santo Domingo	102
E	Lápida funeraria romana de la calle Montañés	101
F	Lápida funeraria romana de la calle Manuel Rancés	101
G	Tumba romana de la c/ Obispo Cerero	100
H	Sepulcro romano de la confluencia de las calles Veedor y Marzal	101
I	Figurita bronceína de Ptah de la calle Ancha	102
J	Columbario romano de] Hospitalde Mujeres	101
K	Sepulturas e industria romanas de la Plaza de Falla	101 y 102
L	Columbario e industria romana del Campo de las Balas	103 y 123
M	Basamento monumental en el subsuelo del Castillo de San Sebastián	112
N	Capitel fenicio de las inmediaciones del Castillo S. Sebastián (?)	112
Ñ	Restos monumentales, desaparecidos, del circo romano	120

0	Factoría de salazón romana de la calle Felipe Abarzuza	123
P	Industria romana de salazón al pie del baluarte de S. Felipe	122
Q	Restos cerámicos romanos de la calle Sagasta	130
R	Piletas romanas de salazón junto al baluarte de los Mártires	123
S	Depósito de ánforas romanas de la c/ Ancha	125
T	Vestigios cerámicos romanos de la c/ Barrié	130
U	Restos de construcciones antiguas en el subsuelo de la Torre de Tavira	130
V	Pavimento de mosaico paleocristiano en la confluencia de las calles Sacramento y Torre	130
W	Vestigios del teatro romano en el barrio del Pópulo	121
X	Galería romana de conducción de agua detectada junto al Arco de los Blancos	127
Y	Sepulturas romanas y depósitos finales de la conducción romana de aguas	103 y 126
Z	Restos monumentales, desaparecidos, del anfiteatro romano («Huerta del Hoyo»)	116